Por el autor de

YO MATO



GIORGIO FALETTI

EL TERCER LADO DE LOS OJOS



Nombre: Jordan Marsalis Nombre: Maureen Martini
Estatura: 1,86 Estatura: 1,72
Ojos: Azules Ojos: Negros
Pelo: Canoso Pelo: Negro
Edad: 37 años Edad: 29 años
Dirección: 54 West 16th Dirección: Via della Polveriera 44
Cargo: Ex teniente de Cargo:Comisario de
policía policía
Ciudad: Nueva York Ciudad: Roma

Las vidas de Jordan y Maureen, que no se conocen entre ellos, se ven sacudidas por el azote del crimen. En Roma, la mafia albanesa acaba atrozmente con la vida del amante de Maureen y ella queda sumida en una profunda ceguera. A miles de kilómetros, el extravagante hijo del alcalde de Nueva York y sobrino de Jordan aparece brutalmente asesinado en su estudio de la Gran Manzana. Se trata del primero de una serie de crímenes que van a sucederse vertiginosamente, puntuados por enigmáticos mensajes.
¿Cuál es la misteriosa pieza que enlaza estas muertes? Unidos por las circunstancias, Maureen y Jordan han de enfrentarse juntos a la mente perturbada de un despiadado asesino que se divierte caracterizando de forma extraña los cuerpos de sus víctimas, después de torturarlos. Las cálidas calles romanas contrastan con la elegancia sombría de Nueva York: dos escenarios en los que Giorgio Faletti confirma su capacidad para tejer apasionantes tramas de novela negra.



Giorgio Faletti

El tercer lado de los ojos

ePUB v1.0
Eibisi 29.12.11

A Roberta, la única

Canción de la mujer que quería ser marinero

Ahora, tan solo ahora
que mi mirada abraza el mar
hago añicos el silencio
que me prohíbe imaginar
filas de mástiles erguidos y miles, miles de nudos marineros,
y huellas de serpientes frías e indolentes
con su lento andar antinatural,
y líneas en la luna, que en la palma cada una
es un lugar para olvidar;
y el corazón, este extraño corazón
que por un arrecife ya sabe navegar.

Ahora, tan solo ahora
que mi mirada envuelve el mar,
comprendo al que ha buscado a las sirenas,
al que ha podido su canto amar,
dulce en la cabeza como un día
de festejo con dátiles y miel,
y fuerte como el viento que tórnase tormento
y el corazón quebranta al hombre y el bajel,
y entonces ya no hay anhelo o gloria

que puédase beber ni masticar,
ni piedra de molino de viento
que esa roca en el alma pueda triturar.

CONNOR SLAVE,
del álbum *Las mentiras de la oscuridad*

Prólogo

La oscuridad y la espera tienen el mismo color.

La mujer, que un día se sentará en las sombras como en un sillón, habrá tenido bastante de ambas como para tenerles miedo. Habrá aprendido demasiado bien y muy a su pesar que a veces la vista no es algo exclusivamente físico, sino mental. De pronto, los faros de un coche que pasa dibujarán un recuadro luminoso que recorrerá las paredes con rápida y furtiva curiosidad, como buscando un punto imaginario. Después, tras el cautiverio de la habitación, ese retazo de luz encontrará la libertad a través de la ventana y volverá fuera para perseguir al coche que la generó. Más allá de las cortinas, de los cristales y de las paredes, en la amarillenta oscuridad de miles de luces y tubos de neón, se encontrará todavía aquella locura incomprensible que llaman Nueva York; la ciudad que todos dicen detestar pero que todos continúan recorriendo obstinadamente, solo para darse cuenta de cuánto la aman. Aunque con el terror de descubrir qué poco correspondidos son. Así, descubren que son solo seres humanos, iguales a los que pueblan el resto del mundo; simples seres humanos que se niegan a tener ojos para ver, oídos para oír y una voz que oponer a otras voces que gritan con más fuerza.

Sobre la mesita que se encuentra junto a la silla en la que está sentada la mujer habrá una Beretta 92 SBM, una pistola con una empuñadura de dimensiones algo reducidas con respecto al tamaño habitual, fabricada especialmente para adaptarse a una mano femenina. Antes de apoyarla sobre la superficie de cristal habrá introducido con gesto decidido la bala en el cargador; el ruido del obturador rebotará en el silencio de la habitación con el sonido seco

de un hueso que se rompe. Poco a poco, sus ojos se adaptarán a la oscuridad y logrará tener una clara percepción del lugar en el que se encuentra, incluso con las luces apagadas. La mirada de la mujer estará fija en la pared de delante, donde adivinará, más que verá, la mancha oscura de una puerta. En una ocasión, en el colegio, aprendió que si se mira con intensidad una superficie de color, cuando se aparta la vista queda en las pupilas una mancha luminosa del color complementario al que se acaba de mirar.

La mujer imaginará en las sombras su amarga sonrisa.

Los colores complementarios son aquellos que mezclados entre sí dan como resultado un gris sucio. Esto no puede suceder con la negrura. La oscuridad solo genera más oscuridad. En ese momento, sin embargo, la oscuridad no será el problema. Cuando llegue la persona que ella está esperando, llenará de luz la habitación. Tampoco este será el problema, y tampoco su solución.

Después de recorrer un camino aparentemente interminable para matar o para no ser matados, después de un largo viaje en ese túnel donde apenas unas ridículas luces señalan el camino, dos personas estarán al fin a punto de salir al sol. Y serán las únicas que poseerán esa condición mental que representa por sí sola la palabra, el oído, la vista: la verdad.

Una es ella, una mujer demasiado asustada para saber que la posee.

La otra, por supuesto, será la persona que ella estará esperando.

Él, el asesino.

PRIMERA PARTE

Nueva York

1

Jerry Kho, completamente desnudo, se dejó caer de rodillas sobre la enorme tela blanca que había fijado al suelo con cinta adhesiva. Luego, tras un instante de meditación, semejante al de un artista de circo antes de su actuación, hundió las manos en el gran bote de pintura roja que sostenía entre las piernas y levantó los brazos hacia el techo, dejando que el color resbalara despacio hacia sus codos. Había en ese gesto la liturgia de un rito pagano, cuando la humanidad se esconde bajo el color de una pintura sacra, en busca de otra forma y de establecer contacto con un espíritu superior. Con el mismo movimiento fluido y cargado de misticismo, siguió untándose todo el cuerpo con el color; solo dejó libre la zona del pene, la boca y los ojos. Poco a poco abandonó su cuerpo de hombre para adquirir la apariencia de aquello que significaba el color rojo sangre y que él deseaba representar: una sola, única y enorme herida doliente, que segregaba humores de los que era imposible separarse sin negar su naturaleza humana.

Alzó los ojos hacia la mujer que se hallaba de pie ante él. También ella estaba completamente desnuda, pero su cuerpo estaba teñido de otro color, esa particular tonalidad de azul intenso que suele definirse como *china blue*.

Jerry levantó los brazos y juntó las manos con las de la mujer, que estaban extendidas. Las palmas de ambos se unieron con un ruido sofocado por el efecto ventosa del líquido contra el líquido, y los colores comenzaron a fundirse y a mezclarse. Despacio, la guió hasta hacer que se arrodillara frente a él. La mujer, cuyo nombre había olvidado por completo, tenía algo indefinible, tanto en la edad como en el aspecto físico. En condiciones normales, Jerry habría pensado que era casi repugnante, pero en ese momento la encontraba perfecta para la obra

que se proponía realizar. Es más, su mente alterada por el efecto de las pastillas que había tomado aquella noche, consideraba que la repugnancia era un componente esencial. Mientras miraba aquellos pechos un poco caídos y marchitos, que ni siquiera la máscara de ese color encendido conseguía mejorar, su pene comenzó a hincharse. No por la desnudez de la mujer, sino por el efecto sexual que siempre ejercía en él la realización de sus obras. Se tendió lentamente sobre la blancura inmaculada de la tela. Su mente estaba poseída por la huella de color que su cuerpo trazaba sobre aquello que se convertiría en una pintura enorme, subdividida en paneles de dimensiones iguales.

Para Jerry Kho, el arte era sobre todo casualidad, un acontecimiento que el artista podía provocar y descubrir pero no crear. La creación pertenecía al azar o al caos. Y por tanto a las dos únicas cosas que procedían del azar y del caos y que volvían a él; uno con su componente natural y la otra artificial: el sexo y la droga.

Jerry Kho estaba completamente loco. O al menos, en su absoluto narcisismo, le encantaba creerlo. Con un gesto, invitó a la mujer a que se le acercara. La mujer cuyo nombre no recordaba se colocó sobre él apoyando las manos en sus costados, con los ojos entornados y la respiración jadeante. Jerry notó que sus cabellos sucios de pintura le rozaban el ombligo. Le agarró la cabeza y la guió hacia su miembro, ahora completamente erecto; su blancura resaltaba sobre el color de su cuerpo. Los labios de ella se abrieron y el hombre sintió que el calor viscoso y apasionado de la boca de la mujer le envolvía por completo.

Ahora los dos, a los ojos de Jerry, eran dos manchas superpuestas, de diferente intensidad, que se reflejaban en el gran espejo del techo. El ligero movimiento de la cabeza de la mujer se perdía en la perspectiva. Lo notaba, pero no lograba verlo. Experimentó una sensación de exaltación, debida a lo que estaba haciendo y a la considerable cantidad de pastillas que se había metido en el cuerpo. Abrió los brazos y apoyó las manos, con la palma abierta, sobre el plano blanco que se extendía bajo él. Cuando volvió a poner las manos sobre la cabeza de la mujer vio la huella de color que había dejado en la tela, lo que aumentó su excitación. El espejo y jugar con el reflejo eran trucos tan viejos como el mundo, de un tiempo en el cual se solía pensar que el patético movimiento de los pinceles sobre una tela era arte. Velázquez, Norman Rockwell

y otros, todos protagonistas de un pasado que sabía a moho y descomposición.

¿Por qué perder el tiempo pintando un cuerpo en una tela cuando podía pintarse él solo? Y, yendo todavía más lejos, ¿por qué derrochar una tela cuando el propio cuerpo podía convertirse en una?

Vio en el espejo y sintió en la piel cómo las manos azules de la mujer sin nombre subían a lo largo de sus costados y dejaban en el cuerpo rojo dos rayas azules.

Vio y sintió la voz que le llegaba como un soplo a sus oídos a través del reflejo.

—Oh, Jerry, estoy tan...

—Chis...

Jerry la hizo callar apoyando un dedo sobre sus labios. Levantó la cabeza para mirarla. Su dedo había dejado una huella roja en la boca. Rojo sobre pintalabios. Sangre y vanidad. El derrumbe y la destrucción de todo mito contemporáneo.

Su voz fue un susurro en la luz difusa del *loft*, alterada por momentos por una hilera de pantallas televisivas sin audio, conectadas entre sí y programadas por un ordenador para que mostraran una secuencia de salvapantallas con diversas mezclas de colores aparentemente fortuitos y sin solución de continuidad. Solo de vez en cuando aquel delirio cromático se interrumpía con un fundido que reducía la imagen a fragmentos y la recomponía en otra, una reproducción fotográfica de catástrofes que habían marcado momentos horribles de la vida del planeta. Imágenes de millares de cuerpos que flotaban llevados por la corriente del río durante la limpieza étnica de los tutsi en los enfrentamientos con los hutu, o imágenes del Holocausto o el hongo atómico de Hiroshima que se alternaban con escenas explícitas de sexo en las más audaces variedades e interpretaciones.

—Silencio. No puedo hablar. No debo hablar...

Jerry se recostó; obligó a la mujer sin nombre a que se echara a su lado y le señaló las figuras de ambos en el espejo del techo.

—Ahora debo pensar. Ahora debo *ver*...

De algún modo, Jerry notó cómo la emoción y la excitación de la mujer sin nombre la cubrían como un aura. Se volvió de repente, le abrió las piernas y la penetró casi en un solo movimiento. En el ímpetu de ese rudo gesto volcó el bote

de color con que se había pintado, que había quedado en el suelo, junto a ellos. El rojo de la pintura se abrió como una estúpida boca sobre la blancura de la tela.

Desde su posición, boca arriba, la mujer vio cómo se extendía la mancha, como si de golpe se derramara toda la sangre que contenía su cuerpo. En ese momento se hizo enteramente partícipe del fin casi litúrgico de aquella unión. Su deseo se volvió furia y comenzó a gemir cada vez más fuerte, en perfecta sincronía con los violentos embates del hombre que tenía dentro. Iniciaron un frenético ballet horizontal que el color dibujaba sobre la tela como un graffiti, testimonio de un movimiento ancestral que tenía el doble propósito de satisfacer el deseo y de que esa satisfacción no llegara nunca.

Aunque la mujer sin nombre lo ignoraba, Jerry estaba convencido de la inutilidad de aquel patético rebotar de nalgas que alguien había comparado con el batir de alas de una mariposa sobre la seda. Tenía la certeza de que cualquier artista, por el simple hecho de serlo, llevaba dentro de sí el germen de su propia aniquilación, todo aquello que era al mismo tiempo némesis y bendición del arte.

Eran todos unos fracasados.

Por cada mujer sin nombre que se hubiera follado sobre una tela tendida en el suelo, por cada pincel con el que hubiera recorrido una superficie dispuesta a acogerlo, y por cada color mezclado o esparcido, habría siempre una obra anhelada que se esfumaba de la mente sin dejar rastro tras una fugaz aparición; el relámpago subliminal de una idea que pronto oscurecían las imágenes falsas y reales que la vida obligaba a observar con los ojos. El ser humano no podía existir en el círculo y en el cuadrado, porque ni el círculo ni el cuadrado existían, pero sobre todo no existía el ser humano...

Con un largo gemido sibilante la mujer sin nombre alcanzó el orgasmo e intentó en vano aferrarse a la tela tendida sobre el suelo. En la mente de Jerry los efectos de la droga y del sexo ya habían alcanzado ese grado justo de fusión que no le permitía resistir más. Se puso de pie y, masturbándose frenéticamente, derramó su semen sobre las huellas trazadas por los movimientos de ambos, como si quisiera, de algún modo antinatural y blasfemo, inseminar la tela o manifestarle su absoluta repulsión.

La mujer sin nombre entendió lo que estaba haciendo y saberse parte de esa creación la llevó a un nuevo orgasmo, todavía más intenso que el anterior, que la obligó a acurrucarse en posición fetal.

De pronto vacío de toda motivación, Jerry se dejó caer y se quedó acostado con la cara vuelta hacia los grandes ventanales que iluminaban la pared de la casa que daba al East River. Aunque estaban en la séptima planta, alcanzaba a entrever el reflejo de la luna llena en la sucia agua del río, que solo esa luz podía ennoblecer en parte. Volvió lentamente la cabeza y la encontró, un disco luminoso en el centro de la ventana del extremo izquierdo.

La noche anterior, la radio había anunciado que habría un eclipse y que podría verse desde aquella parte de la costa. En ese momento un sutil borde negro comenzó a roer el impasible círculo de la luna.

Jerry empezó a temblar de emoción.

Volvió a su mente aquel día que había sido fatídico para Estados Unidos, el 11 de septiembre de 2001, el día que en su país las pocas certezas se convirtieron en miedo. Después del impacto del primer avión, el ruido llegó hasta sus ventanas abiertas; un barullo de gritos y sirenas y ese inconfundible rumor generado por el pánico de gente que huye.

Salió al tejado de su casa, al final de Water Street, y contempló desde allí, sereno, el impacto del segundo avión y aquella obra maestra de destrucción de las torres gemelas. Lo consideró simple y perfecto en su catastrófica enormidad, un ejemplo de cómo la civilización solo podía salvarse tras su eliminación. Y si esto valía para la civilización, tanto más válido era para el arte, que representa la vanguardia más avanzada de la civilización en territorio enemigo. El hecho de que miles de personas hubieran muerto en el derrumbe no le conmovía demasiado. Todo tenía un precio y, según él, esos muertos no eran nada en comparación con lo que el mundo había ganado con el polvoriento estruendo de esa experiencia.

Aquel día decidió cambiar su nombre por el de Jerry Kho, un fácil juego de palabras con Jericó, la ciudad bíblica cuyos inexpugnables muros cayeron con el simple sonido de una trompeta. Decidió que haría caer los muros y que caería con ellos.

En cuanto a su verdadero nombre, prefería olvidarlo, como toda su vida anterior. En sus vivencias nada había que valiera la pena conservar, y menos aún su recuerdo. Si el arte era casualidad, su destrucción era tan programable como la destrucción de su propia vida.

Percibió un movimiento cerca. El cuerpo de la mujer sin nombre se

arrastraba hacia él, entorpecido por la pintura que empezaba a secarse. Notó que una mano le tocaba el hombro y oyó la voz de ella, con el aliento todavía caliente de placer, junto a la oreja.

—Jerry, ha sido fant...

Jerry levantó los brazos y dio una palmada. El sensor apagó todas las luces y los dejó en una penumbra iluminada solo por la ambigua luz de las pantallas de televisión.

Apoyó una mano en el hombro de la mujer y la apartó de sí con un gesto brusco.

«Ahora no», pensó.

—Ahora no —dijo.

—Pero yo...

La voz de la mujer se perdió en un gemido indistinto cuando Jerry, con un nuevo empujón, la apartó aún más.

—Calla y no te muevas —le ordenó secamente.

La mujer sin nombre permaneció inmóvil y Jerry volvió a fijar la mirada en el circuló le la luna, del que la oscuridad ya se había apoderado hasta la mitad. No le importaba que lo que observaba tuviera una sencilla explicación científica. Solo era importante el sentido de lo que veía, solo contaban la alegoría y la mistificación.

Se quedó mirando el eclipse, sintiendo que se hundía en los efectos de la droga y el cansancio físico, hasta que la luna se convirtió en un disco negro ribeteado de luz y colgado en el cielo del infierno.

Entonces cerró los ojos y, mientras se deslizaba en el sueño, Jerry Kho deseó que no volviera nunca.

2

La mujer abrió los ojos y los cerró enseguida, cegada por la luz del día que entraba por los ventanales. La noche anterior había bebido mucho champán y ahora notaba la lengua pastosa y un sabor horrible en la boca.

Se dio cuenta de que había dormido completamente desnuda sobre el suelo y que la había despertado el frío. Tiritaba; se acurrucó buscando calor en la misma posición en que la noche anterior intentó refugiarse de un orgasmo demasiado violento. Había sido una experiencia devastadora. Por primera vez en su vida se había sentido por entero partícipe de algo; había sido protagonista y víctima de un acontecimiento sin igual y del cual quedaría una huella que conservaría para siempre. Mantuvo los ojos cerrados un momento más, para conservar en ellos las imágenes de lo que había vivido; sentía que la carne de gallina cubría todo su cuerpo, debido al frío y a la excitación.

Luego, con un suspiro, entreabrió despacio los ojos, preparada para las luces que los recibirían. Lo primero que vio fue la espalda de Jerry Kho, todavía desnudo y cubierto de pintura roja ya seca, que se agitaba con un movimiento que no conseguía reconocer. El *loft* estaba iluminado por la claridad azul de las primeras horas de la mañana, a la que se unían los saltos luminosos de las pantallas de televisión. Probablemente habían permanecido encendidas toda la noche. La mujer se preguntó si era ese el módulo que...

Como si hubiera percibido un cambio a sus espaldas, Jerry se volvió y la miró con ojos tan enrojecidos como si hubiera absorbido la pintura con la que se había embadurnado la noche anterior.

Jerry la miró como si no la viera.

—¿Quién eres?

Aquella pregunta la perturbó. De repente sintió una absurda vergüenza por su desnudez. Se sentó y se encogió, juntando las piernas entre los brazos. Tenía la piel tirante, a causa de la pintura seca que todavía la cubría. Parecía que miles de agujas microscópicas la pincharan al mismo tiempo. El movimiento hizo que su epidermis se arrugara y algunos fragmentos de pintura cayeran sobre la tela blanca.

—Soy Meredith.

—Pues claro, Meredith.

Jerry Kho asintió apenas con la cabeza, como si el nombre de la mujer conllevara el signo de lo ineluctable. Le volvió la espalda y se puso a esparcir los colores sobre la tela mojando directamente las manos en los botes de pintura que se hallaban a su lado. Meredith tuvo la impresión de que con ese simple movimiento el hombre había borrado su presencia de la habitación y del mundo entero.

Su voz ronca la sorprendió mientras trataba de levantarse sin rasparse la piel.

—No te preocupes por la pintura. Es al agua, no tóxica, como las que se dan a los niños para jugar. Basta con que te des una ducha, y desaparece. El cuarto de baño está al fondo, a la izquierda.

Jerry oyó a su espalda los pasos de la mujer que se alejaba. Poco después, el ruido de la ducha.

«Lávate y vete, Meredith-sin-nombre.»

Conocía a ese tipo de mujer. Si le dejara el menor espacio se le pegaría como un tatuaje, y él no era ese tipo de hombre. Ella solo había sido un medio para llegar a la obra que trazaba sobre el suelo, nada más. Ahora que su tarea estaba terminada, debía desaparecer. En su mente, confusa por el bajón de la droga, creía recordar haberla conocido la noche anterior en una inauguración a la que le arrastró LaFayette Johnson, su galerista. En la calle Broadway, le parecía. Una exposición de fotografía de una reportera que había vivido unos años en algún recóndito lugar de África, en la que mostraba a los integrantes de una tribu en un hábitat que pretendía hacer pasar por natural e incontaminado. Jerry observó la curiosa semejanza que tenían los ornamentos, los amuletos y los fetiches africanos con los de los nativos de América, vinculados por el uso forzoso de los mismos materiales.

Piel, huesos, piedras de colores. También allí, la esencia y la vanidad.

La única diferencia era la ausencia de flecos en los atuendos. Aunque, no tenían razón de ser. ¿Por qué usar un artificio ideado para escurrir de la ropa las gotas de lluvia, en un lugar donde no llueve casi nunca?

Dio vueltas durante un rato entre esos rostros, esas voces y esos vestidos sin la menor curiosidad por saber quién era quién y qué era qué. Atravesó, sintiéndose impermeable, ese muro invisible hecho de palabras que los seres humanos erigen entre ellos cuando creen comunicarse. Al cabo de un rato el aburrimiento comenzó a imponerse al efecto de la pastilla de éxtasis que había tomado antes de salir de su casa. Para Jerry era una de esas noches en las que se arrastraba por todos los lugares de Manhattan en los que hubiera un modo de alterar su realidad. Y sin duda ese no era uno de ellos.

—¿Usted es Jerry Kho?

Se volvió hacia la voz que le hablaba a sus espaldas y se encontró frente a un ser de sexo femenino de apariencia gris. Solo el pintalabios aportaba una mancha de rojo encendido. Le recordó uno de esos cortos en blanco y negro en los que, por elección estilística, hay un único detalle de color. La adoración que reflejaban los ojos de la mujer hacía que estos brillaran como el pintalabios; era el segundo detalle de color en esa gama de grises que debía de ser su vida.

—¿Tengo alternativa? —respondió, apartando la mirada.

La mujer no captó la despedida implícita que contenía su actitud. Siguió hablando, quizá enamorada de su propia voz, como todos.

—Conozco sus obras. He visto su última exposición. Era tan...

Jerry no supo nunca «tan...» qué había sido su última exposición. Siguió mirando fijamente los labios rojos de la mujer sin oír las palabras que salían de ellos, y allí, en esa especie de encuadre de la película muda que estaban rodando sus ojos, nació la idea. Y la idea, como todas las bendiciones, obedecía a un ritual.

La cogió por un brazo y la arrastró hacia la puerta.

—Si te gustan mis obras, ven conmigo.

—¿Adónde?

—A formar parte de la próxima.

Salieron a la calle y, mientras trataban de encontrar un taxi, pasaron ante los escaparates de Dean & Deluca, la tienda de alimentos a precios de Tiffany. Jerry

se echó a reír. De golpe vio una imagen de uno de los sujetos africanos de la exposición: lo imaginó recorriendo la tienda, empujando un carrito lleno de productos que costaban más que su miserable vida.

Un taxi que se detuvo tras un gesto de Meredith-sin-nombre le evitó dar una explicación de su carcajada.

Jerry recordaba ahora la servil pasividad de la mujer cuando le pidió que se desnudara y su excitación cuando empezó a cubrirla con pintura. De algún modo lo había intuido, y se entregaba en silencio a aquello a lo que estaba a punto de formar parte.

Y ahora, el ruido del agua en la ducha. El arte, devorado por la tela, expelía sus excrementos de color a través de la descarga del baño. Jerry se preguntó si no valía más lo que estaba bajando por la tubería que lo que él estaba realizando en aquel momento.

«Arte y mierda son lo mismo. Y siempre hay alguien que logra venderlos, ya sea uno u otra.»

El cansancio empezó a hacerse sentir. Le ardían los ojos, pero unas lágrimas reparadoras acudieron para aliviar la molestia. Movió la cabeza lateralmente para estirar los doloridos músculos del cuello. Necesitaba algo, cualquier cosa que le ayudara a superar ese malestar físico. Y había una sola persona que podía procurársela. Se levantó y fue hasta el teléfono. Cogió el auricular sin que le preocupara manchar el aparato con la pintura fresca que tenía en las manos. Marcó un número y poco después le respondió una voz soñolienta.

—¿Quién coño es a esta hora?

—LaFayette, soy Jerry. Estoy trabajando y necesito verte.

—¡Joder, Jerry! Son las seis de la mañana.

—No sé qué hora es. Pero necesito verte, ahora.

Colgó sin esperar la respuesta. LaFayette Johnson le insultaría un rato, pero después se levantaría y acudiría corriendo a verle. Todo lo que tenía se lo debía en gran parte a él y era justo que se comportara en consecuencia.

Alzó los ojos y observó su imagen reflejada en el espejo colgado encima del teléfono. Vio el horror y el diabólico color de su cara demonizada, descompuesta como carne infecta por el modo como se había secado.

Sonrió a su imagen, que desde el espejo le devolvió una mueca indescifrable.

—Todo según los planes, Jerry Kho, todo según los planes...

El retorno de Meredith-sin-nombre le distrajo de esa conversación consigo mismo, un diálogo que nunca tendría fin porque nunca había tenido un comienzo. La mujer entró en el campo de visión que se reflejaba a sus espaldas, y Jerry se volvió hacia ella. Se había lavado el pelo y llevaba un albornoz de él cubierto de manchas de pintura que desde hacía tiempo había abandonado el saludable hábito de un lavado. Ahora que se había quitado la pintura de encima y había desaparecido hasta el último rastro de maquillaje, se la veía indefensa ante la despiadada luz del día. Su vulnerabilidad era tan manifiesta que Jerry sintió que la detestaba, por su apego a la vida, por su desesperada busca de recuerdos, por esa ridícula luz de adoración que tenía en la mirada cuando sus ojos se posaban en los de él. La detestaba profundamente y al mismo tiempo envidiaba la perfección de su insignificancia.

—Coge tu ropa y vete. Tengo que trabajar.

Meredith-sin-nombre se sonrojó y se convirtió en Meredith-sin-palabras. En silencio, comenzó a recoger sus prendas dispersas por el suelo, mientras mantenía cerrado el albornoz con una mano para evitar que se abriera al agacharse. Se volvió de espaldas y empezó a vestirse. Jerry vio cómo su cuerpo desaparecía poco a poco, casi milagrosamente, bajo las ropas. Cuando se volvió de nuevo hacia él, volvía a ser la mujer gris de la noche anterior, vaciada de la idea que, por pocas horas, la hizo atractiva a sus ojos. Tendió hacia él el albornoz manchado con que se había secado.

—¿Puedo quedármelo?

—Sí. Puedes quedártelo.

Meredith-sin-nombre sonrió. Aferró el albornoz contra el pecho y se dirigió hacia la puerta. Jerry le agradeció mentalmente que le ahorrara una última mirada, que se marchara sin un empalagoso último saludo. Se quedó solo con sus maldiciones. Cuando oyó que el ascensor se ponía en movimiento, fue a tenderse boca arriba en el centro de la tela fijada al suelo. Abrió los brazos y el espejo del techo le devolvió la imagen de su cuerpo crucificado a su propia obra.

Se quedó contemplándola y contemplándose sin encontrar fuerzas para seguir trabajando. A su izquierda, la enorme pantalla fragmentada en otras tantas seguía emitiendo sus manchas de colores y sus crudas y lascivas imágenes. Le habían encargado una obra para exponerla en el enorme vestíbulo del palacio de gobierno del estado de Nueva York, en Albany. El día de su instalación, con la

asistencia del gobernador y de un público selecto, se oyó un murmullo de espera e impaciencia en el momento en que se encendió el módulo. A medida que se sucedían las imágenes, el murmullo fue sustituido poco a poco por un profundo silencio, tanto que todos los presentes parecían hechos de piedra.

El gobernador fue el primero en recobrarse. Su voz estentórea resonó en el inmenso salón como el aviso de una estampida.

—¡Apaguen ese escándalo!

El escándalo se apagó, pero pronto se encendió uno mayor. Jerry Kho fue denunciado por ofender a las instituciones y mostrar actos obscenos, aunque el juez que firmó la acusación lo proyectó, al mismo tiempo, hacia la fama y la notoriedad. LaFayette Johnson, el galerista que le proporcionaba las drogas, comenzó a añadir ceros al precio de sus obras, y él aceptó las consecuencias de su acción. A continuación llegó la condena, pero también la posibilidad de joder con todas las mujeres que quería y todo el dinero necesario para pagar lo que su marchante le conseguía.

El timbre sonó; para los oídos de Jerry tenía el significado de las palabras *lupus in fabula*.

Sin preocuparse por echarse nada encima, atravesó el caos del *loft* en el que vivía y trabajaba y fue a abrir. Vio que la puerta estaba entreabierta y se quedó perplejo.

Esa idiota de Meredith no había cerrado bien la puerta al salir. Por otro lado, si fuera LaFayette habría entrado sin llamar.

Cuando abrió del todo, vio la figura de un hombre envuelta en la sombra del rellano. La bombilla debía de haberse fundido, y no lograba adivinar de quién se trataba. Sin duda no era LaFayette, porque la silueta que percibía en la penumbra era un poco más alta que la del galerista.

Hubo un instante de silencio, como cuando el tiempo y el viento parecen desaparecer antes de que empiecen a caer las primeras gotas de una tormenta de verano.

—Hola, Linus. ¿No invitas a entrar a un viejo amigo?

La voz le llegó desde una penumbra rodeada de niebla y procedente de tiempos remotos. Hacía mucho tiempo que no la oía, y sin embargo la reconoció de inmediato. Como todos, Jerry Kho había fantaseado a menudo, bajo los efectos de la droga, con su muerte, la única certeza verdadera que tiene un ser

humano. Había deseado aquello que desea todo artista: poder ser él quien la representara, y decidir el color y la tela que sería su sudario.

Cuando el hombre del rellano salió a la luz y entró en la habitación, Jerry tuvo la confirmación y supo que todas sus fantasías estaban a punto de ser superadas por la realidad. Le miró a los ojos, sin preocuparse por la pistola que empuñaba. Lo único que consiguió ver con claridad fue una mano desconocida que arrojaba un cubo de pintura negra sobre ese discutible cuadro que hasta ahora había sido su existencia.

3

LaFayette Johnson aparcó su flamante Nissan Murano en la explanada de Peck Slip y Water Street. Quitó las llaves del contacto y se agachó para coger un pequeño paquete oculto bajo el asiento del conductor. Bajó del coche y pulsó la tecla de cierre del mando a distancia. Mientras esperaba el titilar de los cuatro intermitentes, se estiró y aspiró una gran bocanada de aire. Se había levantado una ligera brisa cálida que llegaba del sur y traía un vago olor salobre; el viento había barrido las pocas nubes que hasta el día anterior habían agrisado el cielo. Ahora, sobre su cabeza, había un azul increíble que, como todas las recompensas, encerraba una exigencia. Alzando los ojos, entre los rascacielos y en las calles estrechas como aquella, solo podía verse un pequeño recuadro de cielo. En Nueva York, el sol, el cielo y el paisaje eran un privilegio de los ricos.

Y él, al fin, empezaba a serlo, gracias a ese loco degenerado de Jerry Kho. Y a lo que era y había sido. Su llamada le despertó pero no le sorprendió. La noche anterior, al verle salir del lugar en que se hallaban en compañía de ese esperpento, supo muy bien el papel que desempeñaba aquella mujer en la mente corrupta de Jerry. Él no se habría follado a esa mujer ni con la polla de otro, pero no tenía nada que objetar si su gallina de los huevos de oro necesitaba ciertas mortificaciones para crear esos engendros que personalmente le repugnaban pero de los que el público parecía ávido. Las obras de Jerry habían despertado un nuevo interés por el arte figurativo y los artistas emergentes. Volvían a aparecer coleccionistas y comenzaba a circular mucho dinero. Como si hubieran vuelto los viejos tiempos de Basquiat y Keith Haring. Y él, tal como hizo aquel viejo zorro de Andy Warhol, había acaparado uno de los caballos ganadores. Sin

embargo, debía atenderle, cuidarle y mimarle como corresponde a un animal de raza. No le importaba que las ideas de Jerry fueran el producto de consumir casi todas las drogas disponibles en el mercado. LaFayette era lo bastante listo para no tener escrúpulos, y Jerry, lo bastante adulto para elegir su medio de destrucción. El intercambio le parecía, a fin de cuentas, equitativo. Él le proporcionaba cualquier sustancia que pudiera meterse en el cuerpo y, como recompensa, obtenía el cincuenta por ciento de todo lo que saliera de su cabeza.

LaFayette Johnson se guardó el paquete en el bolsillo del chándal y avanzó junto a los edificios de ladrillo visto hasta doblar a la derecha en Water Street.

Ese tramo del puente de Brooklyn estaba iluminado por el sol, pero la luz aún no había ido a rescatar de las sombras a Water Street. Sobre el puente se veían muchos coches y ya se oían los ruidos del tráfico matinal, aunque todavía no rompían el silencio de la calle.

A sus espaldas se extendía el South Street Seaport District, completamente reestructurado y lleno de tiendas y reclamos para los turistas, como el viejo mercado de pescado y el Pier 17 que se asomaba a las aguas del East River.

Siempre había encontrado algo extraño en aquella metrópolis, desde el día que llegó. Aunque Manhattan fuera una isla y Nueva York se levantara sobre la costa, resultaba difícil verla como una ciudad marítima. El océano se volvía río y el río se confundía con el océano en una continua guerra de guerrillas, como si el mar, el verdadero, desdeñara ese rincón del mundo y apenas hiciera llegar allí sus desechos. Solo las gaviotas parecían las depositarias de ese límite en continuo conflicto. De vez en cuando, hasta en Harlem era posible encontrar alguna que iba a disputar la comida a las palomas, pero nada más.

Se volvió a mirar su flamante coche nuevo, y sonrió. Pensó en los kilómetros que había conseguido poner entre él y los harapos de su infancia. Ahora, al cabo de mucho tiempo, podía al fin permitirse todos los juguetes que habría debido tener de niño.

El recuerdo, en su cabeza, estaba envuelto en humo, como si una parte de él hiciera lo imposible por borrarlo definitivamente de la memoria. Tenía dieciséis años cuando huyó del pequeño pueblo de Luisiana en el que había nacido, un lugar perdido donde la espera parecía formar parte del ADN de los habitantes. Estaban todos tan ocupados en dormitar que no lograban siquiera dormir como es debido. Solo esperaban. El verano, el invierno, la lluvia, el sol, el paso del

tren, la llegada del autobús. Esperaban lo que no llegaría jamás: la vida. Three Farmers, unas cuantas casas decrépitas alrededor de una encrucijada, donde el único producto digno de mención eran los mosquitos, y la única aspiración de la gente del lugar era conseguir una jarra de limonada fresca. Acudió a su mente una frase que había oído en una película, de la cual se había apropiado: «Si fuera Dios y quisiera aplicarle una lavativa al mundo, le metería el tubo en Three Farmers...».

Recordó a su madre, envejecida antes de tiempo e impregnada del fuerte olor de la cocina *cajun*, con sus medias llenas de carreras, y recordó a su padre, para quien la familia solo era un lugar en el que desahogar las frustraciones y la rabia cuando había bebido demasiado. LaFayette Johnson se hartó de comer patatas y de recibir golpes; una noche en que su padre volvió a intentar levantarle la mano, le rompió los dientes con un viejo bate de béisbol y se marchó, tras robar todo el dinero que encontró en aquella hedionda pocilga que nunca había conseguido llamar «casa».

Adiós, Luisiana.

Había sido un viaje lento y largo, pero al final del camino le esperaba Nueva York.

Si hubiera obtenido la licencia se habría convertido en uno de tantos taxistas de paso por la ciudad, entre indios, paquistaníes y etnias varias. Se vio obligado a ganarse la vida, pero también él tropezó con su mina de oro. Encontró trabajo de recadero en una galería de arte de la zona de Chelsea, dirigida por un marchante llamado Jeffrey McEwan, un tipo maduro, esnob y algo afeminado, que se vestía siempre a la inglesa. Cuando le conoció, LaFayette logró a duras penas sofocar una carcajada mientras se preguntaba si aquel hombre usaba el papel higiénico como fular cada vez que iba a cagar.

La sonrisa de LaFayette Johnson se convirtió en una mueca de conmiseración mientras se dirigía, con los bolsillos llenos de droga, hacia la casa de Jerry Kho.

«Joder, qué hipócrita de mierda eras, Jeffrey McEwan.»

Aunque estaba casado, ese marica de Jeff tenía un culo en el que habría cabido un tren eléctrico, y una piel tan blanca y flácida que siempre que la tocó se estremeció de asco. Pero era rico y le gustaban los chicos guapos, jóvenes y de piel oscura. A LaFayette le gustaban las mujeres, pero poseía todos los

requisitos que interesaban a su vicioso empleador. Supo enseguida que aquello podía significar un giro decisivo en su vida. Tenía una oportunidad al alcance de su mano, y debía estar atento para no desperdiciarla. Inició un juego de miradas y silencios; daba un paso adelante y retrocedía con astucia cuando parecía que podía ocurrir algo. Al cabo de unos meses, el viejo Jeffrey McEwan estaba a punto. El golpe de gracia se lo asestó LaFayette cuando, por casualidad, se dejó sorprender desnudo bajo la ducha en el cuarto de baño de la galería. El viejo maricón se volvió literalmente loco. Cayó de rodillas ante él, se abrazó a sus piernas y llorando le declaró su amor y masculló mil promesas y juramentos.

LaFayette le levantó la cabeza, le metió la polla en la boca y después le dio violentamente por el culo, obligándole a doblarse sobre el lavabo; lo mantuvo apretado con una mano sobre la espalda y le tiró de los pelos finos y rojizos con la otra para obligarle a mirar la imagen de ambos en el espejo.

El viejo McEwan, indiferente a las posibles consecuencias, dejó a su mujer y fueron a vivir en el mismo apartamento. Se hicieron socios y empezaron a trabajar juntos, al menos hasta el momento en que Jeff abandonó la escena a lo grande, tras sufrir un infarto en el *vernissage* de un pintor bastante cotizado, al cual representaban en exclusiva.

Por desgracia para LaFayette, el maldito marica nunca se había divorciado, y la gilipollas de la mujer se quedó con todo lo que Jeff no le había dejado expresamente en herencia a él, lo que llegaba casi al cincuenta por ciento.

Pero a fin de cuentas, no le había ido mal.

Había otra cosa que Jeff había dejado en herencia y que en su trabajo valía más que todo el dinero del mundo: le había enseñado el valor de la cultura. LaFayette Johnson se dio cuenta de que el conocimiento era su herramienta de trabajo, y se dedicó a ello. Cuando la mujer de su amante le echó de la galería de Chelsea, ya se hallaba en condiciones de arreglárselas por su cuenta. Siguió la corriente que poco a poco desplazaba el centro de interés por el arte figurativo al barrio del Soho. Adquirió un gran local en la segunda planta de un elegante edificio en proceso de rehabilitación en Greene Street, una calle pequeña y empedrada que casi hacía esquina con Spring. Abrió la L&J Gallery con el firme propósito de ser solo socio de sí mismo. Al final, apenas le quedó el pequeño piso en el que vivía y el *loft* en la séptima planta de Water Street donde había instalado a Jerry.

Siguió andando a buen paso, calzado con sus Nike, hacia el portal de la casa.

Pasó ante un *steakhouse*, cerrado a aquella hora, y se miró en el reflejo de los escaparates; vio a un negro guapo, de unos cuarenta años, que vestía un chándal Ralph Lauren, un tío al que se le notaba que había tenido éxito. Dijo a su imagen la frase que con frecuencia le decía Jerry Kho: «Todo según los planes, LaFayette, todo según los planes...».

Pasó ante una verja medio oxidada, cerrada con cadena y candado. Del otro lado de la reja, en un patio al fondo del callejón, se entreveían unos coches maltrechos. Un cartel colgado entre el óxido invitaba a ponerles la correa a los perros.

Llegó ante el portal de Jerry, un edificio con adornos de piedra arenisca descolorida y con una escalera exterior de incendios, sobre la fachada. Buscó las llaves en el bolsillo y recordó que las había olvidado en el cuatro por cuatro. Pulsó el timbre, para asegurarse de que el idiota de Jerry le oyera, por si todavía estaba bajo los efectos de la droga.

Llamó dos veces, pero no obtuvo respuesta.

Estaba a punto de volver al coche, a por las llaves, cuando de la penumbra del zaguán emergió una figura que abrió la puerta. Era un hombre vestido con un chándal gris con la capucha puesta, que escondía su rostro y que llevaba gafas de sol.

Tenía la cabeza levemente inclinada hacia delante, y durante el breve encuentro se movió de modo que LaFayette no lograra verle la cara. Salió como si tuviera prisa, y se lo llevó por delante con cierta violencia, pero sin el menor indicio de querer disculparse. En cuanto salió por la puerta enderezó la cabeza y los hombros y echó a correr.

LaFayette lo siguió con la mirada mientras se alejaba. Notó que corría de un modo extraño, como si tuviera un problema en la pierna derecha y se viera obligado a medir el peso al apoyar el pie en el suelo.

«Loco de mierda.»

Ese fue el lapidario comentario de LaFayette Johnson contra todos los corredores, y ante aquel en particular, mientras entraba en el vestíbulo y pulsaba el botón del ascensor. La puerta se abrió de inmediato, lo que significaba que la cabina se hallaba en la planta baja. Probablemente la había utilizado el discutible atleta que acababa de salir. Deportista, sí, pero no hasta el punto de usar la

escalera. O quizá el problema en la pierna le impedía bajar los escalones con agilidad...

LaFayette se encogió de hombros. Tenía muchas otras cosas en que pensar como para perder el tiempo con un vulgar y cojo aspirante a corredor de maratón. Por ejemplo Jerry, a quien debía abastecer y estimular para que trabajara a la mayor velocidad posible. Planeaba organizar una exposición en otoño y quería tener una amplia gama de opciones. Pocas cosas, pero muy representativas. Ya había organizado la visita de algunos de los coleccionistas a los que se consideraba creadores de opinión y había movido sus hilos para tener el apoyo de la prensa especializada, la que realmente contaba.

Había llegado el momento de dar el gran paso, el que le llevaría de Nueva York a todo el país y al resto del mundo. El ascensor se abrió con un crujido metálico en el rellano de la séptima planta, que ocupaba en su totalidad el apartamento de Jerry.

La puerta estaba entreabierta.

De pronto, y sin razón alguna, LaFayette Johnson sintió que un extraño sabor a óxido le llenaba la boca. Si existía un sexto sentido, probablemente se activó en aquel preciso instante.

Empujó la puerta, con la pintura descascarada, y entró en el *loft* en el que vivía y trabajaba Jerry. Le recibió el caos de costumbre, formado por botes de pintura, desorden y suciedad a partes iguales; aquel parecía ser el único ambiente en el que podía vivir su artista.

—¿Jerry?

Silencio.

LaFayette avanzó lentamente en aquel delirio de telas, platos y latas de cerveza, restos de comida, libros y sábanas descoloridas por el exceso de uso y falta de lavado. A la izquierda, en diagonal con respecto a la puerta de entrada, había una estantería metálica en la que Jerry guardaba los botes de pintura y todo el material que usaba para realizar sus obras. Ante él, en el suelo, una tela blanca llena de huellas de color.

En el aire había un fuerte olor a pintura.

—Eh, Jerry, no debes dejar la puerta abierta. Sabes que si entrara un ladrón podría convertirse de pronto en propietario de un montón de obras maestras de arte contemp...

Mientras decía estas palabras superó el obstáculo que representaba la estantería. Lo que vio le hizo perder la palabra y cualquier resto de consideración por el *body art*.

Jerry Kho, completamente desnudo y cubierto de pintura roja seca, estaba sentado contra la pared, en una posición tan ridícula que solo la muerte podía transformarla en trágica. Tenía el pulgar de la mano derecha metido en la boca. La mano izquierda sostenía una manta junto a la cara, de tal modo que le cubría la oreja. Los ojos de Jerry, abiertos de par en par sobre la nada, parecían llenos de horror y estupor por el modo sarcástico en que alguien había colocado su cuerpo.

A su espalda, dibujado en la pared blanca con pintura azul en aerosol, a la altura de la cabeza del cadáver, había un globo con forma de nube, como los que suelen usarse en los cómics para indicar los pensamientos de los personajes. En el bocadillo, con la misma pintura, la misma mano había escrito un número:

84336286747 46

El sabor que LaFayette tenía en la boca se convirtió en náusea y la náusea se convirtió en una garra de frío acero en el estomago. De pronto se dio cuenta de dos cosas. La primera, que su gallina jamás volvería a poner huevos de oro. La segunda, que tenía un serio problema. Y había un solo modo de salir del apuro. Aunque fuera una vez, debía actuar según las reglas.

Sacó el móvil del bolsillo del chándal y marcó nerviosamente el 911. Cuando la operadora respondió con voz cortés e impersonal, dijo que había habido un homicidio. Dio su nombre y la dirección y prometió que se quedaría allí, a la espera de la llegada de la policía.

Inmediatamente después, con la Panasonic, empezó a hacer fotos del cadáver, desde todos los ángulos. Sin duda habría más de un periódico dispuesto a pagar a precio de oro aquellas instantáneas, aunque no fueran de excelente calidad. Poco después entró en el cuarto de baño y echó al váter las píldoras que tenía en el bolsillo. Pulsó el botón que accionaba la descarga de la cisterna y, mientras el flujo de agua se las llevaba dibujando un pequeño remolino, LaFayette se preguntó de qué modo podría sacar de aquel tugurio todas las telas

de Jerry Kho, otro estúpido artista maldito que en aquel momento, que en paz descansara, ya debía de haber empezado a pintar las paredes del infierno.

4

De pie ante la ventana, Jordan Marsalis miraba el camión de la empresa de mudanzas que salía de la zona de aparcamiento que habían reservado frente a su casa. Hacía apenas unos minutos, mientras por la puerta abierta llegaban todavía los comentarios de los obreros que bajaban la escalera, había firmado el recibo que le tendía el responsable de la empresa. Era un negro enorme, con el físico de un luchador y gruesos bíceps que hinchaban las mangas de la cazadora amarilla y roja que llevaba. En la espalda se leía estampada en negro la palabra «Cousins», el nombre de la sociedad de mudanzas de Brooklyn a la que había confiado los pocos muebles de su piso que le importaban. Los otros estarían a disposición del nuevo inquilino de la casa. Jordan garabateó su firma en la hoja y dio su conformidad para que, junto con los muebles, un pedazo de su existencia fuera a parar a un almacén en alguna parte, en algún lugar que no conocía. Así, su vida pasada y su vida futura serían exactamente iguales. Ambas estarían en alguna parte, en algún lugar que no conocía.

—Gracias, señor.

Mientras le tendía su copia del recibo, el hombre miró con una mezcla de curiosidad y envidia el mono de piel de Jordan, como los que usan los motociclistas. Jordan se llevó una mano al bolsillo y extrajo un billete de cien dólares.

—Tome, bébase una copa a mi salud, y de vez en cuando écheles una ojeada a mis cosas.

El hombre se guardó el billete con el gesto solemne y la expresión pícara de los juramentos infantiles.

—Así lo haré, señor.

Se quedó de pie ante él sin dar muestras de marcharse. Tras una pausa, le miró a los ojos.

—Probablemente no me incumba, pero me parece que va a emprender un largo viaje. Y parece uno de esos viajeros que saben de dónde parten pero no adónde van.

Jordan se sorprendió por el inesperado brillo de inteligencia que se había encendido en los ojos de su interlocutor. Hasta entonces se había alzado entre ellos la habitual barrera de una relación de trabajo, que impide cualquier comentario que vaya más allá de lo estrictamente profesional. El hombre no esperó, por discreción, ningún gesto de confirmación.

—Le confieso que quisiera estar en su lugar. En todo caso, adondequiera que vaya, buen viaje.

Jordan sonrió y le dio las gracias con un gesto de la cabeza. El otro se volvió y se dirigió hacia la puerta. Antes de salir giró la cabeza hacia él.

—Realmente, qué extraña es la vida...

Hizo con la mano un gesto que abarcaba a los dos.

—Ambos llevamos lo mismo: un mono. Solo que para usted significa la libertad, y para mí la prisión.

Sin añadir nada más, salió y cerró con delicadeza la puerta tras de sí. Jordan sé quedó solo.

En cuanto el camión dio la vuelta a la esquina, se apartó de la ventana y se dirigió hacia el viejo diván con un tapizado liso y una estructura precaria situado delante de la chimenea. Cerró la bolsa de viaje impermeable en la que había guardado las pocas prendas que podría necesitar, cogió el casco y metió dentro los guantes y el pasamontañas. Volvió la cabeza hacia el amplio ventanal de la sala y se quedó un instante mirando los juegos que hacía la luz en las ventanas del edificio de enfrente.

Había alquilado su piso, por medio de una agencia, a alguien a quien ni siquiera conocía, un tío de fuera que se mudaba a Nueva York. Ese tal Alexander Guerrero vio fotos digitales de la casa, enviadas por correo electrónico, e hizo llegar, junto con las referencias y las garantías solicitadas por la agencia, un cheque por la suma del depósito más seis meses de alquiler anticipado. Así se había convertido en el nuevo inquilino de un buen apartamento de cuatro

habitaciones en el Cincuenta y cuatro Oeste de la calle Dieciséis, entre la Quinta y la Sexta avenidas.

«Pues felicidades, señor Guerrero, quienquiera que seas.»

Jordan se echó la bolsa de viaje a la espalda y se dirigió hacia la puerta. El sonido de sus pasos en el suelo de madera reverberó de forma extraña en el piso casi vacío. Apenas había apoyado la mano en el picaporte cuando llegó la llamada.

Se volvió despacio y se quedó mirando, perplejo, el aparato telefónico, apoyado sobre la repisa de mármol travertino de la chimenea. Hacía unos días que había enviado a la AT&T la solicitud de baja de la línea, y creía que ya no funcionaba. El teléfono continuaba sonando, y Jordan no conseguía decidirse a recorrer los pocos pasos que le separaban de ese sonido y de la incógnita que representaba. No tenía la menor curiosidad por saber quién o por qué lo llamaban. En su mente él ya estaba de camino; veía un proyectil disparado a través del paisaje, el rumor del aire en el carenado, una carretera que corría delante de la rueda delantera de su moto, una línea blanca reflejada en los ojos y en la visera del casco. Aunque todavía se encontrara allí, Nueva York era ya un recuerdo y, entre todos ellos, ni siquiera era el mejor.

Hubo un tiempo en que aquella ciudad le importaba. A veces Nueva York es mala consejera, tiene el don de hacer que alguien se sienta lleno de energía pero le impide que se dé cuenta de cuánta, en realidad, le está quitando. Él, en cambio, lo supo y lo aceptó desde el principio, con tal de tener, a cambio, la oportunidad de ser al mismo tiempo lo que deseaba ser y lo que era.

Luego, un día, se vio obligado a elegir, y fue una de esas elecciones sin posibilidad de vuelta atrás. A menudo la vida ofrece privilegios, pero también los reclama. Alguien —no recordaba quién ni dónde— le dijo una vez que el éxito y la juventud son cosas que tarde o temprano hay que devolver. Si este era uno de los mandatos inexorables de la existencia, él había pagado su parte. Jordan sabía desde hacía tiempo que las cosas que le interesaban en la vida no podía comprarlas, que estaba obligado a ganárselas. Cuando se encontró ante la imposibilidad de hacerlo, alquiló la casa y decidió abandonar la ciudad.

Y ahora, el teléfono.

Con un suspiro se acercó al aparato, dejó la bolsa de viaje y el casco en el sofá y levantó de mala gana el auricular.

—Diga...

Le llegó un ruido de fondo sofocado y rítmico, del que emergió una voz conocida.

—Jo, soy Chris. Te he llamado al móvil pero está apagado. Gracias a Dios que todavía estás en la ciudad.

A Jordan le sorprendió oír la voz de su hermano. Era la última persona que esperaba escuchar al otro lado de la línea. Había angustia en su voz, y algo nuevo, algo que jamás habría pensado que oiría en la voz de Christopher Marsalis.

Había miedo.

Jordan fingió no darse cuenta.

—No necesito el móvil en este momento. Estaba a punto de marcharme. ¿Qué ocurre?

Chris dejó transcurrir un instante de silencio, algo absolutamente insólito en él. En general no era de los que conceden pausas, ni a sí mismo ni a los demás.

—Han asesinado a Gerald.

Jordan tuvo de golpe una sensación de *déjà-vu*, quizá más semejante al estupor ante el cumplimiento de una profecía que ante algo que nos parece haber vivido con anterioridad. Se dio cuenta de que, en cierto modo, aquella era una noticia que esperaba desde hacía tiempo. Sentía cómo aleteaba sobre su cabeza como una premonición cada vez que pensaba en ese chaval.

Consiguió mantener la calma y no caer en lo mismo que se agitaba en la voz de su hermano.

—¿Cuándo?

—Esta noche. O esta mañana, no sé. Hace poco su galerista ha pasado por la casa y ha encontrado el cadáver.

Jordan no pudo dejar de pensar que sin duda ese hijoputa de LaFayette Johnson no había pasado por la casa de Gerald a aquella hora de la mañana solo para hacerle una visita de cortesía. Aunque nunca habían logrado probarlo, todos sabían de qué modo pagaba las obras de su protegido. La nueva pausa de Chris le dio a entender que también él pensaba lo mismo.

—¿Dónde estás ahora?

—Estaba en Albany, en una convención demócrata. En cuanto me han llamado he cogido un helicóptero. Aterrizaremos dentro de poco en el helipuerto

sobre el East River, en el centro. Por Dios, Jordan, me han dicho que le han encontrado en un estado aterrador...

A Jordan le pareció percibir un temblor de lágrimas en la voz de Chris. También eso era nuevo.

—Voy enseguida.

—Gerald vivía...

De pronto Jordan se dio cuenta de que su hermano hablaba de Gerald en pasado. Se sintió extrañamente reacio a poner tan pronto una lápida sobre el cadáver todavía caliente.

—Ya sé dónde vive. Al final de Water Street.

Por el tono de Chris, no pudo comprobar si había captado el sentido de su aclaración. Estaba a punto de colgar cuando su hermano dijo algo más.

—Jordan...

—¿Sí?

—Me alegro de haberte encontrado en casa.

Jordan sintió una extraña incomodidad. Respondió con la misma voz y dijo lo primero que se le ocurrió, porque en realidad no tenía nada que decir.

—Vale, ya voy.

A veces, en sus fantasías, tenía la sensación de que Nueva York era algo vivo, un ente independiente, con una voluntad propia y desconocida, que podría continuar funcionando aunque de golpe desaparecieran todos los seres humanos. Las luces seguirían encendiéndose y apagándose, el metro funcionando y los taxis recorriendo las calles incluso aunque ya no hubiera nadie en una esquina levantando una mano para detener uno.

Incluso en aquel momento, mientras colgaba el teléfono, tuvo la sensación de que aunque se fuera en ese momento encontraría en los límites de la ciudad una invisible e impenetrable barrera de energía, como si todo lo que había en torno de él se conjurara para obligarle a quedarse donde ya no deseaba estar. Donde ya no tenía ningún motivo para estar.

Se quitó las botas, abrió la cremallera del mono, se lo quitó con un único y hábil movimiento y lo dejó en el respaldo del sofá. Abrió la bolsa y sacó unas zapatillas deportivas, una camisa, unos vaqueros y una chaqueta de piel. Se puso con rapidez esas prendas que había imaginado que volvería a ponerse en otro lugar a muchas millas de allí. Mientras se sentaba para atarse los cordones de las

zapatillas, vio algo que asomaba entre los cojines del sofá.

Metió la mano y sacó una fotografía. Era una vieja foto en color, levemente descolorida, que correspondía a una época pasada. Recordaba muy bien cuándo se había hecho. Estaba en Lake George pescando con un grupo de amigos. Él y su hermano se hallaban de pie, con el reflejo del agua que parecía un halo a sus espaldas, el uno junto al otro. Los dos sonreían y miraban hacia el objetivo con una expresión de complicidad.

Se quedó unos segundos observando sus rostros como si fueran los de dos desconocidos. Él y Christopher eran físicamente diferentes, muy diferentes. Solo la mirada era idéntica. Tenían distintas madres pero el mismo padre, y los ojos azules eran la única herencia que Jakob Marsalis había repartido de forma igualitaria entre sus hijos.

Se levantó y dejó la foto en la repisa de la chimenea. Cogió la bolsa y se dirigió hacia la puerta, con la estúpida impresión de que también las imágenes de la foto hacían lo mismo, que volvían la espalda a esa habitación y se alejaban hacia el fondo del lago que se extendía ante ellas.

Abrió la puerta y encontró el paisaje familiar del rellano, con la luz incierta de los apliques en las paredes, la moqueta gastada y ese vago olor a humedad y comida para llevar que alguien había definido como «el olor de Nueva York».

De un apartamento de la planta baja llegaba el sonido demasiado alto de un estéreo. Jordan reconoció una canción de uno de sus cantantes preferidos, Connor Slave, el nuevo niño prodigio de la música culta estadounidense. Era un tema amargo y lleno de tristeza, titulado «Canción de la mujer que quería ser marinero», la melancólica y obstinada esperanza de una persona que desea algo que oficialmente le está vedado y que le será negado para siempre.

Esa canción le gustaba. Se sentía muy cercano a esa mujer que, de pie en el arrecife, contemplaba el mar que jamás surcaría mientras sentía que su deseo de libertad la sofocaba poco a poco. También él, en cierto modo, se encontraba en esa situación. Era su elección, pero no por ello la nostalgia resultaba menos fuerte.

El ascensor estaba en su planta. Entró, pulsó el botón para bajar y por el momento dejó a un lado la música y sus pensamientos.

En la calle le recibió la luz de un sol benévolo al que ni él ni esa ciudad tenían derecho. Mientras cruzaba, Jordan Marsalis pensó en la vida difícil de un

chaval al que todos conocían con el nombre de Jerry Kho, seudónimo de un artista que aspiraba a ser el representante más significativo y vanguardista del body art neoyorquino. Se dirían muchas cosas sobre él, y casi todas serían ciertas. Jordan sabía que los periódicos insistirían en su infancia difícil y su juventud rebelde, su dependencia de las drogas y el sexo, aunque perteneciera a una de las familias más prominentes de la ciudad. Si hubiera tenido suerte, quizá el tiempo y el talento habrían hecho de él un gran artista. Sin embargo, la pésima administración de ese talento no había contribuido a convertirle también en un gran hombre. Y ahora tanto el tiempo como la suerte se habían acabado. Si era cierto que el éxito y la juventud son cosas que la vida reclama que se le devuelvan, Gerald tuvo que hacerlo antes incluso de haberlos realmente experimentado.

Del otro lado de la calle, en la otra esquina con la Sexta, había una cafetería donde Jordan solía comer a menudo. Días de charlas con los camareros pero también de horas fumadas como cigarrillos, con la mirada fija en el vacío en busca de una solución que seguía rehuyéndole. Así, con el paso de los días, él y Tim Brogan, el propietario, se hicieron amigos, y Brogan le permitía dejar su moto en el pequeño patio de atrás del restaurante.

Jordan pasó ante los cristales y saludó con un gesto de la mano a una camarera con uniforme verde que estaba sirviendo a dos clientes sentados a una mesa que daba a la calle. La muchacha le reconoció; como tenía las manos ocupadas, le respondió con un movimiento de cabeza y una sonrisa.

Entró en el callejón y poco después dobló a la izquierda, hacia la parte posterior del local. De pie, a un lado de la moto cubierta con una lona, estaba Annette, una de las camareras, que se había tomado un momento de descanso y fumaba un cigarrillo apoyada contra la puerta de servicio. Desde hacía un tiempo, su marido tenía por amante a la botella, y unos años atrás su hijo tuvo problemas con la policía. Cuando acudió a él con lágrimas en los ojos, Jordan se apiadó de ella y la ayudó a resolver el asunto. Annette no hablaba mucho de su marido, pero ahora el chaval había encontrado trabajo y parecía decidido a no meterse en líos.

Cuando le vio llegar, su cara no mostró sorpresa.

—Hola, Jordan. Esta mañana pensaba que encontraría vacío el lugar de la moto. Estaba convencida de que ya te habías ido.

—También yo. Pero alguien, en alguna parte, ha decidido lo contrario, y al parecer su decisión cuenta más que la mía.

—¿Problemas?

—Sí.

El patio estaba en sombras, y por un instante el rostro de la mujer pareció cubrirse con una sombra aún más oscura.

—¿Y quién no los tiene, Jordan?

Los dos conocían lo bastante de la vida para saber de qué hablaban. Y ninguno de los dos lo había aprendido en los libros.

Jordan se acercó a la moto y empezó a quitarle la cubierta. Apareció la silueta roja y lustrosa de su Ducati 999. A pesar de la costumbre, siempre le fascinaba. Era una moto fabulosa por su funcionamiento, pero más aún por sus formas. Para quien escogía la moto como medio de transporte, una Ducati tenía un atractivo particular.

Annette la señaló con la cabeza.

—Qué hermosa.

—Hermosa y peligrosa —confirmó Jordan mientras doblaba la lona.

—No más que tantas otras cosas que suceden en esta ciudad. Nos vemos, Jordan.

Annette arrojó el cigarrillo al suelo y lo apagó cuidadosamente con el pie. Luego se volvió y entró en el local. El chirrido de la puerta al cerrarse a sus espaldas se perdió en el ruido del encendido. Mientras se aseguraba el casco y oía el murmullo familiar del motor, Jordan pensó que estaba a punto de hacer algo que había hecho decenas de veces y que creía que no volvería a hacer nunca más. Después de una llamada, se dirigía al lugar de un crimen. Pero esta vez era diferente. Esta vez la víctima era alguien que formaba parte de su vida, aunque hubiera elegido no formar parte de la vida de nadie.

Pero esta era una consideración sin importancia teniendo en cuenta lo ocurrido. Jerry Kho, el hombre asesinado, se llamaba en realidad Gerald Marsalis y, además de ser su sobrino, era el hijo de Christopher Marsalis, el alcalde de Nueva York.

5

Cuando Jordan cogió el último tramo de Water Street, la línea de luz dividía la calle en dos mitades exactas. Derecha e izquierda, sol y sombra, calor y frío. De pronto, con una sensación de desapego, pensó que en otro tiempo también él había formado parte de aquella trivial metáfora. Ahora todo parecía lejano como una película de la que se recuerdan algunas imágenes pero no se consigue recordar el título.

No le sorprendió demasiado encontrar, además del habitual despliegue de fuerzas policiales, una masiva presencia de los medios. Había periodistas de la prensa escrita que se acercaban todo lo posible entre los coches con las luces giratorias encendidas y las camionetas de Eyewitness News y Channel 4 aparcados en la explanada de Peck Slip. Una reportera de NY1 cuyo nombre no recordaba estaba transmitiendo en directo; en el fondo se veía la escena vallada. La oportuna presencia de los medios podía atribuirse a que en las fuerzas policiales siempre había alguien que pagaba la hipoteca o el colegio de su hijo personificando en su provecho a una «fuente fiable».

Fue a aparcar la moto de modo que quedara a la sombra, para no encontrar el asiento caliente cuando volviera. Avanzó hacia el edificio con la actitud de un curioso más, sin quitarse el casco, para evitar que le reconocieran. Si había algo de lo que no tenía ganas ni necesidad en aquel momento era de abrirse paso entre una pequeña muchedumbre de periodistas con micrófonos en la mano.

Un grupo de jóvenes que pasaban trotando vestidos con monos azules con las letras «NYPD» le obligó a detenerse un momento. Eran alumnos de la Academia de Policía que, guiados por un instructor, volvían del entrenamiento matinal. Al

pasar delante del lugar del delito y ver aquella agitación, algunos volvieron la cabeza hacia la entrada de la casa que, evidentemente, era la escena de un crimen.

Jordan logró no seguirlos con la mirada mientras el vehículo azul de la policía científica se acercaba a las vallas. Rodeó la barrera de metal para dirigirse hacia el portal de entrada, donde los responsables de la investigación habían apostado a dos agentes. A uno de ellos le conocía; servía en One Police Plaza, el cuartel general de la policía. No podía ser de otra manera; el comando central quedaba a poco menos de un kilómetro de allí, de modo que era normal que ellos se ocuparan del caso.

El agente se adelantó para impedirle el paso, pero en aquel momento la cabeza de Jordan emergió del casco y el otro le reconoció. El policía se relajó y esperó a que se acercara antes de abrir más la valla para facilitarle el paso.

—Buenos días, teniente.

Jordan inclinó la cabeza, como si vigilara dónde ponía los pies, así que el policía no pudo ver su expresión.

—Ya no soy teniente, Rodríguez.

—Es cierto, ten... Sí, disculpe, señor.

Rodríguez bajó los ojos durante un instante. Jordan pensó que no tenía por qué hacer pagar a aquel chaval una culpa que no era suya.

—No importa, Oscar. ¿Están todos arriba?

Rodríguez dio la impresión de que se recobraba tras aquel instante de incomodidad.

—Sí, en la última planta. Pero el alcalde todavía no ha llegado.

—Sí, lo sé. Debe de estar a punto de llegar.

El agente Oscar Rodríguez entornó los ojos hasta que se volvieron dos ranuras en su cara morena de hispano.

—Lo lamento por su sobrino... señor Marsalis.

El hombre que estaba del otro lado de la valla calló un instante. Jordan sabía que no había terminado.

—Si me permite, cuando uno ha sido un teniente de policía como usted, para alguien como yo siempre seguirá siéndolo.

—Gracias, Oscar. Ojalá fuese así de simple. ¿Puedo entrar?

—Pues claro. Nadie me lo ha dicho, pero tengo la sensación de que le están

esperando.

Rodríguez se hizo a un lado para permitirle entrar en el zaguán de la casa. Mientras subía en el ascensor y salía de aquella luz extrañamente incierta, Jordan no pudo evitar pensar con amargura que a veces la vida mide las distancias de manera mucho más significativa a como lo hacen las millas. Entre el New York City Hall, donde trabajaba Christopher Marsalis, y Water Street, donde vivía Gerald, había un espacio ínfimo, que podía recorrerse a pie en pocos minutos. Sin embargo nadie, por muy deprisa que corriera, habría logrado salvar la distancia que padre e hijo habían puesto entre ambos.

Jordan nunca había estado en el estudio de su sobrino. Una noche le encontró por casualidad en Via della Pace, un restaurante italiano del East Village. Estaba sentado en la penumbra con un grupo de chicos y chicas con un aspecto y unos modales muy coherentes con su estilo de vida. Todos tenían en la cara la misma expresión, una mezcla de la arrogancia de los que se sienten libres de ser ellos mismos hasta destruirse y la amarga resignación de los que miran a uno y otro lado y solo ven la nada. Por la actitud sumisa del grupo quedaba claro que Gerald era el líder. Cuando Jordan se aproximó a la mesa, el sobrino interrumpió la conversación con sus amigos y lo miró a los ojos, sin sorpresa ni placer. Sus ojos azules eran iguales, pero los suyos eran mucho más viejos.

—Hola, Jordan.

—Hola, Gerald.

El sobrino hizo una mueca de fastidio.

—Gerald es historia. Es un nombre que ya no me pertenece. De todo lo que era antes ya no queda nada.

En su mirada de desafío, Jordan encontró la confirmación de aquellas palabras y la sentencia que contenían. Trató de dar un tono conciliador a su voz.

—Los extremos se juntan. A veces basta muy poco para que lo hagan.

—Bonitas palabras, padre Marsalis. Ignoraba que te interesara la filosofía. Si has venido a darme un sermón...

Jordan meneó la cabeza.

—No, he venido porque tenía hambre, pero creo que me he equivocado de lugar.

—Sí. Opino lo mismo.

Se hizo ese instante de silencio que parece interminable entre dos personas

que ya no tienen nada que decirse. Jordan dio media vuelta y se marchó. En el murmullo indistinto que había a sus espaldas únicamente oyó la frase «tan solo es un madero».

Desde entonces no había vuelto a verle.

Y ahora estaba subiendo al lugar donde alguien había matado a Jerry Kho, el hombre que tomó posesión de Gerald Marsalis hasta el punto de morir en su lugar.

Cuando se abrieron las puertas del ascensor, lo primero que notó fue el fuerte olor a pintura. La puerta de entrada del piso estaba abierta de par en par y en el interior podía entrever a los de la policía científica, atareados en su investigación. Considerando la identidad de la víctima, sin duda el afán y el empleo de fuerzas y medios serían muy superiores al habitual.

Con toda probabilidad Christopher les había advertido de su llegada, porque el detective James Burroni salió al rellano antes de que el agente de guardia en el piso hiciera ademán de impedirle el paso.

—No hay problema, Pollard, me encargo yo.

Conocía a Burroni desde hacía tiempo y sabía que era un policía discreto. Habían trabajado juntos en el Noveno Distrito cuando todavía era una zona fronteriza, pero no se tenían simpatía. Sin embargo, Jordan no le censuraba; nadie aceptaba fácilmente a un colega que era al mismo tiempo un personaje famoso en Homicidios y el hermano del alcalde. Era de esperar que muchos pensaran que su fulgurante carrera se debía más a su ilustre pariente que a sus méritos reales.

Jordan se sintió como un intruso por su presencia en el lugar del crimen, aunque atañía de cerca a su vida privada. En cierto modo tenía la sensación de que Burroni pensaba lo mismo.

—Hola, James.

—Hola. Lamento que nos veamos en una ocasión como esta.

Jordan hizo un gesto vago con la mano, para disipar la incomodidad del momento. Ambos sabían cómo estaban las cosas, y que no eran precisamente agradables.

—Entra. Te aviso que el espectáculo es duro.

Mientras seguía al detective, Jordan no pudo evitar echar una rápida ojeada a su alrededor. Además del caos indescriptible que reinaba en el *loft*, tanto que

parecía formar parte de la construcción, había una luz primaveral clara y ajena, extrañamente apacible en aquel lugar en el que Jerry Kho había librado su guerra contra sí mismo y contra el mundo.

Entonces le vio.

Se esforzó por mantenerse impasible y frío ante la enésima representación de la crueldad humana, ante ese muchacho que aún no había cumplido treinta años y que alguien había asesinado y ridiculizado incluso después de la muerte.

Se arrodilló junto al cuerpo de su sobrino, ante aquellos ojos muy abiertos y aquella pintura roja de marioneta infernal que subrayaba el escarnio extremo de su posición. Burroni respondió a la pregunta que podía verse en su mirada.

—Por el examen sumario parece que lo estrangularon y después lo colocaron de esta manera. La muerte ocurrió hace unas horas.

Jordan señaló las zonas claras en las muñecas y los tobillos, donde la pintura se había despegado y se veía la piel.

—Probablemente estas marcas las dejó lo que usaron para inmovilizarle. Tal vez cinta adhesiva.

—Es posible. Ya lo confirmará la autopsia.

—Y de lo demás, ¿qué dice la Científica?

Burroni señaló el piso con un gesto circular.

—¿Has visto lo que hay aquí dentro? En este lugar hay siglos de historia. La limpieza es bastante deficiente, como ves. Cualquier cosa podría pertenecer a cualquiera y a cualquier época.

—¿Y esto? ¿Qué son estas cosas?

Jordan señaló el dedo de la víctima metido en la boca y la manta que sujetaba contra la oreja. Burroni entendió el sentido de la pregunta.

—Cola. Ya han cogido una muestra. Algo nos dirá cuando la hayan analizado.

—¿Y la pintura?

—Se ha pintado él mismo. Su galerista ha dicho que era bastante habitual que usara esta técnica. Ya sabes, todas esas tonterías de la vanguardia y...

Se interrumpió de golpe, como si de pronto hubiera recordado el parentesco de su interlocutor con la víctima.

La llegada de Christopher Marsalis evitó cualquier tentativa de disculpa. Cuando entró en el piso, seguido por el omnipresente factótum Ruben Dawson,

su hermano estaba literalmente haciendo pedazos al médico forense.

—¡... si mi hijo ha decidido esto, entonces lo tendrá! ¡Por Dios, espero que ahora me sirva de algo ser el alcalde de esta maldita ciudad! ¡Hagan lo que deban hacer! Retiren el cuerpo ahora mismo.

Todavía arrodillado, Jordan esperó a que su hermano pasara la estantería y tuviera la espantosa posibilidad de ver a qué estado habían reducido a su hijo.

Y así sucedió.

Mientras Christopher miraba el cadáver, Jordan le miraba la cara y vio cómo se convertía en piedra y luego se desmoronaba. Sus ojos se volvieron absurdamente opacos en aquel luminoso lugar, Jordan ignoraba cuánto viviría aún ese hombre, pero supo sin la menor duda que acababa de morir allí, en aquel momento.

Chris se volvió de repente y desapareció detrás de la estantería. Jordan se levantó, con los ojos fijos en los hombros de su hermano, que se entreveían a través de los estantes cargados de botes de pintura. Vio cómo ocultaba el rostro entre las manos. Su cabello blanco destacaba entre las manchas de color de los aerosoles y los recortes de tela sucios de pintura.

Se acercó y le apoyó una mano en el hombro. Christopher supo que era él aun sin verle.

—Jesús bendito, Jordan, ¿quién pudo hacer algo así?

—No lo sé, Chris, de veras no lo sé.

—No consigo ni siquiera mirarlo, Jordan. No puedo creer que eso sea mi hijo.

Christopher se recostó contra la pared y se apoyó con un brazo; tenía la espalda vuelta, la cabeza baja y el abrigo que colgaba junto a un pie que se movía nerviosamente como si quisiera cavar un agujero hasta el centro de la tierra. Permaneció en esa posición durante todo el tiempo que tardaron en retirar el cuerpo.

Ruben Dawson se aproximó y se quedó de pie junto a su alcalde, atento y en silencio, como siempre. Levantaron el cadáver y lo introdujeron en una bolsa de plástico. Jerry Kho salió de la habitación en una camilla, con un rumor de bisagras y un chirrido de ruedas por marcha fúnebre. En la pared, aquel número epitafio seguía encerrado en su absurda nube, la expresión de un mundo infantil que en aquel sitio y en aquel momento parecía tan fuera de lugar como una

canción de cuna.

Quedaron solos los cuatro, cuatro estatuas de sal ante las preguntas que todo crimen plantea. ¿Quién? y ¿por qué? son las preguntas que uno se hace siempre. Y aunque la primera muchas veces tiene respuesta, la segunda sigue, pese a todo, siendo un enigma sin resolver.

El primero en recobrarse fue Christopher Marsalis. En su voz había una rabia interior, y quizá justamente gracias a ella recuperó el control de lo que se veía en la superficie. Se acercó a la pared contra la cual se había estado apoyando, hasta hacía poco, lo que quedaba de su hijo.

—¿Qué coño significa este número?

La pregunta quedó suspendida sobre las cabezas de todos ellos.

Jordan respiró hondo y se apartó de los demás. Un instante después ya no se hallaba con ellos. Había descubierto, hacía mucho tiempo, que poseía una enorme capacidad de visualización. Cuando todavía estaba en la Academia de Policía, durante las pruebas de aptitud, la psicóloga que realizaba los tests se quedó anonadada por su capacidad de describir todos los conceptos que le proponía con una cantidad y una claridad de detalles impresionante.

Siguiendo ese instinto, fijó los ojos en la pared hasta que esta desapareció.

Ahora veía el cadáver de Gerald, arrastrado y apoyado contra la pared y colocado en esa posición absurda, y la mano que dibujaba la nube y...

—Es un código T9 —dijo como si no pudiera ser de otro modo.

Tres cabezas se volvieron de golpe hacia él. Ruben Dawson recuperó su función oficial de portavoz del alcalde.

—¿Y qué es un código T9?

Jordan metió la mano en el bolsillo y sacó el móvil. Comenzó a marcar velozmente, alzando de vez en cuando la cabeza para mirar los números. Cuando confirmó su intuición, no cambió la expresión ni el tono de voz, para no parecer el primero de la clase.

—Es un sistema de composición de los SMS, los mensajes que se envían con el móvil. El software del teléfono reconoce por las teclas que se pulsan, las diversas palabras que se pueden formar y las recompone, sin que tenga uno mismo que marcarlas letra por letra.

Jordan se acercó a la pared y señaló con el dedo las dos últimas cifras, encuadradas.

—Aquí, ¿veis? Los últimos dos números están en un recuadro. Pensando en la posición del cuerpo...

Jordan logró, con esfuerzo, no llamar a la víctima por su nombre. Llamar a la víctima por el nombre, en las normas de comportamiento de la policía, significaba que el investigador se involucraba excesivamente, y eso perjudicaba la investigación.

—Al ver la posición del cuerpo y lo que está escrito, he pensado que podía haber un nexo entre las dos cosas. He marcado los números en el teléfono de cierta forma, y mirad lo que ha salido.

Jordan les mostró el móvil abierto en dos. En el visor en color había una frase:

the doctor is in.

Un conjunto de cabezas se levantó con sorprendente sincronización. Caras atónitas volvieron sus miradas interrogativas hacia Jordan. Ese instante de silencio fue más elocuente que cualquier pregunta.

Jordan prosiguió. Quien le conocía bien sabía que ahora hablaba más para sí mismo que para los otros.

—La víctima estaba en una posición que pretende aludir a la manía de Linus, el personaje de Charles Schulz que se chupa el dedo mientras sostiene su manta fetiche contra la oreja.

Señaló con el índice de la mano derecha la frase que había compuesto en la pequeña pantalla del teléfono.

—Estas palabras son las que usa otro personaje de Snoopy cuando abre su consultorio de psiquiatra en la calle.

Burroni le observaba con una expresión de suficiencia. Pero el tono de su voz disimulaba a duras penas su admiración.

—¿Y esto qué significa, según tú?

Jordan se guardó el móvil en el bolsillo de la chaqueta de piel.

—No creo que el asesino quisiera que el mensaje que dejó en la pared resultara difícil de descifrar. El sistema es tan simple que cualquiera de los programas que usa la policía o el FBI podría descodificarlo en pocos segundos.

Metió una mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó un cigarrillo sin extraer la cajetilla. Lo encendió y exhaló al mismo tiempo una bocanada de humo y el

fin de su historia.

—No, pienso que, para el asesino, esto ha sido una especie de divertimento, una pequeña broma con la que pretende indicarnos...

Se interrumpió bruscamente.

«Ya no soy teniente, Rodríguez.»

—... Con la que pretende indicaros sus futuros movimientos.

Nadie dio muestras de haber advertido la pequeña corrección, una sutileza que para Jordan representaba la diferencia entre la noche y el día.

Christopher se acercó un paso. Burroni estaba pálido.

—Explícate mejor, Jordan.

El hombre que había sido policía, y que según el agente Oscar Rodríguez lo sería siempre, indicó con un gesto de la mano las cifras escritas en la pared.

—Bien. Quien mató a ese hombre lo ha caracterizado como Linus, uno de los personajes de Snoopy Es probable que haga lo mismo con la siguiente víctima.

Sin darse cuenta, Jordan se había puesto al frente de la situación y ahora todos estaban pendientes de sus palabras.

—No sé quién será esta desafortunada persona, pero si estoy en lo cierto, hay dos cosas muy probables: la primera es que se tratará de una mujer...

—¿Y la segunda? —le apremió Christopher.

—La segunda es que en su mente retorcida el asesino la llama Lucy.

6

Lysa Guerrero reaccionó con una ligera flexión del busto tras el suave empellón que hizo el tren al detenerse. El soplido herrumbroso de los frenos significaba la Grand Central Station, y esta estación significaba Nueva York. Una ciudad nueva, más gente indiferente y otra casa llena de muebles que no había elegido ella. Pero esta vez era una elección definitiva, un lugar donde terminar y donde volver a empezar.

Se puso de pie y cogió la maleta con ruedas del portaequipajes. Su pelo largo y ondulado se movió alrededor de su rostro como si estuviera vivo. Por el rabillo del ojo, Lysa vio una expresión soñadora en la cara del hombre que había pasado parte del viaje sentado frente a ella, en compañía de un niño de unos ocho años, observándola cuando creía que no le miraba. Era un tipo con aspecto anónimo de empleado, de esos que usan corbata con nudo postizo y mangas cortas bajo la chaqueta. El hombre parecía intimidado por su belleza, y la única vez en que sus miradas se cruzaron se refugió con alivio en las respuestas que exigían las preguntas del hijo.

Lysa le guiñó un ojo.

Vio cómo se ruborizaba y concentraba de pronto toda su atención en la mochila que el hijo intentaba ponerse solo.

Lysa bajó del tren, recorrió el andén y siguió las indicaciones, indiferente a las miradas que la precedían, la seguían y la empujaban hacia la salida. Nadie la esperaba, y en ese momento de su vida no quería que la esperara nadie.

Se encontró en el enorme vestíbulo de la Grand Central Station, un monumento hecho de mármol, madera, escaleras y películas vistas una y otra

vez.

Aquel altísimo techo no era otra cosa que un trozo de cielo de la ciudad, un pedazo de historia reciente que Jacqueline Kennedy había salvado de la destrucción y que había quedado como testimonio de un tiempo pasado en medio de edificios que ya formaban parte del futuro.

Arrastrando su maleta, giró a la derecha y se dirigió hacia el pasaje subterráneo, siguiendo las indicaciones para el metro.

Sabía que en la planta inferior de la Grand Central Station había un restaurante muy famoso, el Oyster Bar, donde era posible encontrar todos los tipos de ostras que la naturaleza y el ser humano habían creado para el placer de los paladares más refinados. Decidió que había que celebrar oficialmente su llegada a la ciudad. Ostras y una copa de champán para inaugurar su nueva vida. Y quizá incluso para olvidarla, para impedir que se convirtiera en un recuerdo demasiado pesado...

«¡Vamos, Lysa! Un poco más y ya está.»

Durante toda la vida había buscado un lugar tranquilo donde refugiarse. Lo que más deseaba en el mundo era la serenidad de las cosas que para la mayor parte de la gente representaban, en cambio, una pesadilla. Su mayor deseo era pasar inadvertida; sin embargo, su aspecto físico estaba muy lejos de producir ese efecto. Se había pasado la vida con decenas de ojos encima, ojos que llevaban escrita una sola y muda pregunta. Sus preguntas, siempre diferentes, habían recibido decenas de respuestas siempre iguales.

Y al fin se había dado por vencida.

Si el mundo que la rodeaba la quería así, así sería. Sin embargo, aquella bandera blanca que había decidido agitar costaría muy cara a todos los que quisieran descubrir su precio.

Recorrió el plano inclinado que llevaba hacia abajo y se encontró ante el restaurante que buscaba.

Entró por la puerta de vidrio del Oyster Bar con indiferencia, pero ninguno de los presentes permaneció impasible ante su entrada.

Dos *yuppies* algo entrados en años, sentados a la barra justo frente a la entrada, interrumpieron su conversación, y un tío más bien gordo, sentado dos lugares más allá, dejó caer sobre la servilleta que tenía en el regazo la ostra que estaba comiendo.

Un camarero vestido con el uniforme del lugar —camisa blanca y chaleco oscuro— fue a su encuentro y la acompañó a través del amplio salón cuadrado hasta una mesa en un rincón, puesta para dos con un mantel a cuadros rojos y blancos.

Lysa se sentó, sin mirar hacia el lugar vacío, y acomodó contra la pared de su izquierda el bolso y la maleta. El camarero, cortés e indiferente, le puso delante el menú, que tenía impreso en la tapa el logo del local.

Ella lo apartó con la mano y, con una de sus mejores sonrisas, que logró convertir la indiferencia y la cortesía del camarero en simpatía, dijo:

—Tomaré una selección de las mejores ostras que tengan, y media botella de champán muy frío.

—Óptima elección. ¿Cree que una docena bastará?

—Mejor tráigame dos docenas.

El camarero tomó nota y luego se inclinó hacia ella con expresión cómplice.

—Si mi influencia con el *maître* no ha disminuido, creo que lograré que le dejen una botella de champán entera por el precio de media. Bienvenida a Nueva York, señorita.

—¿Cómo sabe que no soy de aquí?

—Lleva una maleta y sonríe. No puede ser de Nueva York.

—También los que se van llevan maleta.

Lysa le había provocado, y obtuvo la inevitable respuesta.

—Sí, pero los que se van de esta ciudad solo recuperan la sonrisa cuando están muy lejos.

El camarero se alejó con su simple y apocalíptica filosofía de neoyorquino y Lysa se quedó sola.

En el ángulo opuesto del salón en el que ella se sentaba había una mesa con media docena de hombres. Estaba segura de que tampoco ellos eran de la ciudad. Lysa había sido forastera demasiadas veces y durante demasiado tiempo como para no reconocerlos a primera vista. Los observó unos instantes, con disimulo, mientras hacía su pedido. Cuando llegó y se sentó, los había poseído un frenesí propio de una pelea de gatos.

Lysa hizo ver que buscaba algo en el bolso; poco después llegó la providencial interrupción del camarero, que traía una bandeja de ostras dispuestas con elegancia sobre hielo y una botella que asomaba por el borde de

una cubitera cromada.

Los hombres de la mesa esperaron a que el camarero le sirviera, pero inexorablemente acabó ocurriendo lo que Lysa esperaba. Después de secretear con los amigos, uno de ellos, un tío alto, con entradas en el pelo y barriga de bebedor de cerveza bajo la chaqueta clara, se levantó de la mesa y avanzó hacia ella.

Llegó justo cuando Lysa estaba sirviéndose una gruesa ostra Belon.

—Hola, guapa. Me llamo Harry y soy de Texas.

Lysa alzó un instante los ojos y enseguida empezó a aliñar su ostra. Habló sin mirarle a la cara.

—¿Y eso te convierte en un hombre especial?

Presa de su ansia guerrera, Harry no captó el tono irónico de la réplica y lo interpretó como un reconocimiento de sus cualidades.

—Puedes estar segura.

—Me lo imaginaba.

Sin que le invitaran, el hombre se sentó en el lugar libre que había junto a ella, en la butaca tapizada en piel.

—¿Cómo te llamas?

—No sé qué quieres proponerme, pero, sea lo que sea, te advierto que no me interesa.

—Vamos. Un hombre como yo siempre tiene algo que puede interesar a una mujer como tú.

Se había lanzado con tanto brío hacia la conquista, que no se dio cuenta de la expresión de impaciencia que aparecía en el rostro de su presa. Era una mosca, y no lo sabía. Lysa se apoyó contra el respaldo, hinchó levemente el pecho y le miró con una expresión que hizo que le temblaran las piernas.

De repente sonrió; sus ojos encerraban infinidad de promesas.

—Mira, Harry, hay algo que adoro en un hombre: la iniciativa. Creo que tú la tienes, y que por eso eres un tío listo. Muy listo.

Harry sonrió también, pavoneándose ante sus amigos. A Lysa no le pasó por alto la mirada de soslayo que el hombre echó hacia la mesa donde se hallaban sentados los otros.

—No puedes ni siquiera imaginarte cuánto.

—Entiendo. Entonces es justo que sepas que también yo soy lista. Mira mi

mano.

Lysa deslizó lentamente la mano izquierda sobre la mesa. Los ojos de Harry siguieron fascinados el dibujo de las uñas sobre la tela a cuadros blancos y rojos del mantel. Era un simple movimiento con la punta de los dedos, pero aquella mujer conseguía volverlo sensual. Su nuez de Adán dio un brinco cuando tragó saliva.

—¿Ves lo que estoy haciendo sobre el mantel? Piensa que podría hacértelo a ti, en la espalda, entre el pelo, en el pecho, en otras partes...

Ese «otras partes» llegó a Harry llevado por un cálido soplo de aliento y le abrió excitantes perspectivas hacia el abismo. Lysa entornó los ojos y continuó.

—¿Lo imaginas?

La expresión de Harry, por muy limitada que pudiera ser su fantasía, significaba que sí, que lo estaba imaginando. De repente, la mujer sentada junto a él cambió de actitud. Dejó de mirarlo y su voz se volvió un suspiro leve e indiferente.

—Y ahora imagina qué podría hacer con la otra mano.

Señaló con la mirada algún lugar debajo de la mesa. Harry bajó los ojos y lo que vio le hizo palidecer. La mano derecha de la mujer aferraba un cuchillo puntiagudo y afilado.

Aquel cuchillo apuntaba directamente a sus testículos.

—Tú eliges. Vuelves con tus amigos con pelotas o sin ellas.

Harry buscó refugio en una mueca irónica, que no consiguió disfrazar la incomodidad que traicionaba su voz.

—No te atreverías.

—¿Cómo?

Un instante de inmovilidad. Durante un par de segundos pareció que el único movimiento que había en el mundo era el de una pequeña gota de sudor que bajaba por la frente de Harry. Luego, gracias a Lysa, el motor del tiempo volvió a girar.

—Te concedo una oportunidad.

—¿Cuál?

—Como veo que no eres malo sino solo un gilipollas, quiero hacer algo por ti. Ahora meterás la mano en el bolsillo de la chaqueta y me darás una tarjeta tuya. Tus amigos lo verán y tú podrás contarles lo que quieras. Tal vez esta

noche salgas solo y vayas al cine, y mañana contarás qué fantástica noche has pasado conmigo. No me interesa. Lo único que quiero es que te levantes y me dejes terminar mi comida.

Harry se levantó de la mesa, apartándose con cautela de aquella estalactita de acero que pendía sobre su virilidad.

Lysa volvió a poner la mano derecha, ya vacía, sobre la mesa. Con un gesto preciso y muy alusivo cogió la gruesa ostra que tenía en el plato y absorbió el molusco haciendo un poco de ruido.

Harry trató de recuperar parte de su orgullo. Pero lo hizo de espaldas a la mesa donde se hallaban sus amigos.

—No eres más que una furcia barata.

La sonrisa angelical que recibió en respuesta parecía incompatible con la figura de una mujer guapísima que hasta hacía pocos segundos, con absoluta indiferencia, había apuntado un cuchillo hacia sus atributos sexuales. La mano de la muchacha volvió a dirigirse bajo la mesa.

—Si de veras piensas eso, ¿por qué no vuelves a sentarte aquí?

Harry dio media vuelta sin añadir nada más y fue directamente al otro extremo del salón. Ella le siguió con la mirada y una sonrisa. Mientras él se sentaba con sus amigos, Lysa cogió la copa llena de champán e hizo un gesto de brindis en dirección a Harry. Nadie, en el grupo de hombres que le rodeaba, notó la tensa sonrisa con que él respondió al gesto.

Luego, con calma, Lysa volvió a concentrar su atención en una enorme ostra de Maine que sobresalía en la bandeja de metal.

Tres cuartos de hora después, un taxi la dejó en la dirección que le había dado.

Cincuenta y cuatro Oeste, en la calle Dieciséis, entre la Quinta y la Sexta avenidas, en el barrio de Chelsea.

Bajó del coche y, mientras el taxista descargaba su equipaje del maletero, alzó los ojos hasta divisar el techo del edificio; luego, buscó las ventanas del piso de la tercera planta, encima de la esquina. Metió la mano en el bolso, sacó un juego de llaves, cogió la maleta y se dirigió hacia la puerta de entrada.

No sabía por cuánto tiempo, pero aquel lugar, por el momento, sería su casa.

7

Jordan entró con la moto en Carl Schurtz Park y cogió la senda corta y empinada que llevaba a Gracie Mansion, la residencia oficial del alcalde de Nueva York. Su hermano había decidido vivir allí durante su mandato, aunque poseía un espléndido piso en la calle Setenta y cuatro. Jordan recordaba perfectamente el discurso de toma de posesión, cuando declaró con su mejor tono atraevotos que «el alcalde de Nueva York debe vivir donde sus ciudadanos han decidido que debe hacerlo, porque es allí donde lo buscarán cuando lo necesiten».

Se detuvo ante la verja y se quitó el casco, mientras el agente de guardia, un chaval con rastros de acné juvenil en las mejillas, se acercaba a identificarlo.

—Soy Jordan Marsalis. El alcalde me espera.

—¿Puede mostrarme su documentación?

Sin hablar, Jordan metió la mano en el bolsillo de la cazadora y extrajo su carnet de conducir.

Mientras esperaba el resultado del control, vio unos coches de policía que aparcaban allí cerca y a muchos agentes que vigilaban la casa. Era comprensible. Acababan de asesinar al hijo del alcalde y no se podía excluir del todo que el asesino se propusiera atacar también al padre.

El policía le devolvió el documento.

—Todo en orden. Enseguida le abro.

—Gracias, agente.

Si aquel muchacho lo conocía y sabía su historia no lo dio a entender. Volvió a la caseta y la verja automática comenzó a abrirse.

Jordan aparcó la moto en un pequeño espacio, frente a la entrada principal de

Gracie Mansion. Mientras se aproximaba, se abrió la puerta y apareció en el umbral un mayordomo impecable, muy parecido al mejor John Gielgud.

—Buenos días, señor Marsalis. Sígame usted, por favor. El alcalde le recibirá en el estudio pequeño.

—No es necesario que me acompañe; conozco el camino, gracias.

—Muy bien, señor.

El discreto mayordomo se marchó. Jordan fue por el pasillo que llevaba al otro lado de la casa, orientado hacia East River.

Al salir del piso de Gerald, Christopher le pidió que se reuniera con él en Gracie Mansion. Fuera del edificio, Jordan evitó el asalto de los periodistas recurriendo una vez más a la protección del casco. El ardid resultó útil aunque no era necesario, porque poco después salió Christopher. Los periodistas estallaron en un rumor frenético y se arrojaron sobre él con el ímpetu de hormigas a las que hubieran destruido el hormiguero.

Jordan volvió a la Ducati, la encendió y se marchó sin darse la vuelta para mirar.

Y ahora estaba allí, ante una puerta a la cual no tenía ganas de llamar. Golpeó ligeramente con los nudillos sobre la madera lustrada y entró sin esperar autorización.

Christopher estaba sentado al escritorio, hablando por teléfono. Con una mano le indicó que se acercara. Ruben Dawson se hallaba a un lado, en un sillón, con las piernas cruzadas, elegante, compuesto y aséptico como siempre. Al verlo entrar le hizo un gesto casi imperceptible con la cabeza.

En lugar de sentarse, Jordan prefirió ir un poco más allá del escritorio y quedarse de pie ante el calor de los vidrios de la ventana que daba al Roosevelt Channel. Fuera, sobre el agua, se reflejaba la misma luz que iluminaba Water Street. Una barcaza se movía lentamente por el West Channel, en dirección al sur. Un hombre pasaba llevando a dos niños de la mano, quizá en dirección al campo de juegos del parque. Dos jóvenes se besaban apoyados en la barandilla.

Todo era normal. Ante sus ojos tenía un bonito y normal día de primavera como cualquier otro.

Y a sus espaldas, la voz fría de su hermano, al que acababan de matarle al hijo.

—No, te digo. Lo que ha sucedido no debe utilizarse. Ni foto del padre

destrozado de dolor ni nada por el estilo. En este momento hay muchachos estadounidenses luchando en diversas partes del mundo. La pérdida de cualquiera de ellos es tan importante como la de mi hijo; el dolor de un fontanero de Detroit no vale menos que el del alcalde de Nueva York. Todo lo que puedo conceder es que esta ciudad llore la pérdida de un gran artista.

Una pausa.

Jordan ignoraba con quién hablaba su hermano, pero sabía que estaba dando indicaciones a su oficina de prensa sobre cómo actuar en aquellas circunstancias. Volvió a pensar en el rostro de Christopher mientras miraba, con un único y gélido vistazo, el cuerpo de Gerald.

Ahora, en cambio...

—Bien, en todo caso consultadme antes de tomar cualquier decisión.

El ruido del auricular al colgar se confundió con el de la puerta que se abría. Entró Maynard Logan, el jefe de policía, que llevaba en la cara su mejor expresión de circunstancias.

—Christopher, lamento enormemente lo que ha ocurrido. He venido en cuanto me he ent...

El hombre sentado al escritorio le interrumpió sin dar la menor señal de haber oído siquiera el sonido de sus palabras.

—Siéntate, Maynard.

Jordan nunca le había visto tan incómodo. Incluso le sorprendió que pudiera caer en un estado de ánimo semejante. Cuando el alcalde se dio cuenta de la presencia de su hermano en la habitación, la incomodidad aumentó todavía más.

Logan se acomodó en una silla. Christopher se inclinó hacia delante, apoyó los codos sobre la superficie de madera y apuntó el dedo índice hacia el jefe de policía.

—Maynard, quiero que capturen al que ha matado de esa forma a mi hijo. Le quiero encerrado en Sing Sing. Quiero que los otros detenidos le muelan a palos cada día, y quiero ser yo quien empuje los émbolos de las jeringas cuando llegue el momento de mandarle a tomar por culo.

Christopher Marsalis era un político, y como tal sabía cómo comportarse ante un público formado por posibles electores. Sin embargo, en privado su lenguaje no era siempre tan refinado como el que la gente solía relacionar con su imagen pública.

—Y quiero que sea Jordan quien lleve esta investigación.

Los tres se quedaron inmóviles. Jordan, junto a la ventana; su hermano, apuntando con el dedo, y Ruben Dawson, con la vista fija en la correa del reloj que llevaba en la muñeca. Solo el jefe de policía movía los ojos de uno a otro.

—Pero, Christopher, yo no...

—¡Yo no, una hostia, Maynard!

El jefe de policía trató de recuperar un poco el terreno que notaba que desaparecía bajo sus pies.

—De acuerdo, razonemos un instante. Personalmente, no tengo nada contra Jordan. Todos sabemos que es muy capaz. Pero él no es el único buen policía que existe, y además hay procedimientos que por lo menos yo...

Logan parecía condenado a no terminar nunca una frase. Jordan vio que su hermano se abalanzaba sobre las palabras como un halcón sobre un gallinero.

—Los procedimientos me importan un carajo. La mayoría de tus hombres no conseguiría encontrar su culo ni siquiera con un manual de anatomía en la mano.

—Tengo ciertos deberes con la comunidad. ¿Cómo puedo hacer respetar las reglas si soy el primero en transgredirlas?

—Maynard, aquí no estamos en un congreso de la policía. Sé muy bien cómo funcionan las cosas. La mitad de los policías de esta ciudad aceptan sobornos y la otra mitad mira hacia otro lado, mientras pasan sin cesar de un cincuenta por ciento al otro. Las reglas se hacen y se deshacen según la necesidad.

Logan intentó abordar el tema desde otro ángulo. Pero era el último recurso, y lo sabía muy bien.

—Jordan, esta situación le afecta personalmente y podría no tener la serenidad de juicio necesaria.

—Maynard, hoy todos hemos visto muchas cosas. Si Jordan ha tenido la frialdad de llegar y descifrar ese coño de número incluso después...

Christopher hizo una pausa y por un instante volvió a ser el hombre que Jordan había visto ante el cadáver de su hijo. Pero fue apenas un instante, y, con la misma rapidez, pasó.

—Si lo ha logrado incluso después de haber visto ese espectáculo, no creo que le cueste proseguir la investigación.

Maynard Logan tenía la expresión de alguien que debe mover una montaña con una cuchara.

—No sé...

Christopher no le dio tregua.

—Yo sí lo sé. O, mejor, sé muy bien qué quiero. Tú limítate a echarme una mano para hacerlo.

Por primera vez desde su llegada, Jordan hizo oír su voz.

—¿No creéis que mí opinión pueda contar un poco en toda esta discusión?

Maynard y Christopher le miraron como si hubiera surgido de la nada en aquel momento. En el rostro pálido e impasible de Ruben Dawson apareció la sombra de una sonrisa, aunque desapareció rápidamente.

Jordan abandonó su puesto junto a la ventana y se acercó al escritorio.

—Yo estoy fuera del juego, Christopher. Sabe Dios cuánto lo lamento por Gerald, pero a esta hora debería estar a más de doscientos kilómetros de aquí.

Su hermano alzó hacia él los ojos azules, buscando la mirada y el consuelo de los suyos.

—El camino estará esperándote cuando todo haya terminado, Jordan. Solo confío en ti.

Luego el alcalde se volvió hacia su jefe de policía, con una gentileza tan inesperada como interesada.

—¿Puedes perdonarnos un momento, Maynard?

—Por supuesto.

—Ruben, ¿quieres hacer compañía al señor Logan y ofrecerle algo de beber?

Dawson se levantó sin cambiar de expresión ni actitud y los dos salieron de la habitación, quizá aliviados con aquella pausa. A Jordan le alegró que el tacto de su hermano se hubiera extendido también a su inseparable colaborador.

Se sentó en la silla de madera de perfecto estilo Nueva Inglaterra que hasta unos segundos antes había ocupado Logan.

Christopher se apartó del escritorio y adoptó un tono de complicidad, buscando un efecto persuasivo.

—Logan hará lo que yo diga. Puedo darte el apoyo necesario; no tienes más que pedirlo. Y tendrás a tu disposición todos los medios de investigación posibles. Oficialmente no se dirá nada, pero la investigación la llevarás tú, a todos los efectos. Si quieres, Burroni estará a tus órdenes en lo que concierna a la parte oficial.

—No creo que se muestre muy entusiasta.

—Me he enterado de que en estos momentos tiene un problema con el Departamento de Asuntos Internos. Ya verás como se entusiasma cuando lo resolvamos y le pongamos ante los ojos un significativo avance en su carrera.

Jordan guardó silencio. El tono cómplice cedió paso a la súplica.

—Jordan, debes hacerlo.

Respondió con una pregunta que iba dirigida a ambos.

—¿Por qué?

—Porque esta mañana han matado a tu sobrino. Y además, porque trabajar de policía es tu vida.

Jordan bajó los ojos hacia el suelo, como si reflexionara. Pero en realidad se enfadó consigo mismo por no haber encontrado nada válido que replicar. Y había una razón; lo que acababa de decir su hermano era rigurosamente cierto.

«Ya no soy teniente, Rodríguez.»

Tomó su decisión en un instante, como siempre. Algunas veces se había arrepentido, otras no. Rogó que la situación en que se hallaba perteneciera a la segunda categoría.

—De acuerdo, lo haré. Hazme llegar cuanto antes una copia de las declaraciones, el resultado de la autopsia y de todos los análisis de la Científica. Pero tengo que moverme a mi manera. De vez en cuando te haré saber qué necesito y dónde.

—Como tú dispongas. Ruben ya tiene las actas del interrogatorio a LaFayette Johnson y un primer informe del forense. La autopsia se está realizando en estos momentos. Quizá llegue un informe provisional antes de que te vayas de aquí.

—Muy bien. Te mantendré al corriente.

Jordan se puso de pie y se dirigió hacia la puerta. La voz de su hermano le alcanzó cuando iba a coger el picaporte.

—Gracias, Jordan. Sé que lo haces por mí y...

Su hermano le interrumpió. Y eso era algo a lo que Christopher Marsalis no estaba acostumbrado.

Jordan le miró fijamente y el tono de su voz disolvió de golpe esa precaria solidaridad que durante unos instantes se había establecido entre ellos.

—Aunque sea por una vez, permíteme ser egoísta. No lo hago para acallar tu sentimiento de culpa. Lo hago para acallar el mío.

—Sea cual sea el motivo, te lo agradezco. No lo olvidaré.

A pesar suyo, Jordan esbozó una sonrisa amarga.

—Me parece que no es la primera vez que te oigo decir eso.

Vio que pasaba una sombra por el rostro de Christopher al oír aquellas palabras. Cuando cerró la puerta de la habitación, deseó que su hermano no tuviera conciencia. Quedarse entre cuatro paredes, solo, en compañía de esa presencia feroz, sería una prueba muy dura, incluso para él.

8

—Aquí tienes. Solo, cargado y sin azúcar, como a ti te gusta.

Annette dejó una taza de café *espresso* sobre la mesa, ante Jordan.

—Gracias, Annette. ¿Me cobras?

—El jefe ha dicho que invita la casa.

Jordan miró a Tim Brogan, que estaba detrás de la caja, y le dio las gracias con un gesto de la mano. La camarera indicó con la cabeza el televisor ubicado en el rincón opuesto del local. En aquel momento estaba sin voz, sintonizado en una película de la HBO. En la pantalla se veía a Harry Potter volando en una escoba, mientras jugaba una encarnizada partida de *quidditch*. Annette bajó la voz y ese cambio de tono los aisló por un instante del resto del mundo.

—Nos hemos enterado por las noticias, Jordan. Lamento mucho lo del chaval. Un asunto feo. Y yo de asuntos feos entiendo bastante.

—La vida es un asunto feo, Annette. Hace poco más de doce horas pensaba que este había dejado de ser mi restaurante habitual. Y en cambio...

Levantó la taza hacia ella e hizo un gesto de brindar, aunque fue tan amargo como el café que estaba bebiendo.

—Por los viajes fallidos.

Annette sabía qué escondía en realidad aquella frase, y le sonrió. Jordan vio sinceridad en sus ojos.

—Por los viajes aplazados, Jordan. Solo aplazados.

Un tío gordo y calvo, con una mancha de ketchup en una mejilla, que estaba sentado a una mesa situada detrás de ellos, le hizo señas. Annette se vio obligada a volver al mundo al que pertenecía durante ocho horas al día. Más las horas

extras, como aquella noche.

—Enseguida vuelvo.

Se marchó y dejó a Jordan con sus pensamientos. Aparte del componente emotivo, era un asunto feo. Habría que andar con pies de plomo, en todos los aspectos. Y, si no se equivocaba, la situación podía ponerse aún más difícil, suponiendo que ello fuera posible. Cuando cerró la puerta del estudio de su hermano en Gracie Mansion, todavía no había llegado el informe de la autopsia. Prefirió marcharse y dejar a Christopher con sus sentimientos de padre y sus deberes de alcalde. Jordan no sabía cuál de los dos papeles era más duro en aquel momento.

Telefoneó a Burroni y le citó para la hora de la cena, en la cafetería que había en la esquina de la Sexta Avenida. Mientras acababa de tomar el café vio al policía a través del cristal; lo siguió con los ojos hasta que llegó a la puerta.

Llevaba la misma chaqueta de ante y el mismo sombrero negro de ala redonda que le había visto por la mañana. Entró y echó una mirada por el local. Cuando vio a Jordan, fue directo hacia la mesa con su extraña forma de andar, como de jugador de fútbol. En una mano llevaba un periódico deportivo doblado en dos, del que sobresalía una carpeta amarilla.

Cuando llegó se quedó de pie ante Jordan. Podía verse reflejado en su rostro que deseaba estar en otra parte y con otra persona.

—Hola, Jordan.

—Siéntate, James. ¿Qué te apetece tomar?

Jordan hizo una seña a una camarera que pasaba. La muchacha se detuvo para tomar el pedido.

—Una Schweppes. Estoy de servicio.

Jordan escuchó sin pestañear el tono con que Burroni había subrayado las últimas palabras. El detective se dejó caer en una silla, frente a él, y dejó el periódico sobre la mesa. La carpeta quedó parcialmente a la vista; Jordan alcanzó a leer las letras «NYPD».

—Aclaremos las cosas de una vez por todas, Marsalis.

Jordan le miró con la expresión más irritante de que era capaz.

—No pido menos.

—Quizá yo no te guste, pero eso no tiene ninguna importancia para mí. El verdadero problema es que tú no me gustas. Y sobre todo no me gusta esta

situación. Me duele lo de tu sobrino, pero...

Jordan alzó las manos y cortó de raíz un discurso que sabía adónde iría a parar.

—No digas nada. No sé qué te han dicho, ni me interesa. Pero me parece muy importante que escuches lo que voy a decirte.

Burroni se quitó el sombrero y lo dejó sobre la silla libre que había a su lado. Se apoyó en el respaldo y cruzó los brazos, a la espera.

—Lo estoy haciendo.

—No creo que pueda dolerte lo de mi sobrino. Piensas que era un chalado vicioso que ha tenido el fin que merecía y a quien nadie echará de menos. Es tu opinión, y no pretendo que lo entiendas. Pero creo que tendrás que aguantarte. No vamos a casarnos, James. Solo tenemos un trabajo que cumplir, por anormal que sea, pero es trabajo al fin y al cabo. Tú tienes tus motivos y yo los míos. Cada uno sacará provecho...

Burroni apoyó de repente los codos sobre la mesa y lo miró a los ojos.

—Si te refieres a ese tema del Departamento de Asuntos Internos, debes saber que yo...

Jordan no le dejó terminar.

—Ya lo sé. Sé lo tuyo y lo de mucha otra gente. Lo he sabido siempre, en todos los años que estuve de servicio, como has dicho tú hace un momento. Pero siempre he pensado que un buen policía, aunque a veces tenga alguna pequeña debilidad, en el balance final da mucho más de lo que coge. Si las debilidades son grandes, deja de ser un buen policía y se convierte en un canalla. Pero entonces es un problema de él y del juez. Pero hay algo más, y esto sí tiene importancia para ti.

—¿Y es?

—Pues que ahora ya no me importa una mierda, James. Tengo mis motivos para querer ponerle la palabra «fin» a esta historia. En todos los sentidos. Y el hecho de que la víctima sea mi sobrino tiene solo una importancia relativa. Después podré irme a un viaje que habría debido iniciar esta mañana.

La camarera se acercó y dejó sobre la mesa un vaso con un líquido claro lleno de burbujas y se retiró en silencio. Jordan hizo una pausa. Burroni aprovechó para beber un sorbo.

—Esto, en lo que a mí respecta. Por otro lado, tú serás el detective que

arrestará al asesino del hijo del alcalde. Serás un héroe. Entonces sabrás qué es ser una estrella. Y también podrás dejar de preocuparte por los sobornos que has aceptado e ir a buscar otros.

Señaló con la mano el periódico deportivo que Burroni había dejado sobre la mesa.

—¿Apuestas a las carreras o al fútbol?

—Eres un hijo de puta, Marsalis.

Jordan hizo un pequeño gesto con la cabeza y esbozó una vaga sonrisa.

—Tal vez me venga de familia.

Se produjo un instante de silencio durante el cual cada uno hizo su recuento de muertos y heridos. Jordan decidió que, si era necesaria una tregua, aquel podía ser el momento justo para agitar, si no una bandera, al menos un pañuelo blanco. Indicó la carpeta que asomaba en medio del periódico.

—¿Qué hay ahí?

El detective la sacó, la abrió y la empujó hacia él. Jordan sabía que desplazar unos centímetros esas hojas había sido un enorme avance.

—Una copia de las actas. Todo lo que se ha conseguido hasta ahora. La autopsia se ha hecho en un tiempo récord, lo mismo que los primeros análisis. Léelo con calma.

Jordan pensó que satisfacer el amor propio de Burroni podría ser un óptimo lubricante para los engranajes oxidados de aquella colaboración forzada.

—Prefiero que me lo digas tú.

El tono de voz del otro se distendió un poco.

—La autopsia confirma que la víctima fue estrangulada. Para mantener el dedo en esa posición le llenaron la boca con pegamento, el mismo que sirvió para pegar la manta y la mano a la oreja. Tras analizarlo sabemos que es una marca muy fácil de encontrar en el mercado; se llama Ice Glue y se puede comprar en todas partes, en todo el país. O sea que de ahí no podemos extraer ningún indicio. Por otro lado, al parecer tienes razón en cuanto a cómo se llevó a cabo el delito. Había rastros de cinta adhesiva en las muñecas y los tobillos. También es de una marca tan conocida que no sirve de nada. Probablemente el asesino le inmovilizó primero y después lo mató, cuando ya no podía resistirse. En el cuerpo no hay señales de lucha, salvo los hematomas del cuello.

Sin darse cuenta, a medida que hablaba, Burroni adoptaba cierta actitud del

investigador. Jordan recordaba muy bien ese particular estado de gracia, que alcanzaba su momento culminante cuando el detective llegaba al lugar del delito. En ese momento, él se convertía en el único punto de referencia y todos los presentes daban un paso atrás, a la espera de sus instrucciones.

La voz de Burroni lo devolvió al presente.

—La declaración de...

Giró la hoja hacia él para leer el nombre.

—La declaración de LaFayette Johnson no ha sido de gran utilidad por el momento. Decía la verdad en cuanto a lo sucedido y actuó correctamente. Hay un registro que confirma que la llamada telefónica de la víctima a su móvil se hizo más o menos a la hora que dijo. Cuando descubrió el cuerpo llamó a la policía. Por ahora no se le puede excluir como sospechoso, pero...

La hipótesis quedó en suspenso, y Jordan concluyó por él.

—Pero tú no crees que haya liquidado a su principal fuente de ingresos.

—Exacto. Sin embargo, hay un detalle de su declaración que puede abrir una pequeña puerta.

—¿Cuál?

—Mientras entraba en el edificio casi tropezó con un tío vestido con ropa de deporte, que salía. No logró verle la cara, pero ha dicho que salió corriendo de una forma extraña; iba un poco cojo, como si tuviera una rodilla más débil que la otra. Hemos investigado en el edificio y en los edificios vecinos. No hay nadie con esas características.

—Creo que es una pista que hay que tener en cuenta. ¿Qué más?

—Hemos logrado localizar a la muchacha que pasó la noche con tu sob... con la víctima. En cuanto se enteró del homicidio por las noticias se presentó voluntariamente. Cuando salí de la central todavía la estaban interrogando.

—¿Cómo es?

—Del montón. Insignificante, se podría decir. Y un poco ajada. De esas que se dejan fascinar por la personalidad caprichosa de un pintor de moda. Trabaja de secretaria en una editorial de Broadway, no recuerdo el nombre.

—¿Podría haberlo estrangulado ella?

—A juzgar por su físico, imposible.

—¿Y la Científica qué dice?

—Están saturados. Hay montones de huellas, de fibras, pelos, cabellos,

pinturas. Para clasificarlos necesitarían el doble de los medios que tienen a su disposición.

—Y esto es todo lo que tenemos por el momento...

No había resignación en el comentario de Jordan, solo era una simple constatación. Sabía por experiencia que casi todas las investigaciones partían de una absoluta incoherencia.

Como siempre en tales casos, Burroni aventuró una hipótesis.

—¿Crees que podría ser un asesino en serie?

—No lo sé. Es muy pronto para decirlo. El mensaje en la pared y el tipo de asesinato dejan espacio más que suficiente a la hipótesis de que sea obra de un psicópata. Pero la víctima frecuentaba a personas, o tenía admiradores, a los que podría relacionarse con un acto aislado de este tipo, sin que necesariamente deba repetirse. Como en el asesinato de John Lennon...

—¿Qué haremos?

—No será muy edificante, aunque sí necesario; debemos hurgar a fondo en la vida de Gerald Marsalis. Todo. Amigos, mujeres, clientes, proveedores de drogas...

Jordan vio la expresión de Burroni y le respondió antes de que preguntara:

—James, sé muy bien quién era mi sobrino y qué clase de vida llevaba. Eso no cambia las exigencias de la investigación. Quiero saberlo todo. El resto es problema mío.

—Es la mejor opción.

A Jordan le pareció captar cierto respeto en el tono distraído de este último comentario.

—¿Hay gente disponible?

—Por supuesto. En este caso, la que quieras.

—Entonces pon también a alguien tras Johnson. No creo que salga nada, al menos en esta dirección. Pero si encontramos cualquier cosa que sirva para enviarlo a la cárcel, la sociedad nos lo agradecerá.

—Muy bien. ¿Es todo?

—Por ahora, me parece que sí. Y esperemos que me haya equivocado y que nunca lleguemos a saber quién es Lucy.

Burroni se levantó, cogió el sombrero y se lo puso.

—Buenas noches, Jordan. Gracias por el refresco.

—Nos vemos.

El detective le volvió la espalda y tras esquivar las mesas llegó hasta la puerta de vidrio. Jordan lo siguió con la mirada. Sin volverse, Burroni salió y mezcló sus pasos con los del resto de la gente que en aquel momento andaba por Nueva York.

Jordan se quedó solo, con la sensación poco placentera de ser una persona que no existía en un mundo lleno de gente que se contentaba con existir. Miró a su alrededor. En el local había caras, gestos, movimientos, colores, comida en los platos y líquidos en los vasos, cosas dichas y cosas escuchadas. Nada nuevo, nada extraño. Todos llevaban su uniforme, incluso los que creían que no lo tenían. Después del rabioso monólogo de Edward Norton en *La hora 25*, de Spike Lee, no quedaba mucho que decir sobre la gente de Nueva York.Alguien había cambiado de canal y ahora el televisor situado en el fondo del local estaba sintonizado en el noticiario de la CNN. Tras una breve nota sobre la guerra en Irak, la atención se centró en las imágenes del homicidio de Jerry Kho, que era el suceso del día. Desde donde estaba no podía oír el comentario, pero vio cómo su hermano salía de la casa de Gerald, y cómo lo asaltaba una multitud de periodistas. Nadie, ni por la mañana ni ahora, había prestado atención a un hombre con casco que salía tranquilamente por el portal, aprovechando la distracción.

El plano general fue sustituido por un plano más corto en el que veía cómo Christopher Marsalis se marchaba en coche, dejando tras de sí un montón de preguntas sin respuesta. El coche que se alejaba llevándose a su hermano le trajo a la mente la misma imagen en otro coche, en otro lugar, otra noche. El momento exacto, casi tres años atrás, en que todo había comenzado.

O terminado.

Había pasado todo el fin de semana en la casa de campo de Christopher. Hacía buen tiempo y habían decidido quedarse también el lunes en aquella espléndida casa de madera, piedra y grandes ventanales que daban a la orilla del Hudson, en los alrededores de Rhinecliff. La propiedad también disponía de un enorme parque, un embarcadero privado y dependencias para el guarda y los agentes del servicio de seguridad. La casa era obra de un destacado arquitecto europeo.

Parecía hecha a propósito para subrayar la diferencia de carácter de los dos hermanos; el toque artístico del azar había añadido una diferencia de doce años entre uno y otro. La vida desahogada del padre los encerró en una suerte de complicado laberinto delimitado por setos bajos. Lograban verse y hablarse, pero solo muy rara vez se encontraban.

Christopher era el rico; Jordan, el joven y atlético. Christopher era un líder y como tal necesitaba a la gente. Jordan se bastaba a sí mismo. Era un tipo solitario y prefería, cuando podía, los lugares donde no había gente. Christopher hacía saltar la caja fuerte; Jordan la abría con sensibilidad y delicadeza.

Aquella noche, después de la cena, Christopher recibió una llamada telefónica. Por la puerta abierta del estudio, Jordan oyó que hablaba con monosílabos entrecortados. Luego se presentó en la sala con su abrigo de cachemira de tres mil dólares. Jordan vio el reflejo verdoso de un par de fajos de billetes que desaparecían en sus bolsillos.

—Tengo que salir. Ponte cómodo y haz lo que te apetezca. Regresaré pronto.

—¿Hay algún problema?

Christopher terminó de abotonarse el abrigo, y esto le permitió responder sin mirarlo a la cara.

—Tengo que encontrarme con LaFayette Johnson.

—¿Quieres decir que ha venido desde Nueva York?

Christopher soltó al mismo tiempo una respuesta y una maldición.

—Por dinero, ese cabrón estaría dispuesto a aceptar una cita en el *Titanic*.

—¿Quieres que te acompañe?

—No hace falta. Él basta para protegerme —contestó tocándose el bolsillo que contenía el dinero.

Jordan sabía cuál era el motivo del encuentro. Christopher compraba buena parte de los cuadros que vendía Gerald, a través de los manejos de ese sujeto poco claro que era su galerista. Sin embargo, no sabía si lo hacía para impedir que su hijo se metiera en problemas o para acallar su sentimiento de culpa.

Christopher salió de la casa, dejando a sus espaldas el ruido de la puerta al cerrarse. Poco después, Jordan oyó el chirrido de los neumáticos de su Jaguar sobre la grava del sendero de acceso y el ruido del motor que se perdía en la noche.

Solo quedó el silencio.

Jordan estaba acostumbrado al constante rumor de fondo de la metrópolis, esa especie de latido subterráneo que parecía ser el propulsor de todo lo que se agitaba en la superficie de Nueva York. Cada vez que estaba en esa casa recibía la total ausencia de sonido como una bendición.

Fuera, solo existía el invierno, el frío y las oscuras aguas del Hudson que corrían en una noche todavía más oscura. Jordan se dispuso a disfrutar del momento, abrigado y confortable, iluminado por las caprichosas llamas de la chimenea.

Encendió el televisor y se sentó en un sofá ante el aparato; sintonizó la ABC para ver *Monday Night Football*. Desde el Giants Stadium transmitían el partido entre los New York Giants y los Dallas Cowboys. Cogió una botella del delicioso whisky de dieciocho años elaborado especialmente para Christopher Marsalis y, sin darse cuenta, bebió media botella. Ni siquiera acabó de ver el partido. Allí, en el sofá, cayó en un sueño plácido y relajado, lleno de imágenes de una vida tranquila.

El sonido del teléfono le recordó que estaba solo. Cogió el teléfono sin hilos que estaba sobre una mesita, a su lado.

—¿Diga?

—Jordan, estoy en un grave apuro.

—¿Qué te sucede?

—He matado a un hombre.

—¿Qué significa «he matado a un hombre»?

—Exactamente lo que he dicho. Volvía a casa después del encuentro con LaFayette. En un cruce apareció de pronto otro coche, a toda velocidad. Yo también iba un poco deprisa, y le he dado de lleno, pero no ha sido culpa mía.

—¿Estás seguro de que ha muerto?

—Por Dios, Jordan. No soy médico pero he estado en la guerra. Sé cuando alguien está muerto.

—¿Hay testigos?

—¿A esta hora, en invierno? Estoy en pleno campo. Por este lugar pasan tres coches por semana.

—¿Dónde estás?

—Hacia High Falls, en la otra orilla del Hudson, al sur. ¿Sabes dónde es?

—Sí, no hay problema. Cojo el coche y salgo para allá. No hagas nada. Y

sobre todo no toques nada del coche de la víctima. ¿Me has entendido? Si surgen problemas, llámame al móvil.

—Jordan... apresúrate.

—Sí. Llegaré enseguida.

Al salir de la casa cogió al vuelo un abrigo y se lanzó a la carretera con su Honda. Encendió el navegador por satélite y siguiendo las indicaciones del GPS llegó al lugar del accidente. Cuando bajó del coche le bastó una ojeada para darse cuenta de la situación. El Jaguar estaba en la cuneta, a un lado del camino, más allá del cruce con respecto a la dirección por la que había llegado él. Tenía abollada la parte delantera izquierda y por la suspensión rota sobresalía una rueda torcida. Al otro lado del camino había una vieja camioneta con la chapa en las mismas condiciones y el morro vuelto hacia el otro lado. Por el parabrisas roto se entreveía la silueta de un cuerpo caído sobre el volante. Podían verse la huella de la frenada del Jaguar y el rozamiento de las ruedas del otro vehículo, que el violento choque había girado por completo en la dirección opuesta. En la tierra había vidrios y pedazos de faros y plástico, y en el aire, la languidez de lo ineluctable.

Se acercó a la camioneta y tocó el cuello del hombre, de mediana edad, que parecía dormido sobre el volante. No notó ninguna pulsación. Recorrió el lugar con la mirada. De Christopher no había rastro.

—Estoy aquí, Jo...

Salió de entre unos matorrales que flanqueaban ese lado del camino, con las manos metidas en los bolsillos del abrigo. Su aliento se convertía en humo cuando hablaba.

—No estaba seguro de que fueras tú y he preferido salir del camino. ¿Ahora qué hacemos, Jordan?

Su actitud no era la de un hombre asustado, sino la de un hombre enfadado.

Jordan lo decidió, en un instante; para él fue como apostar al treinta y siete en la ruleta.

—Coge mi coche y ve a casa. No te muevas de allí.

—Pero ¿qué dices? ¿Te das cuenta de lo que significa?

—En la escala de valores es mucho más importante un buen alcalde que un buen policía. Haz lo que te digo.

Permanecieron de pie un instante, mirándose a los ojos, esos ojos azules que

en realidad era lo único que tenían en común. Después Christopher subió al coche y encendió el motor. Antes de marcharse de aquel cruce y de aquella situación, se asomó por la ventanilla.

—Sé qué estás haciendo, Jordan, y no lo olvidaré.

Se quedó de pie allí, mirando las luces del coche que se volvieron cada vez más pequeñas, hasta desaparecer. Después Jordan llamó al despacho del sheriff de Rhinecliff. Encendió los intermitentes de los dos vehículos y se dispuso a esperar junto al Jaguar medio destruido, con la única compañía de sus pensamientos y de un muerto.

Encendió un cigarrillo.

tlack... tlack... tlack...

El rítmico relampagueo rompía el silencio y la oscuridad.

tlack... tlack... tlack...

El cigarrillo se terminó. Lo aplastó minuciosamente con el pie sobre el asfalto.

tlack... tlack... tlack...

Mientras oía las sirenas de los coches que se acercaban, supo que ese sonido y esas luces intermitentes en la noche se conservarían para siempre en su memoria. Al ayudante del sheriff que le tomó declaración le dio datos generales y declaró que era él quien iba al volante del coche que pertenecía a Christopher Marsalis. Lo sometieron a los inevitables controles de alcoholemia, y salió a la luz la media botella de whisky que había bebido.

Por fortuna las cosas salieron bien, porque la autopsia realizada a la víctima diagnosticó el deceso por infarto de miocardio. El conductor de la camioneta perdió el control porque ya estaba muerto en el momento de la colisión, por lo que no hubo consecuencias desde el punto de vista penal.

Quedaba un detalle. El detalle era que un teniente de la policía de Nueva York se había visto involucrado en un accidente mortal mientras conducía un coche en estado de embriaguez. Por si esto no bastaba, ese teniente era Jordan Marsalis, el hermano menor del alcalde. Los medios montaron tal escándalo que de las noticias saltó de inmediato a la política. La presión de la oposición se volvió insostenible y el partido de Christopher, de manera extraoficial pero muy claramente, señaló lo peligrosa que era aquella situación. Así, una mañana soleada como la que acababa de transcurrir, presentó su dimisión y devolvió la

pistola y la insignia.

A partir de aquel día no volvió a beber una sola gota de alcohol ni a conducir un coche. Y no volvió a tener noticias de Christopher hasta el momento en que le llamó por teléfono para decirle que habían matado a Gerald.

Jordan sonrió con cierta amargura ante la taza sucia de café y el vaso por el que subían burbujas con desgana. La historia se repetía. Por la tarde su hermano le había dado las gracias con las mismas palabras que empleó aquella noche.

«Sé qué estás haciendo, Jordan, y no lo olvidaré.»

Sin embargo, lo había olvidado.

9

Jordan salió del restaurante, cruzó la calle y se dirigió hacia su casa. Debido a una rehabilitación que se estaba realizando alrededor del edificio contiguo al suyo habían montado un andamio. Las telas de protección creaban una zona de sombra que envolvía la entrada amenazadoramente. Cambió de mano el casco para buscar las llaves en el bolsillo. En ese momento oyó a su espalda una música muy fuerte que se aproximaba.

Sin un motivo preciso, Jordan intuyó que esa música significaba dificultades. Se volvió y la intuición se convirtió en certeza. Vio un flamante Mercedes oscuro que estaba aparcando frente a él, en ese lado de la calle. Por la ventanilla abierta salía a todo volumen el retumbo electrónico de un tema *techno*. Las puertas se abrieron y bajaron dos negros que avanzaron hacia él con un andar indolente y cargado de amenaza. Los dos llevaban ropa deportiva de colores llamativos y zapatillas de *jogging*. Uno llevaba un gorro de lana de rapero, y el otro, un pañuelo negro. Jordan pensó que eran dos perfectos representantes de cierta juventud de color.

A uno de los dos, el del gorro, no le había visto nunca. Al otro le reconoció de inmediato. Jordan no recordaba el nombre pero todos lo conocían por el apodo de Lord. Un tiempo atrás le mandó a la cárcel por posesión y venta de heroína. Durante el arresto se resistió e hirió a dos agentes.

—Hola, Lord. ¿Cómo es que te han dejado salir?

—Me he portado bien. Me rebajaron seis meses por buena conducta, teniente.

—Ya no soy teniente, Lord. Y me gustaría no tener que repetirlo, por hoy.

—Ah, sí, ya lo sé, teniente. Te echaron a patadas. Y ahora eres un ciudadano cualquiera. Exactamente como nosotros, ¿verdad, Hardy?

El silencioso Hardy no dio respuesta ni verbal ni gestual, aunque Lord no la necesitaba. En ese momento le bastaba con sentirse respaldado.

—¿Sabes qué son tres años encerrado en la cárcel? ¿Alguna vez has estado ahí?

No dio a Jordan la oportunidad de responder; por otra parte no le interesaba. Solo quería continuar con su actuación. Se volvió hacia su amigo con el tono sarcástico del que comparte con un compañero un chisme embarazoso.

—Ah, lo olvidaba. Qué estúpidos somos. El teniente Marsalis no va a prisión, ni siquiera cuando deja seco a un pobre tío mientras conduce borracho como una cuba. Al señor hermano del alcalde le dan, como mucho, una reprimenda y después queda libre de andar por allí para mandar a más gente al otro barrio.

—No te vayas por las ramas, Lord. ¿Qué quieres?

Era una pregunta ociosa, con la que solo pretendía ganar tiempo. Jordan sabía la respuesta. Miró a su alrededor mientras cogía fuertemente el casco para usarlo como arma.

Lord dio un paso atrás y con un movimiento rápido abrió la cremallera de la chaqueta del chándal. Se la quitó y se quedó en camiseta. La dejó caer y levantó los brazos en alto, tensando los bíceps y los músculos del tórax en una pose de culturista.

—¿Ves esto, teniente? Los conseguí rompiéndome el culo cuatro horas al día, durante los mil y pico días que pasé en la cárcel. ¿Y sabes qué pensaba mientras levantaba pesas?

—No. Sorpréndeme.

—Pensaba en el momento en que me encontraría contigo sin que tuvieras la protección de una placa de la policía.

Jordan vio unas sombras que se recortaban en el recuadro que dibujaba en el asfalto la luz que entraba a través del cristal de la puerta, a su espalda. No tuvo tiempo de volverse. La puerta se abrió y del zaguán salieron dos sujetos, que le empujaron por detrás y le inmovilizaron los brazos a la espalda. Oyó el ruido del casco que se le caía de la mano y rodaba por el asfalto.

Lord se acercó despacio.

—Pensaba en este momento.

Cuando ingresó en la policía, Jordan sabía que a veces un representante de la ley debía enfrentarse a momentos difíciles. Ahora la ironía de la vida lo ponía en una de esas situaciones cuando ya no era policía. Apoyándose en los hombres que lo tenían cogido por detrás, arqueó la pelvis y golpeó con los pies la cara de Lord. Oyó con claridad el sonido seco del cartílago de la nariz al romperse, y lo vio desaparecer de su campo visual. Mientras él trataba de liberarse de las manos que lo inmovilizaban, el silencioso Hardy cobró vida de pronto. Se colocó en la clásica postura de en guardia de boxeo y le asestó un puñetazo en el plexo solar. Jordan sintió que le salía por la boca la regurgitación ácida de la comida y poco después vio, como en cámara lenta, que el veloz puño de Hardy se dirigía hacia su cara. Cuando le pegó, antes incluso de sentir el dolor, sus ojos vieron un relámpago cegador de luz amarilla. El golpe lo empujó hacia atrás, y el apretón de los dos que lo sujetaban hizo de palanca. Al dolor de la cara respondió casi de inmediato el dolor del hombro derecho, que se le había dislocado.

Lord, mientras tanto, se había levantado y se acercaba, amenazador y sibilante; la sangre que bajaba por la nariz rota teñía de rojo sus dientes.

—Cabrón hijo de la gran puta, ahora te...

No llegó a decir qué se proponía hacer. Al otro lado de la calle, un poco más allá de la esquina, un coche de la policía se había detenido ante el restaurante y un agente se disponía a entrar en el local. Jordan oyó una voz alarmada a sus espaldas.

—Eh, ahí vienen los maderos. Mejor que nos larguemos.

Lord se acercó tanto que sus palabras llenas de rabia salpicaron de saliva y sangre su cara.

—Por ahora lo dejaremos. Pero esto no termina aquí, cabrón de mierda.

Le asestó un revés que movió hacia arriba la cabeza de Jordan, como si sintiera curiosidad por seguir con la mirada la mano que le había pegado. Notó que los de atrás aflojaban el apretón y cayó de rodillas, mientras los cuatro volvían velozmente al coche y desaparecían entre el golpear de puertas, el ruido de motores y el chirriar de neumáticos sobre el asfalto.

Notaba un zumbido en los oídos, por el golpe, y un dolor agudo en el hombro. Vio manchas de sangre en la piedra de los escalones; era suya. Se puso en pie y fue a coger el casco, con la mano izquierda. Luego entró en el vestíbulo

y se acercó a una columna. Se colocó contra la pared y buscó un lugar de apoyo donde hacer palanca. Aspiró hondo y dio un golpe seco; ahogó un gemido de dolor cuando la articulación del hombro volvió a su lugar. Vio que unas gotas de sangre le caían en el pecho, ensuciándole la cazadora y la camisa. Sacó un pañuelo de papel y se taponó las fosas nasales. Llamó el ascensor y subió, intentando no ver su imagen maltrecha en el espejo.

Llegó ante la puerta, entró y encendió la luz. Vio que le esperaba su vieja casa y, sentada en el sofá, su vieja vida. Dejó el casco y fue al cuarto de baño. Vio una línea de luz que se filtraba por debajo de la puerta. Quizá se la había dejado encendida aquella mañana. En este momento tenía otras cosas en que pensar, más allá de sus pequeños despistes.

Empujó la puerta y a la luz ambarina del cuarto de baño se encontró ante una mujer completamente desnuda. Era la mujer más hermosa que había visto en su vida.

Estaba de espaldas y se reflejaba en el espejo que tenía enfrente. Se estaba frotando el pelo con una toalla; cuando lo vio entrar se quedó inmóvil. No tuvo ninguna reacción, ni de sorpresa ni de miedo, y tampoco hizo el menor intento de cubrirse.

—¿Debo considerar un peligro su presencia en mi cuarto de baño?

Su voz era dulce y tranquila; Jordan se quedó sin palabras. Esa aparición imprevista, pero sobre todo esa belleza intemporal, lo habían dejado totalmente indefenso. Lo único que podía hacer era seguir allí, de pie en el umbral, viendo a esas dos figuras que se reflejaban en el espejo, mientras apretaba contra su nariz un absurdo pañuelo manchado de sangre.

—No, perdone, yo...

—Entonces, ¿le molestaría cerrar la puerta y esperar fuera mientras me visto?

Jordan cerró la puerta con delicadeza; se sentía como un crío al que han sorprendido espiando por el ojo de la cerradura. Se refugió en el baño de la habitación de huéspedes. Encendió la luz y esta vez se encontró solo ante el implacable espejo. Observó su cara y confirmó que Lord y Hardy habían hecho un buen trabajo. El ojo se estaba hinchando, y la boca y la nariz estaban manchadas de sangre coagulada. Abrió el grifo y se lavó, disfrutando del placer del contacto del agua fría con el rostro tumefacto.

Se quitó la camisa y se secó con la parte limpia. Mientras iba por el pasillo para volver a la sala, oyó que del interior del otro baño llegaba el zumbido apagado de un secador de pelo. Jordan abrió el armario empotrado donde por la mañana había dejado su bolsa de viaje. La cogió y sacó una camisa limpia. Mientras se cambiaba, no lograba dejar de pensar en la mujer que acababa de ver en el cuarto de baño. Por mucho que buscara en su memoria y en sus experiencias, no conseguía encontrar a una mujer que pudiera, ni siquiera de lejos, compararse a aquella fascinante criatura. Cogió su bolsa y fue a dejarla en el sofá, al lado del casco.

Cuando apareció, ella llevaba un albornoz de microfibra azul. El pelo oscuro, todavía húmedo, destacaba el rostro, que era de una belleza tan peculiar que escapaba a cualquier canon. Los ojos grandes y líquidos que lo miraban eran de una increíble tonalidad entre avellana y dorado. Jordan pensó que el oro, para ser verdaderamente precioso, debería tener ese color.

—Bien, ¿puedo saber a qué debo el honor de su presencia?

—Vivo aquí.

—Qué extraño. Creía que acababa de alquilarlo. Quizá se me ha pasado por alto algún detalle.

Jordan volvió a experimentar la sensación de incomodidad que poco antes había sentido en el cuarto de baño.

—Creo que me he expresado mal. Yo vivía en este piso.

—¿Usted es Jordan Marsalis?

—Sí. Y supongo que usted es la señora Guerrero...

—No exactamente, aunque esa definición me atañe en cierto modo. Me llamo Lysa.

Jordan le estrechó la mano que ella le tendía. Era tibia y suave. Le llegó un delicado aroma a vainilla que intensificó la agradable sensación táctil.

—Me habían dicho que llegaría usted dentro de tres días.

—Sí, así era en un principio, pero decidí adelantar el viaje porque en la agencia me avisaron que usted se iba hoy.

—Así debería haber sido, pero...

Jordan hizo con la mano un gesto que expresaba de manera concluyente la impotencia de un hombre contra lo imponderable.

—Como ve, los planes se hacen para cambiarlos. Le pido disculpas por

haberla asustado. Me siento muy incómodo.

—¿Siempre pierde sangre por la nariz cuando se siente incómodo?

Jordan se llevó una mano a la cara y la retiró manchada de rojo. La herida volvía a sangrar. Se dirigió hacia la cocina, buscando con la mirada algo con que detener la hemorragia.

—Disculpe. Hoy he tenido un mal día.

—No quisiera parecerle presuntuosa, pero ya me había dado cuenta. Siéntese en el sofá. Enseguida vuelvo.

Lo dejó solo; cuando volvió sostenía en la mano un neceser que tenía todo el aspecto de ser un botiquín de primeros auxilios. Lo apoyó en el sofá, junto a Jordan, y sacó algodón de un color amarillento.

—No se preocupe. Entre otras muchas cosas que he hecho en mi vida, también he sido enfermera. En todo caso, no creo que pueda empeorarlo.

Se colocó frente a él. De nuevo olió su perfume, que sabía a vainilla y a buenos pensamientos. Le palpó con delicadeza la nariz y el ojo; después le puso una mano bajo el mentón y le levantó la cabeza.

—A ver, eche la cabeza hacia atrás. Esto le arderá.

El perfume de Lysa desapareció bajo un olor penetrante y un ligero ardor cuando aplicó el hemostático. Poco después retrocedió unos pasos y le echó una mirada profesional.

—Muy bien, ya ha dejado de sangrar. Por si le interesa, la nariz no está rota. Sería un pecado, porque es una bonita nariz. Esta parte de la cara se le pondrá morada, pero no desentonará con el azul de sus ojos.

Jordan sintió que la mirada de Lysa penetraba hasta ese lugar secreto donde los hombres esconden las lágrimas.

—Tiene usted el aspecto de un hombre que ha tenido algo más que un simple mal día.

—Mucho más, creo. Hoy han asesinado a una persona a la que conocía.

—Hace un rato he visto en la televisión un noticiario en el que hablaban de la muerte de Gerald Marsalis, el hijo del alcalde. ¿Era pariente suyo?

«Gerald es historia. Es un nombre que ya no me pertenece.»

—Era mi sobrino. Christopher Marsalis es mi hermano.

Jordan no conseguía entender cómo aquella mujer había logrado extraer cosas de su interior de forma tan natural.

—Lo lamento mucho.

—Era un chico difícil, que llevaba una vida igualmente difícil. No es casual que haya tenido ese final.

Lysa se dio cuenta de que detrás de aquellas cínicas palabras se escondía mucho más, de modo que no preguntó nada. Jordan se puso de pie y cogió la bolsa y el casco.

—Bien, creo que ya la he importunado demasiado. Buenas noches, y discúlpeme otra vez.

Se dirigió hacia la puerta pero la voz cálida y sosegada de Lysa lo detuvo.

—Escuche, lamento que se vaya en este estado. Si quiere puede quedarse aquí esta noche. Ya conoce el piso. Hay dos dormitorios y dos cuartos de baño, así que no nos molestaremos. Ya decidirá mañana qué hacer.

—¿Su marido no se lo tomará a mal si me quedo a dormir aquí?

Jordan siempre miraba a la gente a los ojos. Podía saber cuándo una persona mentía o decía la verdad, cuándo estaba dispuesta a mostrar su estado de ánimo o trataba de ocultarlo. Sin embargo, no logró dar un nombre a lo que veía ahora en los de Lysa.

—Teniendo en cuenta que me ha visto casi desnuda, creo que una visión completa podría servir para aclarar definitivamente cualquier equívoco entre nosotros.

Lysa se abrió el albornoz y esta vez se le mostró entera. El tiempo era como un pedazo de plástico transparente. Jordan tuvo la impresión de que si Lysa hubiera dejado caer al suelo el albornoz, este habría quedado suspendido en el aire, como por arte de magia, junto con su aliento. Ese momento terminó con la descortesía que solo el tiempo puede tener. Un instante, y Lysa volvió a desaparecer dentro de los pliegues de aquella prenda. Su voz reflejaba la misma expresión de desafío que había en su rostro.

—Como ha podido comprobar personalmente, soy al mismo tiempo la señora y el señor Guerrero.

Jordan buscó con frenesí las palabras adecuadas para aquella situación. Lysa pareció leerle el pensamiento.

—No hace falta que diga nada. Cualquier cosa que pueda decir ya la he oído por lo menos cien veces.

Lysa se ató el cinturón del albornoz y con un simple y ligero nudo hizo

pedazos ese momento de debilidad. Se inclinó para coger del neceser un frasco de píldoras y se apoyó en el mostrador de granito de la cocina.

—Buenas noches, Jordan. Si siente dolor, tome un par de estas píldoras.

Sin decir más, desapareció por el pasillo hacia los dormitorios. Jordan se quedó solo y la sala donde habían estado ambos volvió a ser una simple habitación. Se acercó a la ventana, y del otro lado de los cristales encontró lo que había habido siempre. La noche, las luces, los coches y esa pulsación casi sobrenatural de humeantes alcantarillas.

Y, mezclado con todo eso, la gente que se hallaba en la ciudad o que llegaba a ella en busca de algo, sin saber que no estaba allí, que no estaba en ninguna otra parte. Simplemente, que había más lugares donde buscar.

En el fondo, lo que todos perseguían no era más que una ilusión.

En la planta de abajo, un estéreo a todo volumen hizo que entrara por la ventana abierta una canción llena de añoranza. A Jordan le pareció una perfecta banda sonora para aquel momento. Mientras escuchaba con renovado interés el sentido de las palabras, se preguntó cuántas veces habría mirado Lysa el mar sintiéndose morir por dentro por algo que le había sido negado.

Ahora, tan solo ahora
que mi mirada abraza el mar,
hago añicos el silencio
que me prohíbe imaginar
filas de mástiles erguidos y miles, miles de nudos marineros,
y huellas de serpientes frías e indolentes
con su lento andar antinatural,
y líneas en la luna, que en la palma cada una
es un lugar para olvidar;
y el corazón, este extraño corazón
que por un arrecife ya sabe navegar.

SEGUNDA PARTE

Roma

10

Ahora, tan solo ahora que mi mirada envuelve el mar,
comprendo al que ha buscado a las sirenas,
al que ha podido su canto amar,
dulce en la cabeza como un día
de festejo con dátiles y miel,
y fuerte como el viento que tórnase tormento
y el corazón quebranta al hombre y el bajel,
y entonces ya no hay anhelo o gloria
que puédase beber ni masticar,
ni piedra de molino de viento
que esa roca en el alma pueda triturar.

El brazo desnudo de un hombre salió de debajo de la manta y se estiró sobre la cama como una serpiente en una rama. La mano alcanzó el tablero empotrado en la pared, donde estaba el mando del estéreo y del televisor. Con una ligera presión del dedo sobre el botón interrumpió el camino de la música hacia la ventana abierta. El melancólico sonido de antaño del acordeón y de las cuerdas se detuvo apenas un instante antes de alcanzar los tejados de Roma.

La cabeza despeinada de Maureen Martini surgió enfurruñada de entre las sábanas.

—No, déjame escucharla una vez más.

Connor Slave respondió sin asomar la cabeza de debajo de las mantas. A

pesar de que estas ahogaban el sonido, su protesta sonó divertida y Maureen la recibió con infantil satisfacción.

—Amor, ¿tienes idea de cuántas veces has escuchado esta canción?

—Siempre una menos de las que quiero.

—No seas egoísta. Y sobre todo no hagas que me arrepienta de haberla escrito. Piensa cuántas veces la he escuchado...

Al fin emergió la cabellera rizada de Connor, que bostezó y se frotó los ojos exagerando adrede un movimiento que le hacía parecer un gato. Aunque era músico, poseía una gestualidad instintiva y tan sugerente que sobre el escenario le permitía aumentar la intensidad de sus interpretaciones. Por el contrario, en la vida privada a veces era un auténtico payaso. Para su sorpresa, Maureen había descubierto poco a poco la cara más alegre de ese misterioso hombre que era Connor Slave; lograba hacerla reír hasta las lágrimas cuando imitaba a un gato que se lamía el pelo.

—¡Vamos, hazlo!

—No.

—Vamos, te lo ruego, solo un momento.

—No. Si lo hago me meteré demasiado en el papel y tendré que salir a dar una vuelta por los tejados.

Maureen sacudió la cabeza y fingió estar enfadada mientras él se levantaba de la cama y, completamente desnudo, iba a asomarse a la ventana. La joven admiró su cuerpo delgado y bien formado, un cuerpo que podría ser el de un bailarín o el de un deportista. Desde la cama vio cómo se convertía en una silueta oscura dibujada a contraluz y cómo se movían sus cabellos mientras desentumecía con gesto perezoso los músculos del cuello. La muchacha pensó que eso era en realidad Connor Slave: la personificación de una sombra. Pertenecía a ese tipo de personas que no es posible medir con la imprecisión y la subjetividad de los cánones estéticos. Formaba un todo que ejercía una fascinación que nada tenía que ver con los rasgos físicos o con los movimientos, el color y la forma del cabello.

Maureen bajó de la cama y, también desnuda, fue a abrazarle por detrás. Aspiró su perfume, que sabía a música, a hombre y a ellos dos; mientras lo hacía su olor se mezcló con el aire de aquella primavera romana tan orgullosa de sí misma. En ese momento Maureen era feliz y no pensaba en nada.

Apoyó la cabeza contra el hombro de él y se quedó admirando aquel pequeño milagro que formaban su propia piel contra la de él. Le gustaba imaginar que alguien, quizá un alquimista genial y perverso, había hecho sus epidermis con los elementos adecuados para que se compenetraran; después había esperado pacientemente que se encontraran y confirmaran el éxito de su obra. Su sonrisa triunfal se había convertido en la sonrisa de ellos. Entre ella y Cooper había palabras, respeto y admiración y a veces cierto pudor por el lugar que cada uno ocupaba en el mundo. Sin embargo, Maureen no podía evitar estremecerse de placer con cada abrazo, que encerraba esa perfección que solo puede crear la casualidad.

—Hay algo que siempre he querido preguntarte.

—Dime.

—¿Cómo es escribir una canción?

Connor respondió sin volverse; su voz pareció llegar de la soleada vista que tenía delante.

—No sabría explicártelo. Es una sensación extraña. Primero hay algo que no existe, o que quizá existe escondido en alguna parte y solo quiere que lo encuentren y lo lleven a la luz. No sé qué sienten los demás. En mi caso es algo que llega de pronto, desde dentro, y aunque todavía no lo conozca, ya sé que después no podré prescindir de ello. Hay cosas que uno cree que domina y que en cambio llegan a dominarte por completo. Es como...

Se volvió y la miró como si solo entonces, tras fijar los ojos en ella, hubiera encontrado la definición exacta. Su voz se volvió un soplo.

—Escribir una canción es como enamorarse, Maureen.

Desde el momento en que iniciaron su relación, ella siempre había sido reacia a definirla, por temor a que un sustantivo o un adjetivo pudieran dar a aquella historia una coherencia que no tenía. Ahora, su nombre mezclado con esas palabras le dio una sensación de debilidad y seguridad que al fin se decidió a definir como amor.

Permanecieron abrazados, mirando el sol que iluminaba esa postal de Roma compuesta por el rojo de los tejados y el azul del cielo. Maureen vivía en la calle della Polveriera, en la última planta de una vieja casa propiedad de su abuelo. Tras una buena remodelación, se había convertido en un espacioso y espléndido dúplex. Desde la terraza se contemplaba una increíble vista del horizonte de

Roma. Por la noche se podía cenar allí sin más iluminación que el reflejo del Coliseo, rodeado de un halo de luz amarilla que lo teñía de color de oro fundido.

Connor se volvió otra vez hacia la ventana, buscando el abrazo de Maureen.

—¿Por qué en ningún otro lugar del mundo se puede experimentar una sensación como esta?

Por un momento se quedaron en silencio, piel contra piel, mirando el día, seguros. Sentían que Italia, Estados Unidos y el resto del mundo solo podían llegar hasta la puerta de esa habitación, pero no entrar.

Maureen recordó el día en que se conocieron. Connor Slave estaba en Italia para hacer una gira de seis conciertos, tras el lanzamiento de su último álbum, *Las mentiras de la oscuridad*. La gira la había organizado la agencia de espectáculos Triton Communications, cuya promotora era la mejor amiga de Maureen, Marta Coneri. Cuando llegó el día de la actuación en Roma, pasó por casa de Maureen como un torbellino y la arrastró al concierto casi a la fuerza. Marta tenía el don de ponerla de buen humor y, cualidad absolutamente impagable, era una de las pocas mujeres de la vida social romana que no se dirigía a nadie llamándolo «amor».

—Maureen, creo que si tuviera una casa como esta también yo saldría poco. Pero entre poco y nunca hay una gran diferencia. Además, por este tío vale la pena hacer un viaje mucho más largo que de aquí al teatro Olímpico.

No aceptó excusas, y Maureen ya sabía que era prácticamente imposible convencer a Marta. Se encontró sentada en una butaca del teatro Olímpico, junto a una butaca vacía. En la sala se respiraba esa promiscuidad anónima de la que está compuesta cualquier público; se hallaban presentes todas las personalidades de Roma y todos aquellos que harían cualquier cosa por llegar a serlo.

Marta llegó poco antes del comienzo y se dejó caer en la butaca libre, a su derecha.

—Muy bien. El trabajo ya ha terminado. Ahora disfrutemos.

Maureen no pudo responder, porque las luces fueron apagándose despacio, acallando el rumor de fondo que suele recorrer el teatro antes del inicio de un espectáculo.

En la oscuridad, se oyó un arpegio de guitarra delicadamente sensual, un sonido suavizado por un *delay* que parecía hacerlo girar por las paredes de la sala. Sentada allí, en la oscuridad, Maureen tuvo la impresión de oírlo

directamente en su cabeza. Luego una luz que provenía de arriba iluminó el centro del escenario y en ese haz tan blanco que parecía fluorescente apareció Connor, vestido de oscuro, con una camisa de cuello mao, de un rigor casi monástico. Inclinó la cabeza hacia el público, con los brazos flojos a los costados del cuerpo. En las manos sostenía un violín y un arco.

A las notas de la guitarra se sumó de pronto un sonido electrónico bajo y cenagoso, una vibración que llegaba hasta el vientre de los espectadores.

Después de ese giro armónico, Connor Slave comenzó a cantar y a alzar lentamente la cara. La fascinación que ejercía su voz ronca dejó en un segundo plano a la música. Era como frotar dos hojas de papel de lija sobre una capa de miel. La delicadeza y la solidez con que ese hombre sabía comunicar hicieron que Maureen tuviera la absurda sensación de que aquella canción estaba dedicada exclusivamente a ella. Luego paseó la mirada por la sala en penumbra y se dio cuenta, por las expresiones de los espectadores, de que quizá todos los presentes pensaban lo mismo.

Era una canción titulada «El cielo sepultado», una música suave con una letra llena de dolor que algún crítico inepto había estigmatizado y definido como cercana a la blasfemia. Hablaba de Lucifer, el ángel rebelde que en la oscuridad de los infiernos llora por él y por las consecuencias de su culpa, no tanto por haberse rebelado contra Dios sino por haber tenido la osadía de pensar.

Maureen escuchó la canción y aquellas palabras y se preguntó qué debía de agitarse en el ánimo del que la había escrito.

Extraño me resulta señalar uno cualquiera
y decir sí, el día es ese, aquel, allá;
que un día es solo un parpadeo
en el rostro inmóvil de la eternidad,
el día en que, llena mi alma de mal amor,
cambié las reglas de todo error.
Extraño me resulta ser yo el mejor
para decir «El cielo no es ya para mí»,
con su horizonte que devora el sol
y las sombras arrastra tras de sí,
el día en que, confiado en un dios más humano,

con el perdón las tinieblas confundí.

En el estribillo se sumó a la de Connor Slave la voz pura como el cristal de una bella vocalista, que salió de la penumbra del escenario para compartir con él la luz y la atención del público. El timbre y el color de las dos voces eran completamente diferentes; sin embargo se fundían en una armonización tan perfecta y delicada que parecían una sola. Esa unión vocal sincronizada sílaba por sílaba expresaba perfectamente el sentido de lo que estaban cantando: la luz y la sombra, la añoranza y el orgullo, la sensación desesperada del adiós tras una elección sin posibilidad de vuelta atrás.

El ángel que a tu lado volaba,
el ángel ha volado lejos,
ha volado lejos de aquí.

Expresaba el dolor del mal y el alivio de su cura.

Sin saber por qué, Maureen sintió instintivamente algo de lo que enseguida se avergonzó. Tuvo una estúpida y aguda sensación de celos por la mujer de la voz límpida que estaba compartiendo unos instantes de vida y de música con ese hombre sobre el escenario, con una entrega que difícilmente podía ser fingida.

Tal como llegó, ese momento pronto desapareció, porque en ese mismo instante Connor Slave dejó de cantar y se llevó el violín al hombro. Cuando comenzó a sonar, Maureen vio que aparecía la música y que el cuerpo de Connor Slave desaparecía. Su cuerpo estaba allí, delante de todos, pero él sin duda se hallaba en otra parte, en algún universo paralelo, aunque mantenía abierta una brecha de modo que pudiera entrar cualquiera que fuera capaz de seguirle. Quizá a causa de la letra de la canción que acababa de oír y de ese talento sobrenatural, Maureen pensó que, si el diablo existía, en ese momento estaba frente a ella tocando el violín. El concierto continuó y terminó, pero durante todo ese tiempo Maureen no consiguió, ni siquiera por un instante, librarse de la fascinación provocada por ese artista que tenía el don de estar en todas partes. Estaba con el público que le escuchaba, con la orquesta que le acompañaba, con la música que sonaba, y con cualquiera que quisiera ir con él, pero al mismo tiempo no estaba en ninguna parte y no pertenecía a nadie.

Mientras observaba cómo recibía la recompensa de los aplausos, Maureen pensó, por la expresión de su cara, que para él el trabajo no había terminado sino que comenzaba en aquel momento. Era como si para Connor Slave el verdadero trabajo fuera la vida diaria, y la verdadera vida solo se encontrara en esas pocas horas de música bajo las luces condescendientes de un escenario.

Luego, como ocurre siempre, la magia terminó cuando bajó el telón. Se encendieron las luces que suelen iluminar el mundo normal y los espectadores salieron de aquella hipnosis colectiva para recuperar su identidad en medio de un enredo de chaquetas, corbatas y prendas de colores.

Marta se volvió hacia ella con una expresión triunfal.

—¿Qué te decía yo? ¿Es grandioso o no?

—Absolutamente extraordinario.

—Y hay más. Una pequeña sorpresa. Por eso quería que vinieras. Adivina adónde iremos a cenar.

—Marta, no creo que...

Marta la interrumpió con la expresión de alguien que ha llegado a una conclusión obvia.

—¿Dónde, si no? Tu padre es el dueño de uno de los mejores restaurantes de Roma, por no decir de Italia. Es tan famoso que hasta tiene uno en Nueva York. Tú eres amiga mía y, por una conjunción astral increíble, esta noche he logrado convencerte de que salieras. Según tú, ¿adónde puedo llevar a un estadounidense genial y famoso, en todos los sentidos?

Marta no aceptó objeciones y cogió con firmeza las riendas de la velada.

Esperaron fuera del camerino hasta que Connor acabó de cambiarse y después de las presentaciones le llevaron hasta un Lancia Thesis oscuro que aguardaba en la entrada. Marta se sentó al lado del chófer, para que Maureen y Connor pudieran estar juntos en la penumbra de la parte posterior. Los dos empezaron a conversar mientras se metían en el tráfico de Roma rumbo al restaurante del padre de ella, en la calle dei Gracchi.

—¿Cómo es que hablas un inglés tan perfecto? Pareces más estadounidense que yo.

—Mi madre es de Nueva York.

—¿Y tiene la suerte de tenerte como hija y además vivir aquí, en Roma?

—Ya no. Prácticamente ninguna de las dos cosas. Mis padres se han

divorciado y ella ha vuelto a Estados Unidos.

Desde el asiento delantero, Marta se metió en la conversación con su peculiar inglés con acento romano.

—Tal vez la conozcas; es una abogada muy famosa. Se llama Mary Ann Levallier.

Connor se volvió hacia ella; la sombra ocultó su rostro, lo que destacó su tono de voz.

—¿Esa Mary Ann Levallier?

—Sí, esa...

Por su lacónica respuesta, Connor se dio cuenta de que era mejor no profundizar en ese tema. Abrió un poco la ventanilla del coche como si quisiera echar aquel momento de ligera incomodidad. Su sensibilidad hizo que subiera un escalón más en la escala de valores de Maureen. Había conocido a gente del espectáculo, en particular a músicos, pero nunca se había sentido atraída por ninguno de ellos. Desgraciadamente, había constatado que ciertos hombres no son tan grandes como su música.

Connor sonrió.

—Bien, me parece que lo que hago yo es más que evidente. ¿Qué haces tú en la vida?

El imparable entusiasmo de Marta trató de responder por ella.

—Pues... Maureen es...

Desde el asiento de atrás, esta la frenó con una mirada, antes de que se lanzara a una de sus amistosas promociones.

—Maureen es... una mujer fantástica.

La llegada al restaurante puso fin a esa parte de la conversación. Tras entrar, Maureen y sus acompañantes fueron acogidos por la simpatía y la profesionalidad de Alfredo, el histórico maître del local, que la conocía desde pequeña. Siguiendo una vieja broma de ambos, la abrazó y la saludó pronunciando su nombre según la costumbre del habla romana.

—Hola, Maurinne. Qué sorpresa. Tenerte aquí es un acontecimiento digno de salir en televisión. Por lo visto no te gusta nuestra comida... Es una pena que tu padre no esté; creo que está en Francia, eligiendo vinos. Espero que pueda serte útil este pobre anciano...

Marta revoloteaba entre ellos, zumbando como una abeja entre las flores.

—Alfredo, la historia del pobre anciano no cuela. Aunque ha traído dos hijas al mundo, mi tía Ágata todavía suspira por ti y jura que nunca te ha olvidado.

No existía ninguna tía Ágata ni había allí ningún anciano, sino solo la alegría del que es joven y ha sabido mantenerse así. De pronto Maureen se sintió feliz por haber decidido salir con Marta aquella noche.

Alfredo los acompañó a la mesa; Maureen y Connor se sentaron el uno frente al otro. Él la miró con una expresión interrogante que daba a entender que no había entendido nada de la conversación en italiano.

—¿Maurinne?

—Para Alfredo, tanto el inglés como yo somos algo muy particular.

Llegó la comida, y durante la cena continuaron hablando. Sus sonrisas eran cada vez más amplias y más frecuentes. Marta, la inigualable e irreductible Marta, supo poco a poco volverse invisible y muda. Maureen recordaba el momento exacto en que Connor la conquistó definitivamente. Fue cuando, por curiosidad, le preguntó qué tipo de música solía escuchar habitualmente.

—La mía.

—¿Solamente?

—Sí.

En ese monosílabo había una gran serenidad. Maureen lo miró buscando vanidad y presunción en sus ojos. Pero encontró la mirada sincera de un hombre que sabe que posee todo lo que necesita.

—Sin embargo no es una música fácil.

—Nada es fácil. Quizá tampoco yo lo sea.

—Entonces tu éxito demuestra que la gente no es tan estúpida como algunos creen.

Connor sonrió divertido, como si aquella fuera una broma que se prolongaba desde hacía mucho tiempo.

—No es tan estúpida como creen algunos, ni tan inteligente como quisiéramos.

Maureen aceptó e hizo suyas la luz y la diversión de su sonrisa, y a partir de ese momento, aunque no siempre estuvieron juntos, ya no se separaron.

Como ahora, en que abrazados contemplaban Roma desde lo alto. El teléfono los sorprendió y los obligó a recordar que, bajo esos tejados que parecían no terminar nunca, todavía había un mundo que estaba vivo. De mala

gana, Maureen se soltó del abrazo y fue a coger el teléfono sin hilos de la mesita de noche. Pulsó el botón que activaba la comunicación.

—¿Diga?

—Hola, Maureen, soy Franco.

Maureen suspiró. El mundo no podía dejarse al margen durante mucho tiempo. En ese preciso momento, con esa llamada, el mundo acababa de romper la barrera de la ventana y al fin conseguía entrar.

—Hola, Franco. Dime.

—Ya han fijado la audiencia. Es para el jueves por la mañana.

—¿Tan pronto?

—Temo que tu caso ha aparecido demasiado en las primeras planas y no se puede postergar más. Mientras tanto, ¿te han suspendido?

—Oficialmente no. Pero me han destinado a la Academia de la calle Piero della Francesca con funciones de asesora. En la práctica soy una especie de ordenanza.

—Ya sé que es difícil, Maureen. Pero, si puedes, hoy deberías pasar por mi casa. Hay unos papeles que necesito que firmes.

—¿Te va bien dentro de una hora?

—Perfecto. Te espero y...

En el otro extremo de la línea hubo un instante de silencio. Maureen esperó durante lo que le pareció una eternidad.

—En fin... que no te preocupes.

—No estoy preocupada.

—Todo saldrá bien, Maureen.

—Sí, todo saldrá bien.

Dejó con suavidad el aparato sobre la mesita, aunque tenía ganas de hacerlo pedazos contra el cristal.

«Todo saldrá bien.»

Sin embargo, nada estaba saliendo bien.

No estaba saliendo bien lo que siempre había hecho con pasión a pesar de las noches de sueño interrumpido por una llamada telefónica. No estaba saliendo bien la actitud de ciertas personas que en el pasado le habían declarado su total confianza y que ahora se escondían en un silencio incrédulo. Nada estaba saliendo bien para aquel hombre maravilloso que estaba con ella, para su

paciente espera hasta que una persona así llegara por fin a su vida.

Tampoco estaba saliendo bien para ella como mujer ni para la comisario Maureen Martini, a cargo de la Comisaría de Casilino de la Jefatura de Policía de Roma, que apenas quince días atrás había matado a un hombre.

11

Maureen entró en la penumbra del garaje, situado a un centenar de metros de su casa, donde guardaba el coche. En cuanto la vio llegar, Duilio, el encargado, salió de su caseta de cristal y fue a su encuentro. Aunque por su edad no era un hombre peligroso, siempre había declarado con simpatía y afecto que tenía debilidad por ella. Maureen aceptaba ese inocente cortejo que duraba desde hacía tiempo, porque nunca era insolente o fastidioso.

—Si quiere, le enciendo el motor, doctora Martini. Siempre es un placer conducir una joya como esta.

Maureen le tendió las llaves.

—De acuerdo, y diviértase.

Duilio desapareció en la oscuridad de la bajada. Mientras esperaba oír el ruido de su Boxster subiendo por la rampa, Maureen pensó que, en general, podía considerarse una mujer afortunada. Su familia era dueña del restaurante Martini casi desde siempre, y con el tiempo su padre, Carlo, gracias a una eficaz administración, había sabido transformarlo de la simple fonda que era en sus principios en uno de los referentes de la gran cocina italiana. Cuando conoció a la madre de Maureen y se casaron, la aventura prosiguió al otro lado del océano y ahora existía en Nueva York el famoso Martini's, donde no era difícil encontrar de vez en cuando a alguna estrella del cine o la televisión. Su madre, mientras tanto, se había convertido en una de las mejores abogadas criminalistas de la ciudad; poco a poco, su matrimonio se resquebrajó a causa de la distancia. Distancia en tiempo, en espacio, en mentalidad y en carácter.

Pero, sobre todo, a causa de la insalvable distancia de un amor terminado.

La relación de Maureen con su madre nunca había sido digna de llamarse así. Por otra parte, el temperamento frío y pragmático de Mary Ann Levallier dejaba poco espacio para una complicidad afectuosa y divertida como la que existía, en cambio, con su padre. Así, cuando llegó el momento del divorcio ella eligió quedarse a vivir con él en Roma, y después de licenciarse en Derecho decidió ingresar en la Policía del Estado.

Maureen recordaba perfectamente lo mal que se tomó su madre aquella decisión. Estaban sentadas en la terraza del Hilton, donde se alojaba cuando viajaba a Roma. Mary Ann estaba, como de costumbre, perfecta y elegante con su conjunto Chanel; cuidaba su aspecto de manera obsesiva, hasta en los menores detalles.

—¿Policía, dices? Qué tontería. Pensaba que te labrarías un futuro en Nueva York. En mi estudio tratamos muchos casos junto con Italia. Podría haber un brillante porvenir para una abogada bilingüe con tu preparación.

—Una vez más, mamá, ¿por qué antepones lo que tú deseas para mí a lo que yo deseo?

—Por lo que acabas de decir, dudo que puedas tener las ideas claras con respecto a tus aspiraciones.

—No, claro que no las tengo. Sobre todo comparado contigo, que las tienes clarísimas. Es una cuestión de actitud. Yo deseo un trabajo que me permita atrapar a criminales y mandarlos a la cárcel, independientemente de lo que gane. En cambio, tu trabajo consiste en lo contrario: ayudas a los criminales a salir de la cárcel en función de lo que ganas.

Su madre la sorprendió una vez más con un lenguaje muy explícito.

—Eres una gilipollas, Maureen.

Maureen se permitió al fin el lujo de una sonrisa angelical.

—Solo un poco, por parte de madre...

Se levantó y se marchó. Dejó a Mary Ann Levallier con su cóctel de gambas, que probablemente la irritaba porque no combinaba con el color de su ropa.

Duilio salió del subterráneo del garaje conduciendo el Porsche con la capota abierta y se detuvo a su lado. Se apeó del coche y mantuvo la puerta abierta.

—Aquí está. Fin del sueño.

—¿Qué sueño?

—Un agradable paseo por Roma con un coche como este, en un día como

hoy y con una mujer tan hermosa como usted.

Maureen se sentó y le sonrió mientras se abrochaba el cinturón.

—A veces hay que lanzarse, Duilio.

—¿A mi edad, doctora? Cuando era joven temía que las muchachas me dijeran que no. Ahora tengo pánico a que me digan que sí.

Maureen se vio obligada a reír, aunque en aquel momento no estaba de humor.

—Buenos días, Duilio.

—También para usted, doctora.

El Porsche era un regalo de su padre. Le causó un enorme placer, pero era un símbolo que la clasificaba entre la gente acaudalada. Maureen era una persona discreta, como todo el que está seguro de sí mismo. No solía usar aquel coche, y menos aún para ir a la comisaría. Por el bien de la convivencia, prefería no dar a sus colegas la posibilidad de considerarla una niña rica que había optado por entrar en la policía por esnobismo.

Se metió de lleno en el tráfico y recorrió con calma algunas callejuelas hasta desembocar en la calle dei Fori Imperiali. Oculta bajo las gafas de sol, trataba de hacer caso omiso de las miradas de los conductores de los coches que se detenían a su lado cuando el semáforo se ponía en rojo. Algunas eran amistosas; otras, curiosas, y muchas, envidiosas.

Mientras bajaba en dirección a Lungotevere, comenzó a sonar el móvil que había dejado en el asiento de al lado.

—Hola. Soy un hombre que está solo cerca del cielo. ¿Cuándo vuelves?

—Pero si acabo de salir...

—No vas a creerlo, pero es la misma excusa que le dio Ulises a Penélope cuando llegó a su casa, pasados veinte años.

—Entonces debemos sincronizar nuestros relojes. No han pasado ni siquiera veinte minutos.

—Mientes. Han pasado por lo menos veintiuno.

Maureen le agradeció la alegría que conseguía transmitirle; no la encontraba en absoluto fuera de lugar. Connor sabía muy bien adónde iba, y en qué estado de ánimo se encontraba. Era su modo de hacer que se sintiera acompañada en ese delicado momento.

—¿Por qué no vas a pasear por Roma, admiras a bellas mujeres y dentro de

una hora y media nos encontramos en la entrada del edificio del abogado?

—Prométeme que después iremos a cenar al restaurante de tu padre.

—¿No estás harto de comer allí?

—No mientras sea gratis.

Maureen le dio la dirección del abogado y continuó su camino. Pese a lo que acababa de decirle, si había algo que no formaba parte de las preocupaciones de Connor era el dinero. Aunque sus discos comenzaban a darle considerables ganancias, Maureen tenía la sensación de que ni siquiera sabía cuánto dinero tenía en el banco. Cuando ella salió de casa, él estaba hablando por teléfono con Bono, el cantante de U2, acerca de un futuro proyecto; sus ojos brillaban como los de un niño.

Recorrió con calma el Lungotevere, disfrutando del resplandor del sol, que jugueteaba con las ramas de los árboles que flanqueaban el camino. Conducía sin prisa, con la capota abierta; notaba el aire cálido de la primavera en el pelo y una sensación de hielo en el corazón. A su izquierda, el lecho del río era un reflejo indeciso más allá del muro que lo delimitaba. Un camino de agua sucia que cortaba en dos la ciudad, que no estaba mucho más limpia.

Ella, que había pasado su vida entre Italia y Estados Unidos, podía entender el entusiasmo de Connor por Roma. Allí, a cada paso se respiraba el perfume de lo que los estadounidenses habían intentado construir obstinadamente: un pasado. Pero no habían tenido en cuenta que no se puede construir un pasado a medida, sino que viene impuesto por hechos ajenos a la voluntad. Ahora, lamentablemente, cuando algún norteamericano cualquiera se encontraba ante las ruinas de la Zona Cero podía entender qué se sentía al pasar junto a los restos del Coliseo.

Ruinas. Solo ruinas.

Y el recuerdo del dolor, que poco a poco se apagaba y dejaba imágenes de postal.

Todavía no había tenido la oportunidad de explicarle a Connor que esta ciudad no era más que apariencias. Roma era la mujer de Fellini en el cartel publicitario de la película. Era una amante vistosa, amigable, alcahueta, que te recibía con los brazos abiertos, ansiosa de venderte sus putas. Pero solo algunas lo eran en el verdadero sentido de la palabra.

Mientras, había pasado ante el Ministerio de Marina; en la plaza de las Bellas

Artes dobló a la izquierda por el puente del Risorgimento. Cogió el viale Mazzini y, apenas pasada la plaza, tuvo la suerte de encontrar aparcamiento justo bajo el estudio del abogado penalista Franco Roberto.

Maureen llegó ante la entrada del edificio, llamó al portero automático y le respondió el ruido de la puerta al abrirse, una puerta de madera perfectamente restaurada. Subió a pie por la escalera hasta la primera planta, donde se hallaba la oficina de su abogado defensor. Aunque formaba parte de los riesgos de su trabajo, jamás habría imaginado que lo necesitaría tan pronto.

Cuando la vio entrar en su oficina, acompañada por su secretaria, Franco se levantó y cruzó la habitación para ir a su encuentro. Era un hombre alto y delgado, de tez morena, ojos castaños y pelo tan negro que tenía reflejos azules. No podía decirse que fuera guapo, pero la luz de la inteligencia iluminaba su mirada y su cara. Había sido un buen compañero en la universidad, y tras graduarse de forma brillante estaba abriendo nuevos caminos en la práctica de su profesión, no solo en Roma sino en toda Italia. Maureen sospechaba que cuando eran estudiantes a él no le habría desagradado que su amistad se convirtiera en algo más. Pero la actitud estrictamente cordial de Maureen le aconsejó dejar de lado esas intenciones, si las había.

Franco se acercó y la besó afectuosamente en las mejillas.

—Hola, comisario, ¿todo bien?

—Algunas cosas sí y otras no. Lamento que en esta ocasión te veas obligado a representar las «otras no».

—Haremos lo posible por convertirlas en «algunas sí».

Volvió a sentarse tras su escritorio y abrió la carpeta que tenía ante él. La había estudiado a fondo antes de que ella llegara. Maureen se sentó frente a él en uno de los elegantes sillones de piel.

—La situación es algo complicada, pero creo que una persona con tu hoja de servicio puede enfrentarse a esta audiencia con confianza.

—Franco, eres un hombre positivo por naturaleza y yo no soy una persona negativa. Pero no creo equivocarme si defino la situación como mucho más que complicada.

—¿Quieres volver a hablar de ello?

Maureen se encogió de hombros. Aquella historia le estaba amargando la vida, y ni siquiera había comenzado. De repente, la tarde con Connor estaba muy

lejana; le parecía un momento de su vida del que se había apoderado derribando una puerta y que en realidad, como todas las cosas robadas, no le pertenecía.

—De acuerdo —asintió Franco. Se puso de pie y fue a apoyarse contra el alféizar de la ventana abierta—. Trata de resumir los hechos.

—Ese albanés, Avenir Gallani, apareció en Roma de la nada y empezó a andar por ahí en coches de lujo, a frecuentar los locales de moda y a la gente del espectáculo presentándose como productor discográfico y cinematográfico. Su actitud y el dinero que gastaba empezaron a llamar la atención. Llegó una orden de arriba de tenerlo vigilado; había sospechas de que pudiera estar vinculado de algún modo con la mafia albanesa y en particular con un importante negocio de tráfico de estupefacientes. Confirmamos que en su país tenía antecedentes penales. Le pusimos bajo vigilancia durante casi un año, pero lo único que descubrimos fue que Avenir Gallani era un perfecto idiota. Tenía mucho dinero, cuya procedencia no era clara, pero no era más que un idiota. Pero al mismo tiempo era listo. Aunque, como sabes, ese tipo de gente no puede resistirse a la tentación de exhibir su astucia. Y por supuesto cayó en esa trampa. Empezó una relación con una aspirante a estrella de la televisión, una de esas que están dispuestas a todo con tal de prosperar en su carrera. Gallani se enamoró e intentó impresionar a su amada. Habíamos puesto micrófonos en su casa, y una noche oímos cómo se jactaba de que en pocos días cerraría un negocio de muchos millones de euros. Después produciría una película para lanzarla al estrellato. Intensificamos la vigilancia; lo seguíamos veinticuatro horas al día. Al final logramos descubrir que en el bosque de Manziana, al norte de Roma, en la Braccianese, se haría una importante entrega de drogas que Avenir había planeado a través de sus canales. Montamos la operación en colaboración con la policía de Viterbo. Cuando llegamos al lugar los sorprendimos en plena operación. Detuvimos a todos los involucrados, menos a Gallani, que nos vio llegar y consiguió huir. Yo lo perseguí a través del bosque, hasta que llegamos a un pequeño claro donde había un BMW aparcado. Él llegó al coche, abrió la puerta y se inclinó para coger algo del interior. Cuando se incorporó tenía una pistola en la mano. Me apuntó y disparó.

—¿Cuántos tiros?

—Uno.

—¿Y tú qué hiciste?

—Respondí.

Las palabras de Maureen resonaron en la habitación, secas como disparos de pistola.

—Y lo mataste.

El tono era de afirmación, no interrogativo.

Maureen respondió con un monosílabo que sonó como una confesión.

—Sí.

—¿Y después qué ocurrió?

—Oí un ruido que venía de los matorrales que había a mi derecha. Me escondí detrás de un árbol y después me adentré en el bosque. Miré a mí alrededor pero no vi ni oí a nadie. Pensé que el ruido lo había causado algún animal al que había asustado el disparo.

—¿Y después qué hiciste?

—Volví al coche.

—¿Y qué encontraste?

—El cuerpo de Avenir Gallani, en la misma posición en que había caído.

Maureen jamás olvidaría aquel momento. Era la primera vez que mataba a alguien. Se quedó inmóvil, mirando ese cuerpo tendido en el suelo con la boca abierta, como si por allí hubiera huido la vida, y no por el agujero que tenía a la altura del corazón; la sangre había formado un charco sobre la hierba húmeda. Alrededor había luces que relampagueaban, gritos, órdenes dadas en tono imperioso, coches que llegaban y el ruido de neumáticos de coches que arrancaban. Ella seguía allí, todavía empuñando la pistola con una mano caída a un costado del cuerpo, sola frente a la responsabilidad de haber truncado una vida humana. Podía decirse que Avenir Gallani se había buscado y merecido sobradamente lo sucedido. En efecto, oyó unos pasos a su espalda y el comentario lapidario de uno de sus compañeros.

—Cuando vives tratando de romperle el culo al mundo, es inevitable que tarde o temprano el mundo te lo rompa a ti.

Todavía oía aquella voz cerca de su oreja, pero no lograba recordar a quién pertenecía.

La voz profesional del abogado Franco Roberto se superpuso a la del recuerdo.

—¿Y la pistola?

Maureen borró aquella imagen de su mente y volvió al despacho.

—La pistola ya no estaba.

—¿Ya no estaba, o no estuvo nunca?

Maureen se levantó de golpe.

—Pero ¿qué clase de pregunta es esta?

Franco meneó la cabeza. Maureen supo que había suspendido el examen.

—No es lo que yo te pregunte, sino lo que te preguntará el fiscal. Y no creo que esta sea la reacción más adecuada.

Maureen se dejó caer otra vez en el sillón.

—Discúlpame, Franco. Tengo los nervios destrozados.

—Entiendo. Pero no es el mejor momento para perder el control.

Maureen se rebeló contra la actitud paternalista de su amigo.

—Franco, ese hombre tenía una pistola, y la usó contra mí. No estoy loca, y no estoy mintiendo. Y sobre todo no soy estúpida. ¿Por qué debo seguir insistiendo en esta versión incluso contigo?

El silencio de su interlocutor solo le provocó desaliento.

—Pero tú me crees, ¿verdad?

—Lo que yo crea, Maureen, no es importante. A mí me pagan para pensar y para hacer pensar. Y lo que debo conseguir ahora es que los jueces piensen que esa pistola estaba ahí.

Maureen se dio cuenta de que en realidad él no había respondido a su última pregunta. Y pensó cómo podría Franco convencer a alguien de su inocencia, si él mismo no estaba convencido.

Tal vez el abogado vio ese pensamiento en su rostro, porque trató de aliviar la tensión.

—Ya verás como todo saldrá bien. Quiero darme la satisfacción de cobrar un buen cheque con el membrete de la Policía.

Cualquier representante de la ley que mate a una persona durante una acción policial debe ser sometido a juicio penal. En el caso en que se constate la legitimidad del hecho y se declare su inocencia, la Policía del Estado debe cargar con los gastos de la defensa.

Franco le hizo firmar los escritos y poderes que necesitaba; esa concesión a la burocracia no hizo más que aumentar la sensación de inexorabilidad que Maureen tenía en aquella oficina. Finalmente, con una última firma, concluyeron

las formalidades de las que dependía su futuro. Se levantó del sillón y se asomó a la ventana. Abajo se veía el tráfico de la noche romana, caótico y agresivo. Desde lo alto vio la cabeza rizada de Connor que se acercaba andando. Le vio llegar bajo la ventana y alzar la vista para mirar el número del edificio.

Maureen, por primera vez desde su llegada al despacho, sonrió.

Franco se le acercó y siguió la dirección de su mirada.

—Esa persona tiene todo el aspecto de venir a buscarte.

—Así es.

—No sabría definir la expresividad con la que me lo has dicho, pero creo que te alegrará saber que ya no te necesito.

Maureen se volvió y le dio un rápido beso en la mejilla.

—Gracias, Franco. Gracias por todo.

—Anda, vete. Nadie merece el suplicio de esperarte.

En su impaciencia, captó el halago de aquellas palabras solo cuando ya se había marchado. Bajó la escalera en dirección hacia la salida con una sensación de liberación. Los hechos y los recuerdos con los que había debido enfrentarse le habían dejado un vacío en el estómago por la falta de Connor.

Con él se sentía distinta. Con él se sentía segura. Maureen sonrió con la incredulidad que muestra cualquier enamorado ante esa sensación: sentirse protegida por un hombre que se enfrentaba a la vida completamente desarmado. Fortalecida porque sabía que él la esperaba fuera, cogió el picaporte, tiró de la puerta hacia sí y salió a la calle. Lo que sucedió a continuación lo recordaría durante toda la vida con la secuencia rítmica de las imágenes de un proyector de diapositivas.

El ruido de la puerta que se cerraba.

La cara de Connor, que la esperaba de pie bajo un árbol, al otro lado de la calle.

La sonrisa con la que él le devolvió la suya, mientras cruzaba la calle para reunirse con ella.

La luz de sus ojos, que la miraban como siempre había deseado que la mirara un hombre.

La distancia de un paso.

El chirrido de neumáticos del Voyager con los cristales ahumados que llegaba a gran velocidad y se detenía frente a ellos.

Y las personas que bajaron corriendo del coche.

Cuatro hombres que, aquella noche que parecía que iba a ser mágica, les pusieron una capucha negra en la cabeza y se los llevaron.

12

Oscuridad.

El vago olor a moho de la tela que le envolvía la cabeza en una oscuridad polvorienta. Los saltos y los tumbos del coche que avanzaba por las calles de Roma. El ruido de las ruedas sobre una zona adoquinada. Una cuerda pegajosa le inmovilizaba las muñecas, y cualquier tentativa de gritar era inútil ya que le habían puesto una mordaza por encima de la capucha. Toda reacción era impedida por una voz con leve acento extranjero que le había susurrado al oído:

—No te muevas, o tu hombre morirá.

Para confirmar la amenaza, Maureen sintió la punta afilada de un cuchillo sobre la piel sensible de la garganta. Imaginó que también le habrían dicho lo mismo a Connor, y el miedo que debía de sentir él la desesperó más que la oscuridad en la que se encontraba.

Permaneció inmóvil y muda durante todo el trayecto. Tranquilizado por su falta de reacción, el hombre que iba a su lado disminuyó la presión de la hoja sobre su cuello. En un primer momento Maureen buscó alguna referencia para saber por dónde iban, pero el viaje se prolongó tanto que cualquier tentativa de memorizarlo era inútil.

Por la gradual disminución de las que interpretaba que eran paradas ante semáforos, Maureen dedujo que se alejaban del centro. Cuando el movimiento fue fluido e ininterrumpido, conjeturó que habían salido de la ciudad y se dirigían a algún lugar fuera de Roma.

Tras un trayecto que pareció interminable, el Voyager se detuvo con una frenada y un viraje brusco. Oyó que se abrían las puertas y unos brazos robustos

la arrancaron del asiento. Los mismos brazos fuertes e implacables casi la levantaron del suelo mientras ella intentaba dar unos pasos a ciegas. Le quitaron la capucha y pudo respirar por fin el aire fresco de la noche. Lo primero que vieron sus ojos, después de tanta oscuridad, fueron los colores. El rojo de la tierra y el verde de la vegetación. Tres coches dispuestos en abanico iluminaban con la luz azulada de los faros una especie de gruta excavada en el terreno arcilloso, con dos amplias entradas enfrentadas, disimuladas por los polvorientos arbustos. Casi en el centro había un agujero que los faros dejaban en tinieblas.

En el lado opuesto a ella, Connor estaba de rodillas en la despiadada luz que iluminaba la escena. Tenía la camisa y la cara manchadas de tierra. Maureen supuso que el hombre que se hallaba de pie detrás de él lo había empujado violentamente al suelo, para obligarlo a subir a ese pequeño escenario improvisado donde se representaba el miserable triunfo de la fuerza sobre un hombre indefenso.

En el espacio que la separaba de Connor, en pie en medio de la gruta, había un hombre de espaldas.

Era alto y robusto, pero no pesado. La parte del cráneo que miraba hacia ella se desdibujaba por la sombra del pelo, muy corto. Por debajo del cuello de la chaqueta de piel que llevaba asomaba el dibujo de un tatuaje, desde la espalda hacia la oreja derecha, como una hiedra sobre un muro. Encendió un cigarrillo, y Maureen vio el humo a la luz de los faros.

El hombre seguía inmóvil; de repente, como si en aquel momento se acordara de su presencia, se volvió hacia ella. Maureen se encontró ante un rostro de líneas marcadas, envuelto en una barba descuidada que parecía la continuación del cabello.

Los ojos fríos y hundidos, fijos en ella, sintonizaban perfectamente con el cruel gesto de la boca. De la oreja izquierda pendía un extraño arete, una cruz estilizada con un minúsculo brillante en el centro, que acompañaba los movimientos de la cabeza reflejando y refractando la luz. Maureen vio que mientras la miraba, el hombre continuaba moviendo la cabeza como en un mudo y doloroso asentimiento a reflexiones que solo él conocía. Cuando hizo oír su voz, tenía el mismo acento que el hombre que le había hablado en el coche mientras la apuntaba con el cuchillo a la garganta.

—Aquí estamos, comisario. Espero que mis amigos no los hayan maltratado

mucho durante el viaje.

—¿Quién es usted?

—Cada cosa a su tiempo, doctora Martini. ¿O puedo llamarte Maureen?

—Repito: ¿quién es usted y qué quiere?

El hombre no respondió a su pregunta y en cambio formuló otra:

—¿Sabes dónde estamos?

—No.

—Qué raro. Pensaba que habrías reconocido el lugar.

El hombre hizo un gesto hacia una de las entradas de la gruta.

—A algunos cientos de metros en aquella dirección, hace poco mataste a un hombre.

Se hizo un profundo silencio, como un epitafio. El hombre inclinó la cabeza y movió la tierra con un pie, como si debajo estuviera sepultado el cuerpo del muerto.

—Ya. Estamos en el bosque de Manziana. Qué extraña es la vida cuando organiza nuestro regreso a ciertos lugares, ¿verdad?

Levantó la cabeza de golpe, como si quisiera dar mayor fuerza a las palabras.

—Me llamo Arben Gallani.

El nombre quedó suspendido con su sonido extranjero; era al mismo tiempo la distancia que los separaba y la atadura que los unía.

—Soy el hermano de Avenir Gallani, el hombre que tú asesinaste.

—Yo no asesiné a nadie. Tú no puedes saber qué sucedió.

Arben lanzó la colilla del cigarrillo más allá del cono de luz de los faros. El humo salió de su boca como una sentencia.

—Sí lo sé. Yo estaba ahí.

Metió una mano bajo la chaqueta y sacó una pistola que llevaba en la cintura. Se la mostró a Maureen, sosteniéndola de manera que pudiera verla bien.

—Aquí tienes. ¿La reconoces?

—No la he visto en mi vida.

—Sí que la has visto, aunque solo por un instante. Era la que Avenir tenía en la mano cuando le disparaste.

Dejó caer el brazo al costado, como si de golpe la pistola se hubiera vuelto muy pesada.

—Yo estaba con él aquel día. No estaba de acuerdo con la operación, y él lo

sabía. Aun así me pidió que lo acompañara, y yo no pude negarme. Uno siempre es débil con las personas que quiere, ¿verdad, Maureen?

Su mirada se detuvo un instante en Connor. Maureen, por primera vez en su vida, supo el significado de la palabra «miedo».

—Lo estaba esperando en el coche, pero entré un momento en el bosque a mear. Oí la refriega, imaginé que algo había salido mal y decidí no salir. Después, llegasteis vosotros.

Sacó del bolsillo una cajetilla de cigarrillos y encendió uno. Hablaba con calma, como si las cosas que estaba contando no le concernieran a él sino a otra persona.

—Avenir era impulsivo. Demasiado, a veces. Quizá la culpa también sea mía. Habría debido controlarle más, impedirle hacer tantas gilipolleces.

Arben hizo una pausa. Tenía los ojos fijos en ella, pero Maureen se dio cuenta de que no la veía. Estaba reviviendo la escena de aquel día, tal como ella la había revivido en su mente decenas de veces.

—Arrojé una piedra a los matorrales para distraer tu atención. Cuando te alejaste, salí, cogí la pistola y volví a esconderme. Sé que has tenido algunas dificultades por ello, pero no es problema mío.

Le sonrió con dulzura y Maureen tuvo la certeza de que aquel hombre estaba loco. Y era peligroso.

—Y por fin hemos llegado al motivo de este encuentro. ¿Crees que quiero matarte? No, querida mía...

Mientras hablaba, Arben Gallani se había acercado poco a poco a Connor.

—Creo que es hora de que sepas qué significa perder a una persona a la que amas.

«Oh, no.»

Maureen empezó a gritar, sin darse cuenta de que lo hacía solo en su mente.

«No, por Dios, no.»

Al notar el contacto del cañón frío, Connor cerró instintivamente los ojos. Maureen vio, o le pareció ver, que el nudillo de Arben se ponía blanco al apretar el gatillo.

«No, por Dios, no.»

Se oyó un disparo y la cabeza de Connor estalló. Un chorro de sangre mezclado con materia gris llegó hasta el coche que estaba aparcado al lado y

manchó los faros que lo iluminaban. La desesperación de Maureen impulsó al fin su voz, que se abrió paso a través de la garganta seca de polvo y de horror. El alarido con que acompañó el cuerpo sin vida de Connor mientras caía expresaba el dolor, la furia y el adiós desesperado de cualquier mujer que, impotente, ve morir al hombre que ama. Connor se desplomó levantando una leve nube de polvo, pero era lo bastante grande como para sepultar en ella los sueños, los proyectos y la vida de ambos.

Arben se volvió y la miró con una ceja ligeramente arqueada. Maureen maldijo la expresión de fingida misericordia que tenía en el rostro.

—Es desagradable, ¿verdad?

Maureen le veía a través de las lágrimas que nublaban sus ojos.

—Te mataré por esto.

Gallani se encogió de hombros.

—Es posible. Pero tú vivirás. Para recordar. Y no solo esto...

Dejó caer la pistola al suelo, que ensució con la sangre del hombre al que acababa de matar. Arben se movió con indolencia hacia ella; cuando llegó a su lado le asestó de pronto un revés en la cara. Maureen cayó hacia atrás y se asombró de no haber sentido dolor, como si toda su capacidad de sufrimiento hubiera sido absorbida por la muerte del hombre al que había amado y que ahora yacía en medio de un charco de sangre. Sintió que las manos del hombre que estaba detrás de ella la sostenían y la ofrecían de nuevo a la furia de su jefe. Gallani no le concedió siquiera la dignidad de los puños. Continuó abofeteándola en la cara hasta que Maureen ya no vio sus manos manchadas de sangre. El dolor llegó de golpe. Maureen sintió que sus piernas cedían y que algo caliente y viscoso cubría sus ojos tumefactos y coloreaba sus lágrimas. Arben Gallani hizo entonces una seña con la cabeza. El hombre que la mantenía en pie la dejó resbalar a tierra y enseguida se acuclilló para impedir que se moviera. Otros dos hombres acudieron para ayudarlo. Cada uno se agachó a un lado para imposibilitarle cualquier movimiento de las piernas.

Arben sacó un cuchillo de un bolsillo; la hoja brilló por un instante como el diamante de su arete. Se inclinó sobre ella y comenzó a cortarle los pantalones. Maureen oía el ruido de la tela y sentía frío sobre la piel a medida que la lámina la desnudaba. A través del velo de sangre y dolor que por momentos le nublaba la vista, vio al hombre de pie entre sus piernas. Vio cómo se desabrochaba el

cinturón y oyó el ruido de la cremallera que se abría como el de una espada que se desliza fuera de la vaina.

Arben se arrodilló y se tendió sobre ella. Maureen sintió el peso de su cuerpo, sus manos que hurgaban en ella y la abrían y la violencia de una penetración ruda y furiosa. Se refugió en el recuerdo de las cosas hermosas que había tenido y trató de olvidar que las había perdido para siempre. Dejó que un dolor mucho más grande la anestesiara contra aquella violación física que nada podía quitarle que no estuviera ya muerto dentro de ella. Mientras las embestidas la sacudían y la anulaban, a pocos centímetros de su cara el extraño arete con forma de cruz continuaba moviéndose rítmicamente, reflejando la luz de los faros, y centelleaba centelleaba cent... cent...

No llegó a experimentar la repugnancia de sentirse invadida por el placer de su verdugo. La piedad del destino le concedió al fin un refugio seguro. Mientras todo se volvía oscuridad, Maureen Martini pensó cuánto dolía morir.

13

Todavía oscuridad.

Luego, poco a poco, el despertar trajo consigo el recuerdo, y el recuerdo, la maldición del despertar.

Notó que su cuerpo estaba tendido entre sábanas ligeramente ásperas y, por el leve olor a desinfectante, dedujo que estaba en una habitación de hospital. En ese flotar entre nubes y algodón notó una extraña sensación de opresión en la cara. Trató de mover el brazo derecho y oyó el débil ruido de la cánula de una bolsa de suero que golpeaba contra el pie que la sostenía. Levantó con esfuerzo la otra mano y se la llevó a los ojos. Pasó los dedos por la suave consistencia de unas gasas sujetas con esparadrapo. Lejos, desde alguna parte, en este mundo o en algún otro, oyó unas voces que susurraban palabras sin apenas sonido. De pronto, ese diálogo murmurado se convirtió en el eco de unos pasos y después en la voz de su padre, llena de una angustia que ni siquiera el afecto conseguía enmascarar.

—Maureen, soy yo.

Su respuesta fue a un tiempo un saludo, un consuelo y un lamento.

—Hola, papá.

—¿Cómo te sientes?

«¿Cómo me siento? Quisiera que esta oscuridad desapareciera para siempre y no volver a ver en mi memoria las imágenes de Connor cayendo al suelo. O quisiera ser yo la que desapareciera para siempre.»

Mintió.

—Bien. ¿Dónde estoy?

—En la policlínica Gemelli.

—¿Desde cuándo?

—Te trajeron en muy mal estado. Te han mantenido en coma farmacológico durante dos días.

—¿Cómo conseguisteis saber dónde estaba?

—Cuando te cogieron, Franco, tu abogado, estaba en la ventana y lo vio todo. Avisó de inmediato a la policía. Pero no consiguió apuntar el número de la matrícula, así que la búsqueda se limitó al tipo de coche que él describió. Después llegó la llamada telefónica...

—¿Qué llamada?

—Un hombre con acento extranjero llamó a tu comisaría para avisar dónde podían encontrarte.

De pronto volvió a su mente la cara de Arben Gallani y su voz que le susurraba «Es desagradable, ¿verdad?» después del disparo. Y aquel arete con forma de cruz que se balanceaba y centelleaba ante sus ojos mientras...

—¿Y Connor?

—Lamentablemente, Connor ha muerto. Han intervenido las autoridades estadounidenses y después de las obligadas formalidades lo llevarán a su país, dentro de pocos días. No sé si lo que voy a decirte podrá servirte de consuelo...

—¿Qué?

—Connor ya se ha convertido en un mito. Y como todos los mitos vivirá para siempre.

A Maureen le costó no ponerse a gritar.

«No es justo que viva para siempre. Tenía derecho a vivir su tiempo, y yo tenía derecho a pasarlo con él.»

Junto con ese pensamiento llegó la aterradora convicción de ser la causa de todo, porque el día que disparó a Avenir Gallani, mató con el mismo proyectil a Connor. Volvió la cabeza hacia el otro lado para esconder las lágrimas invisibles que lloraba bajo las gasas y que el tejido absorbió como si fuera sangre. Lloró por ella misma y por ese hombre maravilloso que la había rozado apenas el tiempo suficiente para poder decirle adiós. Lloró por el mal que cualquiera es capaz de hacer y cualquiera está obligado a soportar. Lloró en silencio esperando que del cielo o del infierno le llegara el consuelo de la furia.

Luego su cuerpo de mujer se entregó a ese dolor infinito, y también las

lágrimas terminaron.

—¿Cuándo me sacarán las vendas?

Una segunda voz, baja y profunda, sustituyó a la de Carlo Martini.

—Doctora, soy el profesor Covini, el jefe de oftalmología del hospital Gemelli. Usted es una persona fuerte, por lo que le hablaré con franqueza. Temo que debo darle una mala noticia. Quizá ya existía con anterioridad una debilidad congénita de la que no sabía nada, pero la violencia que ha sufrido le ha provocado lo que se denomina, en términos médicos, un leucoma adherente postraumático. En pocas palabras, daños irreversibles en las córneas.

Maureen tardó un instante en comprender lo que acababa de decirle el médico.

Después, la furia llegó de pronto con una violencia como ningún hombre en la tierra habría podido jamás poseer.

«No.»

No lo permitiría.

No permitiría que Arben Gallani la privara no solo de la vista sino también de la venganza. Su voz, una voz que al fin reconocía, salió de su boca a través de las mandíbulas contraídas.

—¿Estoy ciega?

—Técnicamente sí.

—¿Qué significa «técnicamente sí»?

Maureen se alegró de no ver la expresión que debió de acompañar al tono de voz del médico.

—Existe la posibilidad de realizar una intervención quirúrgica, un trasplante. Es algo que ya se ha hecho, con un razonable índice de éxitos. En su caso, por desgracia, hay un problema. Trataré de explicarle cómo funciona. La córnea de un donante es un cuerpo extraño que se inserta artificialmente en el ojo del que la recibe. Por este motivo debe utilizarse una córnea totalmente compatible con la tipología genética del receptor. En caso contrario, en el momento en que se injerta o implanta la nueva córnea en el ojo receptor y el organismo no la reconoce o no la acepta, se produce esa reacción comúnmente llamada rechazo. Por los exámenes de sangre e histogenéticos que le hemos realizado, hemos comprobado que usted es una quimera tetragamética.

—¿Qué significa eso?

—Usted es el producto de dos óvulos y dos espermatozoides. En la práctica, dos óvulos de su madre fueron fecundados por dos espermatozoides de su padre. En una etapa muy precoz de su desarrollo los dos embriones se fundieron en uno, lo que dio origen a un solo embrión en el cual coexisten dos tipos de células genéticamente distintas. En su caso hay un grave problema de compatibilidad. Resumiendo, el número de personas con esta característica es extremadamente reducido.

El profesor Covini hizo una pequeña pausa.

—Como ya le he dicho, esta era la mala noticia.

—Y después de todo esto, ¿puede haber una buena?

—Sí, la hay.

A la voz profesional del médico se superpuso el tono compasivo de su padre.

—He llamado a tu madre, a Nueva York. Cuando le conté lo sucedido y se enteró de tu estado, se puso enseguida en marcha. Entre sus conocidos hay un médico, William Roscoe. Para una patología como la tuya, actualmente no hay nadie mejor en el mundo.

La voz del profesor Covini volvió a competir con la del padre en la tarea de alentarla.

—Esta es la buena noticia de la que le hablaba. La explicación científica es larga y compleja, por lo que no la aburriré con datos que quizá le resultarían incomprensibles. Lo único que cuenta es que existe la posibilidad de un trasplante. He consultado personalmente al profesor Roscoe. Es uno de los mayores expertos en microcirugía ocular y además es un investigador que ha logrado progresos increíbles en el campo de los cultivos y los implantes de células estaminales embrionales. Por desgracia, deberá viajar a Estados Unidos, porque aquí, en Italia, la ley sobre la fecundación asistida prohíbe el cultivo y el uso de ese tipo de células, y es imposible realizar esta intervención. He hablado por teléfono con el profesor y ha surgido algo único y muy raro.

—¿Qué?

—Tenemos un donante que podría ser compatible. El profesor Roscoe está en condiciones de inducir a células estaminales embrionales a diferenciarse en células linfocitarias capaces de inhibir de manera selectiva la respuesta inmune contra las córneas del donante, a fin de evitar un posible rechazo.

La voz de Carlo Martini concluyó en lugar del médico ese intervalo de

esperanza.

—La única condición es que hay que hacerlo pronto. Un cliente importante del despacho de tu madre ha puesto a tu disposición su jet privado. Mañana partiremos hacia Estados Unidos y pasado mañana se hará la intervención. Siempre que tú estés de acuerdo y...

Maureen respondió dócilmente al ruego y a la esperanza que oía en la voz de su padre.

—Por supuesto que sí.

«Por supuesto que sí —pensó—. Lo haría aunque tuviera que padecer todas las penalidades del infierno.»

El profesor Covini puso fin a ese momento de fragilidad y volvió a imponer el implacable trato del médico con el paciente.

—Pues bien, muy bien. Ahora es mejor que la dejemos descansar, señor Martini. Por hoy, creo que ha sido suficiente.

—Como usted diga, doctor.

Sintió sobre la mejilla los labios de su padre y su voz en el oído, como si ese saludo fuera un secreto entre los dos.

—Adiós, tesoro. Nos vemos luego.

Una mano delgada y desconocida se apoyó por un instante sobre la suya.

—Le deseo lo mejor, señorita. Y créame que no es una frase de circunstancias. Nadie debería sufrir lo que ha sufrido usted.

Maureen le oyó hacer algo con el pie de la bolsa de suero y después sus pasos se alejaron de la cama. Tras el ruido de la puerta al abrirse y cerrarse se quedó sola en el silencio de la habitación. Probablemente el médico había puesto un sedante en el suero, porque comenzó a sentir una ligera somnolencia que poco a poco se convirtió en el deseo de dejarse llevar por el sueño.

Mientras esperaba la bendición de no pensar durante unas horas, se dijo que haría cualquier cosa que le pidieran. Haría lo que fuera con tal de poder ver aunque solo fuera un minuto.

No pedía más.

Un minuto solo.

El tiempo suficiente para grabar para siempre en sus ojos y en su memoria cómo el rostro sarcástico de Arben Gallani desaparecía en el abismo de un disparo de pistola.

Después podía volver la oscuridad.

TERCERA PARTE

Nueva York

14

Jordan condujo a velocidad moderada la Ducati por la rampa de acceso que llevaba al puente de Brooklyn. Había poco tráfico a esa hora del día; no obstante, la moto aceptó seguir sin prisa a la fila de coches que recorrían ordenadamente esa tira de metal y asfalto suspendida en el vacío.

Por capricho de Dios, los seres humanos ya no podían abrir las aguas y ahora estaban obligados a construir puentes. Jordan lo cruzó como un símbolo, como un trayecto obligado para llegar a una orilla opuesta, cualquiera que fuera. A sus espaldas se alzaba el One Police Plaza. Poco antes, cuando pasó cerca del edificio, a su izquierda, no se dignó echar siquiera una mirada a la central de policía que durante años había sido su lugar de trabajo.

Del mismo modo dejó atrás el New York City Hall, esa imitación de la Casa Blanca a pequeña escala donde su hermano administraba y sufría el poder que la ciudad le había otorgado.

En aquel momento, justo debajo de él se extendía el pequeño cañón urbano de Water Street. Si hubiera vuelto la cabeza hacia la derecha habría visto el techo de la casa donde un joven llamado Gerald Marsalis había cambiado su vida por la nada, hasta el extremo de morir con un nombre que no era el suyo.

Y el hombre que había matado a Jerry Kho todavía estaba libre.

Jordan mantenía la vista fija delante de sí, imaginando el reflejo de la otra parte del puente sobre la visera de su casco. No lo hacía por indiferencia, sino solo porque no tenía necesidad de mirar aquellos lugares para saber que existían. En su memoria no faltaba nada. Sus recuerdos eran tan nítidos como si acabara de adquirirlos y todavía llevaran la etiqueta con el precio que le habían costado.

Hay personas que prefieren pagar las consecuencias de sus actos a tener que decir un no. Jordan Marsalis era una de ellas. Nunca se había preguntado si era un defecto o una virtud.

Simplemente era así.

Lo descubrió mucho tiempo atrás, cuando Ted Kochinscky, un amigo suyo, le pidió mil dólares prestados. Jordan los necesitaba como el aire que respiraba y también sabía que probablemente nunca se los devolvería. Sin embargo le dio el dinero, porque lo que habría sentido al decir no habría sido peor que la pérdida de los mil dólares.

Por eso, una noche, hacía tres años, ocupó el lugar de su hermano en aquel coche y asumió la culpa de un accidente en el que nada tenía que ver.

Después llegó la decepción y la amargura por el comportamiento de Christopher, pero incluso entonces Jordan confirmó la «regla Kochinscky»: no se trataba de una historia entre él y su hermano, sino de algo a lo que debería enfrentarse cada vez que se mirara en un espejo. Con ello pagó parte de una deuda que creía tener con su hermano, una deuda que contrajo por él Jakob Marsalis, su padre. Christopher creció rodeado de dinero y de desprecio por su padre; Jordan, rodeado de su amor. Por ese motivo sentía, quizá equivocadamente, que le debía algo. Mientras cada uno de ellos llevaba su vida en los distintos lugares que el azar y la vida les habían asignado, sabían la existencia del otro. Cuando se conocieron, sus caminos ya estaban trazados desde hacía tiempo. Lo único que los vinculaba eran los ojos azules y esa figura masculina que planeaba sobre ellos. Y que en el recuerdo cada uno veía con distintos ojos.

Nunca habían hablado a fondo de ello. Ambos sabían que omitirlo no significaba borrar su existencia. Sin embargo, por un acuerdo tácito, siempre lo dejaban pendiente, amenazándolos como una espada de Damocles, aunque sin saber sobre la cabeza de cuál pendía.

El mundo estaba lleno de gente que soñaba con volver al hogar. Jordan acababa de darse cuenta de que su viaje, el que creía haber aplazado, en realidad lo había iniciado hacía mucho tiempo. Su vida en Nueva York era solo una larga parada temporal, necesaria para saldar algunas cuentas antes de partir.

Y el corazón, este extraño corazón que por un arrecife ya sabe navegar…

Jordan volvió a pensar en los evocadores versos de esa canción. Connor Slave lo había comprendido; un hombre que, al contrario que Jerry Kho, se había enfrentado a la montaña por la ladera más difícil de escalar, no porque fuera la única sino porque creía que debía hacerlo por aquella.

Delante de Jordan un Volvo frenó bruscamente y el conductor se asomó por la ventanilla para insultar al del coche que le precedía. Giró hábilmente la moto hacia la izquierda y superó ese momento de estancamiento tanto en el tráfico como en sus pensamientos.

Bajó del puente, cogió Adams Street y siguió hasta pasar el cruce con Fulton, dejando a su izquierda Brooklyn Heights, un barrio nuevo para ricos, lleno de casas viejas perfectamente restauradas y con una increíble vista sobre Manhattan.

Pasó Boerum Place y siguió hacia el sur hasta llegar a la zona donde vivía James Burroni, el detective que colaboraba con él en la investigación del caso Marsalis, como ya lo llamaban los medios.

Le había telefoneado después de la enésima conversación con Christopher, en Gracie Mansion. Jordan siempre había pensado que los políticos vivían en un mundo aparte, privado y blindado y en el cual, pese a todas sus declaraciones, las necesidades de la gente no lograban influir en el principal objetivo de su trabajo: seguir siendo políticos.

Ahora, tras hablar con su hermano, se preguntaba por primera vez si realmente era un buen alcalde o si simplemente había sido el más hábil para lograrlo.

Desde el momento en que vio el cadáver de su hijo sentado grotescamente en el suelo del loft donde vivía, Christopher parecía una fiera enjaulada. Jordan no sabía si ello se debía a la desesperación de un padre o a la sensación de impotencia que estaba dando como primer ciudadano de Nueva York.

En todo caso, al cabo de quince días, las frenéticas investigaciones en torno a la muerte de Gerald llegaron a un punto muerto. Analizaron minuciosamente toda su vida y sacaron a la luz todo tipo de cosas, pero no hallaron ninguna pista útil. Los periódicos y los canales de televisión se lanzaron con avidez sobre cada novedad que aparecía. Incluso desenterraron la vieja historia del accidente automovilístico del pariente de Jerry Kho, el *peintre maudit*.

Después, cuando ya no hubo más noticias, simplemente las inventaron.

Por suerte lograron taparle la boca a LaFayette Johnson que, gracias a la imprevista popularidad de la que gozaba podía haber hecho mucho daño. Christopher consiguió convencerlo de que no hablara con los medios, con el único incentivo que le interesaba: el dinero. Gracias a esto y a las consecuencias que podía sufrir quien cometiera alguna indiscreción, no hubo ninguna filtración de información y todo quedó en meras conjeturas.

Lamentablemente, también para ellos.

Jordan aparcó la moto frente a la casa de Burroni, la primera de una fila de chalets con jardín que flanqueaban una calle sin salida en una zona popular. Apagó el motor de la Ducati y se quedó un instante mirando la construcción desde el otro lado de la calle. Se quedó sorprendido de lo que veía. Se había hecho otra idea, no de algo mejor, pero sí distinto.

Frente a la casa se veía un Cherokee blanco, de un modelo bastante antiguo. En ese momento se abrió la puerta y salió una mujer que llevaba de la mano a un niño de unos diez años. Era rubia, alta, con un rostro que aunque no era hermoso era expresivo y dulce. El niño era la copia exacta de Burroni, tanto que Jordan pensó que si tuviera que pedir una prueba de ADN el médico pensaría que era una broma.

Sin embargo, al cabo de un instante lamentó la ligereza de su pensamiento. El niño llevaba en la pierna derecha una férula metálica y cojeaba ligeramente mientras hablaba entusiasmado con su madre. Burroni salió detrás de ellos llevando dos maletas.

Alzó la cabeza y vio al hombre con el casco, sentado en la moto, al otro lado de la calle. Se detuvo un instante en medio del jardín. Jordan vio que le había reconocido. Mientras, la mujer y el niño habían llegado al coche y habían abierto la puerta posterior.

Burroni guardó las dos maletas en el maletero. Jordan esperó a que se despidiera de la mujer y se agachara para colocar en la cabeza del niño una gorra de béisbol. Oyó que le decía: «Hasta pronto, campeón»; mientras lo abrazaba vio que miraba hacia él.

Madre e hijo partieron en el coche y el niño se asomó por la ventanilla para saludar una última vez a su padre, que estaba de pie sobre la hierba del jardín. Jordan siguió el coche con la vista hasta el cruce. Cuando vio que se encendían los intermitentes para coger la curva de la derecha, aparcó la moto, se quitó el

casco y cruzó la calle.

Mientras se acercaba al detective James Burroni, vio incomodidad en su cara, y Jordan la sintió a su vez. Pensó que le había sorprendido en un momento privado de debilidad y que con su presencia lo obligaba a compartirlo.

—Hola, Jordan. ¿Qué necesitas?

La actitud era circunspecta; el tono de voz no era brusco pero tampoco cordial. Pese a todo, Burroni no solía llamarle Jordan. Su relación no había mejorado ni empeorado en el curso de la investigación; sencillamente no podía definirse como una relación. Para ambos seguía siendo una situación temporal e impuesta.

Jordan decidió que, como había arrojado la primera piedra, podía también dar el primer paso.

—Hola, James. Quería hablarte. A solas y en privado. ¿Tienes un momento?

El detective hizo una seña hacia donde había partido el Cherokee.

—Mi mujer y mi hijo se han ido de vacaciones a casa de mi cuñada, en la costa, hacia Port Chester. Tengo quince días.

Jordan meneó la cabeza.

—Temo que no tenemos tanto... quince días. Ni tú ni yo.

—¿Tan mal están las cosas?

—Pues sí.

En ese momento, Burroni pareció darse cuenta de que todavía estaban en medio del jardín.

—¿Te apetece entrar y tomar algo?

Sin esperar respuesta, se volvió y se dirigió hacia la casa. Una vez dentro, echó una mirada a su alrededor. Era la típica casa de un norteamericano de clase media. Debía de saludar a los vecinos al ir y volver del trabajo; probablemente tendría una piscina inflable en el patio de atrás y seguramente los domingos hacían una barbacoa.

La tranquilidad, si no la felicidad.

Sobre un mueble bajo, junto a la puerta, había una foto de Burroni con su hijo. El niño blandía hacia el objetivo un bate de béisbol. Jordan pensó que a veces bastaban los hierros de una férula metálica para aprisionar a alguien.

«Hasta pronto, campeón.»

Burroni vio la dirección de su mirada. Jordan preferiría no haber oído esa

sutil grieta en su voz.

—Mi hijo está loco por el béisbol.

—¿Los Yankees?

—¿Quiénes, si no?

El dueño de casa señaló un sofá de la sala.

—Siéntate. ¿Qué te apetece beber?

—Una Coca estará bien.

—De acuerdo.

Se marchó y volvió poco después con una bandeja, dos latas de Diet Coke y dos vasos. La dejó sobre la mesita, frente a Jordan, y se sentó en un sillón de piel situado a su izquierda, un poco gastado pero que parecía cómodo.

—Dime.

—¿Hay novedades? —preguntó Jordan.

El detective meneó la cabeza mientras abría su lata.

—Nada. He intentado incluso con nuestros informadores, esos que frecuentan los ambientes intelectuales por los que se movía tu sobrino. Pero nada. Un montón de...

Hizo una pausa para beber y pensar lo que iba a decir. Jordan lo sacó del apuro.

—Ya. Lo imagino. Un montón de basura bajo la alfombra, pero nada que pueda sernos útil.

—Exacto. Los resultados de la autopsia ya los conoces. Y los de la Científica siguen sin ofrecer nada nuevo. Ya sabes cómo funciona. Muchos rastros pero ninguna pista.

También Jordan se vio obligado a reconocer su fracaso.

—Yo tampoco he logrado mucho. He hecho todo tipo de investigaciones y conjeturas sobre Snoopy, he tratado de descubrir qué relación puede haber entre mi sobrino, Linus y la mujer que el mensaje que encontramos en la pared señala como Lucy. Pero no he averiguado absolutamente nada. Además me estoy preguntando cuándo descubrirán los periodistas lo que milagrosamente hasta ahora hemos logrado mantener en secreto. Incluida mi participación en esta historia.

—¿Y el alcalde qué dice?

—No puede decir nada, porque ha sido él quien ha querido que me ocupe yo,

aunque sea extraoficialmente. Pero creo que está sometido a muchas presiones. Aparte de los sentimientos personales, su posición no es envidiable. La pregunta es evidente: ¿cómo puede defender a nuestros hijos si no ha sido capaz de defender al suyo? La política es una mierda, James.

—Siempre lo he pensado. Por eso todavía estoy en esto, en vez de trabajar detrás de un escritorio en una oficina.

Esta vez fue Jordan quien tomó un sorbo de su bebida mientras buscaba la mejor manera de decir lo que tenía que decir. Aquel no era el motivo principal por el que había ido allí, pero ahora había pasado a serlo.

—Hay algo que quisiera decirte, James. En lo que respecta a esta situación y a tu participación en ella, quiero que sepas que me encargaré de que lo que te han prometido se cumpla, sea cual sea el resultado de la investigación.

Burroni guardó silencio. Miraba su lata como si en ella estuvieran escritas las palabras que iba a decir.

—Lo que te dije la otra noche en el restaurante de debajo de tu casa, yo...

—No te preocupes. Tampoco yo me quedé corto. Ocurre de vez en cuando. Uno dice cosas de las que después se arrepiente.

La mirada de Burroni se detuvo una fracción de segundo en la foto de su hijo, listo para recibir una pelota que jamás le arrojarían. Fue un instante, pero Jordan lo vio.

«Hasta pronto, campeón.»

—¿Sabes? A veces la vida no es tan fácil como parece —dijo Burroni.

—Te he dicho que no hay problema. No tienes por qué darme explicaciones.

Se miraron. Cuando Burroni habló, lo hizo como un hombre que entendía a otro que a su vez lo había comprendido.

—Debe de haber sido duro para ti, Jordan.

Jordan se encogió de hombros.

—Es duro para todos.

Cogió el casco del sofá y se levantó. Burroni lo imitó. Era más bajo que Jordan, aunque más robusto; sin embargo, en su casa, sin la eterna gorra en la cabeza, parecía extrañamente vulnerable y frágil.

—Ya nos veremos, James.

—Sí, supongo que sí —respondió, lacónico, el detective.

Pese a sus palabras, Jordan notó, por la voz, que no lo decía a la defensiva.

Poco después, mientras ponía la moto en marcha y miraba a través de la visera la figura de James Burroni de pie ante la puerta de su casa, se dijo que tal vez había hecho bien en ir a verlo.

Lo que acababa de decirle era cierto.

Había sido duro. Era duro para todos. Para Burroni, para Christopher, para él.

Pero si no se esforzaban, lo sería aún más para una mujer que tenía una cara y un nombre que ellos desconocían pero que en aquel momento era un blanco en los pensamientos de alguien que la llamaba Lucy.

15

Chandelle Stuart se puso en pie de golpe, con un movimiento de la cabeza que hizo que su pelo negro y lacio escondiera un rostro de pronto alterado por la cólera. Su elegante vestido oscuro de Versace se levantó lo suficiente sobre las piernas largas y delgadas para mostrar a los dos hombres que estaban sentados en el sofá, frente a ella, la franja de piel que dejaban al descubierto las medias.

—Pero ¿qué jodida mierda me están diciendo?

Su tono de voz era altanero, como el de una persona acostumbrada a mandar aunque no se hubiera ganado el derecho a ello. Se encaró por un instante a sus interlocutores; luego se volvió y con un brusco movimiento cogió una cajetilla de cigarrillos de una repisa situada a sus espaldas. Encendió uno como si con ese gesto quisiera incendiar el mundo. Se acercó a la gran cristalera que daba a una terraza suspendida sobre Central Park, y se quedó de espaldas, devorando el cigarrillo y dejándose devorar por la ira.

Del otro lado de los cristales, en el cielo que se extendía sobre la ciudad, nubes de temporal tomaban posiciones para tapar la luz del sol.

El abogado Jason McIvory volvió la mirada hacia Robert Orlik, el otro cincuenta por ciento de la firma McIvory, Orlik & Partners, un bufete de abogados que se ocupaba de gestionar patrimonios, y que tenía su sede en un elegante edificio del *downtown*, frente a Battery Park. La mirada de complicidad que intercambiaron era la de dos personas expuestas desde hacía mucho tiempo a los caprichos y al lenguaje vulgar de la mujer que tenían delante.

Y que estaban hartos de soportar.

Sin embargo, por el momento se limitaron a acomodarse mejor en el sofá y

esperaron tranquilamente a que se calmara aquel enésimo acceso de rabia.

McIvory se cruzó de piernas y Chandelle Stuart, si se hubiera vuelto en ese momento, habría sorprendido una ligera sonrisa de satisfacción en su cara, que tenía cierto parecido con Anthony Hopkins. McIvory llevaba el cabello blanco peinado hacia atrás y un bigote fino y bien cuidado. Cuando consideró que había dado a la mujer un tiempo razonable para recomponerse, el abogado continuó el discurso que había interrumpido el histérico ataque de palabras soeces.

—Le estamos diciendo exactamente lo que ha oído, señorita Stuart. Usted ya no tiene un céntimo. O casi.

De nuevo Chandelle se volvió hecha una furia y de nuevo su pelo negro se movió alrededor de su cabeza con el flamear amenazador de una bandera pirata.

—Pero ¿cómo es posible, condenados inútiles?

McIvory indicó con una mano el maletín de piel que había dejado en el suelo frente a sus pies, apoyado contra una mesa baja de cristal que costaba varios miles de dólares. Chandelle Stuart estaba demasiado acalorada para advertir la indiferencia y la frialdad que había en ese gesto.

—Aquí tengo los resúmenes de cuentas. Los documentos de las operaciones están todos firmados por usted y en algunos casos, por si no lo recuerda, le solicitamos que nos librara de cualquier responsabilidad por ciertas... cómo decir... inversiones suyas no demasiado ortodoxas desde el punto de vista financiero.

Chandelle Stuart apagó el cigarrillo en el cenicero con un encarnizamiento que de buena gana habría aplicado a esos dos hombres. Su voz era sibilante como la de una serpiente que descubre que la han engañado.

—¿Y quién me asegura que no han sido ustedes quienes me han estafado durante todos estos años?

Robert Orlik, que hasta ese momento había guardado silencio, tomó la palabra. Su voz era extrañamente parecida a la de su socio, como si tantos años de trabajar juntos los hubiera asemejado.

—Señorita, por la amistad que me ligaba a su padre, haré ver que no he oído lo que acaba de decir. Durante años me he mostrado dispuesto a soportar su actitud caprichosa y su pintoresco lenguaje de taberna, pero no estoy, no estamos, dispuestos a tolerar ninguna ultrajante insinuación sobre la corrección y la honestidad de nuestro trabajo. Dicho esto, para aclarar las cosas entre

nosotros, quisiera retroceder un poco y atenerme a los hechos. Cuando murió su padre, Avedon Lee Stuart, hace siete años, le dejó un patrimonio que entre inmuebles, paquetes de acciones, obligaciones y líquido sumaba cerca de quinientos millones de dólares...

La mujer le interrumpió con el arrebato de un cura que oye blasfemar en la iglesia, pero también con el rencor del que lo está haciendo.

—Teníamos decenas de millones de dólares, pero ese hijoputa los despilfarró por ahí con sus gilipolleces.

—Lo lamento, pero debo contradecirla. Los cientos de millones eran apenas cinco, y ese dinero no se despilfarró, como dice usted. Su padre destinó la mayor parte del patrimonio familiar a algunas fundaciones de beneficencia que honrarán el apellido Stuart, destinado a perdurar en el tiempo.

—Y a ustedes casualmente se los designó administradores de ese patrimonio.

La mujer bajó la voz y pronunció esas palabras con aparente dulzura, con el fin de resultar más punzante, pero solo logró sonar falsa, y su insinuación no tuvo el efecto pretendido.

La mirada del abogado Orlik era la de un profesional. Chandelle Stuart solo era una persona que llevada por el deseo de jugar se había sentado a la mesa equivocada.

—Nuestro papel de administradores fiduciarios es un aspecto de la cuestión que a usted no le concierne. Al igual que el motivo por el cual su padre solo le dejó una parte de la herencia, debe de estar relacionado con hechos que no son de nuestro conocimiento y que no nos compete juzgar.

—Eso de la beneficencia y buen nombre del apellido Stuart son patrañas. Ese megalómano lo hizo solo porque en realidad me odiaba. Ese capullo de mierda me odió siempre.

«Si eso es cierto, es imposible reprochárselo. ¡Y me asombra que no te estrangulara en la cuna, maldita furcia!»

La cara de Robert Orlik, abogado experto y por ello zorro viejo, no dejó traslucir nada de este pensamiento tan ajustado al lenguaje de su cliente. Sumó ese enésimo comentario a los elementos que componían el cuadro general de su vida y particularmente de su relación con el ámbito jurídico. La gestión del patrimonio del testamento del difunto y de las actividades de Chandelle Stuart representaba un considerable número de horas facturadas que tenían un peso

importante en las cifras del balance anual de McIvory, Orlik & Partners. Ahora que la parte correspondiente a la señorita sentada frente a ellos se encontraba de golpe a cero, la disponibilidad de los abogados y su capacidad de aguante habían sufrido una auténtica caída en picado.

—Si dejar a una hija quinientos millones de dólares significa odiarla, me habría gustado que mi padre hubiera albergado por mí esos sentimientos.

Se agachó y cogió del maletín una carpeta bastante voluminosa. La apoyó con delicadeza sobre la superficie de cristal, como si el peso de lo que contenía pudiera romperlo.

—Es todo culpa de ustedes. Deberían haberme aconsejado.

—Lo hicimos, pero debo recordarle que usted nunca ha querido hacernos caso. Su actividad como productora cinematográfica y teatral...

Tras su acceso de cólera, la negra realidad con que se enfrentaba Chandelle Stuart solo quedaba matizada por la habitual palidez de su rostro. Su piel parecía la de una vieja. Aun así mostró un último destello de altanería, un intento casi patético de desdén.

—He estudiado dirección teatral. Entiendo de cine. ¿Qué tiene de malo producir una película?

—No tiene nada de malo invertir dinero en la producción de una película. Solo hay una cosa que hay que tener presente. Si los filmes aportan un margen razonable de beneficios, esa actividad se convierte en un trabajo. Si no ocurre así, solo es un pasatiempo muy caro. En su caso, demasiado, diría yo.

—¿Cómo se atreve a hablar de arte? ¿Qué entiende usted de eso?

—Muy poco, lo admito. Pero las cifras son mi oficio, y de eso sí que entiendo.

Cogió de la mesa la carpeta, la apoyó sobre las rodillas y comenzó a hojearla. Cuando encontró la página que buscaba sacó del bolsillo de la chaqueta unas gafas con montura de oro y se las colocó sobre la nariz.

Era el resumen de cuentas.

—Aquí está. Por ejemplo, *ibis redibis*, cojamos la novela de ese tal Levine. Usted pagó cuatro millones de dólares solo para arrebatarle los derechos a la Universal, que por otra parte ni siquiera estaba muy interesada en adquirirlos. Una maniobra del agente del autor, que hizo que pagara una fortuna por algo que habría podido conseguir por doscientos mil dólares. Si recuerda bien, nosotros le

aconsejamos sentarse y esperar. En cambio, si me permite, usted se lanzó a por ello sin pensarlo dos veces.

—Era una novela fantástica. No podía dejarla escapar.

—Y no se le escapó. Solo que con esa cifra podría haber comprado la producción entera de Scott Levine. Y después está la película que hizo. ¿Quiere que hablemos de ella?

—Era muy buena. El estreno en Los Ángeles fue glorioso.

—Pero la taquilla fue un desastre. Perdió ciento cincuenta millones de dólares para rodar un filme que dio apenas dieciocho, si no me equivoco. ¿Quiere que también hablemos de *Clowns*, el musical que iba a ser el nuevo *Cats*? Una producción de decenas de millones que nunca llegó a representarse. Escrito y dirigido por usted, con música de un pianista de club nocturno al que conoció en un crucero.

—¡Ese hombre era un genio!

El abogado hizo un gesto que excluía a su cliente del mundo de la realidad.

—Si eso es cierto, solo usted lo ha comprendido. El resto del mundo se obstina en hacerle tocar en un barco.

Orlik cerró la carpeta y volvió a dejarla sobre la mesa.

—Creo que es inútil continuar. Hay más casos como estos. Demasiados, y demasiado determinantes. Está todo aquí, documentado, en negro sobre blanco, a disposición de cualquier otro experto legal que usted desee consultar.

Chandelle tuvo un momento de vacilación, un instante en que casi se asemejó a un ser humano. Dejó caer los hombros y pareció derrotada, humillada, sobre todo consciente de las consecuencias de su elección.

—¿Cuánto me queda?

McIvory volvió a coger las riendas de la conversación.

—Debemos pagar los impuestos atrasados y saldar las últimas deudas con los bancos. Si se venden todas las obras de arte que hay aquí dentro, creo que quizá pueda quedarle este piso y... digamos... doscientos mil dólares. Sin embargo, creo también poder afirmar que ya no puede usted permitirse vivir en esta casa.

Los nervios de Chandelle Stuart saltaron definitivamente. Su voz salió estrangulada y tenía la cara morada de intentar gritar lo más fuerte posible.

—Esta es mi casa. Este es el Stuart Building, el edificio de mi familia. No

puedo irme de aquí. No me iré nunca, ¿entiende? ¡Nunca!

Por un instante, McIvory temió que se le rompieran las cuerdas vocales. Su grito histérico era tan agudo que casi llegaba al ultrasonido. El abogado levantó un brazo y consultó la hora en su elegante Rolex Stelline, para no tener que ver la mirada de esos ojos inyectados en sangre.

—Pero nosotros sí. Debemos marcharnos. Creo que le conviene quedarse un rato a solas para reflexionar sobre lo que le hemos dicho. Buenas noches, señorita Stuart.

Los dos abogados se pusieron de pie. Ahora que por fin se había cumplido el deseo de ambos profesionales, alimentado durante años, de propinar un par de buenos bofetones morales a esa mujer presumida y altanera, tenía un sabor amargo. No se sentían responsables del desastre financiero de su cliente, que a pesar de sus consejos había sido un ejemplo de obstinada autodestrucción. Estaban desconcertados por el absoluto vacío con el que se habían encontrado por enésima vez, incluso ahora que le habían arrojado a la cara que su vida, tal como la había vivido, había terminado para siempre.

Jason McIvory y Robert Orlik dieron media vuelta y se dirigieron hacia el ascensor, que llegaba directamente a la sala. Al ver que se marchaban, Chandelle se sintió perdida. La ira se convirtió en miedo, en una sensación viscosa y helada en el estómago. Por primera vez en su vida sintió que ya no dominaba el mundo, sino que esa sombra oscura que notaba encima y por dentro era la del mundo que se cernía sobre ella.

Dio unos pasos frenéticos y se interpuso entre los dos abogados y el ascensor. Aferró a Orlik por un brazo. Jamás habrían imaginado que oirían una voz implorante salir de la boca de aquella mujer.

—Esperen. Quizá podamos hablar. Mañana iré a su despacho y conseguiremos ponerlo todo en orden. Si vendemos la casa de Aspen y tal vez el rancho y todos los terrenos...

Pese a la habitual indiferencia producto de años de profesión, Robert Orlik tuvo por un segundo la tentación de mostrar algo de compasión por aquella niña rica y mimada, que se había encontrado al nacer en el paraíso terrenal y por estupidez lo había destruido con sus propias manos.

—Señorita, usted ya no tiene una casa en Aspen ni mucho menos un rancho y terrenos. Se vendieron, por orden suya, para financiar alguna película o

cualquier otra empresa irrealizable. No sé cómo decírselo, Chandelle, pero usted ya no tiene nada.

Volvió la furia; fue otra tempestad tras un breve instante de calma.

—Es todo culpa de ustedes, malditos ladrones hijoputas. Me las pagarán, mamones de mierda. Ustedes y su bufete de maricones inútiles. ¿Han entendido lo que acabo de decirles? Haré que los expulsen del Colegio de Abogados. Haré que acaben en la cárcel.

La nueva explosión de ira hizo que se derrumbara la frágil pared de compasión de los dos abogados. Cualquier sentimiento que Chandelle Stuart pudiera despertar fue abatido por el feroz soplido del lobo.

La puerta del ascensor se abrió al fin ante ellos. Mientras Orlik entraba, McIvory se detuvo un instante en el umbral y se volvió hacia la mujer que lo miraba con la cara desfigurada por la ira y la impotencia.

—Hay algo que deseo decirle desde hace años. Usted ya no es una jovencita, así que permítame que me exprese por un momento en su lenguaje habitual.

Su sonrisa era cortés y profesional. El tono de voz, casi inaudible, como corresponde a una cautelosa, gratificante y anhelada venganza.

—Váyase a tomar por culo, señorita Stuart. Y para serle sincero, ni siquiera es un buen culo.

Chandelle Stuart se quedó por un instante sin aliento. Su boca dibujó una O perfecta en el estupor de su rostro. Sus ojos parecían salirse de las órbitas mientras buscaba las palabras que no lograba encontrar.

Desde el ascensor, lo último que vieron Jason McIvory y Robert Orlik, antes de que se cerrara la puerta, fue la figura de una mujer parecida a una arpía que se precipitaba hacia el gran piano de cola que había a sus espaldas, buscando desesperadamente algo que arrojarles.

Cuando se puso en marcha, guardaron silencio pero ambos se preguntaban cuánto debía de valer el jarrón chino que Chandelle Stuart sostenía en la mano y que acababan de oír cómo se estrellaba contra las puertas del ascensor.

16

Tras su arrebato de cólera, Chandelle Stuart quedó a solas con la nada.

Sus zapatos de Prada parecían los más indicados para emprenderla a patadas con los pedazos de un jarrón chino cuyo valor ignoraba por completo, como había ignorado el valor de la vida que sistemáticamente había arrojado por la borda. Pero en ese momento, la ironía necesaria para apreciar el sentido de ese gesto estaba muy lejos de su estado de ánimo.

Parecía que la ira hubiera multiplicado sus fuerzas. Cegada por la furia, se arrancó el vestido ligero que llevaba, y arrojó los jirones con violencia contra las paredes.

Se quedó solo con el sostén y unas bragas de encaje negro, además de las medias. Su cuerpo delgado y extremadamente pálido, aunque joven, mostraba la piel envejecida de quien lleva una vida fácil pero disoluta.

Empezó a andar por la casa, retorciéndose las manos.

Todo lo que lograba recordar, la única imagen que tenía ante sí, como proyectada sobre una pantalla, era la odiosa expresión de aquellos dos supuestos abogados.

Jason McIvory y Robert Orlik, dos malditos e inútiles hijoputas nacidos de la grandísima puta de su madre. Siempre los había odiado, desde el momento en que los vio a su lado en la lectura del testamento de su padre. Odió su sonrisa solapada cuando supieron por boca del notario que ella había sido casi desheredada. Negros y funestos como dos buitres, encaramados sobre sus sillas, con el pico curvo, a la espera de abalanzarse sobre la carroña todavía caliente de ese otro hijo de la gran puta que había sido su padre.

Todavía lo veía frente a ella, con su dinero y su patética simulación de la figura paterna, y su voz tranquila que se había visto obligada a soportar durante años, mientras él jodía con todas las furcias que se le cruzaban en el camino.

Maldito también él por toda la eternidad.

Chandelle alzó la cabeza hacia el techo, hacia una figura que flotaba en su recuerdo y que solo su inestable mente podía sentir como una verdadera presencia. Inició un diálogo a gritos con la nada, una función que, de haber sido una ficción, habría resultado la mejor interpretación de su vida.

—¿Me oyes, Avedon Lee Stuart? ¿Me oyes, puñetero de mierda? Espero que puedas oírme desde el infierno al que te he mandado. Espero que sepas que fui yo quien te mandó a la tumba. Lo deseo con todas mis fuerzas. Lo deseo tanto que me mataría para poder decírtelo en persona. Pero no tendrás esa satisfacción. ¿Me oyes? Quémate tranquilamente en el infierno mientras puedas, porque cuando yo llegue te parecerá que estabas en el paraíso.

Perdida en ese histérico delirio, Chandelle se puso a saltar por el piso, mientras seguía desnudándose con frenesí hasta que se quedó solo con las bragas. Había llegado a su habitación que, como el resto de la casa, hablaba de dinero gastado a espuertas y de una vida disipada. La desnudez no la aplacó, ni la imagen reflejada en el gran espejo que se alzaba ante ella y que le mostraba a una mujer flaca, con unos senos pequeños y un poco marchitos, delgada casi hasta la anorexia y con el pubis completamente afeitado. Había una inocencia falsa y blasfema en su cuerpo desnudo, una fragilidad que desmentía su cara trastornada, con la mirada alterada y un hilo de saliva en las comisuras de la boca.

—Querías que estuviera a la altura de nuestra familia, ¿verdad? Me pedías que viviera... ¿cómo lo decías?

Estiró las piernas, apoyó las manos en los costados y levantó la pelvis. Trató de cambiar su voz estridente por una más profunda, y su cuerpo desnudo hizo un grotesco intento de imitar a una figura masculina.

—Ah, sí... Vivir según los principios en que se basa desde siempre la imagen pública de los Stuart.

Su voz volvió a llenarse de palabras ahogadas en una carcajada histérica.

—¿Sabes qué he hecho yo, en cambio? Me he dejado follar por todos, todos los que he querido, todos los que se me ha antojado. ¿Me oyes, gran señor

Stuart? Espero que esa mirada que me lanzaste antes de morir fuera porque sabías que fui yo quien te arrojó a ese lago de mierda en el que todavía estás nadando. Yo, tu hija, soy una puta. Yo, tu hija, soy quien te ha matado.

Este último grito de Chandelle se apagó como si la energía surgida de su crisis nerviosa se hubiera agotado de golpe. Se dejó caer de espaldas sobre la cama, con los brazos y las piernas abiertos, extenuada, aplacada, crucificada por su desesperación por aquella vida que la fortuna había desplegado delante de ella como un tapete rojo y que había resultado ser una trampa sin salida.

El contacto con la superficie del cubrecama de raso hizo que se estremeciera; sintió que los pezones se contraían con esa sensación de frescor que pronto se transformó en frío. Tendió una mano, cogió un borde de la colcha y se envolvió.

Lo que era un recuerdo de su vida pasada se convirtió en su única revancha contra el presente. Cerró los párpados y, en la oscuridad de sus ojos y su alma, empezaron a sucederse las imágenes de lo que ocho años atrás le había hecho su padre.

Tras morir su madre, Elisabeth, en un accidente de coche en los alrededores de la casa de montaña de la familia, a su padre no se le ocurrió otra cosa que sufrir una apoplejía. No por el dolor de la pérdida, sino porque entre los hierros retorcidos del coche se encontró, además del cadáver de la mujer, el de un joven profesor de esquí de Aspen, sentado en el asiento del conductor y con los pantalones bajados. Hasta un imbécil habría sabido que el coche se salió de la carretera porque en ese momento la pasajera estaba haciéndole una mamada al conductor. Y desde luego, el periodista que acudió al lugar del accidente no era imbécil. Escribió una nota que fue su fortuna y la causa del ataque que casi acabó con el último y desprevenido representante de la dinastía de los Stuart. El mundo de las finanzas, y no solo él, dio la espalda a Avedon Lee Stuart y a sus tan invocados principios que desde siempre habían sido la base de la imagen pública de su familia.

Lo internaron de urgencia y lo salvaron in extremis, aunque quedó casi completamente paralizado del lado derecho. Cuando los médicos creyeron que estaba fuera de peligro, Stuart decidió pasar el período de convalecencia en el piso de la familia, atendido por una multitud de enfermeras demasiado bien pagadas que se afanaban por atenderlo lo mejor posible.

Chandelle vivió la muerte de la madre con absoluta indiferencia, aunque en

los funerales consiguió mostrar la expresión de circunstancias que corresponde a tan triste pérdida. La enfermedad del padre, reducido a una figura torcida, casi cubista, la llenó, en cambio, de asco y repulsión. Se encontraba en la casa con esa especie de hombre, tendido en una cama, alimentado con suero porque la boca fruncida de un lado le impedía ingerir cualquier cosa, con un perenne hilo de baba que le caía por un lado.

Nunca había querido a su padre, pero ahora ese ser en el que se había transformado le daba asco. Su repulsión y su mente perversa se aliaron para urdir un plan. Chandelle no tuvo el menor dilema moral. Pensó que era algo totalmente normal, la única solución para resolver sus problemas de una vez por todas. Tras unas pocas pero escogidas investigaciones, empezó a cuidar personalmente a quien en su interior definía con mofa como «el querido convaleciente».

Se transformó de repente en una hija devota y preocupada.

Con la excusa de atender personalmente a su padre, muchas veces reemplazaba a las enfermeras, mucho más interesadas en cobrar que en velar por él. Descubrió que había una vitamina que aumentaba considerablemente la coagulación de la sangre. Cada vez que se quedaba a solas con él, aprovechando los momentos en que se adormecía, inyectaba cantidades masivas de esta vitamina en la cánula del suero que le alimentaba.

Chandelle recordaba perfectamente la noche en que, después de la enésima dosis, su padre abrió los ojos y la vio de pie junto a la cama con la jeringa en la mano. Un instante después su mirada se perdió en el vacío del que ve que llega el final y solo puede aceptarlo para poner fin al miedo a la muerte.

Fascinada, Chandelle siguió las variaciones del diagrama que mostraban los latidos del corazón del enfermo en un monitor situado a un lado de la cama. Vio cómo disminuían progresivamente, hasta que finalmente comprobó con sus propios ojos que el corazón había dejado de latir.

Con la mirada de su padre todavía en los ojos, Chandelle salió de la gran habitación y cerró la puerta con delicadeza.

—Duerme —le susurró a la enfermera que estaba sentada fuera, con una revista en la mano.

La mujer confundió su sonrisa con la de una tierna hija; no sabía que era la de una persona que finalmente se siente libre.

También ahora, tendida sobre la cama, evocando aquella noche, sin darse cuenta apareció la misma sonrisa.

Los reproches y aquel recuerdo la habían tranquilizado. Se sentía agotada, con esa languidez que sabía cultivar y apagar a su antojo, según el capricho de su deseo y su constante busqueda de placer. De McIvory y Orlik, de sus odiosos rostros y de sus discursos llenos de frías cifras, no quedaba rastro ni recuerdo.

Aún envuelta con el cubrecama se volvió sobre un costado, hacia la mesita de noche. Cogió el teléfono y marcó un número.

Cuando oyó la voz que respondía no se preocupó siquiera de aclarar su nombre a la persona a la que había llamado.

—Hola, ¿Randall? Tengo ganas de divertirme un poco. Esta noche me vendría bien una experiencia algo picante. Un coche poco llamativo sería más adecuado. Hacia medianoche, digamos.

No esperó confirmación ni esperaba objeciones, que por otra parte eran impensables en la persona con la que acababa de hablar. Todos los meses le daba una buena suma de dinero y a veces, cuando le apetecía, algo más físico y personal...

Abrió un cajón que había bajo el teléfono. Metió una mano y movió los dedos hasta encontrar una bolsita, sujeta con cinta adhesiva a la parte superior del mueble.

Despegó cuidadosamente la cinta y extrajo un pequeño envoltorio de plástico lleno de polvo blanco. Lo abrió, metió los dedos y cogió una pizca. Lo acercó directamente a las fosas nasales y aspiró con fuerza, primero por una y después por la otra. Dejó la bolsita sobre la mesa, sin molestarse en volver a guardarla en su lugar. Sabía que esa noche la necesitaría, la necesitaría mucho...

Se relajó y sonrió atontada a un techo tan blanco como el polvo que acababa de inhalar.

Se quedó esperando la descarga de lascivia de la cocaína, tan parecida a un perfecto orgasmo. En ella la droga siempre tenía un efecto erótico, y pensando en la noche que le esperaba se sintió languidecer aún más.

Muy despacio metió una mano bajo el cubrecama. Abrió las piernas mientras deslizaba los dedos desde los senos hasta el ombligo y luego aún más abajo, hasta llegar a la hendidura.

Cuando la abrió con los dedos y la encontró húmeda, cerró los ojos, imaginó

lo desconocido y se estremeció de placer.

17

Cuando volvió a mirar la hora vio que eran casi las nueve. Esa pequeña anticipación del placer que se había concedido, en lugar de saciarle dio a su cuerpo nuevas energías. Decidió que tenía hambre y que le apetecía comida japonesa. Se levantó de la cama y, apoyando las manos en la cintura, arqueó la espalda al tiempo que, complacida, se observaba en el espejo. Se había recobrado por completo de la crisis que había tenido. De nuevo era ella; fría y firme como siempre.

A pesar suyo, el capullo de su padre lo comprendió.

También lo entendieron esas dos sanguijuelas que se hacían pasar por sus abogados.

Ella les había hecho ver quién era Chandelle Stuart.

Ahora se daría una ducha caliente y después llamaría a Randall Haze y le pediría que viniera antes y reservara en el Nobu. Mientras esperaba que llegara la hora de realizar sus proyectos, podía ir a escuchar un poco de música a algún local del Bowery o hacer cualquier otra cosa que se le ocurriera.

Entró en el cuarto de baño y se sumergió en la bañera con ducha, hidromasaje y *shiatsu*. Mientras recibía sobre la piel la presión benéfica de los chorros pensó que debía ponerse guapa y perfumarse; sería una visión inalcanzable para los desconocidos con que se encontraría esa noche. Quería leer en sus caras la incredulidad y poco después ver en ellas el deseo y el placer que solo puede proporcionar un sueño que se hace realidad.

Se secó con calma el pelo lacio y brillante, que tenía reflejos azulados. Se puso desodorante bajo las axilas depiladas y se roció el cuerpo, en los puntos

estratégicos, con una esencia elaborada expresamente para ella por una perfumería artesanal de Canal Street.

Se maquilló un poco más llamativamente que de costumbre y pasó del cuarto de baño al vestidor. Se puso ropa interior negra y unas medias con ligas, que le gustaban particularmente por el efecto que causaban en la imaginación masculina pero también porque eran muy cómodas y prácticas.

Eran utilísimas en caso de un inesperado ataque de lujuria.

De entre las prendas colgadas eligió un vestido negro de cóctel ligeramente corto que destacaría su figura esbelta y sus piernas largas.

Acababa de ponerse el vestido, y estaba esnifando una segunda raya de cocaína antes de llamar a Randall, cuando oyó que sonaba el portero automático.

Se preguntó quién podría ser a esas horas.

Los guardas de seguridad tenían línea directa con el piso, pero a primeras horas de la tarde dio el resto de la jornada libre al personal de servicio, para no tener a nadie dando vueltas por la casa mientras hablara con sus abogados.

Se acercó a la pequeña pantalla de vídeo que por comodidad había hecho instalar en el dormitorio. Cuando la conectó apareció en la pantalla un rostro encuadrado por la telecámara situada encima de la puerta de su ascensor privado, en el ala izquierda de la enorme entrada de mármol del Stuart Building.

A Chandelle le sorprendió verlo allí, y sobre todo verlo vestido de aquel modo. Llevaba una capucha, que parecía, aunque la imagen era algo borrosa, de un chándal. Hacía mucho que no se veían, y esa noche ella estaba del humor menos indicado para atenderlo, a pesar de lo que había significado para ella hacía tiempo.

Su voz sonó algo rara por el pequeño altavoz.

—Hola. ¿Eres tú, Chandelle?

—Sí, soy yo. ¿Qué quieres?

Al parecer, su tono brusco y poco cordial no desanimó al hombre que esperaba en el recuadro luminoso.

Le sonrió por la pantalla.

—¿Puedo subir? Debo hablarte un instante.

—¿Tiene que ser ahora? Estaba a punto de salir.

—Bastarán unos minutos. Tengo novedades que podrían interesarte mucho.

—Está bien. Te mando el ascensor. No hagas nada; lo manejo yo desde aquí.

Mientras atravesaba los mil trescientos metros cuadrados de su piso para llegar al salón al que daba la puerta del ascensor, Chandelle seguía preguntándose qué podía ser tan importante como para llevarle hasta su casa a esas horas.

Sobre todo, después de tanto tiempo.

Teniendo en cuenta cómo iba vestido, quizá había ido a correr al Central Park y al pasar ante el edificio se le había ocurrido ir a verla.

Manipuló los mandos para abrir la cabina en la planta baja. El ascensor únicamente iba a su piso y se manejaba mediante una cerradura con un código alfanumérico que solo conocía ella.

Mientras esperaba, rogó poder sacárselo de encima pronto. De repente se dio cuenta de que había sido víctima de una mentira. Intentó mantener la calma, aunque la persona que estaba subiendo seguía causándole una especie de sádica y perversa emoción. La había sentido en cuanto lo conoció, y desde entonces también cada vez que se encontraba en su presencia, por el placer que siempre le provocaba espiar sin que la vieran, saber sin que los demás supieran, poder imponer su voluntad ante la impotencia general.

Y el riesgo de ofrecerse enteramente al azar.

Si él hubiera sabido...

Por un momento tuvo la tentación de volver al dormitorio y esnifar otra raya de coca.

El sonido de las puertas que se abrían hizo que se detuviera en medio de la habitación. En el centro de la cabina, bajo la luz que venía del techo, había un hombre. Llevaba un chándal con la capucha puesta que proyectaba una sombra sobre su sonrisa, y tenía las manos hundidas en los bolsillos de la chaqueta.

Dio un paso hacia ella. La mujer alta y delgada que estaba de pie en medio de la sala con su vestido negro de cóctel sintió por primera vez qué fría podía ser a veces una sonrisa.

—Hola, Chandelle. Disculpa si te molesto en tu casa. Pero verás, como te he dicho, solo tardaré un instante.

Con un perfecto sentido de la oportunidad, las nubes que habían vigilado Nueva York durante toda la tarde ofrecieron el temporal que habían prometido. Un relámpago, un trueno y luego el estrépito de la lluvia, tan fuerte que corría por las baldosas de la terraza hasta el borde inferior de las puertas correderas.

El hombre siguió avanzando hacia ella. Cuando la alcanzó, sacó de la chaqueta la mano derecha. Chandelle pensó que quería estrecharle la mano, pero vio con un escalofrío que llevaba una pistola.

Estaba tan concentrada mirando el agujero negro del cañón que no se dio cuenta de que la sonrisa había desaparecido del rostro del hombre, ni percibió el tono sarcástico de su comentario.

—Solo un instante, aunque tengo la impresión de que para ti será algo largo.

El hombre hizo una pausa. Su voz se volvió suave como el terciopelo.

—Mi dulce Lucy...

Chandelle Stuart alzó de golpe la cabeza. Jamás sabría que su mirada era como la que le había lanzado su padre en el lecho de muerte.

Se oyó otro trueno y pudo verse otro relámpago, que dibujó en la pared la sombra de una mujer inútil que estaba a punto de morir.

18

Fuera, en la oscuridad, llovía a cántaros.

De pie, junto a la ventana que daba a la calle Dieciséis, Jordan miraba las gotas que caían del cielo sobre aquella ciudad desde la que tan poco cielo se veía. Una lluvia que resbalaba sobre las luces y las maravillas de Nueva York sin lograr formar parte de ellas, y que acababa torpemente aprisionada en las alcantarillas como simple agua.

Una vez, vio una vieja película en la que actuaba Elliot Gould, titulada *Camino recto*. En los títulos de presentación, gracias a un truco cinematográfico, el protagonista andaba por una calle concurrida avanzando normalmente mientras los coches y la gente iban hacia atrás, como en una película proyectada al revés.

Así era como se sentía él en ese momento.

No sabía si su modo de andar era el adecuado, pero estaba seguro de que él y la gente que lo rodeaba no iban en la misma dirección. No podía evitar pensar en sí mismo como en un cuerpo extraño insertado a la fuerza en un lugar del que había formado parte y al que ya no pertenecía.

Cuál de los dos había rechazado al otro no tenía ninguna importancia en la dirección del viaje.

Se apartó de la ventana y se acercó a la mesita situada frente al sofá. Cogió el mando y encendió el televisor. La imagen llegó por el Eyewitness Channel, la emisora de televisión que transmitía noticias las veinticuatro horas del día. Pasaban una noticia grabada durante la tarde. En primer plano se veía a un reportero cuyo nombre no recordaba, con un micrófono en la mano. A sus

espaldas, una enorme cristalera a través de la cual se entreveían aviones y un charco brillante de lluvia sobre la pista de un aeropuerto.

—Un gran número de personas ha venido al aeropuerto a recibir el féretro con el cadáver de Connor Slave, el cantante secuestrado en Roma y cruelmente asesinado hace una semana mientras se encontraba en compañía de su novia, Maureen Martini, comisario de la policía italiana. Se dispondrá una capilla ardiente para que sus admiradores, que ya sumaban centenares de miles en todo el país, puedan despedirse de él. Los funerales están previstos para...

Jordan bajó el volumen; dejó solo las imágenes y el sonido de la lluvia detrás de los cristales. Otro joven que no envejecería. Que sonreiría para siempre con un rostro sin arrugas desde una fotografía de porcelana colocada en una lápida.

... y líneas en la luna, que en la palma cada una es un lugar para olvidar...

La poesía de ese desafortunado artista reflejaba la amargura de Jordan. Con ese sexto sentido que da la lluvia cuando se prolonga desde hace horas, no le sorprendió que empezara a sonar el teléfono de su casa. Se quedó mirándolo, sin decidir si responder o no. Sus dudas las resolvió Lysa, que venía en bata por el pasillo y le tendía el inalámbrico.

—Es para ti.

Jordan se acercó y apoyó la oreja en el aparato todavía tibio por el contacto con la piel de Lysa.

—Jordan, habla Burroni. Tengo malas noticias.

—¿Qué ha ocurrido?

—Temo que ya tenemos a Lucy.

—¡Santo cielo! ¿Quién es?

—Agárrate fuerte. Chandelle Stuart. La han encontrado en su casa esta mañana.

—¿Dónde?

—En el Stuart Building, en Central Park West.

Jordan sintió las manos sudadas, como si la humedad de la lluvia que caía sobre los cristales hubiera logrado entrar en la habitación.

—Mierda. Esperaba que ese cabrón nos dejara un poco más de tiempo.

—Yo ya salgo para allá. ¿Quieres que pase a recogerte?

—Será mejor. Con esta lluvia no me parece conveniente usar la moto.

—De acuerdo. Ya salgo. En cinco minutos estaré ahí.

—Me visto y bajo.

De pie en medio de la habitación, Lysa lo miraba mientras se ponía la chaqueta de piel.

—Lamento que te hayan despertado, Lysa. No entiendo por qué no me han llamado al móvil.

—No te preocupes, no estaba durmiendo. ¿Problemas?

—Sí, han matado a otra persona, y todo hace pensar que este crimen tiene relación con el asesinato de mi sobrino.

—Lo lamento.

—También yo. Solo ruego que esta vez podamos encontrar algo que nos ayude a detener a ese loco.

Estaban el uno frente al otro en una casa que no pertenecía a ninguno de los dos, y Lysa tenía los ojos brillantes.

—Jordan, no sé qué se dice en estos casos.

—Me lo has dicho hace un momento. No es necesario decir nada más. Cualquier cosa que se diga ya se ha dicho centenares de veces.

Salió y cerró con delicadeza la puerta, como si el ruido de la hoja pudiera hacer pedazos el sentido de aquellas palabras. El ascensor no estaba en la planta del apartamento, así que decidió bajar por la escalera. Del piso de abajo no salía música. Pasó por delante de la puerta con un pensamiento piadoso hacia Connor Slave, que de ahora en adelante cantaría solo cuando alguien pulsara el botón PLAY en un equipo de música.

Llegó a la salida justo cuando el Ford de la policía, con Burroni al volante, se detenía al otro lado de la calle. Mientras cruzaba la calle corriendo, vio que se inclinaba para abrir la puerta de su lado. Subió al coche, que olía a moqueta húmeda y escay, y cerró la portezuela.

A través del limpiaparabrisas vio el recuadro luminoso al otro lado del cual se alzaba, inmóvil y a contraluz, la figura de Lysa. Una presencia y una ausencia al mismo tiempo. Burroni, que había seguido su mirada, vio la ventana iluminada.

—¿Esa es tu casa?

—Sí.

Burroni no preguntó, y él no quería hablar. Mientras el coche se separaba de

la acera y de la mirada de Lysa, Jordan pensó en el momento en que se despertó a la mañana siguiente de conocerla.

Abrió los ojos y olió algo a lo que no estaba acostumbrado, al menos en su casa: el aroma de un café que no se había hecho solo. Se levantó y se puso los vaqueros y una camiseta. Antes de salir miró su aspecto en el espejo del cuarto de baño y vio todo lo que esperaba encontrar. La cara de un hombre que la noche anterior había recibido un respetable número de puñetazos.

Se lavó la cara, salió de la habitación y se reunió con Lysa Guerrero en la sala de estar. De nuevo experimentó esa sensación extraña al entrar en una habitación donde se hallaba...

«¿Ella o él?»

Recordaba ahora este pensamiento con la misma incomodidad que había sentido en aquel momento. Sin embargo, en la cara de Lysa y en su voz no había rastro de su conversación de la noche anterior.

Solo una sonrisa.

—Buenos días, Jordan. Yo solo puedo ver cómo están su ojo y su nariz. Pero, ¿cómo los siente usted?

—No los siento del todo. O, mejor, los siento pero trato de no notarlos.

—Estupendo. ¿Le apetece un café?

—¿Merezco el privilegio?

—Es el primer día de mi primera estancia en Nueva York. También yo lo merezco. ¿Cómo le gustan los huevos?

—¿Tengo derecho también a unos huevos?

—Pues claro. Si no, ¿qué clase de desayuno sería?

Lysa llevó los platos a la mesa y tomaron el desayuno prácticamente en silencio, con el sutil equilibrio de un carámbano que se inclina sin romperse del todo, cada uno con la cabeza ocupada por sus propios pensamientos.

Lysa interrumpió ese pequeño momento de paz abriendo la puerta a lo que sucedía en el exterior.

—Hace un momento han hablado de su sobrino por la televisión.

—Lo imagino. Esta historia será un infierno.

—¿Y usted qué hará, ahora?

Jordan respondió con un gesto vago.

—Antes de nada buscaré un lugar donde alojarme. No quiero ir a casa de mi

hermano, a Gracie Mansion. Demasiado visible. Estaré a la vista de todos y yo quiero estar lo más tranquilo posible. En la Treinta y ocho hay un hotel que...

—Escuche, voy a hacerle una propuesta. Teniendo en cuenta que mi marido ya no es un problema...

Notó un calor en el estómago. Jordan rogó que no fuera seguido de otro igual en la cara. Lysa continuó como si nada.

—Acabo de llegar a la ciudad y quiero hacer un poco el turista antes de buscar empleo. Por tanto, estaré fuera la mayor parte del tiempo. En cuanto a usted, seguramente esta historia terminará tarde o temprano, y entonces podrá marcharse. Mientras tanto, puede quedarse aquí, si quiere.

Hizo una pausa y ladeó un poco la cabeza. Un destello de desafío divertido estuvo a punto de fundir el oro de sus ojos.

—Salvo que para usted sea un problema...

—Por supuesto que no.

Jordan respondió demasiado deprisa y enseguida se sintió un idiota.

—Bien, entonces creo que ya podríamos empezar a tutearnos.

Jordan se dio cuenta de que no era una propuesta sino una decisión. Lysa se puso de pie y comenzó a recoger la mesa.

—¿Te echo una mano?

—Por el amor de Dios, no. Creo que tienes cosas mucho más importantes que hacer.

Jordan miró el reloj.

—La verdad es que sí. Iré a darme una ducha y luego me pondré en marcha.

Se dirigió hacia la habitación, pero lo detuvo la voz de Lysa.

—También han hablado de ti, en ese noticiario que he visto en la televisión. Han dicho que fuiste uno de los mejores policías que Nueva York ha tenido jamás.

—Se dicen tantas cosas...

—Han dicho también el motivo por el cual ya no lo eres.

Se volvió y Lysa le miró con esos ojos que parecían el lugar en el que se cumplían todos los deseos. La respuesta de Jordan voló por la habitación como una toalla sucia de sangre en medio de un ring.

—Un motivo u otro, ¿qué más da?

—... esta noche el guardaespaldas.

La voz de Burroni le devolvió al coche que, golpeado por la lluvia, circulaba entre las luces de las farolas y sus reflejos en el asfalto.

—Discúlpame, James; estaba distraído. ¿Podrías repetir lo que estabas diciendo?

—He dicho que el crimen lo ha descubierto esta noche el guardaespaldas. Ha llamado a la central y lo he atendido yo. Por lo que me ha contado brevemente, y por el modo como estaba colocado el cadáver, podría ser lo que te he dicho.

—¿Mi hermano lo sabe?

—Por supuesto. Se le ha avisado de inmediato, tal como había pedido. Ha dicho que le informemos si es lo que parece.

—Lo veremos muy pronto.

No dijeron más durante el resto del viaje, cada uno inmerso en unos pensamientos que habrían preferido dejar en casa.

Jordan conocía el Stuart Building, un edificio algo siniestro, de unas sesenta plantas; la parte superior estaba decorada con gárgolas que recordaban mucho al edificio Chrysler. Ocupaba toda la manzana entre la Noventa y dos y la Noventa y tres, sobre Central Park West, y daba al Central Park a la altura del Jackie Onassis Reservoir. El apellido Stuart significaba dinero, dinero de verdad. El viejo Arnold J. Stuart había acumulado una gran fortuna gracias al acero y a su falta de escrúpulos en los tiempos de los Frick y los Carnegie. A continuación los intereses de la familia se ampliaron y los Stuart invirtieron un poco en todas las ramas hasta convertirlas en auténticos troncos. Tras morir sus padres, primero uno y después el otro, unos años atrás, Chandelle Stuart fue la única heredera de una fortuna que tenía muchos, muchos ceros.

Y ahora, a pesar de todo su dinero, también ella había pasado a formar parte de esos ceros.

Cuando llegaron al lugar, Burroni aparcó el coche detrás del furgón de la brigada científica. Apagó el motor pero no dio señales de querer bajar enseguida. Los limpiaparabrisas dejaron de limpiar el cristal y el agua empezó a deslizarse por él.

—Jordan, hay algo que creo que debes saber. Después de lo que me has dicho hoy, me parece justo.

Jordan aguardó en silencio. No sabía qué estaba a punto de decirle Burroni, pero intuía que no debía de ser fácil.

—Es por ese tema del Departamento de Asuntos Internos. Yo lo acepté, aquel dinero. Me hacía falta. Kenny, mi hijo, tiene...

—Vale, James. Creo que también para ti ha sido duro.

Se miraron un momento y vieron las caras espectrales por la luz anaranjada de los faroles y los reflejos de las gotas del cristal en el interior del coche.

Luego Jordan cogió el tirador de la puerta.

—Anda, vamos a pisotear un poco esta mierda.

Abrieron las puertas casi al mismo tiempo y bajaron a la calle. Fueron corriendo hasta la entrada del rascacielos, dejando en la acera la marca de sus pasos, que la lluvia trataba en vano de limpiar.

19

Lo primero que vieron al entrar en el piso fue la figura inmóvil de una mujer sentada junto al piano. Era un Steinway de cola, negro y brillante, que debía de valer una fortuna. Ella estaba sobre un taburete de bar, lo bastante alto para mantener su espalda apoyada de tal modo que la caja del piano la sostuviera. La cara estaba vuelta hacia el teclado, como si escuchara arrobada una música sin sonido tocada por un músico invisible que únicamente ella podía oír y ver.

Llevaba un vestido negro de cóctel, escotado pero sobrio, y no se distinguían sus rasgos, ocultos por los cabellos largos y lacios que cubrían su rostro. Las piernas estaban cruzadas y el vestido corto dejaba entrever esa zona misteriosa, oculta por la ligera sombra del nailon, donde se superponían los muslos. A la altura de las rodillas, una sustancia brillante se extendía desde la pantorrilla ensuciando el tejido fino de las medias.

Era la imagen despiadada de una mujer en blanco y negro; la toma de un fotógrafo sin pudor, que la había sorprendido e inmortalizado en el momento íntimo de su muerte. Jordan, sin darse cuenta, habló con un tono de voz más bajo que el que habría usado normalmente, como si el macabro encanto de aquel concierto silencioso no pudiera interrumpirse.

—Igual que Lucy con Schroeder.

—¿Quién es Schroeder?

—Es un personaje menor de Snoopy, un pequeño genio de la música, un fanático de Beethoven. Charles Schulz lo ha dibujado siempre, y solamente, ante su pequeño piano. Lucy está enamorada de él y le escucha tocar sentada exactamente en esta posición.

Se acercaron lentamente al cadáver. Burroni señaló los codos apoyados de modo que sostuvieran el cuerpo; estaban unidos a la laca negra del piano con una mancha de pegamento. La parte inferior de la espalda estaba pegada de la misma forma al respaldo del taburete. Para mantenerla en esa posición, habían unido las piernas cruzadas, a la altura de las rodillas, con una capa excesiva de sustancia adhesiva, que había chorreado hacia abajo.

—Está pegada, igual que tu sobrino. Pero esta vez nuestro dibujante lo ha hecho a lo grande.

—Así es. Y apuesto a que es de la misma marca. Ice Glue.

Jordan se puso los guantes de látex que le tendía Burroni, y luego examinó el cabello de la víctima y destapó la cara.

—Santo cielo...

En el rostro delgado y pálido los ojos muy abiertos de la víctima, fijos en el teclado, estaban vitrificados por la misma cola que su verdugo había usado para inmovilizar el resto del cuerpo. Jordan señaló a Burroni los cardenales que había alrededor del cuello, como pintadas paganas de un sacrificio humano.

—También la han estrangulado.

Jordan soltó los cabellos, que volvieron con la piedad de un telón a esconder aquellos ojos desmesuradamente abiertos en su antinatural estupor químico. Rodeó el piano para observar el cuerpo desde otro ángulo. Lo que vio entonces casi le hizo soltar una maldición pero consiguió reprimirla. La tapa del piano estaba abierta, y sobre la tablilla abatible donde suelen apoyarse las partituras había una hoja blanca con unas palabras en letra cursiva.

Era una noche oscura y tormentosa...

Sintió que le invadía el desaliento. Conocía demasiado bien el sentido pasado y futuro de esas palabras. Era una famosa frase de Snoopy, pero, al mismo tiempo, para alguien suponía una sentencia de muerte. Cuando Burroni llegó detrás de él, Jordan tuvo la sensación de que su mirada pasaba sobre sus hombros con el ruido de una flecha que se clavaba en la hoja y en su significado.

—¡Hostia, no!

—Sí, por desgracia. Es otra advertencia. Si no encontramos a este hijoputa, pronto tendremos que ocuparnos de algún pobre tío al que él llamará Snoopy.

Jordan se apartó del piano y echó al fin una ojeada a su alrededor. Cuando se

abrieron las puertas del ascensor que llegaba directamente al piso de Chandelle Stuart, lo primero que vieron fue el espectáculo espeluznante de su cadáver, dispuesto en esa especie de ikebana humano por la cruel fantasía de un loco. Ahora lograba por fin darse cuenta realmente del lugar donde se encontraban. El piso ocupaba toda la última planta del Stuart Building y, al menos por la parte que se podía ver, estaba decorado al más puro estilo minimalista, con muebles de aluminio y sillones y cortinajes hechos con telas de tenues tonalidades crema. Todo lo que los rodeaba reflejaba riqueza, heredada, indiferente, que lleva a considerar calderilla sumas que podrían cambiar la vida mísera del noventa por ciento de la población. Había cuadros y objetos de arte auténticos que reflejaban el poder de la familia Stuart. La gran pared de la derecha, que se alzaba frente a las cristaleras que daban a una enorme terraza con vistas al Central Park, estaba ocupaba únicamente por un solo cuadro, y nada hacía sospechar que no se tratara de un original. Era un estudio preliminar de *La balsa de la Medusa*, de Géricault, en tamaño natural, siete metros por cuatro, el mismo que el de la pintura definitiva expuesta en el Louvre.

La presencia, justamente en ese lugar, de aquel cuadro llevó a Jordan a confirmar, por enésima vez, la ironía que hay en el destino de los seres humanos.

Géricault. Jerry Kho.

Dos pintores, dos nombres con un sonido similar y unidos por la misma violenta desesperación, cada uno con su balsa personal para pintar y para navegar. Y ahora, sobre esa frágil cáscara sin esperanza también iba a la deriva el alma de Chandelle Stuart.

Se acercó al cuadro y observó un par de cosas que antes no había visto. Desparramados por el suelo, junto al ascensor, había fragmentos de un jarrón que al parecer había sido arrojado contra la puerta. El panel que cubría las puertas correderas lo mostraba con absoluta claridad. Por toda la sala, aquí y allá, había jirones de algo que parecía haber sido un vestido.

El médico forense se asomó por detrás de la pared que ocupaba el cuadro. Jordan y Burroni lo esperaron y cuando se reunió con ellos el patólogo respondió sin preámbulos a la pregunta que leía en sus miradas.

—Por ahora no puedo decir casi nada, salvo que la víctima fue estrangulada y que la muerte se puede situar aproximadamente entre las veintiuna y las veintitrés horas.

Jordan señaló al forense los fragmentos que había cerca del ascensor y los jirones de tela esparcidos por el suelo.

—Por lo visto, parece que hubo una lucha, aunque me parece que en la víctima no hay señales de ello.

El médico indicó sin mirarlo el cadáver apoyado contra el Steinway, a su derecha.

—En estas condiciones es imposible examinar mejor el cuerpo. Me pregunto cómo lo haremos para despegarlo del piano y llevárnoslo. Que Dios me perdone, pero si no fuera porque hay un cadáver diría que estamos en un gag de *Mister Bean*.

Aunque en el transcurso de su carrera había visto casi todas las variaciones que la muerte podía ofrecer, también él parecía bastante conmocionado por el espectáculo con que se había encontrado.

—Háganos saber los resultados de la autopsia lo antes posible.

—Desde luego. Tengo el presentimiento de que dentro de poco llegará una llamada y algún pez gordo me dirá que este caso tiene prioridad absoluta.

Los dejó y se reunió con los dos encargados de llevarse el cuerpo, que miraban el piano con una expresión de perplejidad.

—¿Qué piensas, Jordan?

—La verdad, todavía no sé qué pensar. Y eso me preocupa.

—¿Crees que es un asesino en serie?

—Es lo que parece; sin embargo en este asunto hay algo que no me convence. Sin duda se trata de una persona desequilibrada, y hay una simbología que nos convendría someter a un experto, pero me parece todo demasiado elaborado, demasiado rebuscado...

Burroni sabía que Jordan, como ya había hecho en casa de Gerald Marsalis, hablaba para sí mismo, como si necesitara oír el sonido de su voz para concentrarse mejor.

—En general, los asesinos en serie, en el momento que entran en contacto con la víctima, son más nerviosos, caóticos, menos fríos. No sé. Quizá sea mejor que mientras tanto vayamos a hablar con el guardaespaldas.

Burroni hizo una seña al agente que lo había recibido en el vestíbulo y acompañado hasta el piso, que permanecía de pie junto a la puerta del ascensor. El policía, un negro con un gran bigote y un físico robusto apenas suavizado por

el uniforme azul oscuro, dejó su puesto para ir hacia él.

—¿Dónde está la persona que encontró el cadáver?

—Por aquí.

Abriéndose paso entre los expertos de la Científica que estaban terminando su tarea, lo siguieron durante un rato, lo que no hacía más que confirmar el gran tamaño y la riqueza de aquella casa, hasta un amplio espacio que podía considerarse una especie de estudio. En las paredes de la derecha y la izquierda había estanterías altas, llenas de libros a los que se llegaba por medio de dos escaleras metálicas que se deslizaban sobre rieles. Una gran cristalera que había frente a la entrada daba a una terraza que con toda probabilidad continuaba la de la sala.

Detrás de un escritorio de estilo *high-tech*, ocupado en parte por una pantalla y el teclado de un ordenador, estaba sentado un hombre que se puso de pie cuando los vio entrar. Era un individuo alto, con el pelo entrecano peinado hacia atrás, un físico atlético y facciones angulosas. Una pequeña cicatriz junto al ojo derecho se lo estiraba ligeramente hacia arriba, lo que daba a su rostro una asimetría inquietante.

—Soy el detective Burroni, y este es un asesor de la policía, Jordan Marsalis.

En otro tiempo Jordan habría sonreído por esa definición, que podía significar cualquier cosa. Ahora hacía que se sintiera un intruso y estuvo tentado de mirar hacia otro lado. Su posición actual lo obligaba, en situaciones como aquella, a permanecer un paso por detrás y dejar a Burroni la parte oficial de la investigación.

—Supongo que he hablado con usted por teléfono, ¿señor...?

—Me llamo Haze. Randall Haze. Sí, soy yo quien los llamó cuando descubrí el cuerpo.

El hombre salió de detrás del escritorio, y Burroni y Jordan le estrecharon la mano que les tendía. Era un hombre fuerte, y se notaba. Resultaba evidente en la elasticidad de sus movimientos y en todo su cuerpo; esa dureza provenía de una larga experiencia en las calles y no de frecuentar falsos dojos donde se enseñan artes marciales o gimnasios donde se inflan los músculos con esteroides.

—Ante todo hay algo que quiero decirles. Creo que han estado tomando huellas por toda la casa...

—Evidentemente.

—También están las mías. Se lo digo antes de que lo descubran ustedes mismos. Estuve en la cárcel, hace un tiempo. Me cayeron cinco años, por agresión e intento de homicidio. No es una justificación, sino una simple explicación. Era un chaval un poco conflictivo, me equivoqué y lo pagué. Desde entonces he ido derecho.

—Muy bien, he tomado nota. Siéntese, señor Haze.

El hombre se dirigió hacia uno de los dos sillones de atrevido diseño situados frente al escritorio. Antes de sentarse estiró los pliegues de los pantalones del elegante traje gris oscuro que llevaba. Burroni fue hasta la puerta corredera y se quedó un instante de espaldas, mirando la oscuridad del otro lado de los cristales.

—¿Desde cuándo trabajaba para la señorita Stuart?

—Alrededor de cinco años, meses más o menos.

—¿Y sus tareas...?

—Guardaespaldas y secretario particular.

—¿En qué consistía ese trabajo?

—Acompañaba a la señorita Stuart en situaciones personales, que no deseaba hacer... digamos... públicas.

Por el momento Burroni no consideró oportuno profundizar en esa cuestión.

—Anoche me llamó Chand... la señorita Stuart.

—¿A qué hora?

—A eso de las ocho y media, me parece. De todos modos, me llamó por el móvil; los registros de la compañía telefónica lo confirmarán.

Burroni se volvió y en su cara se leía la impaciencia del que tiene que soportar que pretendan enseñarle su oficio.

—Bien. Si es necesario lo haremos. ¿Y qué quería?

—Me citó hacia la medianoche porque se proponía salir. Llegué aquí a las doce menos cuarto; subí al piso y encontré el cuerpo. Entonces cogí el teléfono y llamé a la policía.

—¿Era normal que lo llamara a usted para salir a esa hora?

—En algunos casos sí. La señorita era una persona...

Randall Haze se interrumpió, inclinó la cabeza y se quedó mirando el suelo como si entre sus lustrosos zapatos de pronto se hubiera abierto un agujero. En ese momento Jordan decidió intervenir; fue a sentarse en el otro sillón.

—Señor Haze, escúcheme. Aquí hay algo que no entiendo, y cuando pasa eso me siento estúpido. A menos que sea la persona que tengo delante la que es estúpida, y no me parece que sea el caso. O sea, ¿hay algo que debamos saber?

Haze dejó escapar un suspiro. A Jordan le pasó por la cabeza la curiosa imagen de una válvula de seguridad que libera un exceso de presión.

—Verán, la señorita Stuart estaba enferma.

—¿Qué entiende usted por «enferma»?

—No consigo encontrar otra palabra. Estaba enferma de la cabeza. Tenía gustos muy peligrosos, y la parte principal de mi trabajo era protegerla mientras los satisfacía.

—¿Es decir...?

—Chandelle Stuart era una ninfómana, y le gustaba que la violaran.

Jordan y Burroni se miraron. Lo que Randall Haze acababa de decir significaba grandes complicaciones, y esa mirada entre ellos significaba que ambos lo sabían.

El guardaespaldas continuó su relato sin necesidad de más preguntas. Podía leerse en su cara el alivio de quien ha mantenido abierto durante demasiado tiempo un cubo de basura y ahora por fin puede taparlo.

—La he acompañado y protegido en situaciones que para la mayoría de las mujeres serían la más atroz de las pesadillas. En ciertos barrios, en ciertas noches, Chandelle quería que se la follaran diez, hasta doce hombres. Indigentes, vagabundos, gente de todas las razas..., daba asco solo mirarlos. Y eran relaciones muy peligrosas, con cualquiera, sin ninguna precaución contra toda esta mierda del sida que anda por ahí. Otras veces, yo debía permanecer oculto durante sus encuentros para evitar que a los sádicos con los que se entretenía se les fuera un poco la mano y le hicieran daño de verdad. Y además estaban las filmaciones.

—¿Qué filmaciones?

—Las que hacía yo. Todo lo que sucedía aquí o donde fuera debía grabarlo con una cámara digital. Ella lo pasaba a DVD y después lo miraba. Se excitaba volviendo a verse en esas situaciones degradantes. Los discos deben de estar aquí, en algún lugar.

Hizo un gesto que indicaba la habitación o la casa o algún otro horrible lugar del mundo. Burroni y Jordan se miraron de nuevo.

—Supongo que la señorita Stuart le pagaba muy bien por estos servicios.

—Pues sí, claro. En lo que respecta al dinero, Chandelle Stuart era muy generosa. Cuando quería, sabía ser generosa en todo...

Esos puntos suspensivos significaban muchas cosas, y no todas podían contarse mirando a los ojos al interlocutor. Randall Haze inclinó otra vez la cabeza hacia abajo. El agujero entre sus zapatos quizá se había convertido en un abismo y ahora veía un cielo limpio al otro lado.

—Unas preguntas más y le dejamos libre. ¿Le parece que en la casa falta algo?

Burroni lo preguntó solo por costumbre. Tanto él como Jordan sabían muy bien que las probabilidades de que el móvil del homicidio fuera el robo eran casi nulas. Era más que nada una forma de salir de ese momento difícil.

—A primera vista, diría que no. Me parece que está todo en su lugar.

—¿Y en los últimos tiempos ha notado algo, o a alguien, en particular que le haya hecho sospechar? ¿Algo extraño?

—No, salvo que consideremos extrañas las situaciones para las cuales se me llamaba.

Jordan introdujo una pregunta que le preocupaba particularmente.

—¿Sabe usted si la señorita Stuart frecuentaba o trataba a un tal Gerald Marsalis? También se le conocía con el nombre de Jerry Kho.

—¿Quién, el hijo del alcalde, el que mataron hace poco? He visto su foto en los periódicos. Por lo que sé, me parece que no. O mejor dicho, una vez que la acompañé al Pangya, una discoteca de la Lafayette, él estaba ahí. Se cruzaron e intercambiaron un saludo con la mano. Eso significaba que se conocían, pero durante todo el tiempo que yo trabajé para ella nunca la oí pronunciar su nombre ni puedo decir que se hayan tratado de ningún modo.

Jordan hizo una imperceptible seña de asentimiento a Burroni. El detective metió una mano en el bolsillo, extrajo una tarjeta y la tendió al hombre sentado en el sillón.

—Muy bien, señor Haze, creo que por ahora hemos terminado. Me gustaría continuar esta charla por la tarde, en el One Police Plaza. Cuando llegue, pregunte por mí.

Randall Haze cogió la tarjeta y se la guardó en un bolsillo de la chaqueta. Se levantó con un movimiento ágil y se despidió deseándoles una buena noche que

Jordan y Burroni sabían que no tendrían.

El detective esperó el tiempo necesario para que se marchara el ahora desocupado guardaespaldas de Chandelle Stuart, y luego cogió el walkie-talkie que llevaba sujeto a la cintura.

—Habla Burroni. Está bajando un hombre. Pelo canoso y traje oscuro. Se llama Randall Haze. Mantenedlo vigilado, las veinticuatro horas. Pero os recomiendo la máxima discreción; el tío en cuestión sabe lo que hace.

Se quedaron a solas y volvieron a recorrer en silencio el camino que los había llevado hasta el estudio. Caminaron y pensaron hasta que llegaron a la sala, de donde ya habían retirado el cuerpo. En la laca brillante del piano habían quedado rastros de la cola y las líneas trazadas por la Científica para indicar los puntos donde habían estado apoyados los codos de la víctima.

—¿Qué me dices, Jordan?

—Digo que estamos en un buen lío. Tenemos dos víctimas. Dos personajes muy discutibles desde ciertos puntos de vista pero pertenecientes a familias muy conocidas. También tenemos la misma forma de ejecución que las relaciona. Por ahora hemos logrado, por milagro, que no se filtre nada. Pero ¿cuánto tiempo crees que pasará hasta que toda esta historia salga a la luz, incluida mi participación en las investigaciones?

—Creo que eso significa que debemos actuar condenadamente deprisa.

—Así es. Y por muchos motivos. El más importante es que, si no nos apresuramos, dentro de poco tendremos tres víctimas.

—Y a propósito de ese Randall Haze, ¿qué te ha parecido?

—Has hecho bien en ponerlo bajo vigilancia, pero no sacaremos nada. También para él son válidas las conclusiones que sacamos de LaFayette Johnson.

—¡Joder! Qué asunto... Lo que se llega a hacer por dinero.

Jordan meneó la cabeza. Miró un instante el piano, que no conservaba ningún recuerdo del concierto mortal del que acababa de ser testigo y protagonista.

—No es solo un asunto de dinero. Es más: diría que en este caso no tiene importancia. La vida es extraña, James. De veras, muy extraña...

Burroni tuvo otra vez la impresión de que Jordan Marsalis hablaba para sí mismo.

—Podrá parecerte increíble después de lo que nos ha contado, pero estoy

convencido de que Randall Haze amaba a Chandelle Stuart.

El detective se volvió y miró a Jordan.

Se hallaba en medio de la estancia, frente al enorme cuadro colgado en la pared y miraba *La balsa de la Medusa* como si en ese preciso momento se hubiera dado cuenta de la presencia a bordo de un nuevo pasajero.

20

Subieron unos agentes al ascensor, cargados con cajas de cartón llenas de material. La policía había registrado todo el apartamento y requisado todo lo que creían que podía ser útil para la investigación. Eran objetos cotidianos, fragmentos de vida, aunque fueran caros como los de Chandelle Stuart. Agendas, documentos, disquetes, DVD, elementos que podían revelar el misterio de una existencia absurda y que ahora debían explicar el misterio de una muerte absurda.

El receptor que estaba en la cintura de Burroni emitió el doble bip de una llamada. El detective lo cogió y se lo acercó a la oreja.

—Detective Burroni.

Jordan, que estaba a pocos pasos de distancia, solo oyó un zumbido y unas palabras graznadas por el micrófono del aparato.

—Muy bien, enseguida bajamos.

Burroni devolvió el *walkie-talkie* a su lugar y se volvió hacia Jordan.

—Ha llegado el responsable de seguridad del Stuart Building. ¿Quieres que hablemos con él?

—No, ve tú, por ahora. Si no te molesta, quisiera quedarme a solas unos minutos.

Burroni asintió. Todavía no comprendía totalmente los métodos de investigación de Jordan Marsalis, pero los aceptaba. Por instinto sabía que no se trataba de simple experiencia ni de buena disposición, sino de auténtico talento. Ahora sabía que su fama no era gratuita. Haciendo balance, debía preguntarse quién había salido más perjudicado: si él al dejar de ser policía, o la policía al

perderlo a él. El detective subió al ascensor y las puertas se cerraron sin ruido sobre la imagen de Jordan, de pie en medio de la sala, con expresión absorta.

Jordan permaneció en el piso a solas, a la espera de que la casa le hablara. En la escena de un crimen reciente, siempre había algo que quedaba aleteando en el aire, una señal invisible que no era posible descubrir con los polvos para tomar huellas dactilares ni con el Luminol ni con ningún otro medio de que dispusieran los investigadores y los expertos de la Científica. Jordan lo había notado a menudo, y cada vez había sentido que se le erizaba el vello. Era como si el narcisismo de la muerte no se apagara totalmente y dejara tras de sí una estela para arrancar un último e implacable aplauso. Habría deseado hacer lo mismo en el *loft* de Gerald, pero no había sido posible. Demasiada gente y demasiados recuerdos personales.

En aquella situación, la casa de Jerry Kho no habría dicho más que mentiras.

Con calma, tratando de abrirse a esa lógica que iba contra toda lógica, volvió a hacer el recorrido hacia el estudio en el que habían interrogado a Randall Haze. Entró en todas las habitaciones que antes apenas habían visto y escuchó, a través de las sensaciones que le transmitía la casa, una historia de pobreza en medio de todo ese dinero, de aburrimiento, de malestar y de una batalla perdida tras la tentativa de derrotarlos. Después de dar unas vueltas al azar por aquel espacio desolado, alcanzó al fin el estudio donde Haze les había revelado la parte oculta de la señorita Stuart.

Mientras hablaban con el guardaespaldas, algo le había llamado la atención, pero no lograba recordar qué. Por ese motivo estaba allí solo, a la espera de una respuesta que nadie más podía oír. Se sentó en el sillón que había ocupado durante el interrogatorio y dejó vagar los ojos por la estancia.

A sus espaldas había una estantería cargada de libros. A la izquierda, la puerta corredera que daba a una terraza que miraba hacia las luces de la ciudad. Frente a él, colgado en la pared que había detrás del escritorio, un Mondrian con sus líneas y sus cuadrados y sus colores en perfecto equilibrio. A los lados del mueble, otras dos librerías iguales a la de la pared opuesta.

En el estante del lado izquierdo había...

Allí estaba. Jordan se puso de pie y se acercó a los cuatro volúmenes encuadernados en rojo oscuro que estaban alineados sobre el anaquel, a la altura de sus ojos. En la tapa había un logo, y debajo, unas palabras impresas en oro:

«Vassar College - Poughkeepsie».

Conocía esa institución. Hasta finales de la década de los sesenta estaba reservado al sexo femenino y junto con otras seis instituciones formaba parte de una especie de *lobby* llamado «Las siete hermanas». Era muy exclusivo y costaba alrededor de cien mil dólares al año. Con el tiempo, el estado de las cuentas aconsejó a la presidencia abrir la escuela también a los varones. La orientación de las carreras privilegiaba los sectores creativos, como las artes plásticas, la escritura y diversos campos de la comunicación.

Jordan cogió uno de los volúmenes y lo abrió. Era un anuario que contenía las fotos de todos los alumnos de una carrera de dirección teatral y sistema audiovisual. Hojeó las páginas de papel satinado, hasta que encontró la foto que buscaba.

Desde una instantánea hasta la mitad del cuerpo, una Chandelle Stuart mucho más joven y menos cuidada lo miraba sin sonreír. Los ojos oscuros y algo fruncidos revelaban su carácter difícil; estaban parcialmente escondidos tras un par de gafas con las que quizá pretendía conseguir un aspecto intelectual. Jordan no pudo dejar de comparar esa mirada con la imagen que aún guardaba en la mente: los mismos ojos fijos y muy abiertos por el pegamento, como si el flash inesperado de la muerte los hubiera deslumbrado.

Después un detalle llamó su atención.

Se quedó de piedra.

Sujeto al pecho de Chandelle había un broche. Uno de esos pins que habían hecho furor a mediados de los años sesenta. Era blanco y el dibujo en negro era inconfundiblemente obra de la mano de Charles Schulz.

Y mostraba la cara de Lucy.

Jordan se encontró de repente con una sensación que no experimentaba desde hacía tiempo. La emoción ante la aparición de un rastro, ese entusiasmo que en su mente veía como una barrena que perfora la pared de una habitación oscura para dejar entrar un rayo de luz.

Nunca se lo había confesado a nadie, pero estaba firmemente convencido de que todo investigador que se lanzaba tras los pasos de un criminal en realidad lo hacía solo por sí mismo, que la búsqueda de la justicia era un pretexto y que el fin último era satisfacer esa exaltación que rayaba en la adicción.

A menudo se preguntaba si alguno de los asesinos a los que había dado caza

se habría sentido del mismo modo en el momento del crimen. Y si él mismo quizá era un criminal en potencia a quien el azar había vestido de uniforme.

Cogió el móvil y marcó el número particular de su hermano en Gracie Mansion. Lo atendió de inmediato, lo que significaba que ya estaba despierto. O quizá todavía lo estaba.

—Diga.

—Chris, soy Jordan.

—Por fin. ¿Cómo estás?

—Mal. Estoy en la casa de Chandelle Stuart.

—Lo sé. ¿Qué tienes que decirme?

—De nuevo lo mismo. Creo que es el asesino de Gerald. Pegó a la víctima a un piano en una postura que recuerda a Lucy, el personaje de Snoopy.

—¡Hostia!

—Ajá. Y por el momento, ni un rastro digno de llamarse así. Ahora estamos esperando los resultados de la autopsia y de los análisis de la Científica.

—Ya he llamado para ordenar que todo se haga a la mayor velocidad posible. Están todos trabajando. Dentro de poco tendrás los primeros resultados.

Jordan felicitó mentalmente al médico forense por el acierto de su vaticinio.

—Tengo que preguntarte algo. Más que nada, es una confirmación.

—Dime.

—Creo recordar que Gerald asistió a la universidad durante un par de años. ¿No sería, por casualidad, el Vassar de Poughkeepsie?

—Sí, ¿por qué?

—Creo que deberías llamar al rector y avisarle de que pronto iré a hacerle unas preguntas. Y quisiera ir solo.

—No hay problema. Lo haré enseguida. ¿Tienes algo?

—Tal vez sí, tal vez no. Tengo una intuición, pero antes de hablar quiero estar seguro.

—Bien. Mantenme informado, y cualquier cosa que necesites la tendrás. Lo único que nos faltaba era otro condenado maniático dando vueltas por esta ciudad.

—Hasta luego. Después hablamos.

Jordan cortó la comunicación y guardó el teléfono en el bolsillo.

En ese momento, precedido por un ligero crujido de zapatos sobre el suelo de

madera, apareció en la puerta un agente.

Jordan lo miró sin hablar. Su silencio autorizó al policía a hacerlo.

—El detective Burroni me ha dicho que le pregunte si puede usted bajar. Hay algo que quiere que vea.

Jordan siguió al agente y el ruido de gorrión de sus zapatos. En silencio subieron al ascensor y también en silencio esperaron a que la cabina llegara, sin sacudidas, a la planta baja. Las puertas se abrieron con un rumor, como corresponde al ascensor de un edificio de lujo. La entrada principal del Stuart Building tenía forma de T; la parte más larga, la que daba a la calle, estaba flanqueada por una gran cristalera. El techo, altísimo, daba una sensación de espacio que aligeraba un poco el estilo retro de la construcción. Atravesaron el ala izquierda y avanzaron por un suelo de mármol que el arquitecto había utilizado sin ningún tipo de limitación. En el centro, frente a las dos puertas giratorias de la entrada, bajo la inevitable bandera estadounidense, se encontraba el puesto de seguridad y el mostrador de información. En ese momento estaba sentado allí un hombre con un uniforme negro; los miró pasar con curiosidad, quizá molesto con toda aquella agitación.

Pasaron por una puerta situada detrás del puesto de seguridad y subieron dos escalones, a una zona desde la cual se dominaba toda la entrada. Delante de una hilera de pantallas de televisión empotradas de forma que ofrecieran una visión panorámica, había otro hombre con un uniforme negro sentado de espaldas. A su lado, Burroni y un sujeto de mediana edad, alto, con entradas en el pelo, al que Jordan conocía bien. Se llamaba Harmon Fowley y era un ex policía. Tras jubilarse entró de asesor en la Codex Security, una empresa para la que, de vez en cuando, también había trabajado Jordan, después de dejar la policía.

Si a Fowley le sorprendió verlo allí, no lo dio a entender. La mano que le tendió no mostraba embarazo alguno.

—Hola, Jordan. Qué alegría verte.

—Lo mismo digo, Harmon. ¿Cómo andas?

—Vivo. En estos tiempos, eso ya es un lujo.

Jordan leyó por un instante en el rostro de Fowley su misma insatisfacción. Como muchas flaquezas humanas, ese momento pasó rápidamente, sin hacer víctimas.

—Lamento mucho lo de tu sobrino. Un asunto muy feo. Y si no he entendido

mal, lo que ha ocurrido esta noche tiene algo que ver con ese crimen.

Jordan miró a Burroni y este asintió. Fowley sabía qué significaba la reserva en un caso así, y podía resultar una valiosa ayuda si no le trataban como a un intruso. Sin entrar en detalles, le puso al corriente de la gravedad de la situación.

—Sí. Pensamos que los dos casos están relacionados. De qué modo, todavía no lo sabemos, pero debemos trabajar deprisa, de lo contrario habrá otra víctima.

Burroni intervino para ratificar lo que acababa de decir Jordan.

—Condenadamente deprisa, diría yo. ¿Te molesta si miramos lo que hemos visto hace un momento?

Se pusieron detrás del hombre sentado frente a las pantallas, mientras Fowley explicaba un mecanismo operativo que Jordan conocía bien.

—Como podéis ver, la entrada está vigilada noche y día por cámaras de circuito cerrado. El registro se realiza en un DVD regrabable. Los conservamos durante un mes, y después el soporte se vuelve a utilizar. En el edificio hay tiendas, oficinas, restaurantes, y en las plantas superiores hay residencias particulares, a las que se accede por unos ascensores situados a los dos lados del vestíbulo. La única excepción era la señorita Stuart, que disponía de un ascensor privado, que controlaba ella desde su apartamento y estaba provisto de una cerradura con un código alfanumérico y un portero automático con vídeo.

—¿La cámara del portero automático no conservaba un registro?

—No. No se consideró necesario, ya que la zona está vigilada por las otras cámaras.

Burroni señaló con la mano la serie de pantallas.

—Y mira lo que han captado esta noche.

Fowley apoyó una mano en la espalda del hombre sentado.

—Pásalo, Barton.

El hombre pulsó una tecla y en la pantalla central, mayor que las demás, empezaron a sucederse las imágenes. Era el registro de una cámara colocada frente a la entrada. Al principio vieron la figura de un hombre con chaqueta y corbata que recorría la vidriera de la izquierda y se acercaba a buen paso hacia la puerta giratoria. Cuando estaba a punto de entrar, una figura cruzó la calle corriendo y se colocó detrás de él. Llevaba un chándal con la capucha puesta y mantenía la cabeza baja para no mostrar la cara.

Jordan se aferró al borde del mueble. De golpe tuvo la absurda sensación de

que en la sombra de aquella tela liviana no había un rostro humano sino una calavera que reía con sarcasmo y que tenía las órbitas vacías.

Mientras tanto, las imágenes seguían sucediéndose en la pantalla. El hombre pasó por la puerta giratoria y durante todo el tiempo intentaba interponer entre él y las cámaras a la persona que había entrado antes que él. Aun así, y pese a la poca visibilidad de las imágenes, se notaba que cojeaba de manera bastante llamativa de la pierna derecha. Cuando los dos llegaron al vestíbulo, el hombre del chándal, caminando a paso rápido, salió del campo visual de la pantalla, a la izquierda.

La perspectiva cambió de golpe, porque el encuadre pasó a otra cámara.

Ahora se veía al hombre de espaldas, con las manos en los bolsillos. Vieron cómo llegaba, con su andar vacilante, al ascensor privado de Chandelle Stuart. Le vieron llamar y a pesar de la distancia pudieron observar con claridad que utilizaba la manga del chándal para no dejar huellas en el botón del portero automático. Por los movimientos de la cabeza supieron que hablaba con alguien que estaba en el piso. Poco después se abrieron las puertas del ascensor, y el hombre entró en él. Las puertas se cerraron sobre su figura todavía vuelta de espaldas.

La voz de Jordan rompió el profundo silencio en que habían mirado aquella filmación de una muerte anunciada.

—¿Qué hora era?

Fowley señaló el indicador de la pantalla.

—Las diez menos diez.

Jordan se situó al lado del agente que manipulaba los lectores DVD. Podía notarse en la habitación una sensación de incomodidad. Pese a toda la literatura sobre fantasiosos asesinos, en general los criminales de carne y hueso eran bastante predecibles y cometían muchos errores, por nerviosismo, por estupidez, por jactancia o por inexperiencia. Este parecía mucho más frío y decidido, y sobre todo mucho más inteligente de lo normal. La incomodidad se convirtió en angustia, y pronto se transformó en rabia.

—Maldito cabrón. Sabía que había cámaras de control. Esperó a que entrara alguien y lo usó de protección para no ser visible mientras atravesaba el vestíbulo. Y después se mantuvo constantemente de espaldas.

Fowley estaba pensando lo mismo que Jordan.

—Hay otra consideración que hacer. Estamos justo frente al Central Park, y la mayoría de las personas que viven aquí salen a correr con regularidad y a cualquier hora. Si os muestro otras filmaciones veréis decenas de figuras como esta. Además, al ver que de arriba le abrían, el agente que estaba de guardia no tuvo ninguna sospecha.

Burroni se apoyó en el mostrador y se inclinó hacia el hombre que les había mostrado la filmación.

—Barton, ¿cuál es su nombre?

—Woody.

—Pues bien, Woody, le pediré dos favores. El primero es que nos haga una copia de este vídeo. El segundo, si quiere echarnos una mano, es que mantenga la máxima reserva sobre lo que ha visto y oído esta noche. De ello puede depender la vida de otras personas.

Barton, un individuo con cejas tupidas y fruncidas, y el aspecto de ser un hombre de pocas palabras, confirmó con un gesto de la cabeza que había entendido la situación. Fowley intervino para confirmarlo.

—No habrá problema. Yo respondo por él. Barton es un tipo responsable.

Jordan empezó a sentir cierta impaciencia. Desde su llegada no había hecho más que almacenar datos, y ahora tenía la necesidad de encerrarse en algún lugar para reflexionar con calma. Quizá a Burroni le ocurría lo mismo, porque tendió la mano a Fowley en señal de despedida.

—Te lo agradezco. Nos has sido de gran ayuda.

—A vuestra disposición. Mucha suerte, Jordan.

—Buenas noches, Harmon.

Bajaron los escalones, atravesaron el vestíbulo y salieron al aire fresco de la calle. La lluvia se había reducido a unas gotas indecisas que caían de un cielo pálido. Todo lo que quedaba era un poco de agua en la acera, bajo sus zapatos. Llegaron junto al coche. Burroni fue el primero en decir lo que ambos estaban pensando.

—Es el mismo tío que LaFayette Johnson dijo que había visto entrar en la casa de tu sobrino.

—Eso parece. O él o su hermano gemelo. Esto nos pone ante dos deducciones obvias, quizá tres.

—¿Las dices tú o las digo yo?

Jordan hizo una seña hacia el detective James Burroni.

—Dilas.

—La primera es que el sujeto que mató a Gerald Marsalis es el mismo que ha matado a Chandelle Stuart. La segunda es que ella conocía a su asesino, o de lo contrario no le habría abierto. La tercera es que, con toda probabilidad, también la primera víctima lo conocía.

—Exacto. Y queda una cuarta, pero, más que una deducción, a estas alturas ya es una obsesión...

Burroni frunció el entrecejo en una pregunta muda. Jordan le comunicó su conjetura.

—Es muy probable que la posible tercera víctima conozca también a la persona que se propone asesinarla. Y nosotros debemos descubrir quiénes son la una y la otra, antes de encontrarnos ante el cadáver de Snoopy, tal vez pegado a su casita.

21

Cuando Jordan abrió la puerta de la casa, estaba saliendo el sol.

Las nubes de lluvia, volubles, se habían ido siguiendo al viento y ahora una luz rojiza se deslizaba por las paredes de los rascacielos y desalojaba las sombras hacia el fondo de las calles. Para Nueva York aquella era otra noche para olvidar. No sería la última. Jordan solo habría deseado que fuera la última que estuviera obligado a ver. Dejó sus reflexiones fuera tras cerrar la puerta y lo recibió la tenue fragancia a vainilla que persistentemente flotaba en el aire tras la llegada de Lysa a aquella casa y a su vida.

En la sala, que parecía vacía, vio que el televisor estaba encendido, con el sonido casi al mínimo. Dio unos pasos hacia el centro de la habitación y la vio. Lysa estaba recostada en el sofá, frente al aparato; respiraba suavemente mientras dormía, tapada con una liviana manta escocesa. Mientras la observaba en ese momento de indefensa intimidad, Jordan se sintió un intruso.

Apagó el televisor como si con ese gesto pudiera alejar al mismo tiempo su incomodidad. La falta de aquel apagado sonido despertó a Lysa. Advirtió su presencia, de pie detrás del sofá, y abrió un instante los ojos. Jordan se asomó por encima de él y le pareció que miraba el abismo con los pies apoyados en un suelo de cristal. El color de sus ojos era el tesoro de los piratas, era la sombra de las nubes sobre un campo de espigas, era tener enfrente algo que hasta entonces ni siquiera sabía que fuera posible soñar.

Se sintió estúpido mientras se dejaba llevar por aquellos pensamientos.

Lysa cerró de nuevo los ojos, se volvió de costado y se acurrucó con la sonrisa perezosa y tranquila de una persona que al fin se siente segura.

—Ah, ya has vuelto.

La naturalidad con que su voz soñolienta pronunció aquellas pocas palabras y la familiaridad que contenían penetraron como un estilete en la coraza de Jordan. Él siempre había vivido solo, y cuando una voz le preguntaba el motivo de aquella soledad, prefería no contestar. En el pasado su vida se había cruzado muchas veces con otras. Hombres con los cuales había intercambiado palabras y gestos de afecto y de confianza, y mujeres que llegaban con la promesa de algo que confundían con el amor. En suma, a todos ellos les había permitido sembrar solo un poco de viento, y todos se habían marchado tras recoger su pequeña tempestad.

Lysa abrió otra vez los ojos y volvió en sí con un sobresalto, como si la llegada de Jordan la hubiera cogido por sorpresa en un estado de duermevela. Se sentó en el sofá y enseguida se levantó.

—¿Qué hora es?

—Las seis y media.

—¿Qué ha ocurrido esta noche?

—Ya sabes que ha muerto otra persona.

Lysa no pidió más explicaciones, y Jordan se lo agradeció interiormente.

—Estaba mirando la televisión para ver si hablaban de ello, y me quedé dormida.

—Es extraño, pero esta vez hemos logrado impedir que se filtrara cualquier información a los bárbaros de los medios. Roma, por lo que sé, está a salvo. Por el momento, al menos.

Lysa fue a la cocina. Su voz le llegó junto con el ruido del frigorífico que se abría.

—¿Te apetece un café?

—No, gracias; ya he desayunado en el bar de enfrente. Ahora lo único que necesito es una ducha que me convierta de nuevo en un ser humano.

Tras dejar a sus espaldas la promesa de un delicioso aroma a café, Jordan se dirigió hacia la habitación de huéspedes, se desnudó y dejó las prendas desordenadamente sobre la cama. Mientras lo hacía se vio obligado a admitir lo absurdo de aquella situación.

«En el fondo, no ha cambiado nada.»

Sin embargo, le había bastado desplazarse unos metros por su casa para

comprobar que se había convertido en un huésped. Entró en el cuarto de baño y encontró en el espejo su imagen de siempre, aunque no conseguía definirla del todo. Ya no era la misma persona que hacía poco más de dos semanas rondaba por aquel piso con un casco en la mano, la expectativa de un viaje por delante y un signo de interrogación al final del camino.

Las cosas habían cambiado.

Las ganas de huir aún seguían allí, pero ahora temía saber de qué.

Abrió el grifo y se metió bajo la ducha. Se enjabonó la piel con la esperanza de arrancar aquel olor penetrante y dulzón de la cola y la pegajosa sensación de mugre que siempre sentía tras acudir al lugar de un crimen.

Comenzó su juego habitual con el regulador de la temperatura del agua.

Caliente. Fría.

«Gerald. Chandelle.»

Caliente. Fría.

«Linus. Lucy.»

Caliente. Fría.

«La manta. El piano.»

Y Lysa...

«Caliente. Fría.»

Con un gesto enfadado movió la palanca y cortó el chorro de agua. Salió goteando y se puso el albornoz. Se secó y se afeitó rápidamente. Poco después, el líquido de la loción para después del afeitado le trajo el habitual escozor placentero y reconfortante. Se puso unas gotas de colirio en los ojos enrojecidos por la falta de sueño y volvió a observar su imagen en el espejo. Durante un segundo se sorprendió tratando de mirarse con los ojos de Lysa. Pero al instante siguiente se sorprendió por ello, por lo que siempre había sido él y por lo que era ella.

El sonido del móvil lo devolvió a la realidad. Fue a coger el aparato, que había dejado sobre la cama, y contestó mientras empezaba a vestirse.

—Diga.

—Hola, Marsalis. Soy Stealer, el médico forense.

—Qué rapidez.

—Ya le había dicho qué pasaría. Quizá debería haber sido profeta en lugar de patólogo. En fin, la autopsia todavía no está terminada, pero creo que hay un par

de cosas que le será útil saber.

—Lo escucho.

—Aparte de confirmarle que la causa de la muerte fue asfixia por estrangulación, debo decirle que la víctima tuvo una relación sexual. Y, por lo que se observa, la tuvo después de ser asesinada.

—¿Quiere decir que el asesino primero la estranguló y después la violó?

—Exacto. Hemos encontrado rastros de lubricante de un preservativo. Espero que lo que voy a decirle se deba a una casualidad, porque de lo contrario me da miedo pensar hasta qué punto de burla y de locura puede llegar este individuo.

Jordan aguardó con calma la conclusión del patólogo.

—El profiláctico era de esos que tienen efecto retardante para el hombre y estimulante para la mujer.

—Dios santo, pero ¿con qué clase de loco perverso tenemos que vérnoslas?

—Pues con un loco perverso que ha tenido bastante mala suerte. Ha sucedido algo bastante lamentable... Para él, evidentemente. El preservativo era defectuoso.

—¿Y entonces?

—En la vagina de Chandelle Stuart ha quedado una pequeña cantidad de líquido seminal. Pequeña pero suficiente para hacer el análisis de ADN. Ya lo he pedido.

Jordan sostuvo el teléfono con el hombro y se sentó en la cama para ponerse los calcetines.

—Perfecto.

—Así es. No es habitual que un asesino deje su tarjeta de visita.

—Ya. Lástima que no nos dé el nombre, el apellido y la dirección.

—Ese ya no es mi problema.

Jordan interpretó que Stealer no pretendía ser sarcástico; solo reconocía sus límites.

—Sí... ¿Marcas en el cuerpo?

—Rastros de cola en las muñecas. Probablemente se mezcló con el pegamento de la cinta adhesiva.

A Jordan no le sorprendió; en realidad lo daba por descontado. Del mismo modo que había dado por descontado que la cola empleada para pegar el cuerpo

de Chandelle Stuart al piano era la misma con la que se había fijado la manta a la oreja de Gerald.

—¿Otros detalles?

—Además de los cardenales del cuello, nada. A pesar de las apariencias, no hay señales de lucha. El único detalle curioso es que bajo las uñas hemos encontrado unos minúsculos fragmentos de fibra. La brigada científica ha comprobado que son iguales a las del vestido rasgado que encontramos en el suelo.

—Como si se lo hubiera arrancado ella misma.

—Exacto. Por lo demás, hay algunos cardenales aquí y allá, pero bastante anteriores a la fecha de la muerte.

Pensando en la declaración de Randall Haze, a Jordan no le costó imaginar cómo se los había hecho.

—Una última cosa, aunque no sé si servirá.

—A estas alturas, todo sirve. Dígame.

—En las ingles hay rastros de una pequeña intervención de cirugía plástica; creo que pudo haberse hecho para borrar un tatuaje. Por el momento es todo lo que puedo decirle.

—Me parece más que suficiente. Se lo agradezco, Stealer.

—Que tenga usted un buen día.

—Si llega a serlo, será gracias a usted.

Jordan colgó y echó el móvil sobre la cama. Abrió el armario y eligió una camisa limpia. Mientras terminaba de vestirse, en su interior crecía tímidamente cierto optimismo. Se puso el reloj y miró la hora. Eran casi las siete, y pese a la noche sin dormir se sentía despierto y activo. La adrenalina que le aportaban las nuevas pruebas había sustituido con eficacia las horas que habría pasado dando vueltas en la cama, persiguiendo una intuición que no se dejaba capturar.

Cogió el casco y la cazadora. Pensó que era un día perfecto para dar un paseo en moto. Hasta Poughkeepsie, tal vez. Quedaba más o menos a mitad de camino entre Nueva York y Albany, y con la Ducati llegaría en poco tiempo. Volvió a la sala. Mientras tanto, Lysa también se había cambiado y estaba de pie frente a la ventana. Por encima de los tejados, el sol había dejado de ser una promesa y ahora era una realidad luminosa en un cielo azul y límpido de comienzos de verano.

Cuando oyó sus pasos en el suelo de madera, se volvió hacia él. Lo que dijo al verlo entrar en la habitación parecía en realidad un pensamiento en voz alta.

—Tienes los ojos del mismo color.

—¿De qué?

—Del cielo.

—En este momento es lo único que tenemos en común.

Se quedaron un instante en silencio. Luego la mirada de Lysa se detuvo en el casco y la cazadora que él sostenía en la mano.

—¿Sales?

—Sí. Tengo algo que hacer.

A Jordan le gustó ese cambio de tema; siempre se sentía incómodo ante los comentarios sobre su aspecto físico. Lysa seguía mirando el casco, fascinada.

—¿Cómo es ir en moto?

—Es peligroso, siempre. Y veloz, si quieres. Pero la recompensa es que puedes encontrar la libertad.

Lysa lo miró en silencio. Jordan empezaba a conocer esos momentos en los que una sonrisa irónica se deslizaba por la comisura de su boca y sus ojos adoptaban una expresión socarrona.

Cuando habló, sus palabras eran una provocación disfrazada de inocencia.

—¿Crees que yo la encontraría?

Jordan respondió sin pensar.

—Solo hay un modo de averiguarlo. Debo ir a un lugar cerca de aquí. ¿Te gustaría venir conmigo?

Cuando se dio cuenta de lo que acababa de decir, las palabras ya habían salido y era imposible echarse atrás.

—No tengo casco.

Jordan se encontró en la situación del jugador que está obligado a volver a tirar para tratar de recuperarse. Por otra parte, era él quien había hecho girar la rueda y había lanzado la bola. Ahora no tenía otro remedio que esperar y ver qué número saldría.

—No hay problema. Al otro lado de la calle, en la Sexta, hay una tienda donde suelo comprar cosas para la moto. Podemos pasar por allí y comprarte uno.

—A esta hora estará cerrada.

—El dueño es amigo mío y duerme en la trastienda. No se pondrá contento, pero se despertará.

—De acuerdo. Dame un segundo.

Lysa desapareció por el pasillo; volvió poco después, vestida con unos vaqueros, una chaqueta de piel y botas de estilo vagamente *country*. Se había recogido el pelo en una cola de caballo. Para Jordan, estaba más luminosa que el día que los esperaba fuera.

—Lista.

Jordan no estaba totalmente seguro de poder decir lo mismo. Pero como no era más que un hombre, en ese momento hizo lo único que podía hacer: mentir.

—También yo lo estoy.

Sin embargo, mientras bajaban la escalera se sintió bien, mejor que en mucho tiempo. Como todos los seres humanos, también él gastaba más fantasía en buscar excusas que en vivir. Así, prefirió atribuir aquella nueva sensación a su entusiasmo por la investigación, antes que admitir que se debía a la perspectiva de pasar un día en compañía de Lysa.

22

La moto significaba viajar sin necesidad de palabras.

Jordan recordaba que, a partir de un momento de su vida, no le había resultado ni fácil ni difícil prescindir de la comodidad de tener un techo sobre la cabeza o de la danza hipnótica de los limpiaparabrisas o de la comodidad de un cenicero. Había sido algo natural, tanto como prescindir de aquellas dos ruedas. La moto era la espera bajo un paso elevado con la mirada vuelta hacia el cielo y aguardando que parara la lluvia. Era el ojo de un cíclope encendido en la noche. Era velocidad cuando convenía pero, como le había dicho a Lysa, sobre todo era libertad, de la que nunca se tiene bastante. Incluso ahora, que no era libre del todo. Sobre todo ahora que, como en todas las pequeñas hipocresías humanas, apartaba la mirada para no descubrir por qué no lo era.

En Amazing Race, la tienda de su amigo, compraron un casco integral para Lysa. Jordan vio cómo desaparecía su cara en el ritual de ponerse el casco, lo que de algún modo daba a todo motociclista algo de épico, de tiempos en que la tecnología solo se representaba con una armadura hecha con el martillo de un herrero. Era un insaciable deseo de aventura, o quizá la necesidad inconfesada de esconderse con la excusa de protegerse.

Lo único visible de Lysa eran los ojos, enmarcados en la pequeña ventana del liviano casco de fibra Kevlar que habían elegido. Jordan vio cómo desaparecían tras el plástico oscuro de la visera, y enseguida los añoró.

Encendió deprisa la moto para que el ruido del motor tapara ese pensamiento.

Notaba que su pasajera se movía en perfecta sincronía con las exigencias de

la conducción y del camino, que imponen no huir de los propios miedos sino lanzarse hacia ellos y vencerlos. Lysa parecía saber instintivamente que en la moto lo más indicado es lo menos natural. Dejarse absorber por el vacío era el único modo de evitar que este la tragara.

Era la compañera de viaje ideal.

«El compañero de viaje ideal.»

Jordan se impuso ese malvado matiz para recordar quién y qué era él, pero sobre todo para no perder de vista quién y qué no era Lysa.

Se aferró al acelerador como un alcohólico a la botella.

Sentía la potencia del motor y la sensación de gravedad de la aceleración. Tenía el camino por delante, debajo y a sus espaldas, y a pesar de todo Lysa seguía allí, dócil y flexible en las curvas, presente y ausente, pegada a él para recordarle, a su pesar, que existía. Aunque ahora el viento hacía que su perfume a vainilla se perdiera detrás de ellos.

Salieron de Nueva York y cogieron la autopista West Side, que iba hacia el norte; luego Jordan eligió la carretera 9, que en algunos tramos corría paralela a las vías del ferrocarril a orillas del Hudson. Pasaron ante la academia de West Point, que se alzaba sobre las aguas del río, tan firme como sus principios y sus reglas. Pasaron ante la cárcel de Sing Sing, cortada en dos por el ferrocarril; allí, personas encerradas en un patio escuchaban la libertad del silbido del tren del otro lado de los muros, antes de que el pitido de los guardias los llamara de vuelta a las celdas.

Los acogió con los brazos abiertos el verde cambiante de la vegetación de finales de primavera, que renacía siempre maravillada de sí misma y que tal vez por ello lograba encantar.

Pasaron casas, bordearon pequeños amarres en los que había barcos fondeados bajo el sol, listos para salir a remontar el río durante el verano. En algún momento encontraron embotellamientos de tráfico, pero los sorteaban con un salto de esas botas de las siete leguas que eran las dos ruedas sobre las que corrían.

Jordan se sentía en paz; no pensaba en nada y deseaba que ese viaje durara para siempre.

Sin embargo, cuando se cree poder tomar el pulso al tiempo, es el tiempo el que muestra su propio pulso. Y siempre lleva reloj.

Así, también ese viaje terminó, como había empezado.

Velozmente.

Llegaron a Poughkeepsie desde el río y pasaron junto a la estación, una construcción de ladrillos rojos donde en aquel momento dormitaba un solo taxi. Entraron en la ciudad y Jordan vio desfilar, flanqueando las calles, las típicas casas de clase acomodada. Recorrieron una de las tantas avenidas Raymond que hay en Estados Unidos y pasaron ante iglesias, asociaciones de veteranos y una cantidad imprecisa de semáforos y restaurantes. Después de un cruce se encontraron ante un muro bajo. Del otro lado se entreveía a cierta distancia un edificio imponente.

Jordan supo que habían llegado al Vassar College.

Dobló a la derecha siguiendo los carteles y, mientras recorrían durante un largo trecho la calle que bordeaba el campus, se dio cuenta de que el terreno sobre el cual se extendía debía de ser inmenso.

Prosiguieron hasta que el muro dio paso a una construcción más alta, con cierto aspecto medieval, aunque no consiguió definir su estilo. Allí se abrían tres arcos, el más amplio era la entrada para vehículos del college, donde se hallaba la caseta de vigilancia.

Jordan se detuvo a la sombra y se quitó el casco. Se encontró ante un guarda que llevaba un uniforme de color avellana; tenía el pelo muy corto y un rostro rubicundo que recordaba a Patoso, el infante de marina con exceso de peso de *La chaqueta metálica*.

—Buenos días. Soy Jordan Marsalis. Tengo una cita con el rector Hoogan.

Christopher conocía personalmente a Travis Hoogan, el rector del Vassar College. La reacción del guarda confirmó a Jordan que su hermano había hecho la llamada que le había pedido, y que había conseguido lo que buscaba. Desde su puesto, el guarda dirigió a Jordan y a su pasajera una sonrisa que lo clasificaba en la categoría de personas simpáticas a primera vista.

—Buenos días, señor Marsalis. Me han avisado de su llegada. Creo que el rector está en el campo de golf; le ruega que lo espere usted en el comedor mientras le aviso con el busca.

Salió de su pequeño fuerte y señaló con la mano un lugar frente a ellos.

—Recorra el camino y al fondo gire a la derecha. Hay carteles con indicaciones. Encontrará el campo de golf a la derecha. Al frente está el salón

comedor. Puede aparcar la moto en la plazoleta que encontrará inmediatamente después del refectorio.

Jordan pasó el brazo por la abertura del casco y, sosteniéndolo a la altura del codo, condujo lentamente la moto por el camino arbolado y flanqueado de parterres de flores y un envidiable césped inglés.

Frente a ellos se elevaba la enorme silueta del Vassar College, un edificio de aspecto severo, de ladrillos oscuros y grandes ventanas blancas. Tenía una parte central y dos alas que se alargaban a derecha e izquierda y que parecían construidas en una época posterior.

Sobre la fachada, dos placas recordaban que el *college* se había erigido el Anno Domini 1881, gracias a la generosidad y el talento de Matthew Vassar, su fundador.

En la parte más alta del tejado, sujeta a un asta blanca, ondeaba una bandera estadounidense. Daba la impresión de que su objetivo era el de recordar a los jóvenes que asistían al *college* qué significaba aquel lugar para ellos y para el país al que pertenecían.

El conocimiento y la seguridad.

Hubo un tiempo en el que también Jordan tuvo sus certezas. Sabía dónde estaba, quién era y a qué pertenecía. Poco a poco su identidad se convirtió en solo una probabilidad y luego se disolvió en la constante dificultad de comprender.

Cogieron el camino de la derecha y siguieron las indicaciones del guarda. Pasaron junto a otras construcciones, que unos carteles identificaban como teatro, piscina, gimnasio, pista de tenis. Al ver el campo de golf, Jordan tuvo que admitir que la cuota de cien mil dólares al año tenía su justificación.

Llegaron al aparcamiento y Jordan apagó la moto.

En cuanto bajó, Lysa se quitó el casco y respiró hondo. Su pelo oscuro se transformó en una cascada que buscaba su cauce natural, mientras la mano lo desordenaba para que recobrara su forma.

Levantó la cabeza de golpe y el pelo volvió a caer sobre sus hombros, brillante y perezoso como serpientes al sol. Por un instante Jordan tuvo la idea absurda de que tendría que mirar su cara en un espejo para no convertirse en una piedra. En efecto, cuando Lysa se volvió hacia él, pensó que su sonrisa y sus ojos brillaban de tal forma que podrían petrificar hasta a la Medusa.

Lysa miró a su alrededor. A Jordan le pareció que era feliz.

—¡Qué hermoso!

—¿Qué es hermoso?

Lysa hizo un gesto que parecía querer indicar el mundo o la vida o tal vez solo aquel momento.

—Todo. Este día, el sol, el viaje, la moto. Este absurdo lugar. Y pensar que es una universidad... Conozco gente que sería feliz con pasar aquí aunque solo fuera una semana de vacaciones.

—Pues nosotros tendremos que contentarnos con un día. Al menos es gratis.

Jordan se dirigió hacia el edificio bajo que se hallaba a pocas decenas de metros, delimitado y semioculto por un seto formado por distintas especies, meticulosamente cuidado para dar una impresión silvestre y natural. Lysa lo alcanzó y ambos recorrieron en silencio el trayecto hasta el comedor.

Por su lado pasó velozmente una chica, con unos pantalones ajustados de color rojo, una camiseta verde y un par de zapatillas de deporte a la espalda, atadas por los cordones. Llevaba unas sandalias de tipo japonés, y su pelo teñido de rojo parecía distribuido en puñados irregulares. Fuera de aquel contexto, parecería una joven indigente que todavía debe decidir cómo y dónde pasar el día. Allí, en cambio, no era más que una joven original de buena familia, en un *college* prohibitivo. Jordan pensó en su sobrino, en el mismo lugar, de la misma manera, algunos años atrás.

Quizá aquella muchacha, a su modo, era realmente una joven indigente.

La siguieron por una corta escalinata; por una puerta de cristal que daba al parque entraron en el autoservicio, un salón grande, con las paredes pintadas de amarillo claro. Algunos jóvenes se hallaban en la zona de servir; otros estaban sentados a las mesas, hablando.

Se respiraba un aire de informalidad, aunque contra la pared de la izquierda había un cajero automático. La muchacha del pelo rojo se dirigió hacia la máquina e introdujo su tarjeta. Jordan sonrió. Informales, hip-hop, artistas bohemios, pero con tarjetas de crédito generosamente otorgadas por la familia y quizá aceptadas con suficiencia.

Cuando entraron, todas las cabezas masculinas se volvieron hacia Lysa con perfecta sintonía. El suave murmullo de conversación se interrumpió de golpe. Si Jordan no hubiera estado tan concentrado observando esa actitud, habría visto

que también las miradas de muchas chicas se fijaron en él del mismo modo.

En ese momento, por la puerta de cristal de un lateral entró un hombre que llevaba a la espalda una bolsa de golf con unos palos. Era casi tan alto como Jordan, y debía de tener unos sesenta años; su cabello, de color indefinible, era algo ralo en la parte superior de la cabeza y más largo de lo normal. Escondía sus ojos tras un par de gafas sin montura, y tenía el aspecto de un tío que sabe muchas cosas y por el solo hecho de saberlas está seguro de sí mismo. Un hombre tranquilo, que había visto todo lo que deseaba de la vida, y tenía la certeza de que lo que no deseaba en realidad no le servía.

Se acercó a ellos con una sonrisa.

—Jordan Marsalis, supongo. Soy Travis Hoogan, el rector de este antro de perdición.

Jordan le estrechó la mano que le tendía.

—Un placer conocerlo. Ella es Lysa Guerrero.

Los ojos de Hoogan se iluminaron con malicia mientras retenía la mano de Lysa un instante más de lo debido.

—Señorita, es una verdadera maravilla verla. Su presencia en esta tierra nos dice, a los pobres mortales, que los milagros existen. Por lo que no perderé la esperanza de mejorar jugando al golf.

Lysa rió, echando atrás la cabeza.

—Si es usted tan bueno en el campo de golf como diciendo cumplidos, creo que pronto lo veremos en algún Master.

El rector se encogió de hombros.

—Oscar Wilde decía que el problema no es envejecer por fuera, sino saber mantenerse joven por dentro. Pero créame que saberlo no me sirve de nada. Gracias, de todos modos.

Jordan no le había explicado a Lysa por qué habían ido a Vassar. Después de los cumplidos, con el tacto que la caracterizaba, Lysa le demostró que sabía que debía de tratarse de algo importante. Y que quizá los dos hombres debían hablarlo a solas.

—Creo que ustedes tienen que hablar. Mientras lo hacen, espero que no tenga usted inconveniente si echo una mirada por ahí.

Hoogan, con un gesto, le concedió una imaginaria llave del college.

—Si lo tuviera, temo que los miembros masculinos del consejo de

administración pedirían mi dimisión.

Lysa fue hacia la puerta y salió. Dos jóvenes que entraban se hicieron a un lado para dejarla pasar; se quedaron un instante en el umbral, se miraron y salieron detrás de ella.

Hoogan sonrió mientras la seguía con la mirada.

—Tal vez no sea un milagro, pero se le parece mucho. Es usted un hombre afortunado, señor Marsalis.

Jordan habría querido decirle que también Lysa era un hombre y que justamente por eso él no era afortunado en absoluto.

Concluido ese pequeño intercambio, Travis Hoogan le dio a entender que estaba al corriente de la gravedad de la situación en la que se encontraban.

—Cuando me anunció su visita, Christopher me dijo que están en una situación muy difícil. Lamenté mucho lo de Gerald y espero que en su visita aquí encuentre algo que pueda serle útil para descubrir quién lo mató.

—Yo espero lo mismo.

—¿Vamos a mi despacho? Creo que allí podremos hablar sin que nadie nos moleste.

Mientras seguía a Hoogan fuera del refectorio, Jordan vio a Lysa de pie bajo un árbol, con el casco en la mano y concentrada en atraer a una ardilla que la miraba con curiosidad desde una rama.

Lysa sonreía, y Jordan de nuevo pensó que la veía feliz.

23

El despacho del rector del Vassar College era exactamente como Jordan lo había imaginado. Olía a piel y a madera y había en el aire un leve aroma a tabaco de pipa. Jordan se preguntó cuánto habría de verdadero en aquella estancia que parecía extraída de una ilustración del *Saturday Evening Post*. La decoración habría hecho las delicias de cualquier comerciante de muebles de colección. Las únicas notas fuera de lugar eran la pantalla de cristal líquido y el teclado del ordenador.

Hoogan se sentó tras el gran escritorio situado frente a la ventana, que daba al camino que Jordan y Lysa habían recorrido hacía un rato. Cerró las cortinas para evitar un fastidioso contraluz a la persona que se sentara ante él. Al entrar había pedido a su secretaria, una muchacha de aspecto despierto y sonrisa maliciosa, que no le pasara llamadas. La joven tomó nota y antes de que desaparecieran por la puerta tuvo tiempo de echar una mirada de aprobación hacia Jordan.

La actitud de Travis Hoogan ya no tenía la ligereza de poco antes. Jordan se dio cuenta de que era un hombre con el que se podía contar y que se ganaba el sueldo. Ahora que lo veía sentado en su despacho se confirmaba la buena impresión que le había causado a primera vista.

Se preguntó cuántos jóvenes se habrían sentado en el lugar que ahora ocupaba él, a la espera de un discurso del rector del Vassar. Quizá incluso Gerald, su sobrino, habría esperado, aburrido, hablar con el rector Travis Hoogan.

—La respuesta es sí.

—¿Cómo dice?

—Estaba usted preguntándose si su sobrino estuvo en este despacho. La respuesta es sí, más de una vez.

Hoogan aprovechó la sorpresa de Jordan para quitarse las gafas y limpiarlas con un paño húmedo que extrajo de un cajón. Cuando volvió a ponérselas, Jordan vio que tenía los ojos grises.

—El padre, en cambio, casi nunca.

No lo dijo como una acusación, sino como un simple dato, aunque en su voz había cierto pesar. Hoogan se apoyó contra el respaldo de la silla.

—Mire, señor Marsalis, entre los jóvenes que vienen a estudiar aquí, solo algunos lo merecen, porque solo algunos de veras quieren hacerlo. Con esto pretendo decir que la mayoría de los estudiantes son personas... cómo expresarlo... a las que sus familias aparcan aquí. A veces por un acuerdo tácito. *Do ut des*. No me molestes, y no te molestaré.

—¿Y Gerald a qué categoría pertenecía?

—Probablemente su sobrino estaba loco, señor Marsalis. Y si no lo estaba había construido muy bien su personaje.

Jordan se vio obligado a admitir que aquella descripción se adaptaba perfectamente a aquello en lo que se había convertido Jerry Kho. Hoogan continuó su discurso.

—Las carreras que se estudian en el Vassar College se dirigen hacia diversos campos artísticos, como las artes figurativas, la narración literaria, la dirección teatral. Son campos en los cuales no se puede comprar el talento pero en los que es posible aplazar la aceptación de su carencia. Sin embargo, Gerald sí tenía talento. Y mucho. Pero estaba convencido de que debía acompañarlo de elecciones vitales igualmente intensas. No sé cómo llegó a semejante idea, pero puedo decirle que la seguía como un dogma. Y hay algo más. Lo que le he dicho a propósito de la poca presencia de su hermano...

Hizo una pausa, como si necesitara aclarar un recuerdo un poco empañado.

—Era Gerald quien rehuía las visitas de su padre. Creo que lo odiaba. Tengo la sospecha de que este era uno de los motivos por los que se comportaba de esa forma. Su rebeldía parecía ser una señal, un deseo de estar presente continuamente en la vida de Christopher. Creo que él hizo lo posible para esconder a los demás el carácter de su hijo. Después, a partir de cierto momento,

ya no pudo seguir haciéndolo.

De repente, Jordan vio la imagen de Burroni con su hijo.

«Hasta pronto, campeón.»

Quizá si Gerald hubiera tenido a alguien que le dijera una frase como esa, de esa forma, nunca se habría convertido en Jerry Kho. Desgraciadamente, Jordan tendría que archivar aquella hipótesis con otras que jamás podría confirmar.

—¿Gerald tenía amigos cuando estudiaba aquí?

Hoogan hizo un gesto y una mueca que expresaban su pesar.

—Ah, en cuanto a eso, habría podido tener decenas. En su condenado mundo, era una especie de ídolo. Pero estaba demasiado ocupado demostrando que no necesitaba a nadie. Ni siquiera a nosotros.

El rector apoyó los codos sobre el escritorio y se inclinó un poco hacia Jordan.

—Seguí su vida, cuando se marchó. Si me permite que sea sincero, me dolió mucho su muerte, pero no me sorprendió.

«Tampoco a mí.»

Jordan había iniciado ese preámbulo acerca de Gerald para conocer la actitud de Hoogan. Ahora que había comprobado que estaba a la altura de la situación, le pareció que había llegado el momento de contarle el motivo de su viaje a Poughkeepsie.

—Hay algo que quizá no sepa, señor Hoogan. ¿Ha visto las noticias hoy?

—No, he estado todo el tiempo en el campo de golf.

—Anoche asesinaron a Chandelle Stuart en su piso de Nueva York. También ella estudió aquí, en el Vassar. Más o menos al mismo tiempo que Gerald.

En las palabras de Jordan, además de una información, se ocultaba una pequeña esperanza. El rector, por su parte, de pronto pareció afligido y confuso. Volvió a limpiar sus gafas, sin necesidad.

—Sí, lo sé, la recuerdo muy bien. ¿Cómo ha sucedido?

—Señor Hoogan...

El rector lo interrumpió con un gesto de la mano.

—Por favor, tutéame.

A Jordan le alegró aquella actitud, porque daba mayor peso a lo que tenía que decirle.

—Pues bien, Travis. Lo que te diré ahora es confidencial. Hasta el momento

hemos logrado milagrosamente que no se filtrara nada, y no queremos perder esta pequeña ventaja. La forma de llevar a cabo el asesinato es tal que permite vincularlo con el de mi sobrino.

—¿Qué elementos tenéis para creerlo, si puedo saberlo?

Pese a todo, Jordan se sintió un poco incómodo mientras le contaba cómo se habían realizado los delitos. Todo Peter Pan que se respete sentiría lo mismo.

—Te parecerá increíble, pero la persona que los ha matado ha dispuesto sus cuerpos de un modo que recuerda a dos personajes de Snoopy.

—¿Te refieres a Charlie Brown y a los demás?

—Exacto. Gerald estaba sentado contra una pared con una manta pegada a la oreja, y Chandelle, junto a un piano. Linus y Lucy.

Travis Hoogan no pidió ninguna aclaración, por lo que Jordan supo que el rector conocía bien a todos los personajes de esa historieta.

—Y en la casa de la Stuart encontramos una pista que nos lleva a pensar que la próxima víctima será Snoopy.

Travis Hoogan, el rector del Vassar College de Poughkeepsie, un hombre que había hecho de las palabras su vida, en ese momento no encontraba ninguna.

—Santo cielo. ¡Pero es una locura!

—Creo que es la palabra justa. ¿Esto te dice algo?

—Absolutamente nada. No solo en cuanto a las historietas, sino también a una posible relación entre Gerald y Chandelle. Esto es muy pequeño; aquí se sabe todo. Además, en este caso eran dos personas tan particulares... Y no tengo conocimiento de ninguna relación entre tu sobrino y esa pobre muchacha.

—¿Qué recuerdas de ella?

—Rica e insoportable. Pero añádele un componente morboso. El hecho de que haya muerto no cambia el recuerdo que tengo de ella.

—¿Salía con alguien?

—En su caso vale lo mismo que he dicho para tu sobrino, pero por lo contrario. Gerald no quería a nadie; a Chandelle, en cambio, nadie la quería. La única persona con la que realmente tuvo algo que podría parecerse a una relación fue Sarah Dermott, creo.

Jordan sintió que avanzaba, que algo se abría, eslabón a eslabón, espiral tras espiral.

—¿Cómo era esa chica?

Hoogan se volvió hacia la pantalla del ordenador y tecleó durante unos instantes. Se quedó un momento leyendo lo que apareció en ella.

—Aquí está. Sarah Dermott, de Boston. Estudió aquí con una beca. Formaba parte de ese pequeño porcentaje del que te hablaba antes. Era inteligente, dotada y muy ambiciosa.

El leve énfasis que dio a la palabra «muy» le hizo entender que Sarah Dermott debía de serlo muchísimo.

—Ella y Chandelle asistían al mismo curso de dirección. Creo que la soportó durante un tiempo porque estaba convencida de que un miembro de la familia Stuart podía serle útil, pero al final tuvo que darse por vencida. Chandelle era demasiado, incluso para alguien tan ambicioso como ella.

—¿Dónde puedo encontrar a esa Sarah Dermott?

—En Los Ángeles. Es directora de cine en Hollywood; creo que firmó un contrato con Columbia. Estuvo aquí hace poco, en una reunión de ex alumnos.

—Me parece que podría serme útil hablar con ella.

—No hay problema.

Hoogan cogió un teléfono inalámbrico que estaba sobre el escritorio y pulsó una tecla.

—Señorita Spice, ¿podría llamar a Sarah Dermott a Los Ángeles, por favor? Pásela a mi línea.

Al cabo de un momento sonó el teléfono.

Hoogan cogió el auricular y se lo llevó a la oreja.

—Sarah, soy Travis Hoogan, de Vassar.

Hizo una pausa, la estrictamente necesaria para que llegara la respuesta desde el otro lado de Estados Unidos.

—Muy bien, gracias. Tengo aquí conmigo a una persona que necesita hablarte, y creo que es algo muy importante.

Jordan cogió el teléfono que le tendía Hoogan.

—Señorita Dermott, buenos días. Soy Jordan Marsalis, de la policía de Nueva York.

Pensó que en el fondo no era una mentira, sino solo una verdad a medias; trataba de olvidar que no seguir perteneciendo a la policía cambiaba mucho el sentido de lo que acababa de afirmar. La voz que le respondió era la de una mujer muy atareada. Precisa y concisa. Cortés hasta donde se le permitía a una

mujer que había hecho carrera.

—¿En qué puedo ayudarlo?

—Lamento molestarla, pero ha ocurrido algo muy grave. Han asesinado a Chandelle Stuart.

La noticia interrumpió durante unos instantes la carrera de Sarah Dermott.

—Oh, Dios mío, ¿cuándo?

—Anoche. Pero hay algo más. Le advierto que le estoy revelando información reservada, por lo que confío en su discreción.

Mientras pronunciaba estas palabras, Jordan se preguntó cuánto tiempo tardaría la historia en volverse de dominio público si continuaba hablando con cualquiera. Se aseguró de que si rompía los huevos al menos pudiera hacer una tortilla.

—Tenemos motivos para pensar que la persona que ha cometido el crimen es la misma que hace poco mató a Gerald Marsalis. No sé si se ha enterado de su muerte.

—Sí. Me enteré de lo de Gerald por la CNN.

En ese momento Sarah Dermott pareció reparar en el nombre con que se había presentado Jordan.

—Aguarde un momento. ¿Usted es pariente suyo?

—Sí. Gerald era mi sobrino.

—Lo lamento mucho. Era un chico difícil, pero lamento que haya terminado así.

La urgencia de Jordan no le concedía ni una pausa, aun a riesgo de parecer insensible.

—¿Lo conocía usted?

La respuesta fue inmediata, sin necesidad de reflexión.

—Nadie lo conocía de veras. Se veía que tenía talento, pero lo llevaba todo al límite. Era cerrado, introvertido y rebelde, a veces violento. Y estaba solo.

Jordan pensó que esa definición aportaba algún detalle al perfecto retrato de Gerald que ya tenía.

—¿Y Chandelle Stuart?

—Lo mismo, pero sin el talento. Creo que yo fui la única con quien se abrió un poco. En Vassar no se relacionaba casi con nadie, aunque corrían rumores bastante creíbles de que fuera del campus llevaba una vida agitada, un poco

excesiva. Si la está investigando, creo que sabrá a qué me refiero.

—Perfectamente. ¿Qué puede decirme de las relaciones entre ellos?

Un instante de silencio del otro lado de la línea. Los recuerdos de Sarah Dermott eran una respuesta, pero no de una certeza absoluta.

—Normales. Por lo que recuerdo, en el *college* cada uno andaba por su lado. Gerald era muy hostil, y Chandelle era demasiado rica para que pudiera haber un verdadero vínculo entre ellos.

—Le haré una pregunta que podrá parecerle extraña, pero le ruego que reflexione antes de responder.

—Diga.

—¿Nunca oyó a Chandelle o a Gerald hacer referencia a algo relacionado con Snoopy, Linus, Lucy o cualquier cosa por el estilo?

—No creo... Aunque espere, ahora que lo pienso, una vez sucedió algo.

El corazón de Jordan dio un doble salto mortal. Deseó, por el bien de todos, que aterrizara de pie.

—Un día entré en su habitación. Chandelle estaba en la ducha. Mientras esperaba que saliera, me acerqué al escritorio y vi una nota escrita a mano.

—¿Recuerda qué decía?

—Sí. Las palabras exactas eran: «Es para mañana. Pig Pen».

—¿No tiene usted alguna idea de quién podía ser esa persona que firmaba Pig Pen?

—No.

Para Jordan, aquel monosílabo se llevó todas sus esperanzas.

—¿Y qué sucedió después?

—Chandelle salió del cuarto de baño y me vio mirando la nota. La cogió del escritorio y la rompió. Después volvió al baño. Pienso que fue a tirar los pedazos al váter, porque poco después oí el ruido de la cisterna.

—¿No le pareció una actitud rara?

—Con Chandelle Stuart todo era raro.

Jordan la conocía desde hacía muy pocas horas, pero no le costó creerlo.

—¿No se le ocurre nada más? Algún detalle...

—No. Pero si quiere puedo intentarlo.

Del otro lado, la voz parecía entusiasmada. Jordan recordó que estaba hablando con alguien que trabajaba en el cine, siempre a la caza de nuevas ideas.

«Si piensas hacer una película de esto, Sarah Dermott, al menos cuéntame cómo termina.»

—Cualquier otra cosa que recuerde nos será útil. Le pediré su teléfono al rector Hoogan y volveré a llamarla.

—De acuerdo. Mucha suerte, y dele mis saludos a Travis.

—Se los daré. Buenos días y gracias otra vez.

Cortó la comunicación y devolvió el inalámbrico a Travis. Luego se puso de pie, como hacía siempre que quería reflexionar.

—¿Alguna novedad?

—Otro personaje de Snoopy. Pig Pen.

—Ese no lo conozco. ¿Quién es?

—Un personaje menor, que en determinado momento casi desapareció. Es un muchachito que tiene la característica de atraer el polvo. Siempre está tan sucio que la única vez que fue limpio a una fiesta no le dejaron entrar porque no lo reconocieron.

—Ahora que lo dices, ya lo recuerdo. ¿Te lo ha nombrado Sarah?

—Sí. Y esto, en vez de resolver las cosas, las complica todavía más.

Hoogan estiró los brazos en un gesto de impotencia.

—Lo lamento, pero no puedo ayudarte más de lo que he hecho.

—Cada pequeño paso nos acerca a la meta.

Jordan se dio cuenta de la torpeza con la que se había expresado.

—Dejando de lado esa frase digna de las galletas de la fortuna, de veras te lo agradezco mucho. Te digo lo mismo que le he dicho a Dermott: cualquier cosa que recuerdes, házmela saber.

—Cuenta con ello.

Hoogan hizo lo que debía hacer. Se levantó y miró el reloj.

—Creo que es la hora del almuerzo. Considérate invitado oficialmente, pero si aceptas un consejo, rechaza con cortesía pero con firmeza. La comida del Vassar, aunque buena, no está a la altura de tu compañera. Y ciertos profesores son un aburrimiento. ¿Volvéis a Nueva York?

—Sí.

—A unos kilómetros de aquí hay un restaurante excelente, y no tendrás que desviarte mucho del camino de regreso. Es un viejo remolcador anclado junto a la orilla del río. Muy sugestivo. Es el lugar al que iría yo si me acompañara una

persona como Lysa.

Jordan cogió el casco de la silla donde lo había dejado. Mientras seguía hablando, Hoogan salió de detrás del escritorio.

—Esa mujer tiene los ojos más increíbles que he visto en mi vida. Nadie que tenga unos ojos así puede ser una mala persona. Quizá pueda hacer daño, pero solo si bajas primero la mirada.

No había presunción paternalista en sus palabras, sino solo la manifestación de su sensibilidad. Con una sonrisa, ese hombre extraordinario le tendió la mano.

—Buena suerte, teniente Marsalis. Eres un hombre muy capaz, pero creo que aun así la necesitarás.

—Yo creo lo mismo. Ya nos veremos, Travis. No es necesario que me acompañes. Recuerdo el camino.

Jordan dejó el despacho del rector y desanduvo el camino que lo había llevado desde el comedor hasta allí. Cuando regresó, el lugar estaba lleno de jóvenes que hacían cola mientras otros ya estaban sentados a las mesas, comiendo. Le bastó seguir las miradas de algunos de ellos para saber dónde encontrar a Lysa.

Se hallaba del otro lado de la puerta de cristal, apoyada contra el muro, junto a la escalinata, y miraba absorta los árboles del parque. Llegó hasta su lado sin que se diera cuenta.

—Aquí estoy.

Lysa volvió la cabeza hacia él.

—¿Todo bien? ¿Has encontrado lo que esperabas?

Trató de ser positivo.

—Algo, pero tendré que esforzarme para llegar hasta el final. Mientras tanto, creo que nos merecemos un almuerzo como es debido.

—¿Dónde?

Jordan respondió con un leve toque de misterio.

—Un amigo me ha aconsejado un lugar aquí cerca...

Poco después vio cómo los ojos de Lysa desaparecían de nuevo detrás de la visera del casco. Mientras se ponía el suyo, no logró dejar fuera de esa barrera protectora las palabras de Hoogan.

«Nadie que tenga unos ojos así...»

24

El restaurante recomendado por Travis Hoogan era un viejo remolcador restaurado, amarrado en un embarcadero protegido por un brazo de cemento sobre el Hudson de modo que formara un pequeño muelle. Era una barcaza que la paciencia y la dedicación de alguien habían devuelto a una forma y un esplendor quizá incluso superiores a los originales. En la tranquilidad de su refugio, entre pequeños yates de líneas esbeltas y alargadas, esa embarcación corta y maciza que antaño se encargaba de remolcar grandes vapores daba la impresión de ser un gigante en calma, un gran león tranquilo que miraba con benevolencia cómo jugaban sus cachorros.

Cuando Jordan detuvo la moto y vio cómo se llamaba el lugar, se alegró de poder esconder su sonrisa bajo la visera del casco.

Steamboat Willie.

Era el título de uno de los primeros dibujos animados de Walt Disney. En ese momento pensó que los dibujos se cernían sobre él; el azar parecía empeñado en que fueran los protagonistas de su vida. Tal vez era su vida la que iba transformándose lentamente en una historieta. La suya y la de todas las personas envueltas en aquella absurda historia. Quizá estaban todas allí, mudas y sin saberlo, con la cabeza cubierta de bocadillos llenos de diálogos que alguien les escribía y que nadie parecía poder cambiar.

Bajaron de la Ducati y Jordan vio de nuevo el ritual del pelo de Lysa que salía del casco como si tuviera vida propia. Por su seguridad prefirió atribuir al nerviosismo de ese difícil momento de su vida lo que experimentaba cada vez que veía aquel gesto natural.

Se acercaron a la pasarela de madera apoyada contra el azul oscuro del casco. Subieron a bordo con la sensación de precariedad que daba el pequeño puente suspendido sobre el agua y entraron en la penumbra del restaurante, que olía a madera encerada y, por una extraña sugestión, a mar. Los muebles eran de riguroso estilo marinero, con bronces brillantes y mesas cubiertas con manteles de una rústica tela de color azul, como el barco.

Un camarero bastante joven se dirigió rápidamente hacia ellos con un andar que a Jordan le recordó el movimiento de un resorte. Tenía un aspecto simpático y una cara bronceada que le daba más la apariencia de un camarero de barco en alta mar que de un restaurante montado en un viejo remolcador anclado a la orilla de un río.

—Buenos días, señores. ¿Les apetece comer dentro, o prefieren disfrutar de este bonito día y quieren que les prepare una mesa en cubierta?

Su actitud profesional se evaporó de repente y en un tono amistoso y cómplice les dijo:

—Si me permiten un consejo, fuera la vista es mejor, y no hay nadie.

Jordan, indeciso, miró a Lysa y dejó que ella eligiera.

—Creo que fuera sería perfecto.

Siguieron al muchacho y se sentaron a una mesa a la sombra de una pérgola de madera laminada, cerca de la proa. El camarero dejó sobre la mesa dos menús forrados con tela encerada, y los dejó solos para darles tiempo a decidir.

Jordan cogió uno y lo abrió. Empezó a leerlo, pero su mente volvió donde estaban sus pensamientos.

Recordó lo que había sucedido en el despacho de Travis Hoogan y en lo que le había revelado Sarah Dermott por teléfono. Según las reglas, debería haber llamado a Burroni y contarle de inmediato las novedades, pero prefirió tomarse un poco de tiempo para analizar lo que acababa de descubrir.

¿Qué papel tenía este cuarto personaje de Snoopy, después de Linus, Lucy y Snoopy? Los dos primeros habían revelado su identidad en el momento de su muerte. Snoopy, quienquiera que fuese, corría el mismo riesgo, suponiendo que en aquel momento no estuviera ya recibiendo la visita de un hombre con el rostro oculto por la capucha de una chaqueta de chándal y que cojeaba un poco de la pierna derecha.

«Es para mañana. Pig Pen.»

¿Qué iba a suceder «mañana»? ¿Quién era Pig Pen?

Por ahora era solo el nombre de una figura de dos dimensiones, dibujada en tinta por un genio llamado Charles Schulz. Además, ese «mañana» ya hacía tiempo que se había descompuesto en muchos ayeres, y no proporcionaba una respuesta fácil. Y aludía directamente a la cuarta dimensión, la más hostil a ellos: el tiempo.

—Si me dices dónde estás, podría ir o al menos llamarte por teléfono.

La voz de Lysa llegó desde muy lejos, pero lo devolvió a la unidad de tiempo y lugar. Jordan dejó el menú sobre la mesa y se encontró con la sonrisa irónica de su compañera de viaje y el camarero, que lo miraba con un bolígrafo y una libreta en la mano.

Jordan se dio cuenta de que se había quedado ciego y sordo mientras Lysa pedía la comida.

—Discúlpame. Estaba pensando, y creo que me he perdido algo. ¿Tú ya has elegido?

—Hace varios minutos.

—Entonces, agilizaremos las cosas; lo que es bueno para ti también lo será para mí.

El camarero era un tío comprensivo. Asintió con la cabeza y garabateó algo en su libreta.

—Muy bien, entonces serpiente frita para los dos.

El muchacho reaccionó ante la sorpresa de Jordan con una sonrisa cautivadora.

—No se preocupe, señor, es una especialidad de la casa. El chef la cocina de tal forma que quedan tiernos hasta los anillos del cascabel.

Tras la carcajada de Lysa, se alejó por el puente con su raro paso elástico. Jordan y su compañera se quedaron a la sombra de un toldo, en la cubierta de aquel barco que ya no navegaría nunca. Él volvió la cabeza hacia la izquierda. Vista desde allí, la otra orilla del río era un lugar lejano y muy distinto, poblado de gente extraña, como todo horizonte que se respete. La sensación de que la gente que estaba del otro lado lo viera del mismo modo demostraba la relatividad de cualquier punto de observación.

Volvió a mirar a Lysa.

«Nadie que tenga unos ojos así...»

Se dio cuenta de que no sabía nada de ella. No sabía nada de su vida ni de por qué había ido a Nueva York. No sabía si nunca le había preguntado nada por temor a ser indiscreto o por temor a lo que Lysa pudiera decirle.

Durante el poco tiempo que llevaban conviviendo bajo el mismo techo, en realidad apenas se habían cruzado; intentaban seguir las directrices que pretendían imponer a su vida o que se veían obligados a aceptar. Cualesquiera que fueran las suyas, Lysa parecía poseer un arma envidiable: un carácter alegre pero resuelto y una optimista ironía con la que enfrentarse a cualquier cosa poco agradable que encontrara en el camino.

Solo una noche en la que él llegó muy tarde, mientras atravesaba de puntillas el pasillo, al pasar por delante de su habitación le pareció, en el silencio de la casa, oír que lloraba. Pero cuando volvieron a verse, por la mañana, en su cara no quedaba ni rastro de ese llanto, si lo había habido.

—¿Cómo es que entre tú y Christopher hay tanta diferencia de edad?

Jordan respondió tratando de dar a su voz la ligereza de lo evidente.

—Bueno, es una historia muy simple. Mi padre era un hombre guapo, sin un céntimo, y que jugaba muy bien al tenis. La madre de Christopher era una mujer guapa, muy rica, y que también jugaba muy bien al tenis. Se conocieron y se enamoraron. Solo había un pequeño detalle. Él era un joven con unas cualidades que en ciertos ambientes se consideran defectos; ella era una chica que había nacido y se había criado en uno de esos ambientes. Antes del matrimonio los padres de ella le hicieron firmar a mi padre un contrato prenupcial que era más largo que un listín telefónico. Las cosas marcharon bien durante un tiempo, hasta que sucedió lo inevitable. Mi padre se dio cuenta, poco a poco, de que su mujer cada vez formaba más parte de su ambiente, mientras que él lo hacía cada vez menos. Cuando le pidió que se marchara con él para empezar otra vida juntos, se encontró frente a una rotunda y horrorizada negativa; mientras, el suegro ya le había tendido la alfombra roja que llevaba hacia una puerta abierta. Mi padre salió de aquella casa como había entrado. Sin un céntimo en el bolsillo y con dificultades cada vez mayores para ver a su hijo. Después conoció a mi madre, y doce años después de Christopher nací yo. La primera vez que nos vimos, él ya había iniciado su carrera política y yo acababa de salir de la Academia de Policía. Por unos hechos ajenos a nosotros éramos dos hermanos que se encontraban frente a frente sin tener sentimientos fraternos. Pese a todo, la cosa

siguió adelante hasta hoy.

Jordan sabía que sus palabras eran la introducción a la siguiente pregunta de Lysa. Se relacionaba con el motivo por el cual, una noche de hacía unos años, ocupó un lugar que no era el suyo en un coche destrozado. No creía que estuviera preparado para responder a eso, por lo que recibió con alivio la llegada del camarero con dos platos en la mano.

La comida que había pedido Lysa no era serpiente frita, sino un excelente pescado cocinado en una delicada salsa de albahaca y leche de coco. Mientras comenzaban a comer, Jordan decidió abordar la conversación que hasta ese momento había evitado.

—Creo que, en general, mi vida no es muy interesante. Tú, en cambio, todavía no me has contado nada de ti.

Lysa adoptó una expresión que acompañó con un gesto de la mano que no armonizaba demasiado con la sombra que pasó durante un instante por sus ojos. Una sombra fugaz pero suficiente para oscurecer toda la luz y optimismo que pudieran contener. Se ocultó detrás de una sonrisa que, sin embargo, no conseguía velar la amargura.

—Lo mío es muy sencillo. Basta decir que para mí nada ha sido nunca simple.

Lysa hizo una larga pausa.

«Nunca.»

Incómodo por la cruda naturalidad con la que había dicho esta palabra, Jordan volvió de nuevo la mirada hacia la otra orilla del Hudson. Y de nuevo se encontró ante el eterno juego de las dos riberas. El lugar donde se encontraba Lysa era el del «nunca», y en la otra orilla estaba el espejismo del «siempre». Sin embargo, en su caso significaban lo mismo.

La voz de Lysa se lo contaba a él y a sí misma.

—Nací en un pequeño pueblo en medio del campo, cuyo nombre no te diría absolutamente nada. Ya sabes, un lugar de esos donde todos lo saben todo de todos. Mi padre era un pastor metodista, y mi madre, el tipo de mujer que solo podía ser la esposa de un hombre así. Devota, silenciosa y servicial. Trata de imaginar la vergüenza de un hombre obsesionado con Dios que ve crecer con orgullo a su único hijo varón, hasta que se da cuenta de que, a los catorce años, ¡comienzan a crecerle los senos! Me escondieron como si yo fuera un castigo

por todos los pecados del mundo, hasta que su amor por Dios fue mayor que el amor por su hijo, varón o mujer o lo que fuera. A los dieciséis años, cuando me fui de casa, no tuve ni siquiera que tocar la puerta para ver cómo se cerraba a mis espaldas.

Jordan no estaba seguro de querer oír más. Él siempre había vivido en un mundo donde las cosas eran blancas o negras, donde se excluía todo posible matiz intermedio. Después de lo que le ocurrió vio, contra su voluntad, todos los matices posibles del gris. Las personas que había conocido en los últimos tiempos lo ponían frente a un número ilimitado de posibilidades. Y Lysa era una de ellas.

No obstante, ahora conseguía al fin dar un nombre a la atracción que ejercía en él. Rara vez la belleza es sinónimo de carácter. El carácter procede del sufrimiento, y una persona hermosa en general no ha tenido que esforzarse por conquistar nada, porque siempre encuentra a otras personas dispuestas a hacer cualquier cosa para regalárselo. Esto valía tanto para los hombres como para las mujeres. Habría podido valer incluso para Lysa, que había vivido haciendo equilibrios en la línea de separación. Salvo una diferencia que antes solo podía intuir pero que ahora empezaba a confirmar.

Para ella nada había sido simple.

«Nunca.»

Esas cinco letras hablaban de hierro y de roca pero también de algo extremadamente frágil que se escondía debajo.

—Después, solo fui de un lugar a otro. La historia de siempre. Yo te persigo a ti, que la persigues a ella, que lo persigue a él. Huir de personas que me buscaban cuando descubrían cómo era, y ver huir por el mismo motivo a personas a las que buscaba yo.

—¿Nunca hubo nadie?

—Oh, sí. Como en todas las buenas historias de decepción, hubo un poco de ilusión. Hubo un hombre en el lugar de donde vengo ahora. Era alegre y simpático. Actor. Debería haber sabido que, cuando se vive fingiendo el amor, es fácil verlo también donde no lo hay. Pero cuando estábamos juntos me hacía reír hasta las lágrimas.

—¿Y después qué pasó?

—Lo que pasa siempre. Las risas terminaron y quedaron las lágrimas.

Lysa cambió de expresión y dio a su voz un tono ligero, por pudor o por temor a abrirse demasiado. Volvió a ser la de siempre, alegre y oculta. Jordan tuvo una visión fugaz de una vida transcurrida huyendo y buscando. De qué, solo ella podía saberlo.

—Y aquí estoy. ¿Conoces la historia del soñador, el loco y el psiquiatra? —preguntó Lysa.

—No.

—Es un chiste, pero es un buen ejemplo. El soñador construye castillos en el aire, el loco vive en ellos y el psiquiatra cobra el alquiler.

Jordan se dio cuenta de repente de que debía hablar claro con aquella mujer. Y no le gustaba lo que se proponía decirle, porque sabía que tampoco le gustaría a ella.

—Hay algo que debo decirte.

Lysa revolvió delicadamente con el cuchillo una parte del pescado que tenía en el plato.

—Te escucho.

—Creo que tendré que buscar otro lugar donde quedarme.

—Entiendo.

Seca, breve, casi indiferente.

Jordan meneó la cabeza.

—No, no creo que lo entiendas.

Apoyó los cubiertos sobre el plato. No quería perder la atención de Lysa, ni que la distrajera cualquier gesto que no fuera su voz.

—Cuando era pequeño, vivía con mi familia en Queens. En la casa de al lado vivía otro niño, Andy Masterson. Como es natural, a menudo jugábamos juntos. Un día sus padres le regalaron un cochecito eléctrico. Recuerdo cómo andaba por ahí sentado en esa maquinita de plástico rojo, con los ojos brillantes de alegría. Yo sabía que no podía tener uno igual y me quedaba mirándolo con el deseo de dar al menos una vuelta, cosa que no sucedió nunca.

—Tu amigo Andy no era un niño demasiado generoso.

—Creo que no. Pero no se trata de eso.

Jordan fijó los ojos en los de Lysa.

—Recuerdo cuánto deseaba ese cochecito rojo. Lo deseaba desesperadamente, con todas mis fuerzas. Lo deseaba con la intensidad y la

melancolía que solo puede sentir un niño.

—Me parece que para un niño debió de ser un problema muy serio.

Jordan respiró hondo, como antes de una apnea profunda.

—No, fue un problema pequeño. El problema serio es que ahora te deseo a ti mucho más que a aquel coche.

Enseguida se dio cuenta de que no había seguido el consejo del rector Hoogan. Mientras pronunciaba esas palabras bajó la mirada.

Cuando volvió a alzarla, vio la profunda mirada de Lysa; sus ojos no habían cambiado de expresión. Luego endureció el semblante y se levantó de la mesa. Sabía que él no había terminado y trataba de adelantar ese fin.

Habló sin mirarlo, con una voz que expresaba el cansancio de un déjà-vu.

—Creo que tienes razón. Quizá sea mejor que busques otro lugar donde quedarte. No tengo más hambre. Si me disculpas, te espero junto a la moto.

Se alejó con el pelo bailando sobre la espalda, movido por su andar y por la brisa que llegaba del río. Jordan se quedó solo, como jamás se había sentido en la vida; solo con sus pequeños remordimientos y sus miserables vergüenzas de hombre insignificante.

Esperó unos instantes; luego llamó al camarero y pagó la cuenta. El muchacho comprendió, por su expresión, que algo había cambiado entre ellos. Aceptó la propina y le dio las gracias sin recurrir a su habitual buen humor.

Jordan bajó por la pasarela, buscando a Lysa con la mirada. Un poco más adelante vio la mancha roja de la Ducati, y al lado la figura de ella, con la cara ya oculta bajo el casco. Como ya había sucedido antes, sintió nostalgia de su rostro, pero sabía que en ese momento no había sonrisa bajo la visera oscura. Ni para él ni para nadie.

Sin decir nada, Jordan se refugió a su vez en la protección del casco, subió a la moto y encendió el motor esperando sentir detrás de sí la presencia de su pasajera.

Cuando supo, por el ligero movimiento del asiento, que ella se había sentado, puso la marcha y aceleró. Iniciaron un mudo viaje de regreso a Nueva York, dejando pronunciar al viento las palabras que ellos no eran capaces de decirse; ese viento que con el mismo gesto distraído dispersa las nubes y los perfumes.

25

Maureen Martini se despertó con una fuerte sensación de escozor en los ojos. Se pasó suavemente los dedos sobre las gasas sujetas con esparadrapo, como si ese leve gesto pudiera aliviar la molestia. Le habían advertido que sucedería, pero eso solo no bastaba para hacer cesar el irritante hormigueo.

Después de la operación, las heridas habían cicatrizado con una rapidez que sorprendió hasta al profesor Roscoe, el cirujano que realizó el trasplante. Aquella rápida recuperación había acentuado el buen humor general, y ese día descubrirían si estaban o no en lo cierto. A las once en punto le quitarían las vendas y la dejarían sola ante el futuro.

Un futuro que podría vivir, pero quizá a tientas.

Por ese motivo, durante la noche durmió poco y mal. Oscuridad, sábanas y una carrera de obstáculos entre el optimismo y el pesimismo, una alternancia continua de todos los estados de ánimo que cabían en el estrecho espacio entre el quizá sí y el esperemos que no. El sueño, a su modo, tenía la tarea de restablecer las justas proporciones; durante unas horas la unía al resto del mundo en un lugar sin color donde volvería a encontrarse sola al llegar el día.

En uno de los pocos instantes en que se deslizó en una suerte de duermevela, se encontró inmersa en un extraño sueño, que le impresionó por la extraordinaria nitidez de las visiones y del que incluso ahora, después de haberse despertado, recordaba la secuencia de imágenes.

Se hallaba en la habitación de un niño. No era el cuarto de su infancia en Roma, porque no reconocía los muebles y por la ventana se veía vegetación y la orilla de un río. En el sueño, estaba sentada tras un escritorio y veía sus manos

que dibujaban. El dibujo representaba a un hombre y a una mujer. La mujer estaba apoyada en una mesa, y el hombre, de pie detrás de ella. Pese a los trazos infantiles, el dibujo era muy preciso y se veía claramente que los dos estaban haciendo el amor. Luego se abría una puerta a su izquierda y entraba en la habitación un hombre con bigote. Ella le mostraba el dibujo con el orgullo y la inocencia que solo puede tener un niño. El hombre lo miraba y luego se enfadaba muchísimo. Ella veía cómo se movían sus labios y también cómo se enfurecía mientras agitaba la hoja ante sus ojos. El hombre rompía el dibujo; luego la cogía de la mano y, arrastrándola, la metía en un cuarto trastero. Maureen recordaba con todo lujo de detalles la cara del hombre que desaparecía en la oscuridad tras la puerta que se cerraba.

Luego se despertó, empapada en sudor, y se encontró con la misma oscuridad.

Estaba en Manhattan, en el piso de su madre, en la última planta de un edificio de ladrillos oscuros, en el número 80 de Park Avenue, no muy lejos de la Grand Central Station. Maureen habría preferido quedarse en el piso que tenía su padre en el centro, pero era evidente que, en su estado, durante la convalecencia necesitaría la ayuda de otra mujer.

Así, después de la operación aceptó a regañadientes pasar un tiempo en casa de Mary Ann Levallier. Pese a la natural preocupación de su madre por lo que le había ocurrido, Maureen no quiso hacerse excesivas ilusiones sobre la relación de ambas, que en su mente podía resumirse en pocas y sintéticas palabras: impaciencia contra suficiencia. Entre ellas había un afecto atávico, genético, casi institucional, que sin embargo no contemplaba un sentimiento parecido a la amistad.

Atenuados por los cristales dobles, desde abajo le llegaban los ruidos del tráfico de Nueva York. Era la ciudad que mejor conocía, después de Roma. Y en esas dos ciudades, entre millones de seres humanos, un día encontró a alguien que por fin lograba conocerla. La suya había sido siempre una historia suspendida entre dos mundos diferentes: formaba parte de ambos, pero en realidad no pertenecía a ninguno de ellos. La única persona capaz de hacer de intermediaria era alguien que experimentara lo mismo, movida por una música que aspiraba al cielo aunque estuviera obligada a permanecer en esta tierra. Una persona que había descrito las mentiras de la oscuridad y que en esa oscuridad se

había convertido en la única verdad.

Una única persona.

Y ahora...

Desde el momento en que despertó en la policlínica Gemelli, después de aquella horrible experiencia, su vida fue una continua sucesión de sensaciones monocromáticas. La oscuridad que vendaba sus ojos exigió a todos los demás sentidos que entendieran por aproximación lo que sucedía a su alrededor. Incluso el viaje de Roma a Nueva York consistió en una serie de emociones fragmentadas, sin el hilo que proporcionan las imágenes y que constituyen el esqueleto del recuerdo.

Solo ahora que ya no la tenía se veía obligada a reconocer el peso determinante de la vista. Los desplazamientos se habían convertido en ruidos de motores y turbinas de aviones; los aromas y los olores, en extraños incidentes del trayecto. Las personas no eran más que voces y perfumes. A veces un contacto con otra piel hacía que se sintiera todavía un ser humano. En esa oscuridad sin paredes, el pendiente de Arben Gallani seguía su centelleante balanceo y el cuerpo ensangrentado de Connor no había cesado ni un solo instante de caer en el polvo.

En todo ese tiempo, en su mente, Maureen no había dejado de gritar.

La voz del profesor William Roscoe, el cirujano que la operaría, era solo una voz más que por un momento había sobresalido por encima de ese largo grito silencioso. Grave, de barítono, agradable, daba seguridad al sonido de un acento que Maureen no conseguía identificar pero que no era el seco y penetrante de Nueva York. Notaba su presencia al lado de la cama. Olía a bata limpia y a hombre recién afeitado.

—Señorita Martini, la intervención a la que la someteremos es relativamente simple y tiene un postoperatorio rápido. Le implantaré dos córneas nuevas y utilizaré el cultivo de células estaminales para evitar cualquier problema de rechazo relacionado con su peculiaridad genética. Pienso que en pocos días estaremos en condiciones de quitarle las vendas, y en cuanto a la posibilidad de que vuelva usted a ver, puedo anticiparle que es casi una certeza. La única complicación es que después deberá someterse a un par de pequeñas intervenciones más, que servirán para reforzar con otras células estaminales la estabilidad definitiva de las córneas nuevas. Por otra parte, temo que después de

la intervención tendrá que llevar durante un tiempo unas gafas oscuras, pero eso no hará más que añadir un toque de misterio a su encanto natural. ¿He sido suficientemente claro, o hay algo que desee que le explique?

—No, todo está absolutamente claro.

—Quédese tranquila. Como le he dicho, a lo sumo en una semana volverá a ver.

Maureen pagó con optimismo el optimismo del médico.

—Seguro que volveré a ver —respondió con confianza.

«Seguro que volveré a ver. No para lo que quiero ver, sino para lo que debo ver. Y será una cara frente al cañón de una pistola...»

La operación no fue más que el chirriar de las ruedas de una camilla, más olor a desinfectante, voces en una sala de operaciones llena de luces de las cuales sentía solo el calor, el pinchazo de una aguja en el brazo y después la nada. En definitiva, la anestesia solo fue un salto a una oscuridad más profunda, durante la cual pudo permitirse el lujo de no pensar.

Cuando despertó de la anestesia, la esperaban las voces y las manos de su padre y de su madre. Y el perfume de ella, discreto y exclusivo. Maureen trató de imaginársela, sentada junto a la cama, elegante pese a todo y cuidada hasta en el menor detalle. Una mezcla de clase y dominio de sí misma. En otros momentos lo habría definido como frialdad, pero ahora, en ese trance, volvía a concederle el beneficio de la duda. Sin embargo, le habría gustado que una repentina amnesia fruto de la preocupación maternal hubiera hecho que descuidara, al menos por una vez, la simetría de los pliegues de su fular.

Decidió no encender la radio que habían colocado en la mesita situada junto a la cama. En parte para que su madre y la criada no supieran que se había despertado, pero sobre todo para no dar con un programa en el que un pinchadiscos cualquiera se empeñara en un despiadado homenaje a la vida y la música de Connor Slave.

Un par de días atrás oyó que se proponían organizar un gran homenaje en el Carnegie Hall. Gracias a la tecnología digital y a un complejo programa de ordenador, era posible manipular las imágenes de vídeo y de las apariciones televisivas de Connor y crear una figura suya tridimensional. Habría proyectores holográficos que, en cascada virtual sobre el escenario, sincronizarían las imágenes virtuales con un concierto real, con una orquesta compuesta por

músicos de carne y hueso.

Era un suplicio del que Maureen no se recuperaría jamás.

Verlo en el escenario con la consistencia de un fantasma, saber que era solo un títere animado por los hilos de una máquina, y aun así, sentir el impulso de subir corriendo a abrazarlo y tocar con las manos sus cabellos, para comprobar que solo era aire teñido de ilusión.

El escozor en los ojos se había calmado, y sintió ganas de ir al lavabo. Esa necesidad tan física y banal hizo que se sintiera viva. No quería llamar a su madre, y menos aún quería someterse a las atenciones de Estrella, la criada de origen español que la cuidaba, mientras pronunciaba palabras confusas con suave acento latino alternadas con términos en español.

Hasta esa pequeña obstinación en valerse por sí misma era una conquista. Conocía la habitación, aunque no muy bien. La había visto en otros momentos, cuando todavía no había aprendido a usar la memoria de murciélago por la que ahora se veía obligada a dejarse guiar.

Se levantó de la cama y, tanteando, se dirigió despacio hacia el cuarto de baño con pasos atentos. Eludió un mueble y rodeó un sillón. Puso una mano sobre la superficie fría y lisa de la pared y la deslizó hasta alcanzar la puerta. Buscó el picaporte y lo hizo girar hasta conseguir abrirlo. Empujó la hoja y guiándose por ella la siguió hacia el interior. Un solo paso inseguro y de golpe...

«... hay luz y la cara de una mujer teñida de azul debajo de mí. Estamos tendidos en el suelo y alrededor todo es blanco y hay manchas de color y yo estoy sobre el cuerpo de ella y siento una parte que no sabía que poseía que se mueve dentro y fuera de ella caliente y húmeda y veo su cara violácea que se va destiñendo poco a poco. La veo pero no me llega su voz. La observo mientras se pierde con un gemido que no puedo oír entre las volutas de humo del orgasmo y también yo de golpe me incorporo y debajo de mí está la sorpresa de un pene que agarro y sacudo y veo gotas de esperma que salpican todo mi alrededor mientras también yo caigo en la trampa sin fondo de un placer fuerte y desconocido. Después estoy en el suelo y...

»... estoy de pie delante del espejo y mi cara me mira, una cara roja como si estuviera cubierta con la sangre de mis heridas. Me observa desde el recuadro

brillante que da hacia otro mundo, que parece haber hecho de la locura su regla elemental. Mis labios se mueven mientras apunto un dedo como una pistola hacia mi imagen y...

»... voy hacia la puerta del fondo de esta enorme habitación tan luminosa y la abro y en la sombra del rellano hay una figura inmóvil que ahora avanz...»

Maureen se encontró de rodillas en el suelo con las manos apretadas contra las sienes, de nuevo hundida en la oscuridad. Estaba exhausta, como después de una pesadilla o de un orgasmo. Probablemente era esta última sensación. Se sentía vacía como si el placer que había experimentado en ese momento de desfallecimiento hubiera sido real, pero con la percepción antinatural de haberlo vivido con el cuerpo de un hombre. La mano que había sentido que se deslizaba sobre el pene era la suya, al igual que había sentido cómo se precipitaba el chorro de líquido seminal para salir prepotente y presuntuoso por una parte del cuerpo que no debía y no podía tener.

Se inclinó despacio hacia delante hasta apoyar la frente caliente, febril, sobre el refrescante mármol del suelo.

«No es posible. No es posible...»

La puerta de la habitación se abrió un momento antes de que sucumbiera al pánico, que hace de la oscuridad el mejor lugar donde tender sus emboscadas.

—¡Madre de Dios! ¿Qué le sucede, señorita? Espere, que la ayudo.

Oyó la voz alarmada y el paso suave de Estrella, que se le acercaba. Desde una parte lejana del piso le llegó el sonido rítmico de los tacones de su madre.

Después, el consuelo de dos manos fuertes y por suerte conectadas a unos ojos seguros.

—Venga usted, señorita, apóyese en mí; la llevaré a acostarse en la cama.

Estrella la ayudó a erguirse y la guió por la habitación apoyándola contra su cuerpo robusto, mientras Maureen intentaba, sin lograrlo, que su corazón latiera más pausadamente. La voz enérgica de Mary Ann Levallier la sorprendió a mitad de camino.

—¿Qué ocurre, Maureen? ¿Te has hecho daño?

Ahí estaba: impaciencia contra suficiencia.

—No es nada, mamá. He tropezado y me he caído.

—Estrella, pero ¿cómo es posible? Creí que había sido clara. La señorita no debe quedarse sola ni un instante.

Maureen meneó la cabeza.

—No es culpa suya. Es solo mía. He querido ir sola al baño, y he resbalado. Ya estoy bien.

Pasada la angustia, percibía en la voz de su madre un enfado que sobrepasaba el alivio.

—Me sorprende que en tu estado todavía tengas ganas de hacer estas demostraciones de valentía. No puedo creerlo. ¿Qué sentido tiene?

Habría querido explicarle el sentido de eso que ella definía desde siempre como «demostraciones de valentía». Muchas veces lo había intentado, desde que era una niña, pero Mary Ann Levallier siempre se había negado a besar el sapo que su hija le tendía con orgullo. Para ella era solo un asqueroso animal que jamás tendría la posibilidad de convertirse en príncipe.

Los cuentos solo eran cuentos.

Maureen pensó que era inútil intentar hacérselo entender ahora. La dejó con su escepticismo y cambió de tema.

—¿Qué hora es?

—Las nueve y media. Creo que ya es hora de que te prepares. Sabes que a las once tenemos una cita con el doctor Roscoe.

«¿Cómo podría olvidarlo? He estado contando cada segundo.»

—Sí, ya me visto.

—Perfecto. Yo voy a pedir un coche para las diez y media. Estrella, quédese aquí, y esta vez preste atención a lo que hace.

La discusión con la madre y el breve descanso en la cama la distrajeron de la angustia que le había provocado la imprevista aparición de esas imágenes salidas de la nada. Se levantó y buscó el apoyo de la criada, más para que se sintiera útil tras las palabras de la dueña de la casa que porque realmente lo necesitara.

Se dejó guiar hasta el cuarto de baño y aceptó los comentarios latinos de Estrella mientras la ayudaba a desnudarse.

—Qué bonito cuerpo tiene, señorita. Ni un gramo de grasa. Parece una estrella de cine.

Maureen guardó silencio mientras imaginaba a la voluminosa mujer y su cara madura, que debía de haber sido hermosa en otros tiempos. Abrió el grifo y

salió agua tibia, en lugar de la ducha helada que le había caído encima poco antes. Siempre rodeada de los cautos cuidados de Estrella, se obligó a hablar con ella para no pensar más en lo que había sucedido ni en lo que sucedería dentro de poco.

Se secó con una toalla que era solo un tejido sin color, se vistió con prendas que había aprendido a reconocer al tacto y se peinó el pelo con unas manos que no eran las suyas y que aceptaban el veredicto de ojos diferentes de los suyos.

—Listo, señorita. Confíe en mí, está usted guapísima.

Las palabras de Estrella extrañamente le recordaron a Duilio, el encargado del garaje donde guardaba su coche en Roma. Quizá ese hombre existía todavía, al otro lado de aquella inmensa habitación oscura en la que ella estaba confinada. Quizá aún existía Roma. Quizá existía todavía el mundo.

«Quizá exista yo todavía...»

Cuando su madre, con la voz y los tacones de siempre, acudió para avisarle de que el coche ya esperaba en la calle, la siguió para intentar obtener una respuesta a esa pregunta.

Salió de la casa para ir a descubrir si había recuperado la vista y trató de dejar encerrado a sus espaldas el terror de haber perdido la razón.

26

Maureen aceptó el asiento y el rechinar de la silla de ruedas como un alivio para su sentido del equilibrio. En cuanto se apeó del coche, ella y su madre fueron recibidas por un enfermero que las esperaba. Luego otro hombre desconocido, con un perfume dulzón y aliento a dentífrico, la empujaba ya por los pasillos del hospital Holy Faith, donde la habían operado. Maureen no estaba muy segura de tener presente la arquitectura del edificio. Los hospitales suelen mirarse un instante y se borran enseguida, para olvidar que existen. Conocía Nueva York lo bastante bien para recordar que el Holy Faith quedaba en el Lower East Side, un poco más abajo de la mancha verde del Tompkins Square Park. Muchas veces, durante su breve estancia, se había preguntado si desde su ventana se verían las copas de los árboles. Y cada vez se respondía que tal vez no las vería nunca más desde ningún lugar.

Después de la charla con Estrella, Maureen hizo todo el viaje en silencio y dejó a su madre la tarea de dirigir al chófer, que hablaba inglés con un fuerte acento ruso y que para ella era solo una más entre tantas voces.

Trató de imaginar qué cara podía tener.

Esa cadencia de tonos guturales le trajo a la memoria otra, vinculada irremediablemente a la imagen de un pendiente en forma de cruz con un pequeño diamante en el centro. Maureen trató de pensar en otra cosa, del mismo modo en que se cambia de tema en una conversación, pero cuando se habla con la propia mente casi nunca es posible. El recuerdo se fundió con la extraña experiencia de hacía rato, y pronto volvió a enfrentarla al miedo. Dudaba si hablar de ello con el profesor Roscoe, pero al final decidió no hacerlo. En ese

teatro en que se había convertido su cabeza, la escena era tan clara y nítida como esa especie de alucinación que la había sorprendido en la puerta del cuarto de baño. Imaginaba al cirujano, al que había dado un rostro provisional, incómodo mientras buscaba las palabras adecuadas para aconsejarle la ayuda de un buen psicólogo. Y lo último que necesitaba en ese momento era estar rodeada de personas que dudaran de si la experiencia sufrida había hecho mella de algún modo en su raciocinio.

Avanzaron por el pasillo en un silencio acolchado, solo interrumpido por los pasos de alguien con quien se cruzaban

«¿un médico?, ¿un enfermero?, ¿otro ciego como yo?»

y algún intermitente y fugaz olor a medicinas. El Holy Faith era un hospital pequeño y no tenía una sección de primeros auxilios, por lo que no había altavoces que hicieran llamadas de urgencia a los médicos. Se trataba, principalmente, de un instituto de investigaciones avanzadas, provisto de un número de camas muy limitado. Las curas y las intervenciones que se practicaban con las técnicas más modernas se dirigían exclusivamente a problemas oftalmológicos. El doctor William Roscoe era uno de los principales especialistas del mundo en este campo. Pese a que aún era joven, según algunos colegas sus investigaciones en células estaminales totipotentes le acercaban a pasos agigantados al premio Nobel.

Y, si todo marchaba como él había predicho, también ocuparía un lugar de honor en el santuario privado de Maureen Martini.

La silla de ruedas frenó suavemente y las manos expertas del que la empujaba la hicieron trazar una curva hacia la derecha. Oyó el ruido de una puerta que se abría y la silla entró en una habitación donde de pronto notó la mano de su padre que ya se tendía para acariciarle la mejilla. Ni siquiera aunque se pasara un siglo haciendo cursos de oratoria lograría disfrazar la angustia de su voz.

—Hola, tesoro.

—Hola, papá.

—Verás como todo saldrá bien.

La voz del profesor Roscoe se mezcló con la de Carlo Martini, igual, si no en el timbre, al menos en la intención.

—Estoy absolutamente de acuerdo, señorita. ¿Cómo se siente?

—Bien, supongo.

—Apuesto a que anoche no durmió mucho.

Maureen se preguntó cómo podía notarse con tanta claridad la sonrisa en una voz aunque no se viera a la persona que hablaba.

—Creo que ha acertado —bromeó Maureen.

—Es normal que esté un poco alterada. Señora Wilson, dele un ansiolítico.

—Preferiría que no lo hiciera.

—En medicina no existe la democracia, señora comisario. Y dado que yo prefiero que sí, estoy seguro de que le hará bien tomarlo.

La voz de su madre llegó en apoyo del médico.

—Te ruego, Maureen, que hagas exactamente lo que te dice el doctor.

Oyó los pasos de una persona que se acercaba. La enfermera le puso en la mano un vasito de plástico con una píldora y otro vaso lleno de agua, y la ayudó a tomarla.

La voz de Roscoe sonaba satisfecha.

—Muy bien. Señora Wilson, ¿será tan amable de bajar las persianas y encender al mínimo esa pequeña luz que hay sobre mi escritorio?

Maureen oyó el ruido del taburete que el médico acercaba para situarse frente a ella.

—Muy bien. Ahora vamos a ver qué hemos hecho.

Una presión bajo el mentón le levantó la cara, y poco después sintió dos manos expertas que despegaban con delicadeza los esparadrapos.

Primero uno...

«señorteloruegoseñorteloruegoseñorteloruego»

... y después el otro.

«señorteloruegoseñorteloruegoseñorteloruego»

Maureen notó una sensación de liberación y el aire fresco sobre el ligero sudor de los párpados cerrados. En ese momento el tiempo pareció detenerse. Al igual que su respiración. Le parecía que todos los habitantes del mundo se hallaban del otro lado de la ventana espiando el juego que el destino estaba practicando en aquella estancia.

—Ahora, señorita, abra lentamente los ojos.

Maureen lo hizo.

«¡señorteloruegoseñorteloruegoseñorteloruego!»

Y seguía viendo oscuridad.

Sintió que el corazón estallaba dentro de su pecho en un latido enorme, como si hubiera querido darle una última y estruendosa señal de su presencia allí antes de dejar de latir para siempre.

Después de esa oscuridad llegó una luz inesperada y vio una figura de hombre inclinada sobre ella con las manos alzadas hacia su rostro. Un solo instante. Tal como había llegado, esa milagrosa claridad se apagó, como en la secuencia de una película proyectada al revés.

Y todo volvió a ser negro.

Maureen oyó que su voz le salía de la boca reseca sin la presión del aliento. También su muda plegaria la había engullido la noche.

—No veo.

La voz del profesor Roscoe llegó luminosa con un mensaje de calma y esperanza.

—Espere un instante. Es normal. Debe dar a sus ojos tiempo para acostumbrarse a la luz.

Maureen cerró de nuevo los párpados, molesta por un ligero ardor, como si tuviera arena en los ojos.

Cuando volvió a abrirlos vio el amanecer más hermoso del mundo. Vio una luz rosada y tenue que surgía en el hechizo de una consulta médica y un hombre con el mismo rostro de antes , inclinado sobre ella con una bata blanca y la mancha coloreada de los cuadros en la pared y una bendita lámpara encendida como un faro sobre un escritorio y una enfermera con el pelo rojo en el fondo de la sala y su madre con un conjunto azul y su padre con una colmada esperanza en la cara y la acostumbrada corbata a rayas en el cuello y al fin logró concederse, después de todo lo ocurrido, el lujo de unas pocas, preciosas lágrimas de alegría.

El hombre de la bata blanca le sonrió y le habló; al fin el profesor Roscoe, además de una voz, tenía un rostro.

—¿Cómo se siente ahora, señorita?

Permaneció un instante en silencio antes de darse cuenta de que ese retumbo que sentía en los oídos provenía de algún lugar del interior de su pecho.

Pero también ella sonrió.

—Doctor, ¿le han dicho alguna vez que es usted un hombre guapísimo?

William Roscoe se enderezó y dio un paso atrás. Una mueca tiñó de ironía su rostro bronceado.

—Más de una vez, Maureen, más de una vez. Pero es la primera vez que una mujer lo hace después de que la haya curado. En general, en cuanto me ven bien dejan de decirlo. Discúlpeme la confianza, pero ante ciertos resultados todavía tengo tendencia a entusiasmarme un poco.

Mary Ann Levallier y Carlo Martini guardaron silencio, con la expresión del que ve pero no comprende qué está sucediendo. Cuando comprendieron el sentido de ese diálogo entre Maureen y el médico, se precipitaron a estrecharla entre los brazos, sin darse cuenta de que se estaban abrazando también entre ellos.

Maureen dejó que la emoción de sus padres la contagiara. Un cuento de hadas que esta vez se había hecho realidad. Había besado al sapo, y el sapo se había convertido en príncipe, y ella al fin lograba verlo.

—Bien, señores, después de este comprensible arrebato, ¿puedo continuar con mi trabajo?

Roscoe se hizo lugar entre los seis brazos y tendió una mano a Maureen.

—Venga, por favor. Permítame echarle una mirada un poco más a fondo. Póngase lentamente de pie. Puede que sienta un ligero vahído, después de tanto tiempo sin ver.

La ayudó a llegar hasta unas máquinas situadas en el fondo de la consulta. Hizo que se sentara en un taburete y apoyara el mentón en un soporte.

—Tranquila. Impresiona un poco pero no es doloroso.

Roscoe se sentó frente a ella y comenzó a hacer un examen concienzudo, con unas cortas luces azules e instrumentos que le rozaban los ojos dejándole un pequeño escozor y provocando un lagrimeo natural.

—Muy bien.

Se levantó y la ayudó a salir de aquellas máquinas que recordaban a las de una historia de ciencia ficción.

—Como le dije, durante un tiempo deberá usar gafas oscuras. La sensación de molestia que experimenta se atenuará gradualmente. La señora Wilson le dará un antibiótico en gotas y un colirio que deberá aplicarse tal como he escrito en la receta. Nada de ordenador y poca televisión. Trate de no cansarse demasiado, duerma todo lo que pueda y vuelva a verme dentro de una semana, para un

control. Según vaya la recuperación decidiremos cuándo insertar las otras células.

Tendió las manos en un gesto de artista de circo tras un doble salto mortal.

—Bien, señores, esto es todo. Por mí, pueden marcharse.

Mientras se desarrollaba el ritual de los saludos y los agradecimientos, Maureen se tomó unos instantes para fijar definitivamente en su memoria la figura del profesor William F. Roscoe. Era unos diez centímetros más alto que ella y su cara era la de hombre no hermoso pero sí atractivo; tenía las sienes algo canosas y el color sano del que hace mucha vida al aire libre. No le sorprendería verlo, con su físico enjuto, al timón de un velero. Además tenía una sonrisa contagiosa y una capacidad natural para comunicarse.

Salieron de la consulta. El camino de regreso a casa fue para Maureen un espectáculo fantástico. Las baldosas de color verde claro del hospital Holy Faith le parecieron los mosaicos de piazza Armerina, el sol que la esperaba fuera tenía la luz de las Maldivas, y el chófer de la limusina que la había llevado solo era un inofensivo hombre de cierta edad con un curioso acento ruso.

Despidió con un abrazo a su padre, que ahora podía regresar a Roma en un estado de ánimo totalmente distinto al del viaje a Nueva York. Durante el trayecto hacia Park Avenue los ojos de Maureen se tomaron la revancha. Mary Ann Levallier iba en silencio, mientras su hija absorbía los colores y las imágenes junto a cualquier estímulo externo a través de ese sentido durante tanto tiempo anulado. Le parecía ver los ruidos del tráfico, los olores y los perfumes de la ciudad mientras recorrían el Bowery. El reloj electrónico de Virgin, en Union Square, parecía una obra de arte y no un simple monumento al tiempo que pasa, y la Grand Central Station era un lugar mágico con trenes que partían quién sabía hacia dónde.

Cuando entraron en el piso las recibieron la alegría y la emoción de Estrella, que la siguió aprensiva hasta su habitación, como si todavía necesitara una guía. Maureen le pidió que la dejara sola y que bajara un poco las persianas antes de salir.

Aunque no compartía los gustos de su madre en cuanto a decoración, esa habitación en penumbras le pareció maravillosa. Tras toda aquella tensión, ahora se sentía agotada. Se sentó en la cama y comenzó a quitarse los zapatos. Se acostó y decidió concederse una pequeña y breve transgresión, después de un

período de oír voces sin cara por la radio.

Cogió el mando a distancia, encendió el televisor y lo sintonizó en el Eyewitness Channel.

—Continúan las investigaciones en torno al misterioso homicidio de Chandelle Stuart, única heredera de la fortuna de los magnates del acero, a quien encontraron muerta hace dos días en su piso del Stuart Building, en Central Park West...

En la pantalla aparecía la imagen de una mujer con el pelo oscuro y un rostro afilado. La boca era un pliegue duro que le daba un aspecto lascivo.

—A pesar de la extrema reserva que mantienen las autoridades, fuentes fidedignas vinculan este crimen con el de Gerald Marsalis, más conocido como Jerry Kho, el pintor que era hijo del alcalde y al que se encontró asesinado en su estudio hace tres semanas. Una conferencia de prensa...

Las palabras del locutor se perdieron en el limbo del que Maureen acababa de salir. En el televisor había aparecido el rostro de un hombre, y ese rostro anuló de golpe todas las buenas sensaciones que le habían regalado los últimos instantes vividos.

Maureen conocía ese rostro.

Lo había visto aquella misma mañana, durante lo que ella había tomado por una alucinación.

Era el hombre que le había hecho vivir la sensación antinatural de poseer un pene y le había impuesto su sonrisa cruel en un espejo asomado a un mundo sin más allá, con el semblante de un color rojo demoníaco, como si estuviera cubierto con la sangre de mil heridas.

27

El taxi se detuvo al final del parque Carl Schurtz, a la altura de Gracie Mansion. Después de haber pagado la carrera a un taxista con turbante que parecía haber hecho del ajo su único alimento, Maureen se apeó con alivio y se dirigió por el sendero asfaltado, en leve pendiente, que llevaba a la residencia oficial del alcalde de Nueva York. Desde su izquierda llegaban los gritos de unos niños, desde la zona de juegos del pequeño parque. Más abajo había una plazoleta con una estatua de Peter Pan que se había utilizado en centenares de películas. Pensó que en realidad todo Nueva York era un enorme plató cinematográfico, lleno de lugares que uno había visto tantas veces como para perder las ganas de conocerlos de verdad.

Con estas reflexiones, Maureen llegó a un banco y se sentó, con la sensación alienante de ser obligada contra su voluntad a ocupar el lugar que alguien le había asignado en una historia de locos. Vista desde fuera, parecía solo una mujer guapa sentada en el parque, que descansaba unos instantes antes de proseguir su jornada.

Y exactamente era esto lo que Maureen debería ser en aquel momento. Una persona normal con una vida normal, sin recuerdos y sobre todo sin recuerdos que no fueran suyos. En un primer momento, el descubrimiento que hizo el día anterior la trastornó: aquellas imágenes violentas habían llegado como mensajes de un lugar desconocido, y luego tuvo la intuición de que quizá llegaban de un lugar donde se había cometido un crimen.

Y de nuevo la víctima era ella.

De nuevo y todavía.

Primero a través de sus ojos y ahora a través de los ojos de otro, que, sin ningún sentido y por un motivo que no conseguía explicar, ahora eran los suyos.

Maureen se quitó las gafas y las dejó a un lado, sobre el banco, para poder llorar sin obstáculos en el refugio seguro de sus manos apoyadas contra la cara. El día anterior, tras ver en la televisión las imágenes de ese joven asesinado y descubrir quién era y qué le había sucedido, tardó pocos minutos en salir del estado en el que estaba. Su raciocinio acudió en su ayuda, y se aferró a él como a una cuerda de salvación tendida sobre un abismo.

Cogió el teléfono y llamó al doctor Roscoe al hospital Holy Faith. Cuando oyó su voz tuvo una sensación de seguridad, como la presencia reconfortante de un amigo en una situación desesperada.

—Hola, Maureen. ¿Pasa algo malo? ¿Se encuentra usted bien?

En la voz del médico había una ansiedad que Maureen creyó justo disipar.

—No, todo está bien. Ningún problema físico, si a eso se refiere. Simplemente quería preguntarle algo, si es posible.

—Dígame.

—¿Usted conoce la identidad del donante? ¿Sabe a quién pertenecían las córneas que me ha implantado?

Hubo un instante de reflexión al otro lado. Maureen no logró interpretar el sentido. Tal vez Roscoe le diría que no lo sabía, tal vez lo sabía y no se lo diría.

—No. Recibimos la comunicación de que había órganos disponibles y cuál era la tipología genética del donante, pero su identidad nos es absolutamente desconocida. La extracción se hace en otra parte y, por motivos que podrá usted comprender fácilmente, se mantiene en una reserva absoluta.

Maureen se quedó perpleja. Probablemente, como médico ya se había enfrentado a preguntas semejantes, tanto de un lado como del otro. Personas que querían saber quién era el donante, o parientes que pedían conocer la identidad de quien se había beneficiado con la desaparición de un hijo, un marido, un hermano del que habían recibido un órgano, y hacerse así la ilusión de que al menos una parte de él aún seguía viva.

—Maureen, sé qué está sintiendo. Es comprensible, y más aún para usted, que ha llegado a esto después de una terrible experiencia. Esta no es la mejor actitud. Trate de no pensar en nada más que en usted misma. A veces los recuerdos son monstruos. Depende de usted y del tiempo la posibilidad de

domarlos día tras día.

Maureen sintió de nuevo la tentación de hablar con él de la experiencia que acababa de vivir. Ansiaba la liberación que podía dar una confidencia así, pero sospechaba que entonces pasaría de una jaula a otra y estaría rodeada de personas que la creerían una alucinada y tendrían en sus manos las llaves de esas jaulas.

No, era algo que por el momento debía manejar sola.

—Tal vez sea como usted dice.

—Sin duda lo es. No lo digo por presunción, sino por experiencia. Relájese y acepte lo que le ha dado la vida. Y si no le gusta, con toda seguridad encontrará dentro de usted la fuerza para cambiarlo.

Se despidió del doctor Roscoe, la persona que sin saberlo la había salvado de una pesadilla y la había metido en otra. Colgó el teléfono. Paseó la mirada por la habitación y se preguntó con los ojos de quién estaba mirando. Se encontraba, por motivos diferentes, en el mismo estado de ánimo que el día anterior, mientras esperaba saber si recuperaría la vista.

Con una sola diferencia.

Esta vez pudo ver al otro lado de los cristales cómo la noche se dirigía hacia el alba, sin sueños porque no había dormido ni siquiera un instante. Durante un rato vagó entre sus pensamientos como en un bosque impenetrable, y cada vez que creía haber hallado una salida se encontraba ante la decepción de volver al punto de partida.

Al fin, lo irracional la llevó a aferrarse a lo único que le quedaba de racional. Era policía y tenía la posibilidad de contribuir a resolver un crimen. Cómo, todavía lo ignoraba. Y mucho menos con quién.

Su miedo a la reacción de aquellos ante quienes se encontraría aún persistía, pero era un riesgo que debía correr. Era el único camino que le quedaba. O al menos el único que creía que debía recorrer, para no volverse loca de verdad. Este era el motivo por el cual en aquel momento se hallaba sentada en un banco pintado de verde en el parque que se extendía frente a Gracie Mansion. Sabía que el alcalde Marsalis conocía bien a su madre y esperaba que eso, además de cualquier información que pidiera sobre su hoja de servicio en Italia, mitigaría en cierta medida la enormidad de lo que se proponía exponer.

Pero ahora que estaba a punto de llegar a su meta no encontraba el valor para

levantarse, entrar en aquel lugar y decir lo que tenía que decir.

Se preguntó si un culpable, antes de ir a entregarse, se sentiría del mismo modo. Cogió las gafas y se las puso para, por lo menos, pensar que en efecto la protegían. Se levantó y se dirigió hacia la verja y hacia el vacío que se abría ante ella.

28

—Pero ¿es posible que no se pueda encontrar el menor indicio en esta historia de mierda?

Christopher Marsalis se levantó del escritorio de su despacho y se quedó de pie como si no supiera qué epílogo dar a su inesperado arrebato. Se había remangado, por lo que podían verse sus robustos antebrazos, y llevaba el cuello de la camisa desabrochado. La corbata era una mancha de color sobre la chaqueta oscura, que estaba arrojada descuidadamente sobre el respaldo de la silla.

Se pasó una mano por el pelo blanco y miró a los dos hombres que lo observaban en silencio sentados frente a él. Volvió a sentarse, con expresión afligida.

—Disculpadme. Creo que estoy un poco nervioso.

Jordan no dijo nada. Nunca había oído a su hermano pedir disculpas por nada. Era bastante significativo que lo hiciera justo en aquel momento.

El detective James Burroni, en cambio, se sintió aludido.

—Señor alcalde, le garantizo que hemos seguido todos los caminos posibles. Desde que Jordan tuvo esa intuición en cuanto a Chandelle Stuart, hemos dado un pequeño paso adelante. Algunos hombres del departamento están interrogando discretamente a los profesores que formaban parte del cuerpo docente del Vassar College en la época de los hechos. Estamos investigando incluso en la United Feature Syndicate, la editorial de Snoopy. Gracias a ellos hemos iniciado una investigación entre los herederos de Charles Schulz, para ver si hay algo útil entre las notas y cartas que ellos tienen.

Christopher apartó la silla del escritorio para ponerse más cómodo. Estaba ojeroso. Jordan se dio cuenta de que no debía de haber dormido mucho desde que había empezado aquel asunto.

—Detective, estoy seguro de que están ustedes haciendo todo lo posible. Lo que me enfurece es que no hagamos más que girar los pulgares mientras hay un maldito asesino en serie que está planeando otro homicidio.

Jordan hizo oír al fin su voz, al tiempo que se levantaba de la silla.

—Quizá tengas razón, pero no me convence del todo. A los asesinos en serie les gusta la publicidad, quieren que sus actos se hagan públicos, para obtener de los medios la gratificación que buscan. En nuestro caso no hay la menor señal de un intento de romper el secreto que hasta ahora hemos conseguido mantener sobre estos delitos.

—Tal vez sea como tú dices, pero no logro encontrar una definición mejor para alguien que anda por ahí matando a personas inspirándose en tiras cómicas que se hicieron para divertir a la gente.

—La clave de todo está precisamente ahí, en mi opinión. Solo que no logro comprender cómo.

Al usar el verbo en singular había cargado sobre sí la responsabilidad de ese estancamiento, y Burroni se lo agradeció. Desde el momento en que entró en esa habitación no había podido quitarse de encima cierta incomodidad. No todos los días un simple policía era admitido en el sanctasanctórum del alcalde, lo cual, además de la falta de resultados, era el principal causante de su estado de ánimo.

Jordan empezó a andar por la sala, en ese modo suyo de reflexionar en voz alta que Burroni ya reconocía y valoraba. Escuchó en silencio su frío análisis de los hechos, que era impersonal como si una de las víctimas no hubiera sido su sobrino ni se hallara en presencia del padre. El detective solo entendía instintivamente aquella capacidad de concentración.

—Razonemos. Tenemos a una persona que comete crímenes inspirándose en una historieta. La primera víctima es alguien importante. Es un pintor famoso, pero es también el hijo del alcalde de Nueva York. Por algún motivo, podría ser incluso una venganza contra él, pero la forma en que se cometió el delito lo excluye. Después llega una segunda víctima. Esta vez es una mujer, que también pertenece a una familia importante de la ciudad. El nuevo homicidio tiene la misma inspiración que el anterior. Una tira de historietas, popular en todo el

mundo, que se ha publicado en este país entre las tiras diarias y dominicales de por lo menos ciento cincuenta periódicos: Snoopy.

Jordan hizo una pausa, como si siguiera una idea que se había asomado un instante y había desaparecido de pronto.

—En las dos ocasiones hemos encontrado un indicio sobre la persona que será atacada a continuación, pero siempre es distinto y no parece contener nada digno de tener en cuenta. El primer asesinato se vincula con la figura de Linus, neurótico y cerebral, siempre con su manta pegada a la oreja en los momentos de pánico. Cerca de la escena del crimen se observa a un hombre que lleva un chándal y que cojea un poco de la pierna derecha. En el segundo crimen se trata de Lucy, la hermana de Linus, que está loca por Schroeder, un pequeño genio de la música. También en su caso sucede lo mismo, en lo que concierne a la posición del cuerpo. Después se averigua que las dos víctimas estudiaron en el mismo lugar y que es probable que las dos conocieran a la persona que las mató. Lo cual nos lleva a preguntarnos si también la tercera víctima, a la que se ha señalado como Snoopy, ha sido alumno o alumna del Vassar College y si conoce a un hombre que lleva un chándal, cojea un poco de la pierna derecha y del cual, no lo olvidemos, poseemos un elemento importantísimo. Gracias a su descuido y al azar tenemos una muestra de ADN.

Jordan miró a Burroni y a Christopher como si acabara de darse cuenta de su presencia en la habitación.

—Pero sobre todo debemos tener muy presente que ahora contamos con otra ventaja, aunque pequeñísima, sobre el asesino, ínfima, pero la tenemos.

Christopher mostró una esperanza que se había introducido como una cuña en el rigor del razonamiento de su hermano.

—¿Cuál?

—Tenemos un nombre. Pig Pen. Otro personaje de Snoopy, menos popular que los otros tres. Y la persona a la que buscamos no sabe que lo tenemos. Repito: es muy pequeña, pero teniendo en cuenta la oscuridad en la que nos encontrábamos, al menos es una luz.

Guardó silencio durante unos segundos, una pausa durante la cual cada uno de ellos tuvo tiempo de asimilar y pensar en todo lo que Jordan acababa de decir.

Burroni fue el primero en reaccionar; se levantó de la silla, como hipnotizado.

—Señor alcalde, si me lo permite, quisiera pasar por la central para mirar los informes de mis hombres en el *college* y ver si hay novedades con respecto a lo que hemos dicho.

Christopher le tendió la mano.

—Se lo agradezco, detective. A pesar de todo, sé que están ustedes haciendo un buen trabajo y no lo olvidaré cuando llegue el momento.

Mientras Burroni le estrechaba la mano, Jordan volvió la cabeza hacia la ventana para ocultar su instintiva reacción ante aquellas palabras. Nadie mejor que él sabía qué endeble era la memoria de su hermano. Pero que ahora se lo hubiera dicho a Burroni era un cambio importante. Esta vez sería él quien le recordaría las promesas.

—Hasta luego, Jordan. Nos vemos.

—Sí. Mantenme al corriente.

El detective salió de la habitación y cerró con suavidad la puerta a sus espaldas. Jordan y Christopher se quedaron a solas. No habían tenido tiempo de intercambiar ni siquiera una sílaba cuando la puerta volvió a abrirse y apareció en el umbral Ruben Dawson, el impecable factótum y asesor del alcalde.

—¿Qué sucede, Ruben?

A Jordan le sorprendió notar cierta indecisión en el comportamiento de Dawson, que se acercó al escritorio antes de dar una respuesta precisa a la pregunta.

—Ha ocurrido algo extraño. Acaba de llamarme el guarda de la entrada. Dice que hay una mujer que quiere hablar con usted. Se ha presentado como una comisario de la policía italiana.

—¿Y qué quiere?

Las palabras de Ruben Dawson los llenaron de asombro.

—Ha dicho que podría tener novedades sobre el homicidio de su hijo.

29

De pie ante una verja de color crema, Maureen esperaba.

Del otro lado de las rejas se entreveían sedanes de color oscuro aparcados en el terreno delantero, y junto a ellos, la mancha roja de una moto. Una moto italiana, según le pareció ver.

La escena que había imaginado se cumplía exactamente. Cuando ella se aproximó, el policía de servicio, un individuo con una mandíbula cuadrada, salió de la casa y avanzó hacia ella.

—Buenos días, señorita. ¿En qué puedo ayudarla?

—Buenos días, agente. Me llamo Maureen Martini y soy comisario de la policía italiana. También soy ciudadana estadounidense. Debo hablar urgentemente con el alcalde.

Tendió al agente su identificación y su pasaporte. Por cortesía el policía cogió los documentos en la mano pero no hizo el menor ademán de abrirlos.

—Creo que es un mal momento para hablar con el alcalde.

Maureen esperaba esa reacción. Pese a la molestia que le causaba, se quitó un instante las gafas de sol y miró al agente directamente a los ojos.

—Dejemos que lo decida él. Dígale solamente que tengo información sobre el homicidio de su hijo.

El tono y el significado de sus palabras cayeron como un chorro de agua caliente en la expresión glacial de su interlocutor.

—Aguarde aquí un momento.

El agente de uniforme azul entró en su caseta y Maureen lo vio, a través del cristal, coger el teléfono mientras controlaba la identificación y el pasaporte.

Intercambió unas palabras con alguien que estaba al otro extremo de la línea.

Luego, mientras escuchaba la respuesta, Maureen vio que asentía con la cabeza.

Poco después el agente regresó y le devolvió los documentos.

—Pase. Saldrá alguien a recibirla.

Maureen cruzó la verja y atravesó el pequeño patio. Se dirigió hacia la puerta de entrada, que daba a una galería que ocupaba toda la fachada. Mientras subía los escalones, se abrió la puerta y apareció en el umbral un mayordomo con un aspecto muy anglosajón.

El acento del hombre que la invitó a entrar era el que había imaginado.

—Por favor, señorita, el alcalde la espera. Por aquí, sígame usted.

Maureen estaba tan tensa que no prestó la menor atención a todo lo que la rodeaba. Apenas vio a un tipo con una chaqueta de gamuza y un sombrero redondo y negro que pasó a su lado y le echó una ojeada de curiosidad. Tenía la mirada fija en una mota blanca de la chaqueta negra del mayordomo, que destacaba como la luz de Times Square. Al final del pasillo, el hombre se detuvo ante una puerta. Llamó suavemente y, sin esperar respuesta, la abrió y dio un paso al costado.

—Por favor, señorita.

Maureen dio un par de pasos y se encontró en una habitación que tenía todo el aspecto de ser un pequeño estudio. La puerta se cerró sin ruido a sus espaldas.

En la habitación había dos personas.

De pie entre ella y la ventana había un hombre alto, con el pelo canoso. Tenía unos increíbles ojos azules y, a primera vista, el rostro y la actitud del hombre que uno desearía tener al lado en un momento de peligro. El otro, parecido pero mayor, estaba sentado al escritorio; tenía la actitud de alguien que está acostumbrado al poder y, en la cara, las señales del desgaste que este provoca. Sus ojos eran tan azules como los del otro hombre, pero más apagados, y su cuerpo, con cierto exceso de peso, hablaba de demasiadas cenas oficiales y muy poco ejercicio.

Al entrar ella en el despacho, el hombre se levantó educadamente, pero en su mirada había aprensión, curiosidad y desconfianza.

Le sorprendió que la mano que le tendía el hombre estuviera tan seca.

—Buenos días, señorita. Soy Christopher Marsalis. Y este es mi hermano,

Jordan.

El hombre alto no se movió ni dijo nada. Se limitó a saludarla con un simple gesto con la cabeza.

—Buenos días, señor alcalde. Le pido disculpas por presentarme de forma quizá inoportuna. Soy comisario de la policía italiana.

—Habla usted un perfecto inglés. Y su aspecto me resulta conocido. ¿No nos hemos visto ya alguna vez?

Maureen sonrió y reveló el parentesco que jamás habría mencionado de no ser por las circunstancias que la habían llevado a Gracie Mansion.

—Creo que conoce usted a mi madre. Es abogada criminalista, aquí, en Nueva York. Se llama Mary Ann Levallier. Todos dicen que nos parecemos mucho.

«Pero lo dicen solo los que no nos conocen de veras.»

Ni su cara ni su voz revelaban lo que estaba pensando. Prefería evitar cualquier otro comentario, de modo que rápidamente se presentó, para poder contar el motivo de su presencia allí.

—Me llamo Maureen Martini.

Solo cuando dijo su nombre pareció atraer la atención del hombre que le habían presentado como Jordan Marsalis. Dio un paso hacia ella, y sus ojos revelaban la misma pregunta cautelosa que expresó con la voz.

—Discúlpeme, señorita. Tal vez mi pregunta pueda resultarle dolorosa, pero ¿es usted la prometida de Connor Slave?

Maureen le agradeció mentalmente que hablara de Connor como si todavía viviera, porque era exactamente así como ella pensaba en él a cada instante.

—Sí, soy yo.

Hasta el alcalde conocía la historia, pero el comentario que hizo parecía solo una fórmula de cortesía. Maureen no podía saber que había definido de la misma forma la muerte de su hijo.

—Ha sido una gran pérdida.

A continuación, se hizo un silencio mientras cuatro ojos estaban fijos en ella.

Maureen supo que había llegado el momento. Trataría de expresar en pocas palabras un hecho difícilmente comprensible.

—Iré directamente al grano. Veo que conocen ustedes las circunstancias en que Connor y yo nos vimos envueltos. Debido a ello sufrí lesiones que hicieron

necesario un trasplante de córneas. Por un problema relacionado con ciertas incompatibilidades genéticas, los posibles donantes eran extremadamente escasos. Sin embargo, encontraron a uno.

Maureen fijó los ojos en la atónita mirada azul de Christopher Marsalis. De algún modo sabía cómo iba a terminar aquello, y al mismo tiempo temía saberlo.

—Tengo serios motivos para creer que ese donante era Gerald Marsalis.

—Es posible. Yo mismo autoricé que extrajeran sus órganos cuando me enteré de que pertenecía a una asociación de donantes. Si es así, me alegra saber que gracias a ello usted haya recobrado la vista. Pero todo esto, ¿qué relevancia puede tener con respecto a la investigación de su muerte?

Maureen se quitó las gafas de sol. La luz que entraba por la ventana era como un cuchillo para sus ojos, pero sus palabras iban a ser mucho más dolorosas. Pensó que era justo ofrecerle a su interlocutor una mirada, además de una voz.

—Sé que lo que voy a decirle le parecerá imposible. En realidad, para mí también lo es. Es una locura, pero vivo obsesionada por visiones recurrentes de la vida de su hijo.

Maureen sintió que caía en la habitación el silencio de la compasión. El alcalde miró a su hermano, buscando alguna complicidad en su expresión. Le habló con una incomodidad que trató de ocultar con un tono de voz calmado y mesurado, al tiempo que intentaba, con dificultades, seguir mirándola a los ojos.

—Señorita, no quiero subestimar la experiencia que ha tenido usted. Sé que a veces no es fácil aceptar ciertos hechos. Se lo digo por experiencia personal. Su madre es una persona capaz y una buena amiga. Sin embargo, creo que debería usted permitirme…

Maureen esperaba esa reacción. Entró en aquella estancia con la absoluta certeza de que, cuando hubiera dicho lo que le sucedía, la respuesta sería aquella. No podía culparlos. Ella habría reaccionado del mismo modo si alguien le hubiera contado una historia parecida.

No obstante, continuó por el camino que había elegido recorrer.

—Señor alcalde, con el debido respeto, no me habría presentado aquí si no tuviera una razonable certeza de que lo que le digo es cierto. Me doy cuenta de que la palabra «razonable», en este caso, pueda parecerle fuera de lugar. Soy policía y me han adiestrado para basarme en hechos reales y no en conjeturas

esotéricas o extrasensoriales. Créame que he reflexionado mucho antes de venir aquí, pero ahora que lo he hecho no cambiaría mi versión ni siquiera ante una junta de psiquiatras.

Se puso de pie, sintiéndose desnuda e indefensa ante el juicio de los dos hombres. Tenía que admitir que había sido ella misma quien les había dado el motivo para que se sintieran de ese modo. Volvió a ponerse las gafas oscuras y dijo lo que le quedaba por decir, todo de un tirón, sin mirar a la cara a ninguno de ellos en particular.

—Estoy viviendo durante un tiempo en la casa de mi madre. Si cree usted que estoy loca, llámela. Si piensa ofrecerme el beneficio de la duda, llámeme a mí. Señores, les pido disculpas por la molestia.

Se volvió y se dirigió hacia la puerta, dejando a sus espaldas un silencio que sabía que era de estupor, embarazo y compasión.

Cuando estaba a punto de coger el picaporte, su mirada cayó sobre una foto colocada en un marco de madera junto a la puerta. Dos hombres se estrechaban la mano y sonreían al objetivo. A uno lo conocía muy bien: era Ronald Reagan, el ex presidente de Estados Unidos. Vio que el otro era Christopher Marsalis, con el bigote y el pelo oscuros, mucho más joven y delgado a como se lo veía ahora. No lo reconoció enseguida porque había cambiado mucho, pero sus ojos azules eran inconfundibles. Maureen se dio cuenta, con sorpresa, de que ya lo había visto, no con el aspecto que tenía ahora, sino con el de la foto.

«Era el mismo hombre que en el sueño había entrado en su cuarto y le había roto un dibujo.»

Se puso rígida y habló sin volverse, por temor a leer la reacción en el rostro de los dos hombres que había dejado, perplejos, a sus espaldas.

—Hace mucho tiempo su hijo estaba haciendo un dibujo. Era infantil, pero muy preciso, de un hombre y una mujer que hacían el amor apoyados en una mesa. Usted entró en la habitación y él se lo mostró. Usted se enfureció, mucho. Rompió la hoja y como castigo encerró a su hijo en un cuarto trastero.

Solo al terminar, Maureen se volvió. Como un efecto gráfico en un ordenador, vio que la expresión de circunstancia se borraba del rostro de Christopher Marsalis y se convertía de golpe en estupor. Lo siguió con la mirada mientras se levantaba sin hablar e iba a mirar por la ventana. Maureen, por enésima vez, se asombró de cuántas connotaciones diferentes podía tener el

silencio, como si la ausencia de palabras tuviera más posibilidades de expresión que las palabras mismas. La voz del alcalde de Nueva York llegó desde un rincón de la habitación pero sonaba deshilachada por un largo viaje en el tiempo y en el recuerdo.

—Es verdad. Sucedió hace muchos años. Gerald era un niño. En ese momento mi mujer todavía vivía, aunque ya había empezado a entrar y salir de los hospitales. Yo era mucho más joven que ahora y a causa de su enfermedad hacía más de un año que no tenía relaciones con ella. Había una criada muy guapa que trabajaba en casa, y yo...

Hizo la pausa que Maureen esperaba. El instante de incertidumbre antes de una confesión, por pequeña o grande que sea.

—Sucedió en la cocina. Fue algo instintivo y no volvió a repetirse. Gerald debió de habernos visto sin que nos diéramos cuenta. Cuando me mostró el dibujo estaba muy orgulloso y él no sabía lo que habíamos hecho. Solo se sentía orgulloso de su pequeña obra de arte. Yo tuve miedo de que pudiera mostrarle el dibujo a algún extraño, y lo rompí. Después le hice jurar que no hablaría de ello con nadie, y para hacerle entender que había hecho algo mal le encerré en el cuarto trastero. Era solo un niño, pero creo que nunca me lo perdonó.

Maureen volvió a ver la puerta que se cerraba sobre una cara roja de rabia. Imaginó a un niño en la oscuridad de aquel cuartucho, solo con las mentiras de la oscuridad, que transforma en monstruos de la fantasía la realidad visible y las formas inequívocas de la luz.

Jordan Marsalis acudió en ayuda de su hermano y se interpuso entre ella y el momento de debilidad de Christopher.

—Señorita Martini, como ya ha dicho antes, usted es policía, con todo lo que ello significa. También yo lo he sido, así que los dos sabemos de qué estamos hablando. Admitirá usted que en esta situación hay elementos poco normales, de difícil clasificación. Para ser más explícitos: si dijéramos algo así en un tribunal, cada uno de nosotros se vería obligado a asistir a dos sesiones de análisis por semana. Sin embargo, no me queda otra elección que tener en cuenta lo que nos ha dicho. ¿Hay algo más que usted...?

Maureen se dio cuenta de que trataba de encontrar una definición verosímil para un concepto que a ella misma también le costaba expresar en palabras.

—¿Me está usted preguntando si he visto algo más?

—Exacto.

La palabra pareció abrirse paso desde la garganta hasta los dientes de Jordan.

Maureen, con la misma sensación de liberación que había mostrado el alcalde hacía un instante, salió de la soledad en que la había dejado su experiencia y contó las imágenes que llevaba grabadas en el cerebro. La mujer acostada bajo ella, la cara teñida de azul, la figura amenazadora de un hombre envuelto en la sombra de la escalera, que empuñaba una pistola y cuyo rostro no había logrado ver.

Estaba tan concentrada en su relato que no podía ver el efecto de sus palabras en los hombres con quienes compartía su angustia. La historia terminó en un silencio que dejó en la habitación una gran sensación de vacío. A Maureen no le habría sorprendido si de repente los objetos empezaran a flotar en el aire.

El alcalde fue el primero en hablar, y su voz fue el diapasón que rompía el cristal.

—Es una locura.

Maureen sabía que el comentario no iba dirigido hacia ella. Solo reflejaba el absurdo de una situación que lo obligaba, a pesar suyo, a dejar de lado la incredulidad. No había ninguna explicación, pero aunque la hubiera habido no habría cambiado nada de aquel indefinible testimonio que acababan de escuchar.

Jordan parecía menos conmocionado. Se sentó en la silla situada frente a ella y se apoyó con calma contra el respaldo.

—Creo que es el momento de idear una línea de acción. Tenemos dos víctimas. Las circunstancias de esas muertes nos hacen pensar que los asesinatos están relacionados entre sí por algún elemento que no conseguimos definir. Lo único que hemos logrado encontrar que vincule a Gerald Marsalis y a Chandelle Stuart es que ambos estudiaron en el Vassar College de Poughkeepsie.

Cogió unas fotos en color que estaban sobre una mesa y las empujó hacia Maureen.

—Este *college*.

Maureen tendió un brazo y acercó la foto hacia sí. Cogió una en la mano y...

«... estoy en un sendero que corta en dos un gran prado verde y al caminar me cruzo con unos chavales que me miran sin saludarme y a quienes tampoco

saludo y ante mí hay una gran construcción austera llena de ventanales y levanto el brazo para mirar la hora y de golpe acelero el paso y echo a correr hacia la entrada y...

»... estoy en una habitación y mi campo visual es limitado como si las imágenes me llegaran a través de agujeros y además de mí en la habitación hay otras dos personas, un hombre y una mujer vestidos de oscuro que llevan máscaras de plástico que representan a dos personajes de Snoopy. Una es Lucy y la otra es Snoopy. El corazón me late con fuerza y vuelvo la cabeza siguiendo la dirección de la mirada de los otros dos...

»... y veo la espalda de un hombre inclinado sobre la mesa donde se entrevé un cuerpo tendido, parece un niño, y de golpe el hombre levanta el brazo hacia lo alto y en la mano derecha empuña un cuchillo completamente rojo de sangre y hay más sangre que gotea de sus manos y le mancha las mangas de la chaqueta y aunque no le oigo sé que el hombre de espaldas con la cabeza vuelta hacia el techo está gritando y yo...

»... estoy todavía con el hombre y la mujer vestidos de oscuro que llevan las máscaras de Lucy y Snoopy pero estamos en otra parte y el hombre se apoya en la pared y se levanta la máscara y muestra una cara joven y morena de chico mojada de lágrimas y poco después la esconde entre las manos y resbala contra la pared hasta sentarse en el suelo y ella...»

Maureen fue absorbida como por un remolino hacia el lugar donde se hallaba antes; se encontró arrodillada en el suelo. Vio ante sus ojos un trozo del suelo de madera en medio de dos zapatillas de deporte. Se dio cuenta de que los fuertes brazos que la sostenían eran los de Jordan Marsalis.

Aunque la voz era la de Jordan, parecía venir de muy lejos.

—¿Sucede algo, señorita?

Maureen oyó otra voz muy lejana. Finalmente se dio cuenta de que era la suya.

—Un asesinato. Ha habido un asesinato.

—¿De qué habla? ¿Qué asesinato?

No llegó a oír esta última pregunta. Su cuerpo se volvió muy pesado y se desmayó; aquella pausa era como una balsa de salvamento lanzada por una mano

piadosa, antes de que llegara la helada certeza del terror.

30

Cuando Maureen volvió en sí, lo primero de lo que se dio cuenta fue que estaba tendida en el suelo y que una mano sostenía su cabeza. Poco después, notó la sensación de arena en los ojos que le causaba la luz. Volvió a cerrarlos con una mueca de fastidio.

—Las gafas.

Alargó una mano y sintió bajo la palma la superficie pulida del suelo de madera. Las buscó a tientas a su lado; probablemente se le habían caído cuando se desmayó. Percibió un movimiento a sus espaldas, notó que las patillas se deslizaban delicadamente detrás de sus orejas y luego sintió el bienvenido alivio de las gafas oscuras. Abrió los ojos y se alegró de que los dos hombres no se los vieran, porque estaban brillantes a causa de las lágrimas. Trató de recobrar la respiración normal y calmar los latidos de su corazón.

La voz de Jordan le llegó de lejos, tras romper esa aura que trataba de reconstruir a su alrededor.

—¿Está usted bien?

—Sí —respondió Maureen.

«No», pensó.

«Nada está bien. Si este es el precio que debo pagar por ver prefiero volver a la oscuridad y a las imágenes de mis pesadillas, no a las de otro.»

—¿Desea beber algo?

Maureen negó con la cabeza. Las imágenes de lo que había visto desaparecían de sus ojos como las partes de un rompecabezas que se desmonta pieza a pieza. Solo la angustia permanecía en el estómago como una hoja de

hielo y acero. Trató de sentarse y se encontró ante la cara de Jordan. Sintió el olor de su aliento. Olía a hombre bueno y sano y solo en el fondo se notaba un ligero aroma a tabaco. Sin duda había sido él quien la sujetó y la recostó con cuidado en el suelo para que no cayera.

—Ayúdeme a ponerme en pie, por favor.

Jordan pasó las manos bajo sus axilas y con delicadeza pero aparentemente sin esfuerzo la sostuvo mientras se levantaba. La guió para que volviera a sentarse en la silla donde estaba cuando...

—¿Se siente bien? —preguntó Jordan.

—Sí, gracias. Ya pasó.

—¿Qué ha sucedido?

Maureen se pasó una mano por la frente. A pesar de lo que les había contado a los dos hombres hacía un momento, no podía evitar una sensación de vergüenza por ese nuevo...

«este nuevo.... ¿qué?»

Al fin Maureen decidió definirlo como «episodio». Ni siquiera en su interior quería emplear la palabra «ataque».

—He visto algo.

Christopher Marsalis salió del rincón de la habitación en que se había refugiado para aliviar su inesperada desazón. Se sentó en la silla situada frente a ella, del otro lado del escritorio.

—¿Qué?

Maureen señaló las fotos esparcidas por la mesa.

—He visto el Vassar College. Pero no tal como es ahora, sino como era hace mucho tiempo.

—¿Y cómo puede saberlo?

Maureen indicó con un dedo los árboles junto al sendero que llevaba a la gran construcción del fondo.

—Estos árboles eran más pequeños cuando los he visto.

—Continúe.

Una breve vacilación. Después, las palabras que se agolpaban para salir.

—Estaba allí y corría por un sendero hacia el edificio que se ve en la foto. Luego, de pronto estaba en otro lugar. Con Lucy y Snoopy.

Todavía bajo la impresión de lo que había presenciado en su mente, Maureen

no vio el sobresalto de Christopher Marsalis ni la mirada de espanto que lanzó a su hermano. Los dos hablaron casi al unísono.

—¿Lucy y Snoopy?

Maureen no notó el ansia de sus voces, solo la sorpresa. Se apresuró a explicar en detalle lo que había visto.

—No estoy loca. Lo que quiero decir es que estaba con dos personas que llevaban máscaras que representaban a Lucy y a Snoopy. También yo llevaba una máscara...

Jordan se sentó ante ella y le cogió las manos.

—Maureen, disculpe si la interrumpo...

Ese contacto sin malicia la reconfortó. La tranquilizó oír que la llamaba por su nombre.

Era familiar, era protector, era... humano.

Lo que experimentaba ella, en cambio, no lo era en absoluto. Y no estaba segura de hallarse en condiciones de enfrentarse a ello. Tenía terror a que su mente la traicionara y resbalara en ese abismo del cual quizá jamás lograría volver. Aquello ante lo que se encontraba no estaba hecho de simples visitas a ese lugar donde nacían las formas ficticias de los sueños o las pesadillas. Era internarse en un agujero negro lleno de imágenes procedentes del peor lugar que podía existir: la realidad.

Los ojos azules de Jordan lograron superar también la pantalla polarizada de las gafas.

—Hay algo que no le he dicho. Y creo que lo que ha sucedido ahora disipará cualquier resto de perplejidad. ¿Conoce usted Snoopy?

—¿Y quién no?

—Bien. El que mató a Gerald y a Chandelle dejó los cuerpos en una posición que recuerda a dos de sus personajes. Mi sobrino tenía una manta pegada a una oreja y un dedo en la boca, como Linus. Chandelle Stuart estaba apoyada en un piano, como Lucy cuando escucha tocar al pequeño Schroeder. Y el asesino nos ha dejado un indicio de que la próxima víctima será justamente Snoopy.

La voz de Jordan era tranquila y despertaba confianza; Maureen lo admiró por cómo conseguía disimular la impaciencia ante la velocidad con que sin duda creía que pasaba el tiempo.

—Usted ha mencionado un asesinato —prosiguió Jordan.

—Sí. En la habitación donde estábamos había una persona de pie delante de una mesa. Sobre ella estaba tendido un cuerpo pequeño, de un niño o una niña, quizá. No logré verlo bien porque el hombre estaba de espaldas y me tapaba la vista. Después levantó los brazos y en la mano derecha tenía un cuchillo ensangrentado.

—¿Y luego?

—Luego de golpe me encontré en otro lugar. Estaban otra vez los dos con las máscaras, y la persona que llevaba la de Snoopy se la quitó y lloraba.

—¿Y le ha visto usted la cara?

—Sí.

—¿Sabría reconocerlo?

—Creo que sí.

—Dios santo.

Jordan se levantó de golpe y de pronto empezaron a agolparse palabras por los hilos del teléfono y corriente eléctrica por los cables de alta tensión. Con el dedo índice apuntó hacia su hermano, que se había quedado mirándolos en silencio.

—Christopher, llama pronto al rector Hoogan. Dile que tenemos que entrar urgentemente en la base de datos del Vassar y que nos dé la contraseña de acceso.

Christopher se puso de inmediato al teléfono. Con una frase Jordan borró la expresión interrogativa de Maureen y compartió con ella su esperanza.

—Lo único que tenemos que podría ser probable es que también ese Snoopy fuera uno de los alumnos del Vassar. Si es así, a través de los archivos del *college* podremos intentar identificarlo y ponerle bajo protección, si todavía estamos a tiempo.

La voz agitada de Christopher Marsalis, que hablaba por teléfono, subió de tono y superó la de Maureen y la de Jordan.

—Travis, te digo que es cuestión de vida o muerte. Me importa un comino la privacidad. Dentro de un cuarto de hora te hago llegar todas las órdenes que quieras, pero ahora dame lo que te he pedido. Y dámelo ya.

Esperó unos instantes y enseguida volvió al ataque. El acaloramiento de la conversación hizo que le salieran unas leves manchas rojas en las mejillas.

—Le ha dado a Hoogan mi dirección de correo electrónico privada. En unos

instantes nos enviará el archivo con la contraseña para entrar.

—Muy bien. Maureen, ¿cómo te llevas con el ordenador? —preguntó Jordan.

La situación en que se hallaban contribuyó a facilitar el trato entre ambos. Eran dos desconocidos, pero sobre todo eran dos policías.

—Hice un curso avanzado sobre delitos informáticos. No soy un *hacker*, pero me defiendo.

—Estupendo.

Arrastrados por la fuerza magnética que parecía desprender Jordan, se trasladaron a otro estudio, en el ala opuesta de la casa, un lugar más amplio y lleno de aparatos electrónicos. Había ordenadores con monitores de plasma, impresoras, escáneres, fax y fotocopiadoras.

Ruben Dawson, irreprochablemente vestido y tan lacónico como siempre, estaba sentado en un sillón delante de un teclado. La entrada del trío no cambió su expresión. Jordan se preguntó si existía algo en el mundo capaz de alterar la superficie de ese lago helado que era el secretario del alcalde.

Las palabras agitadas de Christopher no hicieron mella en su impasibilidad.

—Ruben, abre mi correo personal. Tiene que haber un mensaje del Vassar College de Poughkeepsie. Después deja libre el lugar.

Dawson abrió el programa y pronto apareció en la pantalla una cascada de títulos, escritos en negrita, que indicaban los mensajes aún no abiertos. Se levantó y, sin una arruga ni en el rostro ni en la ropa, dejó su lugar a Maureen.

Maureen se quitó las gafas y se sentó ante el teclado. Encontró el mensaje que provenía del Vassar College. Lo abrió y poco después fue al sitio indicado por el enlace. Cuando se abrió y apareció la solicitud de contraseña, escribió el nombre de usuario y la contraseña que les había adjuntado el rector.

Accedieron a una pantalla donde había una secuencia de fechas que correspondían a los años académicos. La lista parecía interminable.

—¿Y ahora?

Jordan se volvió hacia su hermano, sin apartar los ojos de la pantalla.

—Christopher, ¿en qué año estuvo Gerald en el *college*?

—En el 92 y en el 93, me parece.

Ese «me parece» decía mucho de las relaciones entre padre e hijo.

Arriba, a la izquierda, había una pequeña ventana con las herramientas para

definir los criterios de búsqueda.

—Propongo que veamos el período entre 1992 y 1994. ¿Hay algún criterio para reducir la búsqueda? ¿Es posible separar a los hombres de las mujeres? —preguntó Jordan.

Maureen se encogió de hombros.

—Me temo que no. Es la base de datos de una universidad, no un programa de investigación. Suele existir la posibilidad de llegar a una ficha personal si se conoce el nombre, pero creo que cualquier recorrido inverso será un poco difícil.

Jordan apoyó las manos en los hombros de la mujer. No era un gesto de exceso de confianza, sino de solidaridad.

—Ahora creo que tendremos que ver algunas caras. Esperemos que entre ellas esté la que buscamos.

Empezaron a mirar una larga serie de rostros. Chicos y chicas que ya estaban en otra parte convertidos en hombres y mujeres, distribuidos por la casualidad en algún lugar, transformados en lo que habían elegido ser o debatiéndose en lo que se habían visto obligados a convertirse. En esa larga, interminable, sucesión de rostros se hacía patente la sensación del paso del tiempo y de su ineluctabilidad. Patente también era el escozor de la arena en los ojos de Maureen a causa de las emanaciones luminosas de la pantalla. Cuando en ese desfile silencioso y carente de alegría, vio las caras de Gerald Marsalis y Chandelle Stuart, Maureen intentó no pensar que para algunos de ellos el tiempo había terminado, evitó que volviera el recuerdo de Connor.

Se concentró en una lista sin fin de nombres: Alan, Margaret, Jamie, Robert, Allison, Scarlett, Loren...

—¡Aquí está! ¡Es él!

Un joven con el cabello de color castaño rojizo y unos rasgos delicados les dirigía una sonrisa tímida, congelada en una foto de hacía diez años. Maureen se estremeció al pensar que en aquel momento la versión adulta de aquella imagen se hallaba en alguna parte, sin saber que ellos estaban luchando contra el tiempo para salvarle la vida.

La voz de Jordan llegó desde atrás.

—Alistair J. Campbell, nacido en Filadelfia el...

La voz de Christopher Marsalis interrumpió la exposición de datos personales.

—Pues claro. Es el hijo de Arthur «Águila» Campbell, el campeón de golf. Su padre es inglés pero vive en Estados Unidos desde hace años. Creo que ya debe de tener la ciudadanía estadounidense. Ahora vive en Florida y juega en el circuito sénior.

Maureen completó la ficha biográfica del muchacho que seguía mirándolos sonriendo tímidamente.

—Sí, pero Alistair Campbell es también escritor. Figuró hace un par de años en la lista de los más vendidos con una novela que generó, además, bastante sensación. Me parece que se titulaba *El alivio de un hombre acabado*. La he leído. Creo que la publicó Holland & Castle.

Fue Jordan quien dijo en voz alta lo que estaban pensando todos.

—Y la frase que encontré en el piano en la casa de Chandelie Stuart recuerda a Snoopy cuando se las da de escritor.

Hubo un instante de calma tensa, el breve lapso de tiempo entre el relámpago y el trueno. Luego Jordan sacó el móvil de la chaqueta como si quemara.

Marcó un número. Expuso los hechos deprisa, pero claramente.

—Burroni, soy Jordan. Escúchame y toma nota. Tenemos otro nombre. Ex alumno del Vassar College. Es escritor. Se llama Alistair Campbell y publica en una editorial que se llama Holland & Castle. Su padre es Arthur Campbell, un campeón mundial de golf que vive en Florida. Tal vez él sea Snoopy. ¿Has tomado nota?

Se quedó escuchando y luego asintió satisfecho tras la respuesta.

—Perfecto. Búscalo, pero con discreción y sin crear alarma. Debemos encontrarlo antes que nuestro hombre.

Jordan cortó. Se hizo el silencio en la habitación. Solo se oía el ligero zumbido de una pantalla y de sus pensamientos. Ahora que la máquina se había puesto en movimiento y que había una pequeña esperanza, solo quedaba esperar y rogar que con eso bastara. Todos sabían que era un viaje en el que descubrirían si a la llegada les aguardaba otro cadáver o no.

Maureen se levantó de la silla y se volvió hacia Jordan. Instintivamente, desde el primer momento lo había considerado su único referente, como un animal cazador al que basta el olfato para reconocer a su semejante. Acaso también Jordan sentía lo mismo. Lo miró a los ojos y pareció que le leyera los pensamientos. Luego, casi como una confirmación, expresó en voz alta la

hipótesis que todos tenían en la cabeza.

—Tal vez el vínculo que une a las víctimas es justamente lo que tú has dicho. Todos fueron testigos de un asesinato. Y si no conseguimos encontrar a Alistair Campbell a tiempo, quizá nunca sepamos cuál fue.

Maureen no respondió. Se puso las gafas oscuras porque le dolían los ojos y la incomodaba sentirse protagonista en ese momento y de ese modo. Con ese gesto recuperó la soledad y se volvió impermeable a las miradas de las personas que estaban presentes en la habitación. De ese modo, obtuvo la respuesta a una pregunta que nunca había hecho. Jamás se lo había preguntado a Connor, pero ahora sabía qué gélida sensación podía tenerse frente al calor de un aplauso.

31

—Al West Village, en la esquina de Bedford y Commerce.

Alistair Campbell dio al taxista la dirección de su casa y se relajó apoyándose contra el respaldo de un asiento que había visto tiempos y resortes mejores. El conductor se alejó de la terminal del aeropuerto JFK, donde acababa de aterrizar el avión; el taxi se sumó a la fila de coches amarillos que se dirigían hacia la ciudad.

Las luces de Nueva York estaban encendidas pero en realidad aún no habían iniciado su batalla contra la oscuridad. Después de todo el tiempo que había pasado en su casa de Saint Croix, en las islas Vírgenes, volver a encontrarse con los resplandores de colores de la ciudad lo intimidaba y lo sorprendía, como siempre. Cada regreso era un alivio y una angustia a la vez. Alistair Campbell era hombre, además de escritor. Pero era un hombre sin valor, y ello hacía de él un escritor frágil e inseguro. Como todas las personas inseguras necesitaba continuas confirmaciones, y esa ciudad iluminada que se acercaba como si quisiera tragarse el coche en el que viajaba parecía la única capaz de dárselas. Cuando las confirmaciones y los halagos agotaban su poder taumatúrgico y se convertían en necesidades apremiantes y objeto de nuevos miedos, sabía que había llegado el momento de volver a su isla.

En su casa a la orilla del mar la noche era noche y el día traía el sol y la posibilidad de levantarse y después de andar unos pasos por la arena, llegar al océano y poder mear en él.

El móvil que llevaba en un bolsillo empezó a sonar con un timbre atenuado. Lo apagó sin ni siquiera mirar el visor. Había programado el aparato para que le

indicara las horas de las diversas píldoras que debía tomar a lo largo del día. Abrió la cremallera de la mochila que llevaba y sacó del compartimiento interior un comprimido de amiodarona. Hacía tiempo que su corazón manifestaba una tendencia a la fibrilación auricular, y solo con ese fármaco podía mantenerla a raya.

Se puso la cápsula en la boca y, debido a la costumbre, consiguió tragarla sin necesidad de agua.

Había tenido que adaptarse a su cardiopatía desde la infancia, cuando se vio que era un niño delgado y propenso a fatigarse. Hubo un momento en que los médicos temieron incluso que sufriera una cardiomiopatía dilatante, una patología degenerativa que hace que el corazón se agrande progresivamente hasta que impide los latidos casi por completo; entonces es necesario un trasplante.

Cuando su padre, Arthur Campbell, el gran «Águila» Campbell, el hombre que había hecho más *big shots* en la historia del golf, supo que su hijo no sería jamás un campeón ni en su deporte ni en ningún otro lo dejó a un lado como a otras tantas cosas sin importancia. Por otra parte, estaba tan ocupado en mantener viva su leyenda que no le quedaba mucho tiempo para ocuparse de la miserable realidad de quienes lo rodeaban, aunque se tratara de su propio hijo.

La madre, Hillary, se comportaba de forma exactamente opuesta y provocó, si ello era posible, daños aún mayores. Lo puso bajo sus sofocantes alas protectoras y le enseñó qué era el miedo y la huida.

Y desde ese momento Alistair no hizo más que tener miedo y huir.

El móvil volvió a sonar, esta vez con el campanilleo imperioso de una llamada. Abrió la tapa del Samsung y vio en la pequeña pantalla el nombre y la foto de Ray Migdala, su agente literario.

—Diga.

—Hola, Alis. ¿Dónde estás?

—Acabo de aterrizar. Ahora estoy en un taxi, casi llegando a casa.

—Muy bien.

—¿Has leído el material que te envié?

—Desde luego. Lo terminé anoche.

—Y ¿qué me dices?

Hubo un instante de silencio que fue como una alarma para la impaciencia y

el entusiasmo de Alistair.

—Creo que debemos vernos.

—Joder, Ray, cuánto misterio. ¿Te ha gustado o no?

—Precisamente de eso quiero hablarte cuando nos veamos. ¿Te viene bien mañana por la mañana, o estás muy cansado por el viaje?

—No, hablemos ahora. Y habla claro, al menos por una vez en tu vida.

Ray Migdala tomó esas palabras como una pequeña instigación, y no le costó responder a la provocación.

—Como tú quieras. He leído tu nueva novela y es una mierda. Creo que esta vez he sido bastante claro.

—Pero ¿qué dices? ¿La has leído bien? Yo la encuentro muy buena.

—Entonces será mejor que sepas que eres el único que la encuentra muy buena. He hablado con Haggerty, tu editor de Holland & Castle, y es del mismo parecer.

Quizá en aquel momento Ray recordó el estado de salud de Alistair y se dio cuenta de que había sido demasiado duro. Cambió de tono y trató de echar un poco de bálsamo en las heridas.

—Alis, te lo digo por tu bien. Si sigues con esto los críticos te machacarán.

—Sabes muy bien cómo es la crítica, Ray. En los resultados comerciales no influyen para nada.

—En este caso, yo no estaría tan seguro. De todos modos, te informo que Ben Ayeroff, el director editorial, no tiene la intención de verificar tu afirmación.

Notó un síntoma de pánico. Ahora la ciudad que se acercaba ya no parecía un lugar donde encontrar las confirmaciones y los elogios que necesitaba, sino un sitio amenazador donde el fracaso siempre estaba al acecho. El túnel Queens Midtown, en el que estaban a punto de entrar, parecía un abismo sin salida, un gusano de la arena del planeta Dune.

Alistair respondió tratando de mantener firme la voz.

—¿Qué quieres decir?

—En pocas palabras, que no tienen intención de publicar tu libro. Incluso están dispuestos a renunciar al anticipo que ya te han dado.

—Me importa un comino. Hay otras editoriales en el mundo. Knopf, Simon & Schuster y...

Aquel arrebato de orgullo sin convicción se apagó muy pronto; bastaron unas

cuantas palabras.

—Lo sé, pero esta vez soy yo quien no tiene intención de ir a presentarlo. No quiero matarte con mis propias manos.

Esta aclaración alteró ligeramente los latidos en el pecho de Alistair Campbell. Leyendo entre líneas, estaba claro que a Ray le preocupaba mucho más su reputación que la de su cliente.

—Tal vez debamos dar un paso atrás, Alis. Y perdóname si soy demasiado franco. Publicaste tu primera novela con Holland & Castle porque al mismo tiempo tu padre aceptó publicar para ellos una biografía suya. La verdad es que tu novela era muy mediocre y no le llamó la atención a nadie, pero el editor recuperó las pérdidas con los abundantes beneficios que dejaron las ventas del otro libro. Lo sabías, ¿verdad?

Alistair lo sabía demasiado bien. Recordaba la humillación que sufrió cuando su madre le informó del acuerdo y le convenció de que no era más que un paso necesario para darse a conocer.

—Desde luego que lo sabía, pero ¿qué tiene que ver? La primera era una obra juvenil, y se consideró como tal.

—Exacto. Por eso logré hacer leer la segunda. Cuando presentaste esa pequeña obra maestra que era *El alivio de un hombre acabado,* el éxito llegó. Y con el favor de la crítica...

Ray dejó la frase sin terminar; era una evidente réplica al anterior juicio de Alistair sobre las reseñas literarias.

—No sé cómo decírtelo. Tu tercera novela no parece ni de lejos escrita por la misma persona que escribió *El alivio de un hombre acabado*.

Fue una suerte que Ray, del otro lado del teléfono, no pudiera ver la expresión de Alistair. Si hubieran estado el uno frente al otro, quizá su agente hubiera visto cuánta verdad había en lo que acababa de decir.

«No parece ni de lejos escrita por la misma persona.»

De haber podido, Alistair Campbell se habría reído.

En la gran casa de Vermont donde estaban casi siempre solos él y su madre, había una especie de factótum que casi habían heredado del propietario anterior. Se llamaba Wyman Sorhensen y vivía en una casita al final del parque. Desde que Alistair le recordaba, había estado siempre igual. Un hombre con el pelo blanco, alto y flaco, que daba la impresión de haber nacido viejo y haber vestido

siempre una ropa que parecía una talla más grande que la que correspondía a su cuerpo.

Pero tenía una voz tranquila y la sonrisa y los ojos más serenos del mundo.

Para Alistair se convirtió en la única y verdadera referencia, ya que la presencia paterna era cada vez más borrosa y su madre lo había aislado por completo de todos, cubriéndolo con las redes de su afecto y su preocupación. Wyman era la única persona que no lo trataba como a un enfermo sino como a un niño normal y lo compensaba de la prohibición de jugar, sudar y reír con otros niños.

Le enseñó todo lo que sabía, con la complicidad de dos náufragos que se enfrentaban al resto del mundo, ese mundo que a Alistair le estaba vedado y a Wyman no le interesaba para nada. Parecía un personaje de ciertas novelas de Steinbeck, un hombre que se había construido una cómoda morada en su personal *Tortilla Flat*.

De él aprendió el amor por los libros y la lectura, él le hizo descubrir un universo de evasión y viajes, sin moverse un palmo de su silla colocada bajo el pórtico de la pequeña casa del parque. Gracias a él entendió la importancia de las palabras y la fantasía, aunque no estuviera muy familiarizado con ellas. Gracias a él, mucho tiempo atrás, maduró en Alistair la idea de matricularse en el Vassar College para orientarse hacia la escritura; esa fue la primera decisión que tomó contra la voluntad de su madre.

El viejo murió tranquilamente en su cama cuando él tenía catorce años; pasó de la vida a la muerte a través del filtro indoloro de la noche y el sueño. Alistair todavía pensaba con ternura que el viejo Wyman Sorhensen había merecido con creces ese privilegio.

No le dieron permiso para asistir al funeral porque, según Hillary Campbell, podía ser una emoción demasiado fuerte y perjudicial para la endeble constitución de su hijo. De modo que aquella mañana vagó por el parque, sintiéndose por primera vez verdaderamente solo. Llegó a la casa de su amigo y encontró la puerta abierta. Entró, un poco incómodo, como si violara la intimidad y la confianza de una persona que ya no podía defenderse. Pese a ello, comenzó a curiosear entre las cosas de Wyman, mientras se preguntaba adónde iría a parar todo aquello, ya que el viejo no tenía parientes.

Después abrió aquel cajón.

En el interior de madera había una pesada carpeta con la tapa negra, atada con un cordel rojo. En la cubierta había una etiqueta blanca con un título escrito con pluma: *El alivio de un hombre acabado*.

La sacó del cajón y la abrió. En el interior había centenas de hojas numeradas, escritas a mano con una caligrafía nerviosa y menuda. Parecía casi imposible que en la era de los ordenadores alguien hubiera podido escribir a mano semejante cantidad de páginas, con la paciencia y la dedicación de otra época.

Alistair cogió la carpeta y la llevó a su habitación, donde la escondió entre sus objetos más íntimos. Leyó aquella novela, que Wyman había escrito a lo largo de todos aquellos años sin mencionarla jamás a nadie. Alistair no la entendió del todo, pero la cuidó como un secreto precioso, primero como la reliquia de su mejor amigo y después como un pequeño tesoro que podría utilizar en el futuro.

Y, efectivamente, la utilizó.

Después de la indiferencia del público y la crítica hacia su primera novela, decidió publicarla con su nombre, tras hacer unas pequeñas modificaciones necesarias para adaptar la historia a su época y a su manera de expresarse.

La entrada en el túnel de Queens interrumpió la comunicación. La desaparición de la voz de Ray lo rescató de sus pensamientos. Esperaría a llegar al otro lado antes de reanudar una conversación que le había causado ansiedad y que ahora lo aterraba.

Cuando salieron al aire libre pulsó la tecla de llamada del móvil como si estuviera sentado en una silla eléctrica y ese fuera el botón que la accionaba.

Ray atendió al primer timbrazo.

—Disculpa, entramos en el túnel y se cortó.

—Te decía que no hay por qué preocuparse. Ayeroff fue duro pero no taxativo. Creo que si me esfuerzo hasta estarán dispuestos a darte el tiempo necesario para que escribas una novela como tú sabes.

«No, yo no sé. La persona que sabía murió hace mucho tiempo y ahora soy yo el hombre acabado, pero sin alivio alguno.»

Debería haberlo gritado hasta romperse las cuerdas vocales, pero guardó silencio, como había hecho siempre en su vida.

—Ya verás como todo se arregla. Hay cosas peores. ¿Te has enterado de lo

que ha pasado aquí, en Nueva York?

—No. Ya sabes que cuando estoy en Saint Croix desconecto por completo.

—Pues se ha desatado una locura. Han asesinado al hijo del alcalde. Y también a Chandelle Stuart.

Alis Campbell tuvo una impresionante serie de extrasístoles, y luego un sudor helado cubrió su frente. Sintió que la mano con que sostenía el móvil se humedecía, como si del teléfono hubiera salido un vapor de hielo seco.

Hizo una pregunta cuya respuesta ya sabía, pero no quiso renunciar a una pequeña esperanza.

—¿Quién? ¿La hija de esa familia del acero?

—Sí. No se sabe casi nada, pero parece que ha sido el mismo asesino. Podría ser un buen punto de partida para una novela policíaca.

Alistair Campbell se encontró de pronto sin voz; su lengua parecía de esparto.

—¿Todavía estás ahí?

—Sí, aquí estoy. ¿Cómo ha sucedido?

—Repito: oscuridad absoluta. No se ha filtrado ninguna indiscreción. Solo se sabe lo que te he dicho. Es comprensible, dado que está de por medio el hijo de Christopher Marsalis.

La voz de Ray Migdala expresó al fin una ligera preocupación por el cambio de tono de su voz.

—¿Qué pasa, Alis? ¿Te encuentras bien?

—Discúlpame, solo estoy un poco cansado. Tranquilo, estoy bien.

Pero no estaba bien en absoluto.

De golpe volvía a sentir el sabor a vinagre del miedo y el ilusorio placebo de la huida como remedio. Habría querido decirle al taxista que diera la vuelta y regresara al aeropuerto, así podría volver a la quietud de su isla. Solo se lo impidió la certeza de que hasta el día siguiente no habría aviones que pudieran llevarlo.

—Bien, entonces hablamos mañana y estudiamos la situación.

—De acuerdo. Hasta mañana.

Cerró la comunicación mientras el taxista cogía la Primera Avenida y luego la calle Treinta y cuatro. Se apoyó contra el respaldo. Desde ese momento, con los ojos muy abiertos y fijos en una ventanilla sucia que no veían, el trayecto

hasta su casa se llenó de imágenes desenfocadas, estelas de carteles luminosos y coches en movimiento.

Sentía una molesta pulsación en las sienes y volvió a coger la caja de píldoras que llevaba en la mochila. Con la misma brusquedad que antes cogió un comprimido de Ramipril para la presión, sin ni siquiera mirar los avisos horarios del teléfono.

Dos nombres continuaban rebotando en su cabeza como un salvapantallas de un ordenador enloquecido.

«Gerald y Chandelle.»

Y una palabra.

«Asesinados.»

No tuvo tiempo de abandonarse a los recuerdos y al pánico que podían provocar. El taxi se detuvo ante su casa casi sin que se diera cuenta de la distancia recorrida. Pagó la carrera y bajó del coche. Mientras buscaba las llaves en la mochila, se dirigió hacia la casa baja de madera clara y aspecto acogedor y a los tres escalones que subían a la puerta de entrada con su picaporte de bronce.

Bedford era una calle estrecha y corta, una transversal de Hudson, algo escondida, y a aquella hora estaba tranquila y en silencio. La única luz encendida era la de una sastrería anacrónica, en la esquina de Commerce. La luz indicaba que alguien estaba trabajando todavía, pero en ese momento Alistair Campbell estaba tan absorto que no le prestó atención. Tampoco prestó atención a un viejo coche aparcado un centenar de metros más atrás, que se ponía en marcha y avanzaba despacio, con los faros apagados. No oyó ni vio que el coche se detenía, con la puerta abierta, ni al hombre que se apeaba y se acercaba. Llevaba un chándal con la capucha puesta y cojeaba levemente de la pierna derecha. Alistair Campbell había subido los escalones y estaba metiendo la llave en la cerradura; en ese momento vio un brazo que entraba en su campo visual. Sintió un paño húmedo contra la nariz y la boca. Trató de soltarse, pero su agresor lo apretaba con fuerza mientras le rodeaba el cuello con el otro brazo.

Intentó respirar pero notó en las fosas nasales un penetrante olor a cloroformo. Sintió un leve ardor en los ojos y su vista se empañó; poco a poco sus piernas cedían. Su cuerpo delgado se aflojó en los brazos del agresor, que lo sostuvo sin esfuerzo.

Un instante después el hombre lo dejó en el asiento posterior de un

desvencijado Dodge Nova. Luego, con el rostro oculto por la capucha se sentó al volante y, sin encender los faros, el coche se apartó de la acera y fue a mezclarse sin prisa con las luces y los demás coches.

32

Alistair Campbell estaba desnudo y aterrorizado.

Su cuerpo aterido estaba sumido en la oscuridad del maletero de un coche que olía a calcetines usados y a cloaca y que avanzaba velozmente, con la dureza de una suspensión estropeada. Después de la agresión frente a la puerta de su casa, no llegó a perder el conocimiento; le entró un extraño sopor que hacía más pesado su cuerpo, como si de pronto los huesos se hubieran transformado en plomo.

Las primeras y bruscas curvas que trazó el conductor le hicieron resbalar del asiento gastado al suelo del coche. Con el olor polvoriento del tapete bajo la nariz, circularon durante un rato que le pareció interminable; desde abajo veía las luces de la ciudad que desfilaban encima de sus ojos hasta desvanecerse casi del todo. En cierto momento se detuvieron en una zona desierta donde había poca luz.

Se veía un resplandor amarillo e intermitente a cierta distancia. Quizá fuera un faro que indicaba el camino del puerto a los marineros, o una señal de peligro para los aviones, o simplemente las lágrimas de un hombre aterrado que velaban la imagen de una estrella en la noche.

Oyó el golpe de la puerta delantera que se abría y poco después notó una ráfaga de viento que entraba por la puerta de su lado. El aire olía a herrumbre y algas, y a pesar de su embotamiento logró tener un pensamiento lúcido. Se dio cuenta de que debían de encontrarse en algún lugar cercano al agua, aunque jamás conseguiría saber o recordar cuál.

En su campo visual empañado por el narcótico y la oscuridad apareció un

hombre vestido con un chándal barato de felpa y con la cara cubierta por un pasamontañas con aberturas por las que se entreveían los ojos y la boca. Lo cogió con dos manos enfundadas en guantes negros, lo levantó con la misma facilidad con la que habría cogido un paquete ligero y lo hizo sentarse en el asiento posterior, con las piernas hacia fuera. Alistair sintió que sus piernas pendían en el vacío con la lasitud antinatural de un muñeco sometido por completo al poder del ventrílocuo.

Sin otra reacción posible más que el miedo, vio que su agresor sacaba de un bolsillo un rollo de cinta adhesiva y un grueso cúter. No sabía dónde, pero en esa semioscuridad de claridades lejanas la hoja encontró luz suficiente para lanzar un centelleo amenazador; con unos gestos rápidos y precisos el hombre le tapó la boca con un pedazo de cinta y le ató las manos, con los brazos delante del cuerpo.

Lo cogió y lo sostuvo sin esfuerzo mientras lo arrastraba hacia la parte posterior del coche. Apuntaló al prisionero apoyándolo contra su cuerpo duro y macizo y lo mantuvo en esa posición sosteniéndolo con un brazo alrededor de la cintura, mientras con la mano libre abría la cerradura del maletero.

Lo metió dentro de un empujón. Alistair sintió que la mano de su secuestrador le levantaba las piernas y colocaba el resto del cuerpo en el oscuro hueco. La luz de una linterna lo deslumbró. Caía sobre él desde lo alto como algo mortal, extraterrestre, una luz sobrenatural que llegaba de ese lugar maldito donde se esconden todas las pesadillas que la locura humana decide hacer reales.

Vio que la hoja del cúter entraba en el cono de luz delante de sus ojos. Su corazón desbocado no dejó espacio para la vergüenza; su cuerpo se libró de cualquier inhibición y se orinó y defecó encima.

Finalmente emitió un alarido desesperado que el hombre no tuvo en cuenta, como tampoco dijo una palabra cuando vio la mancha oscura que se ensanchaba en sus pantalones. Con calma pero con destreza empezó a cortar las prendas livianas que llevaba su prisionero. Alistair sentía un estremecimiento, que no solo era de frío, cada vez que la hoja rozaba su piel.

Lágrimas que no despertaban ninguna piedad seguían saliendo de sus ojos. Corte tras corte, estremecimiento tras estremecimiento, gota tras gota, quedó desnudo frente a esa luz estéril, rodeado de esos trapos que olían a orina, mierda y miedo, que ahora eran su única vestimenta. El cierre de la puerta sumó

oscuridad a la oscuridad y lo dejó solo en compañía de su terror y su hedor.

En el silencio, oyó ruido de puertas que se cerraban y luego el arranque del motor; entonces supo que aquel no había sido más que un alto pero no el destino final. El Dodge volvió a ponerse en marcha, y ahora él viajaba encerrado en el retumbo desquiciado del coche y de sus pensamientos.

¿Quién era ese hombre?

¿Qué quería de él?

Volvieron a su mente las palabras de Ray, que hacía poco —¿una hora?, ¿un siglo?— había oído que salían del teléfono con el ruido del hielo que se rompe bajo los pies.

Gerald Marsalis y Chandelle Stuart habían muerto.

Aquellos a los que en otros tiempos conocía como Linus y Lucy habían sido asesinados por alguien que los había buscado y encontrado. Y ahora él estaba encerrado, atado y desnudo en el maletero de un coche que tal vez lo llevaba hacia el mismo destino.

Sintió que, bajo la cinta adhesiva que le cubría la boca, sus dientes comenzaban a castañetear con el ritmo incontrolable del miedo. Por algo sucedido mucho tiempo atrás, su alma de cobarde había programado el remordimiento del mismo modo que él programaba el móvil para que le recordara cuándo debía tomar sus píldoras.

Le bastaba con despertarse para encontrar un recuerdo claro y vivo en su mente, como si todo aquello estuviera sucediendo en ese preciso instante frente a sus ojos. Durante años había querido contarlo, pero no encontraba el valor. Indirectamente, había tratado de hacerlo en sus libros, a través de las palabras, un confíteor literario oculto en la metáfora; pero sabía que esos signos no significaban la liberación de la confesión y menos aún una posibilidad de absolución ante el tribunal del espejo.

Al cabo de un rato —¿una hora?, ¿un siglo?—, Alistair oyó que el coche se detenía con una sacudida, como si hubiera subido a un bordillo. A causa del brusco movimiento, sus manos atadas chocaron dolorosamente contra los testículos.

Sobre el ronquido del motor al ralentí, oyó el sonido de una puerta que se abría. Poco después, un ruido metálico seco y luego otro, como de una cadena de ancla que se deslizara y luego el chirrido de una verja al abrirse sobre un quicio

al que le hacía falta aceite.

Otra vez la puerta del coche que se cerraba y otra vez el movimiento, mientras el Dodge recorría lentamente un camino bastante largo y lleno de baches. Tras un breve trayecto, se detuvo al fin y el motor se apagó.

Alistair oyó de nuevo el chirrido de la portezuela abierta y luego un rumor de pasos sobre la grava; cada paso iba acompañado de un golpe sordo de su corazón. Se abrió el maletero y la luz de la linterna, esta vez apuntada hacia abajo, le permitió entrever la silueta del hombre, que sostenía en la mano derecha unos largos alicates para cortar metal y los apoyaba en el hombro. Echó una breve ojeada a su pasajero, mientras iluminaba por un instante el hueco del maletero; luego, como si estuviera satisfecho con lo que había visto, volvió a cerrarlo, dejando en los ojos de Alistair una mancha amarilla como único recuerdo de la luz.

Todos los sonidos del exterior llegaban al prisionero a través de las pulsaciones que sentía en los oídos. Los latidos bajo las costillas y después una serie interminable de extrasístoles, se convirtieron de golpe en el paroxismo de la fibrilación, que con el tiempo Alistair había aprendido a reconocer y a temer. Sintió que se le cortaba el aliento, y a partir de ese momento parecía que la respiración no podía llevar a los pulmones su indispensable carga de oxígeno.

En condiciones normales respiraría por la boca, aspirando con avidez el aire que necesitaba para sobrevivir, pero en esa situación, con la cinta adhesiva que se lo impedía, solo disponía de las fosas nasales para aferrarse a la vida. El polvo y el olor de sus propios excrementos eran como una película que poco a poco contribuía a cerrar los agujeros a través de los cuales aquel aire estancado y viciado podía dirigirse al interior de su caja torácica.

El corazón ya solo era una sucesión de contracciones cortas y desesperadas, sin el familiar consuelo del latido sistólico

«pa-tuc pa-tuc pa-tuc pa-tuc pa-tuc pa-tuc»

un sudor ácido le empezó a bajar por la frente hasta llegar a los ojos. Trató de alzar los brazos para enjugarse la cara, pero la posición en que se encontraba y la cinta adhesiva que le apretaba las muñecas le impedían realizar tal movimiento.

De fuera llegó un nuevo ruido seco y metálico, como el de un candado cortado, y luego el rechinar de una puerta corredera.

Esta vez, los pasos sobre la grava que se acercaban tendrían que haber sido

una carrera muy veloz para ganar a los desenfrenados latidos del corazón

«pa-tuc pa-tuc pa-tuc pa-tuc pa-tuc pa-tuc»

oyó saltar la cerradura del maletero y la puerta se abrió de golpe. Justo en el momento en que un hilo de luz penetraba en el interior, Alistair oyó un grito sofocado y vio que su agresor hacía un movimiento con el brazo izquierdo para sostener el derecho, como si la tapa del maletero, al abrirse, lo hubiera herido.

A la luz de la linterna que había apoyado en el techo del coche para tener las manos libres, el hombre se subió instintivamente la manga del chándal para ver la gravedad de la herida. Una marca roja de sangre surcaba la piel a lo largo de la muñeca y...

Desde su lugar de observación, Alistair abrió mucho los ojos a causa de la sorpresa.

En el antebrazo derecho de su secuestrador había un gran tatuaje que representaba un demonio con cuerpo masculino y etéreas y multicolores alas de mariposa.

Alistair conocía ese tatuaje y conocía al que lo llevaba. Sabía cuándo y dónde se lo había hecho y quién tenía uno igual.

El efecto del líquido que había aspirado ya había pasado por completo. Con los ojos reducidos a dos grandes e inútiles monedas que no podían pagar el precio de su vida, empezó a gemir, dar tirones y patalear en un ataque histérico mientras el corazón

«pa-tuc pa-tuc pa-tuc pa-tuc pa-tuc pa-tuc»

era ya un latir ininterrumpido que le clavaba espinas en la garganta y el pecho.

Como si lo hubiera sorprendido su propio gesto, el hombre se bajó deprisa la manga del chándal y cerró en parte el maletero, apoyándose en el coche con el cuerpo. A través de la rendija que quedaba abierta, Alistair vio cómo se inclinaba, y se sujetaba el brazo como si el dolor fuera muy fuerte, mientras una mancha roja de sangre aumentaba y empapaba la manga del chándal.

En ese momento, desde un lugar indefinido de la oscuridad del lugar en que se hallaban, llegó una voz.

—¡Eh! ¿Qué sucede aquí? ¿Quiénes sois? ¿Cómo habéis entrado?

El peso sobre el maletero se aligeró y la chapa se elevó un poco, liberada del cuerpo del hombre. Ese movimiento hizo que la linterna cayera del techo del

coche y se apagara.

Alistair oyó los pasos de alguien que se acercaba deprisa, seguidos por el ruido sobre la grava de las pisadas de su secuestrador, que se alejaba del coche.

—Eh, tú, ¡alto ahí!

Por un lado del Dodge pasó velozmente un hombre que corría tras su agresor, que huía. El eco de los pasos de los dos hombres se hizo más débil y se desvaneció a lo lejos.

Silencio.

Una breve espera y, al cabo de siglos, aún silencio.

Alistair alzó la cabeza y empujó con la frente la tapa del maletero. La puerta se abrió del todo y le permitió mirar el lugar donde se encontraba. Era un terreno enorme, iluminado solo por unas pocas luces lejanas. A su izquierda, a mucha distancia, quizá del otro lado del río, las luces familiares de Nueva York. A su derecha, al límite de donde alcanzaba su mirada, se divisaban unas farolas, y unas casas y un camino que bordeaba una zona señalada por una alambrada.

Esas luces y esas casas significaban que había coches, gente, ayuda.

Que había vida.

Apoyando las piernas contra los laterales del maletero, logró con esfuerzo girar y sentarse. Levantó las manos atadas y como pudo se arrancó la cinta que le tapaba la boca. Sin hacer caso del ardor de los labios, bebió como si fuera de un seno materno el aire húmedo de la noche mientras el corazón todavía latía su danza guerrera en el pecho. Le parecía que de un momento a otro estallaría y transformaría su cuerpo desnudo en una lluvia de fragmentos ensangrentados que alimentarían a los pocos y enclenques arbustos que había cerca del coche

«pa-tuc pa-tuc pa-tuc pa-tuc pa-tuc pa-tuc»

tratando de no golpearse la cabeza contra la tapa de chapa que se balanceaba sobre él, Alistair se volvió y se arrodilló. Apoyó las manos en el borde del maletero y consiguió salir del hueco, dejando atrás la ropa sucia y rota como testimonio de su miserable humanidad ante la presencia de la muerte.

Dio unos pasos vacilantes hacia las luces lejanas, sin prestar atención a la dureza del camino de tierra que debía recorrer. No se detuvo a observar el gran almacén industrial ante el cual se había detenido el coche, un Nova de quince años de antigüedad, con la carrocería toscamente reparada, con restos de masilla. Dejó a sus espaldas aquella puerta abierta a la oscuridad del interior de la

construcción y, atraído como una mariposa nocturna por la ilusión de claridad que tenía delante, se dirigió hacia lo que en ese momento representaba la única esperanza de sobrevivir.

Volvió a ver como un relámpago el tatuaje ensangrentado bajo la débil luz de la linterna y la figura amenazadora del hombre que lo llevaba. Alistair sabía quién era y sabía qué sería capaz de hacer si regresaba, aunque ignoraba sus motivos.

Este pensamiento lo aterrorizó y su cerebro buscó la energía necesaria para ordenar a sus piernas entumecidas que se movieran.

Echó a correr hacia esas luces del fin del mundo movido por el pánico y con un dolor sordo en los oídos y en el pecho

«pa-tuc pa-tuc pa-tuc pa-tuc pa-tuc pa-tuc»

sin preocuparse por sus pies descalzos que, como en un cuento de terror, empezaron casi enseguida a dejar manchas de sangre tras de sí, como un rastro sobre la grava.

33

El Ford Corona blanco y azul de la policía bajó despacio por la rampa del puente Williamsburg y dobló a la derecha, dejando atrás una plaza llena de autobuses dormidos sobre sus neumáticos. En esa zona vivían principalmente judíos ortodoxos, con sombrero negro, barba y largos bucles a ambos lados de la cara, pero a esa hora no se veía a casi nadie. Los carteles de las tiendas, de las carnicerías y los supermercados que vendían carne y productos kosher estaban apagados, y las persianas metálicas bajadas, como ojos que no ven y oídos que no oyen.

Manhattan, con todos sus colores, estaba muy lejos, tanto que casi parecía un lugar imaginario. Por aquella zona, en aquel momento, solo circulaban algunos automóviles y las ondas de radio de los satélites que dirigidos hacia abajo se cruzaban con las plegarias de las sinagogas que iban hacia lo alto.

La agente Serena Hitchin, una bella mujer negra de veintinueve años, iba al volante, y Lukas First, su compañero, iba sentado a su lado con el cuerpo echado hacia delante. Tenía la cabeza vuelta hacia ella, sonreía y marcaba, golpeando con las manos en el salpicadero de plástico del vehículo, el ritmo de alguna melodía.

—Tú que entiendes de esto, ¿voy bien así?

Serena había iniciado, hacía ya un tiempo, una relación con un miembro del repertorio de Stomp, un musical ya mítico, lleno de números de percusión, que se representaba desde hacía varios años en el Orfeus, un teatro de la calle Segunda, en el East Village. Lukas sabía qué importante era aquella relación para su compañera, pero no perdía la ocasión de provocarla; podía hacerlo

porque se llevaban muy bien.

La mujer se rió del torpe intento de su compañero.

—Eres un desastre, Lukas. La música no es tu fuerte.

Lukas adoptó una voz y una expresión de suficiencia mientras volvía a apoyarse contra el respaldo.

—¡Qué raro! De pequeño cantaba en el coro de la iglesia.

—Fue en ese momento cuando Dios apareció durante la función, te señaló con el dedo y dijo: «O él o yo».

Lukas se volvió hacia ella con los índices cruzados, como si Serena fuera un vampiro.

—Calla, blasfema. Si él hubiera aparecido me habría señalado y habría dicho: «Aquí tenéis mi obra maestra. Un día este hombre será grande».

Serena rió, mostrando sus perfectos dientes blancos.

—Eres un tozudo. ¿Sigues pensando lo mismo?

—Por supuesto. Ya verás como tarde o temprano sucederá. Mi nombre en Broadway en un cartel luminoso y yo iré de visita al distrito, en un coche que os dejará a todos verdes de envidia. Mira lo que le ha pasado al capitán Shimmer...

Lukas First era un hombre muy atractivo, sobre todo con el uniforme, que le sentaba de maravilla. Por amor al arte había asistido a algunos cursos de declamación y de vez en cuando obtenía pequeños papeles como actor de reparto. En el distrito todos recordaban aún el orgullo con que había anunciado su participación en una película de Woody Allen. Los arrastró a todos al cine, y cuando al fin llegó la escena en que se lo veía, de espaldas, durante apenas dos segundos, empezaron las burlas, que duraron días.

Lukas confirmó sus pensamientos asintiendo con la cabeza, mientras abría una ventanilla para encender un cigarrillo. Había llegado a un tácito acuerdo con su compañera, que le permitía hacerlo solo de esa manera y cuando nadie lo veía.

—El capitán sí que ha tenido suerte.

El capitán Shimmer, del que hablaba Lukas, era el protagonista de una especie de historia de la Cenicienta en pleno Departamento de Policía de Nueva York. Había trabajado de asesor en el cine y, cuando se jubiló, todavía bastante joven, volvió a ese ambiente; ahora interpretaba a menudo papeles de policía en películas y programas de televisión. Era una referencia para todos aquellos que

soñaban con dar un golpe ganador, que cambia totalmente la vida.

—Y tú has tenido suerte al entrar en la policía, Luke. Apuesto a que nunca dejarás este trabajo. Te gusta demasiado.

Lukas arrojó el cigarrillo por la ventanilla y echó la última bocanada de humo. Luego se giró hacia la mujer y adoptó una actitud intencionadamente pomposa.

—Es cierto. Yo he nacido para ser policía. Pero también me gusta la idea de haber nacido para ganar un Oscar algún día. Y entonces aprovecharé para agradecer a mi ex compañera, Serena Hitchin, que su confianza y su apoyo me ayudaron a alcanzar mi objetivo.

Era una noche tranquila, estaban satisfechos y contentos con su vida y con lo que hacían, y no había ningún motivo para no bromear.

Pero, como siempre sucede, el motivo para no hacerlo se presentó enseguida.

La radio comenzó a graznar y poco después salió de ella una voz que, pese al deficiente sonido de los altavoces, tenía un tono oficial.

—Atención. Comunicado para todos los coches patrulla. Hay un aviso de alerta máxima del One Police Plaza. Se trata de un secuestro. La víctima es un hombre de raza blanca, de alrededor de treinta años, un metro ochenta de estatura, delgado, pelo castaño. Se llama Alistair Campbell. Es posible que el hombre que lo ha secuestrado sea el responsable de los asesinatos de Gerald Marsalis y Chandelle Stuart. El secuestrador se ha escapado al volante de un Dodge Nova muy viejo y con evidentes marcas de masilla en la carrocería. Repito: alerta máxima.

Lukas lanzó un silbido.

—¡Coño! Con toda la reserva que rodea a este caso, hacer un comunicado así, por la frecuencia normal y con el riesgo de ser interceptado por los medios, significa que los peces gordos deben de estar desesperados.

—También tú lo estarías si fueras el alcalde de Nueva York y hubieran matado a tu hijo de esa forma.

—Ya, supongo que sí.

El momento de relajación había pasado. Ya había sucedido otras veces, y lo haría otras muchas. Siempre surgía algo que llegaba sin avisar para recordarles qué significaba recorrer las calles con un uniforme azul y en un coche con las siglas NYPD. Pero lo habían aceptado y debían vivir con ello, al igual que lo

habían hecho tantos otros colegas que ya no podían contarlo.

Mientras hablaban, al comienzo de la calle Robling, doblaron a la derecha por la calle que bajaba hacia el río East. Cruzaron la avenida White y se encontraban en la calle Clymer, ante el cartel del Brooklyn Navy Yard.

Del otro lado de la alambrada oxidada que delimitaba el terreno, distinguieron la silueta de unos viejos vagones de metro, que esperaban a que los destruyeran. En la oscuridad, unas construcciones altas de ladrillos oscuros, muchas de ellas en ruinas y abandonadas, se alzaban sobre la calle y la miraban desde unas ventanas con los cristales rotos; también ellas esperaban convertirse en una rehabilitada zona residencial o en un ejemplo de arqueología industrial.

Serena dobló a la izquierda y el coche avanzó lentamente por la avenida Kent, en dirección al sur, hacia Brooklyn Heights. Bordearon el almacén donde se aparcaban los coches abandonados, que luego se subastarían en lotes.

Lukas se distrajo un instante mientras miraba absorto todos esos vehículos que esperaban a un nuevo propietario después de haber sido en cierta forma traicionados por el anterior.

—Santo cielo. ¿Qué coño es aquello?

Al oír la voz alarmada de Serena, el agente volvió de golpe la cabeza hacia la calle.

A la escasa luz de las farolas, se veía a un hombre que había salido por una abertura de la alambrada y se dirigía corriendo hacia ellos con las manos alzadas. Salvo por unos jirones de ropa que bailaban sobre sus hombros, estaba completamente desnudo y se movía como si cada paso le costara un enorme esfuerzo. Cuando vio que se trataba de un coche de la policía, se detuvo de repente, con una expresión a la vez de alivio y de sufrimiento. Se llevó las manos al pecho y cayó lentamente de rodillas. Quedó inmóvil, como una imagen congelada, en medio de la calle.

Serena detuvo el automóvil y ella y Lukas bajaron, dejando las puertas abiertas. Mientras se acercaban, la mujer vio por el rabillo del ojo que su compañero había sacado la pistola.

Llegaron frente al hombre que estaba de rodillas; respiraba con dificultad y los miraba con los ojos llenos de lágrimas, como si aquello fuera un milagro. A la luz de los faros lograron distinguir al fin con claridad sus facciones.

—Serena, los rasgos corresponden a los del hombre que acaban de describir

por la radio.

—Está bien, quédate vigilando, Luke.

Mientras Lukas controlaba los alrededores con la pistola preparada, la mujer se arrodilló en el suelo junto al hombre, que la miraba en silencio con las dos manos apretadas contra el pecho. Su respiración era una especie de estertor, y había un fuerte olor a excrementos. Serena Hitchin dirigió la mirada hacia el interior de los muslos, donde había algo que por la consistencia y el hedor podía ser de naturaleza fecal.

—¿Es usted Alistair Campbell?

El hombre hizo un cansado gesto de afirmación con la cabeza; luego cerró los ojos y se dejó caer lentamente sobre el suelo. Venciendo el asco por aquel penetrante olor y tratando de contener las náuseas, Serena se apresuró a sujetarle la cabeza para evitar que se golpeara contra el asfalto.

Apoyó los dedos en su cuello. Los latidos eran los de un corazón desbocado.

—Está sufriendo un ataque cardíaco. Su corazón late muy deprisa. Debe de estar fibrilando. Llama a una ambulancia.

Sin abandonar su actitud vigilante, Lukas fue hacia el coche. Poco después Serena oyó que se ponía en contacto con la central y pedía asistencia médica y refuerzos.

Volvió a fijar su atención en aquel pobre hombre lleno de miedo, vergüenza y dolor en que alguien había transformado a Alistair Campbell.

El hombre alzó los párpados. Su voz era un soplo enfermo que salía con dificultad del cuerpo, tras pasar junto al tambor de un corazón en plena crisis.

Serena oyó que susurraba unas palabras, pero demasiado bajo para poder descifrarlas.

—¿Qué ha dicho? No le he entendido.

La persona identificada como Alistair Campbell levantó un poco la cabeza, y ese gesto pareció costarle un esfuerzo enorme. Serena colocó una mano bajo su cabeza para sostenerlo y se agachó para acercar la oreja a su boca.

Sus palabras débiles casi se perdieron en el ruido de los pasos de Lukas, que se acercaba corriendo.

—Dentro de poco llegará la amb...

Serena hizo un gesto con la mano.

—Calla un momento.

Enseguida volvió a inclinarse sobre el hombre tendido en el suelo, pero vio que sus ojos se contagiaban poco a poco de la oscuridad que se extendía más allá de la alambrada del otro lado de la calle; la negrura se apoderaba lentamente de él, como en invierno la niebla del río. Por la boca medio abierta, sus palabras salieron con el último aliento, junto con la vida.

La agente supo que cualquier ayuda era inútil. Vio que los latidos rápidos y fragmentados del corazón se volvían más lentos, se debilitaban y desaparecían. Un instante después tenía bajo los dedos la carne tibia de un cuerpo donde la sangre ya no correría.

Serena Hitchin, como cada vez que se veía obligada a presenciar una vida que se extinguía, experimentó una sensación de pérdida que sabía que los años de servicio no conseguirían atenuar. Levantó una mano, cerró los ojos del muerto y rogó que alguna de las plegarias que se elevaban en aquel momento en algún lugar tuvieran suficiente fuerza para acompañar el alma de aquel desdichado.

34

La verdadera lucha era contra el tiempo, como siempre.

Sentado en el asiento del pasajero de un coche que recorría las calles de Nueva York con la luz giratoria encendida, Jordan miraba hacia delante, mientras veía desfilar las luces y las sombras a su lado como si fueran ellas las que se movían y no el coche. Tenía la sensación de estar en uno de esos primitivos efectos especiales que utilizó Mack Sennett para dar sensación de movimiento en la época del cine mudo, cuando las personas y los objetos se quedaban quietos y detrás de ellos corría un enorme cilindro con un paisaje dibujado.

Y quizá fuera así en realidad.

Todos los que estaban envueltos en aquella historia creían ir hacia delante, mientras que era el mundo el que corría rápidamente junto a ellos, falso y engañoso, como si se burlara de su incapacidad para moverse.

Burroni conducía muy concentrado; los reflejos de la calle en su rostro deformaban por momentos sus facciones con una alternancia de claro y oscuro, que hizo pensar a Jordan en una persona en continua mutación, aunque sabía que en su interior había un solo estado de ánimo: la seguridad de haber fracasado.

En el asiento de atrás iba Maureen Martini, silenciosa y sola. Jordan admiraba la entereza de aquella mujer, dividida entre la realidad de lo tangible y algo que no tenía ninguna explicación racional. Y no había ningún motivo para pensar que pudiera tenerla en el futuro. Pocas personas habrían sabido aceptar lo que le estaba sucediendo a ella solo con el apoyo de su inquebrantable certeza de no estar loca.

Gracias a ella habían identificado a Snoopy. Cuando lo hicieron, todos tenían demasiada prisa y demasiada vergüenza para detenerse a reflexionar acerca del cómo. Llamaron a casa de Alistair Campbell pero no respondió nadie. Y el móvil registrado a su nombre estaba apagado. Buscando en internet encontraron el nombre de su agente literario. Se comunicaron con Ray Midgala, que los puso al corriente de la última llamada telefónica de Campbell, que hacía poco había llegado al JFK e iba hacia su casa. Avisaron a Burroni y poco después él y Maureen se dirigieron, en el coche de policía que estaba apostado permanentemente en Gracie Mansion, hacia la dirección que les había dado Migdala.

Durante el trayecto llegó la noticia.

La radio del vehículo comenzó a chasquear y el agente que conducía sacó el receptor del soporte.

—Agente Lowell.

—Habla el detective Burroni. ¿Jordan Marsalis está contigo?

Por una vez, la voz salió extrañamente clara por los altavoces. Y Jordan supo, por el tono, que serían malas noticias. Cogió el micrófono que le tendía el policía.

—Soy yo, James. Dime.

—Acabo de llegar al lugar y he encontrado una patrulla. Estaban aquí porque un tío que tiene una sastrería frente a la casa de la persona en cuestión denunció al 911 que había presenciado un secuestro.

Jordan experimentó una sensación gélida, como si la temperatura del coche en el que viajaba hubiera bajado de golpe por debajo de cero. No consideró oportuno proseguir la conversación por radio.

—Llego en dos minutos. Hablaremos allí.

Cuando poco después llegaron a la esquina de Bedford y Commerce, delante de la casa de Alistair Campbell había aparcados un coche patrulla y el vehículo de servicio de Burroni. El detective estaba en la acera, con un sujeto de cierta edad, alto y moreno, mestizo y vestido de un modo que recordaba al Londres de Carnaby Street en la década de los setenta.

Bajaron del coche justo frente a ellos. Burroni miró sorprendido a Maureen, y luego a Jordan con expresión interrogativa.

—No hay problema, James. Es Maureen Martini, comisario de la policía

italiana. Después te cuento.

Casi en el mismo momento, Jordan se preguntó perplejo qué le contaría después. Burroni no respondió. Hizo una simple seña con la cabeza en dirección a la mujer y se volvió otra vez hacia la persona que tenía delante.

—Señor Sylva, repita lo que ha visto, por favor.

El hombre inició su relato aderezado con un acento sudamericano que Maureen identificó como portugués. Indicó con la mano el escaparate iluminado que se veía a sus espaldas.

—Yo estaba en mi tienda, trabajando. Se detuvo un taxi y bajó Alis.

—¿Por «Alis» quiere decir Alistair Campbell?

—Sí. Lo conozco desde hace años y los amigos lo llaman así.

—Continúe.

—Pagó la carrera y fue hacia la puerta de entrada. Detrás de él llegó un coche y ese fulano abrió la puerta...

Burroni lo interrumpió y lanzó una mirada significativa a Jordan.

—Describa cómo era.

Incluso antes de que el señor Sylva hablara, Jordan sabía qué iba a decir.

—No le vi la cara porque llevaba un chándal de felpa con la capucha puesta, pero puedo decir que era algo más alto de lo normal y que cojeaba un poco de la pierna derecha.

—Y después ¿qué sucedió?

—Bajó del coche, se acercó a Alis por detrás y lo agredió. Le puso un brazo alrededor del cuello, como para estrangularlo, y él debió de desmayarse, porque el otro lo sujetó y lo metió en el coche, en el asiento de atrás. Luego volvió a sentarse al volante y arrancó.

—¿No cogió el número de la matrícula?

—No tuve tiempo. Como ve usted, no hay mucha luz, y él arrancó con los faros apagados. Pero recuerdo bien el coche. Era un Dodge Nova muy estropeado, de un color indefinible. Tenía la carrocería llena de manchas de masilla.

El final de la declaración significó para Jordan, Maureen y Burroni el silencio que marca el fin de toda esperanza. Se quedaron de nuevo sin palabras y sin gestos, con el único recurso de emitir un aviso por radio para encontrar el coche del secuestrador.

Y eso hicieron.

Pocos minutos después llegó el aviso de una patrulla, en Williamsburg: habían encontrado a Alistair Campbell.

Estaba muerto.

Jordan se agarró al tirador de la puerta mientras el coche doblaba a la izquierda para coger la avenida Kent y dirigirse hacia las luces intermitentes que se divisaban del otro lado de la línea de vallas. Siguiendo las instrucciones, se habían bloqueado todas las posibles vías de acceso a la calle. Encima de sus cabezas oyeron el ruido de las aspas de un helicóptero, pero no consiguieron distinguir si era de la policía o de algún canal de televisión.

Casi todas las casas que daban sobre la avenida Kent tenían las ventanas abiertas y estaban llenas de gente que se había asomado por la curiosidad que siempre provoca el espectáculo de la muerte. Jordan pensó con amargura que nunca le había parecido más pertinente la expresión «escena del crimen».

Cuando llegaron ante las vallas, un policía hizo una seña a dos de sus compañeros y levantaron las barreras lo necesario para dejar pasar el coche.

Avanzaron lentamente y se detuvieron detrás de un vehículo de la policía aparcado en medio de la calle. Un poco más adelante, tendida sobre el asfalto a la luz de los faroles, había una sábana blanca bajo la cual se adivinaba la silueta de un cuerpo humano.

A Maureen, la cruda luz de los faros y el reflejo azulado sobre la sábana le recordaron otros coches, otros faros, otra escena, ocurrida a miles de kilómetros de distancia pero muy viva en su cabeza.

«Es desagradable, ¿verdad?»

Sí. Era desagradable. Siempre era horrible ver a un ser humano asesinado por otro ser humano, tendido en la calle cubierto solo por la delgada piedad de una tela de algodón.

Un agente joven y atlético estaba de pie cerca del coche. Cuando los vio bajar se dirigió hacia ellos.

—Soy el agente First. Estábamos patrullando la agente Hitchin y yo. Nosotros lo hemos encontrado.

—Soy el detective Burroni. Me ocupo de este caso.

El detective no se molestó en presentar a las personas que le acompañaban. En parte porque no hacía falta, pero sobre todo porque no sabía cómo justificar

su presencia en el lugar de un crimen.

—¿Ya estaba muerto cuando le encontraron?

El agente negó con la cabeza. Un mechón de pelo jugueteó sobre la frente.

—No. Salió corriendo de aquella verja y vino hacia nosotros. Estaba completamente desnudo y parecía aterrorizado. Cuando nos vio cayó de rodillas, casi desmayado. Por su apariencia pensamos que podía ser la persona que estábamos buscando. Se lo preguntamos y lo confirmó con un movimiento de cabeza. Después supongo que tuvo un ataque cardíaco. Cuando nos encontró, su corazón estaba fibrilando.

Jordan se apartó unos pasos del grupo y se quedó mirando a su alrededor, como si aquello no le interesara. Burroni ya empezaba a conocerlo y sabía que, por el contrario, no se le escapaba nada de lo que decía el agente.

—¿Dijo algo antes de morir?

—No lo sé. Cuando expiró, yo estaba en el coche pidiendo refuerzos y una ambulancia. Mi compañera estaba con él en el momento de la muerte.

Jordan se aproximó y por primera vez hizo oír su voz.

—¿Dónde está tu compañera?

El agente First hizo una seña con la mano hacia el otro lado de la alambrada, donde la luz del coche patrulla iluminaba los almacenes industriales.

—La agente Hitchin está en el lugar donde hemos encontrado el coche que se utilizó para el secuestro.

Jordan fue hasta donde yacía el cuerpo, bajo la sábana. Se acuclilló y levantó un borde de la tela. El agente First, Maureen y Burroni se acercaron y se quedaron de pie detrás de él.

—Pobre hombre. Le han tratado muy mal.

Maureen se acuclilló junto a Jordan. Con una mano levantó la fina sábana hasta descubrir el cadáver casi por completo.

—Debía de estar realmente aterrado. Huele a excrementos, y probablemente son suyos.

En su voz había compasión, pero también firmeza ante lo que acababa de suceder. Jordan tuvo que admitir que su admiración por aquella mujer no dejaba de aumentar.

—Sí. Para haber llegado a esto y a sufrir un ataque cardíaco, debe de haber sentido terror. Creo que deberíamos echar una ojeada al vehículo.

Volvieron a subir al coche y dejaron al agente First de guardia junto al cuerpo, a la espera de la brigada científica y del médico forense. Recorrieron a poca velocidad el tramo de calle sin asfaltar que llevaba al almacén. Dejaron atrás la escena del crimen, la gente inmóvil en las ventanas, la espera morbosa del bis que la muerte ofrece siempre. Junto al coche desfilaron las manchas de unos escasos arbustos de ciudad, que sin embargo habían conseguido crecer en aquel sitio adverso, más fuertes que el *smog* y la lluvia acida.

Cuando llegaron al final del sendero se encontraron ante la silueta de un almacén situado a la izquierda del enorme terreno, a un lado de la obra de construcción de una nueva estructura. Allí, delante de una puerta corredera abierta a la oscuridad del interior, había aparcados dos coches de la policía, junto al Nova en el cual, según la descripción de Sylva, había huido el secuestrador de Alistair Campbell. El maletero estaba abierto y un agente lo inspeccionaba con una linterna. Cuando Burroni, Maureen y Jordan bajaron de su coche y se acercaron, el policía se apartó un poco para permitir que los recién llegados vieran lo que miraba él, y también para alejarse del penetrante hedor.

—¿No ha encontrado nada?

—Aquí no hay más que trapos con un olor que da náuseas. El maletero ya estaba abierto cuando llegamos. Dentro del coche todavía no hemos mirado; los esperábamos a ustedes.

—Bien.

Burroni sacó de un bolsillo unos guantes de látex y se los pasó a Jordan.

—Creo que esto te corresponde a ti hacerlo.

El gesto no era una capitulación, sino una aceptación. Jordan se lo agradeció con una inclinación de cabeza que deseó que no se tragara la oscuridad.

Se puso los guantes, pidió al agente que le diera la linterna y abrió la puerta posterior del coche. Un chirrido recibió la entrada de la luz en aquel interior de piel artificial que el tiempo y las personas que allí se habían sentado habían reducido a una especie de telaraña. El vehículo olía a humedad y a polvo.

Jordan pasó el haz de luz de un lado a otro hasta que, en el suelo, detrás del asiento del acompañante, vio que había una pequeña bolsa de plástico transparente que contenía algo. Se agachó, apoyándose en el asiento gastado, la cogió con la mano derecha y salió del coche.

Dio la linterna a Burroni.

—Enfócalo, por favor.

Metió una mano en la bolsita y sacó un paño rojo que envolvía algo. Lo desenrolló con cuidado y aparecieron un par de viejas gafas con una forma extraña y con un elástico deshilachado en lugar de patillas, y una vieja gorra de piel forrada. Se quedó observando un momento aquellos objetos, que descansaban en el paño rojo, que no era más que una bufanda de lana.

De pronto, Jordan alzó la cabeza.

—¿Qué hay en el interior del almacén?

Le respondió otro policía, que había llegado en aquel momento.

—Todavía no hemos entrado. Los interruptores no funcionan. He mandado a la agente Hitchin a que vaya a conectar la luz.

Como confirmando la eficiencia de la agente Hitchin, una serie de agotados tubos de neón se encendieron de forma vacilante en el interior de la construcción. Cuando se asomaron al umbral se quedaron boquiabiertos.

El almacén estaba lleno de viejos aviones, evidentemente estaban aparcados allí a la espera de que se repararan. Había dos Hurricane, un Spitfire, un Messerschmitt en el que se veían las insignias de la Luftwaffe, un Zero japonés con un sol naciente. Medio oculto por los aparatos más cercanos, en el fondo se podía ver un viejo biplano que a Jordan le pareció un Savoia Marchetti.

Contra su voluntad, tuvo un acceso de rabia.

—Hijo de la gran puta.

Agitó los objetos que ahora tenía en la mano, como en una estéril revancha contra su impotencia ante lo que acababa de comprender. Burroni y Maureen se volvieron hacia él.

Jordan señaló con un dedo la silueta del biplano.

—Esta es una vieja gorra de aviador, y esto son unas gafas de la misma época. Y además, la bufanda. Ese cabrón quería colocar a Alistair Campbell en un avión, como Snoopy cuando juega a ser el as de la aviación de la Primera Guerra Mundial.

Burroni se dio cuenta de que se había perdido algo y de que no estaba al corriente de algunas de las cosas que los habían llevado allí.

—Sí, pero ¿por qué desnudo?

La boca de Jordan se torció en una sonrisa amarga y culpable al mismo tiempo.

—Creo que es otra de las sutilezas de nuestro hombre, James. Snoopy es un perro y, salvo algunos elementos distintivos, en la tira nunca lleva ropa.

En ese momento, desde detrás del almacén llegó el ruido de unos pasos que se acercaban sobre la grava. Poco después surgió de la oscuridad una bella mujer negra con uniforme azul; echó una ojeada al interior del hangar y luego se dirigió hacia ellos.

Burroni esperó a que llegara. Jordan le dejó hablar porque supuso que James necesitaba reconquistar un poco de su seguridad.

—¿Usted es la agente Hitchin?

—Sí, señor.

—¿Y fue usted quien socorrió a Alistair Campbell cuando lo encontraron?

—Sí.

—¿Dijo algo antes de morir?

—Sí, murmuró unas palabras.

Jordan vio cómo se encendía la luz azul de una pequeña esperanza.

—¿Qué dijo?

—Pronunció un nombre. Julius Whong.

—¿Solo eso? ¿Nada más?

La mujer parecía incómoda. Lanzó una rápida mirada a sus colegas, como si lo que estaba a punto de decir pudiera ser motivo de burla en el futuro.

—Bueno, tal vez oí mal, porque no tiene mucho sentido.

—Agente, deje que eso lo juzguemos nosotros. Limítese a decir lo que oyó.

—Antes de morir, Alistair Campbell dijo algo más...

La mujer hizo una pausa. Su voz cayó en el silencio de la espera con el estruendo de unos fuegos artificiales.

—Después de ese nombre pronunció las palabras «Pig Pen».

35

Ahora el tiempo era de nuevo un adversario que había que vencer.

El coche de Burroni se convirtió por enésima vez en una señal luminosa que se movía frenéticamente por las calles de Nueva York. En ese momento solo podían correr y tratar de hacerse oír en el ruido ensordecedor de aquel caos. La revelación de la agente Hitchin sobre las últimas palabras de Alistair Campbell había abierto de un empujón una puerta que parecía ya cerrada y atrancada. Sin embargo, aunque sabían perfectamente quién era Julius Whong, no sabían por qué Julius Whong era Pig Pen.

Y ahora se dirigían a su casa para descubrirlo.

A pesar del ruido de las sirenas, Jordan pudo oír el sonido del móvil en el bolsillo.

—Jo, habla Chris. ¿Alguna novedad?

—Sí, y no es buena. Alistair Campbell está muerto.

Un instante de silencio durante el cual a Jordan le pareció oír el soplo sofocado y enfurecido de un juramento.

—¿El mismo sujeto?

—Parece que sí, pero esta vez a nuestro hombre algo le ha salido mal. Por algún motivo que ignoramos, Campbell logró escapar. Debía de sufrir del corazón, porque la emoción le provocó un ataque que resultó fatal. Pero antes de morir tuvo tiempo de darnos una pista.

—¿Cuál?

—Por sus últimas palabras podemos deducir que la próxima víctima será Julius Whong. Ahora vamos hacia su casa.

—¿Julius Whong? Santo cielo, Jordan. Pero ¿sabes quién es su padre?

—Pues claro que lo sé. Y también sé quién es él.

Al otro lado hubo un breve instante de reflexión. Un rápido análisis de los hechos y luego el alcalde de Nueva York no tuvo más remedio que aceptar la situación.

—Está bien. Pero ándate con cuidado. Y deja que Burroni dé la cara.

—Recibido. Te mantendré al corriente.

Jordan cerró el teléfono y volvió a guardárselo en el bolsillo.

La preocupación de Christopher era más que justificada. Por algo le había advertido que estuviera detrás de Burroni. Su temor era que, al no tener Jordan un cargo oficial, cualquier cosa que sucediera pudiera invalidarse por error de procedimiento.

Julius Whong era el único hijo de Cesar Whong, y ello hacía oficialmente de él un representante de la jet set neoyorquina. Pero, en realidad el joven era un vicioso psicópata al que solo el dinero, el poder de su padre y un montón de abogados muy caros habían salvado más de una vez de ir a la cárcel. Entre otras cosas, un par de chicas lo denunciaron por estupro y lesiones, denuncias que se retiraron de inmediato tras la intervención de misteriosos elementos que probablemente llevarían hasta el señor Whong padre.

Dinero, amenazas o lo que fuera.

La apariencia de Cesar Whong era la de un acaudalado hombre de negocios vinculado con diversos sectores de la economía, con intereses en el comercio mayorista y en la especulación del suelo. En realidad, aunque nunca nadie había conseguido probarlo, estaba metido en asuntos mucho menos edificantes, como las drogas y el tráfico de armas. Empezó a amasar su inmensa fortuna cuando todavía era un joven con mucha fantasía y pocos escrúpulos: ideó una brillante estratagema para lavar el dinero a través de las tiendas chinas de Canal Street. A continuación la aumentó con procedimientos similares, hasta alcanzar una posición de poder absoluto. Cesar Whong tenía unas tapaderas perfectas y se decía que tenía «en plantilla» a diversos senadores. Sin embargo, por el momento todo eran conjeturas; lo único cierto era que no se trataba del sujeto más adecuado para meterse en su camino. Y que, si algo le ocurría a su hijo, el responsable lo pagaría muy caro.

Las palabras de Christopher confirmaban plenamente esta teoría.

El coche de Burroni se detuvo ante una construcción de tres plantas de la zona Oeste de la calle Catorce, en pleno Meat Market District. El vehículo de Lukas First y Serena Hitchin se detuvo junto al de ellos, seguido de inmediato por el de los otros dos agentes a los que habían encontrado en Williamsburg.

El Meat Market debía su nombre a que hasta hacía poco allí se encontraban los almacenes de los mayoristas de carne que abastecían a toda la ciudad. Ahora era un barrio en vías de reestructuración y en plena revalorización. Muestra de ello era que al otro lado de Jackson Square se alzaban dos edificios envueltos en andamios dominados por el brazo de una grúa, que resultaban inquietantes bajo el reflejo de las luces de la ciudad.

La necesidad de aire libre de Nueva York se expandía como una mancha de aceite, y las clases medias acomodadas se desplazaban cada vez más hacia la periferia. La pobreza, eterna rival de la codicia, era, lenta pero inexorablemente, rechazada y empujada hacia el mar.

En ese tramo de calle el contraste entre el ser y el deseo de mostrarse era aún más evidente. En un lado estaban los almacenes de carne con las persianas metálicas abiertas. A esa hora había varios camiones aparcados, con las enormes puertas posteriores abiertas y las rampas de descarga; los hombres acarreaban cuartos de res enganchados con garfios de metal en cintas transportadoras que los llevaban hasta el interior.

Había una fascinación caníbal en aquel espectáculo, un rito de sangre y lascivia, reflejos de antorchas sobre las paredes, Vulcano y sus ayudantes en las profundidades de la tierra obligados a alimentarse mientras forjaban las armas de Aquiles destinadas a derramar nueva sangre.

Enfrente, a pocas decenas de metros, cerca de los edificios remodelados, las tiendas de Stella McCartney, Boss y otros estilistas famosos, con los escaparates apagados, impacientes por que terminara ese comercio de carne ante sus ojos cerrados y poder volver a abrirlos, al día siguiente, a la misma realidad pero con una apariencia diferente.

Sin embargo, en aquel momento Maureen, Jordan y Burroni, impulsados por el ansia, no tenían tiempo para fijarse en lo que los rodeaba. Bajaron del coche como si de pronto estuviera lleno de gas nervioso.

Se acercaron a la pared de la derecha, donde estaba el portero automático. Tras una rápida ojeada, Jordan pulsó la tecla en la que había una J.

No respondió nadie.

Jordan volvió a tocar, pero el portero automático permaneció ciego y mudo. Probó otra vez, pulsando más tiempo la tecla. Al fin llegó a sus oídos el melodioso sonido del micrófono, seguido de una voz grosera.

—¿Quién es?

Burroni acercó la identificación a la cámara y luego se situó de forma que quedara encuadrado con la mayor claridad posible.

—Policía. Detective Burroni. ¿Es usted Julius Whong?

—Sí. ¿Qué coño quiere?

—Si nos permite entrar se lo explicaremos.

—¿Tiene una orden?

—No.

—Entonces váyase a tomar por culo.

La mandíbula de Burroni se tensó. Jordan sabía que de buena gana estamparía un puñetazo en la boca de la que salía esa voz insolente. Sin embargo, consiguió hablar con una calma que sin duda no sentía.

—Señor Whong, no hace falta una orden. No hemos venido a arrestarlo ni a hacer un registro.

—Entonces repito la pregunta, por si tiene las orejas llenas de cera. ¿Qué coño quiere?

Jordan apartó con delicadeza a Burroni y se puso ante el ojo frío del vídeo.

—Señor Whong, tenemos serios motivos para creer que alguien planea matarlo. ¿Quiere que entremos y hablaremos del asunto, o prefiere que lo dejemos solo para hacerle la misma pregunta a su asesino cuando se presente con una pistola en la mano?

El zumbido del micrófono cesó de golpe y hubo un instante de silencio. Aunque no era probable, Jordan deseó que por justicia divina Julius Whong, al oír sus palabras, se hubiera cagado encima como el pobre desdichado de Alistair Campbell.

Finalmente la cerradura chasqueó y Burroni abrió la puerta. Jordan le cogió del brazo.

—James, quizá sea mejor que Maureen y yo nos quedemos fuera de esto.

Burroni no había oído las palabras de Christopher, pero comprendió enseguida lo que decía Jordan.

—Sí, quizá sea mejor.

Se volvió hacia los agentes que estaban a su espalda. Señaló a Lukas First y Serena Hitchin.

—Ustedes dos, vengan conmigo. Los otros, echen una mirada alrededor y mantengan los ojos abiertos.

Los dos policías elegidos por Burroni siguieron al detective al interior del edificio y desaparecieron por la escalera. Los otros dos fueron a controlar los alrededores.

Jordan y Maureen se quedaron solos en la calle. Durante un rato los hombres que descargaban los cuartos de res mostraron interés en ellos, pero, a falta de la acción que había prometido la llegada de la policía, volvieron a trabajar.

Al otro lado de la calle, cerca de la esquina con la Undécima Avenida, estaban los gorilas con traje gris del High Noon, una discoteca muy famosa frecuentada por modelos y gente de la moda, lo que acentuaba aún más el contraste de aquella zona.

Jordan miró la cara de Maureen y vio que tenía aspecto cansado y ojeras. Rogó que con el tiempo lograra olvidar lo que le había sucedido.

—No entiendo qué pasa, Jordan. Demasiadas cosas en demasiado poco tiempo. Y si debo ser sincera, tengo miedo. Un miedo atroz.

Jordan oyó que su voz se debilitaba mientras pronunciaba la última palabra. Después vio que bajaba la cara, como si se avergonzara de ese instante de debilidad. Se le acercó y le levantó el mentón con la mano.

—También yo tendría miedo, si estuviera en tu lugar.

—Pero al menos tú sabes cuál es tu papel en esta historia. Yo ya no sé nada.

Jordan meneó la cabeza y esbozó una sonrisa como pacto de amistad.

—Maureen, ni siquiera yo sé qué papel tengo en este asunto. Ahora que también tú formas parte de ella, entiendo que te resulte difícil aceptarlo. Pero eres una mujer formidable y estoy seguro de que has sido y volverás a ser una excelente policía.

Maureen miró sin responder aquellos ojos de un azul increíble.

Conocía a ese hombre desde hacía muy pocas horas, pero sentía que podía confiar en él. Aunque no sabía decir por qué, intuía que, aunque separados por muchos kilómetros, habían pasado las mismas experiencias y que estas eran la base de aquella relación instintiva que había nacido entre ambos.

Se puso de puntillas, mientras un brillo de lágrimas reflejaba la noche que había en sus nuevos ojos. Jordan sintió el calor húmedo de los labios de Maureen en la mejilla. Ni siquiera por un instante pensó que pudiera haber la menor alusión sensual en ese beso. Era solo una forma de decirle sin palabras «me has entendido y te he entendido».

—Todo saldrá bien, Maureen —le dijo.

Envolvió con los brazos el cuerpo ágil y esbelto de la mujer y aceptó el significado del rostro de ella apoyado en su pecho. Esperó que la bendición de las lágrimas iniciara su tarea de reparación.

—Todo saldrá bien —repitió.

Permanecieron inmóviles en el recuadro de luz proyectado sobre la acera por la puerta de cristal, intercambiando ese mensaje de reconocimiento.

Cuando Jordan alzó la mirada, al otro lado de la calle, junto a un gran BMW aparcado, estaba Lysa, mirándolo.

«Nadie que tenga unos ojos así...»

Después del viaje a Poughkeepsie y su conversación en el restaurante sobre el río, Jordan se había mudado con sus pocas cosas a un hotel de la calle Treinta y ocho, y no habían vuelto a verse ni a encontrarse. Cuando Lysa se dio cuenta de que Jordan la había visto, giró la cabeza de repente hacia un grupo de personas, hombres y mujeres, que acababan de salir de la discoteca y que se acercaban para reunirse con ella. Los amigos llegaron a su lado y se repartieron riendo entre el BMW y el Porsche Cayenne aparcado al lado. Lysa se acomodó en el primero, en el asiento del acompañante.

El coche se puso en marcha y se alejó; ella, durante todo el tiempo, siguió mirando un punto fijo delante de sí, mientras dejaba en la mente de Jordan la imagen de su silencio y su perfil.

Después no tuvo tiempo de pensar en nada, pues, casi al mismo tiempo, se abrió la puerta del ascensor del vestíbulo y vio a tres figuras a la luz de neón de la cabina.

Una era el agente Lukas First.

La otra era Burroni.

La tercera persona era un joven de poco más de treinta años, casi tan alto como el detective, con unos rasgos perfectos que resultaban aún más fascinantes por un lejano origen asiático que se había perdido en un par de generaciones

norteamericanas. Solo la boca, fina y cruel, estropeaba la perfección de su rostro. Tenía el físico esbelto y el pelo lacio y brillante propios de los pueblos orientales.

Vestía una camisa blanca, vaqueros oscuros, y llevaba las muñecas delante, esposadas.

Burroni lo empujó fuera del ascensor cogiéndolo del codo. Julius Whong se soltó como si el policía fuera un leproso.

—No me toques, cabrón. Puedo salir solo.

—Está bien. Hazlo solo, pero hazlo.

Vigilado por Burroni, el joven abrió la puerta de cristal y siguió la dirección que el detective le indicaba. Se volvió un instante para mirar con desdén el mundo que le rodeaba, como si acabara de recibir y aceptar un desafío. Pese a la ira, Jordan vio que sus ojos eran turbios, marcados por el vicio y la depravación.

El detective dirigió a Jordan y a Maureen una mueca que era una respuesta silenciosa a la pregunta que tenían escrita en la cara, y que les aconsejaba que se quedaran al margen de todo lo que sucedía ante ellos.

Mientras Burroni y su prisionero se acercaban al coche aparcado pocos metros más adelante, Jordan pudo observar que Julius Whong cojeaba de la pierna derecha.

36

Lysa Guerrero se quitó la camiseta larga que se había puesto para dormir y se quedó desnuda frente al espejo del cuarto de baño. La superficie plateada le devolvió su imagen, cortada por la cintura por el mueble con la tapa de mármol blanco. La claridad reflejada por la piedra contrastaba sensualmente con su piel morena de mujer latina, pero en ese momento Lysa no podía encontrar placer en ello. Levantó los brazos, movió la larga cabellera oscura y luego bajó las manos hasta cubrir con los dedos los pezones morenos de sus senos duros, erguidos, con la medida perfecta para caber en la palma de la mano de un hombre. Su suspiro creó un pequeño halo húmedo en el cristal del espejo. Si fuera soñadora, podría pensar que de un momento a otro Jordan Marsalis abriría la puerta, con la camisa manchada de sangre y una expresión de sorpresa por su presencia.

Y habría podido empezar todo de nuevo.

Pero era y seguiría siendo solo una fantasía.

Hacía tiempo que Lysa Guerrero ya no podía permitirse el lujo de los sueños, solo algún deseo jadeante que solía quedar flotando en el aire como una hipótesis.

Se apoyó en el espejo y miró de cerca sus ojos. Los encontró apagados y enrojecidos a causa de la noche que acababa de pasar casi en vela.

La noche anterior, al llegar, se desnudó, se acostó y apagó la luz con la ilusión de ahogar en la oscuridad la realidad que la rodeaba. Permaneció despierta, con los ojos abiertos, y la débil coraza de una sábana para enfrentarse a su miedo y su amargura. Por la ventana abierta, subía desde la planta de abajo la burla de la música, la canción que solía tocar el desconocido admirador de

Connor Slave, perseguido por su recuerdo.

... y entonces ya no hay anhelo o gloria
que puédase beber ni masticar,
ni piedra de molino de viento
que esa roca en el alma pueda triturar.

En esa música dulce y en el significado de su letra continuaba moviéndose la imagen de Jordan abrazado a aquella mujer, compartiendo un momento, uno de esos en que dos personas se vuelven una sola. Y con la mofa con la que el destino juega a veces con las vivencias humanas, justo delante de esa casa...

Cuando salió de la discoteca junto con un grupo de personas que para ella no representaban nada, para dirigirse a otro lugar que tampoco le interesaba, fue con paso ligero hacia el coche aparcado tratando de hacerse la ilusión de que el mundo le sonreía, que todo lo que había alrededor era suyo y podía poseerlo sin esfuerzo.

Entonces los vio, y aquella imagen definió en un segundo y para siempre el concepto de normalidad.

Aquella.

Un hombre nacido como tal que abrazaba a una mujer nacida como tal.

No había caminos intermedios ni arreglos posibles, sino los caminos oblicuos que en verdad no pertenecían a nadie. Los machos eligen siempre a hembras de su especie. Es el instinto el que los guía. En el caso de los hombres, también influía la razón, que alzaba muros, y para burlarse de ellos los construía de cristal. A veces era posible encontrar pequeñas zonas de sombra, que sin embargo no eran un verdadero refugio del sol sino solo una condena para quien está obligado a esconderse durante toda la vida.

Se apartó del espejo sin mirar su rostro, para no tener que ver también allí lo que tenía dentro. Abrió la ducha e hizo correr el agua. Enseguida se metió bajo el chorro, sin esperar a que se calentara, para ocultar sus lágrimas entre millones de otras gotas tan frías e iguales que no podrían distinguirse.

Esta vez no era el mundo el que la había rechazado, sino ella.

Se había enamorado de Jordan en un instante, quizá en el mismo momento en que apareció de repente con la nariz sangrando en la puerta del cuarto de baño

y con sus increíbles ojos azules abiertos de estupor la sorprendió desnuda.

«Desnudo», se dijo con rabia, para recordarse su identidad y lo que representaba en la vida de los comunes mortales. Una elegante y hermosa broma de la naturaleza, que no repara en gastos cuando escenifica sus ficciones. Y luego rió con la incomodidad de un ser humano que se encuentra frente a la improbable situación de tener que elegir entre el baño de hombres y el de mujeres.

Ofreció a Jordan seguir viviendo en su casa. Lo hizo sin pensar, con el único deseo de estar cerca de él, aunque sabía que era un error. E hizo aquello otro, escondiéndose tras todas las coartadas con que logró justificar su decisión, aunque en el fondo sabía que también esa era una elección equivocada.

Recordó la determinación del primer momento, recién llegada a Nueva York, el almuerzo ritual con ostras y champán, cuando la importunó aquel hombre estúpido llamado Harry, y ella lo trató como había decidido que trataría a todo el mundo a partir de entonces. Cuando se marchó veía ante sí una tierra de conquista en todo su esplendor, pero ahora llegaba a la triste conclusión de que en realidad no había nada que valiera la pena conquistar. Había sucedido hacía pocos días, aunque le parecían años.

Durante toda la vida no había pedido otra cosa que esconderse, andar junto a la pared, sin ningún deseo de conquistar el centro de la calle. Lo había querido con todas sus fuerzas, al igual que había deseado encontrar a una persona amable, que la quisiera y la aceptara tal como era. Buscaba lo mismo que los demás: unas pocas certezas y alguna razonable y modesta ilusión.

Lo había soñado y había intentado ganárselo, pero no le estaba permitido.

Debido a su aspecto físico, todos los hombres que conocía la cortejaban, pero cuando descubrían quién y qué era, los rostros sonrientes que avanzaban hacia ella se transformaban en espaldas y nucas de personas que se alejaban.

Salvo cuando telefoneaban a las dos de la madrugada para decirle, con la boca pastosa por el alcohol, que por casualidad pasaban por allí cerca y se preguntaban si podían salir a tomar algo, con la promesa de que no se arrepentiría.

Así supo Lysa que la gente, cuando se olvidaba de las convenciones, deseaba a aquellos o aquellas como él. A escondidas, en secreto, pero los buscaba. Había una multitud de apasionados, por no definirlos como desviados, que solo pedían

pasar unas horas, bien retribuidas eso sí, con mujeres como ella, para después volver a la docilidad de la vida normal, con una mujer por esposa, machos por hijos y hembras por hijas.

Y otra vez seguía su camino, apretando los dientes y conteniendo las lágrimas, a veces reteniéndolas a la fuerza en la garganta con la ayuda de la ironía.

Luego, un día recibió un sobre. Y en el interior había aquella propuesta misteriosa, loca y perversa, decisiva y ofensiva. Pero retribuida de forma increíblemente irresistible...

Y así, se dio por vencida.

Se dijo que si eso era lo que querían de ella lo tendrían. Cien mil dólares podían ser un buen comienzo, un precio razonable para adquirir una conciencia además de un cuerpo.

Dos por el precio de uno.

Pero entre ella y su discutible objetivo, que a partir de cierto momento decidió no discutir más, apareció Jordan. Sintió que día tras día se acercaba a ella cada vez más, atraído a pesar suyo a esa eterna danza entre la llama y la mariposa. Luego, en el restaurante sobre el río, tras un viaje en que él, ella y la moto habían corrido a toda velocidad a través de un tiempo que parecía inmóvil, le dijo aquellas hermosas palabras. Mientras hablaba, Lysa vio que él cedía pero no que aceptara.

Y la vacilación de Jordan, en lugar de ternura, se convirtió para ella en una apariencia forzada. Se endureció y se ocultó y, como siempre, huyó. Lo alejó por el temor a una nueva ilusión, a un fracaso que resultaría mucho más doloroso por lo que ella sentía por aquel hombre, algo que no había experimentado nunca con semejante fuerza y violencia.

Y ahora estaba sola de nuevo, sin otra compañía que la vergüenza.

Cerró el grifo y se estiró para coger el albornoz. Se lo puso y comenzó a secarse el pelo con la capucha mientras ponía los pies sobre la toalla del suelo. El espejo estaba cubierto de vapor, y su imagen era solo un movimiento indistinto y amorfo detrás de una cortina de humo inmóvil.

Así permaneció también ella durante un momento, inmóvil, sin decidir si secar el espejo y buscarse de nuevo bajo ese velo de agua.

Luego volvió la cabeza y terminó de secarse. Descalza, salió del cuarto de

baño y fue al dormitorio. Se vistió rápidamente, con unos vaqueros y una camiseta cómoda, se puso un par de zapatillas de deporte y fue a abrir el armario de la pared. Sacó la maleta más grande que tenía y la arrojó sobre la cama. Cogió la ropa colgada en las perchas y la dejó al lado de la gran maleta negra con ruedas. Empezó a colocar las prendas en el interior, rápidamente pero con precisión.

Lysa era muy buena haciendo maletas.

Era algo que había hecho demasiadas veces como para no saber hacerlo bien.

Se quedó todo el día en casa, tendida sobre la cama, escuchando el sonido de los pasos en la planta de arriba, levantándose solo cuando tenía necesidad de ir a un cuarto de baño que, una vez más, no le imponía una elección.

Ahora, en el exterior, las sombras de la noche trepaban por los edificios. Dentro de un rato llegarían sus rivales, las luces de Nueva York, desde lo alto de los rascacielos, hasta que al día siguiente el sol las expulsara hacia los aparcamientos subterráneos, los sótanos y los subsuelos.

Lysa había decidido que ya no estaría allí para ver ese espectáculo.

Cogió de la mesita de noche el mando a distancia y lo apuntó hacia el televisor. Lo encendió y sintonizó el canal NYl, para tener algo de compañía mientras hacía las maletas. Apareció en la pantalla la imagen de un estudio de televisión con un decorado de noticiario y dos presentadores, un hombre y una mujer que Lysa no conocía, sentados tras un escritorio.

—... de modo que quedamos a la espera de más información, que les daremos en el curso del programa. Mientras tanto, parece que hay importantes adelantos en el caso del asesinato de Gerald Marsalis, el pintor hijo del alcalde, más conocido como Jerry Kho. Ahora nos hablará Peter Luzdick desde el One Police Plaza. ¿Estás allí, Peter?

La imagen cambió y apareció un reportero en plano americano con un micrófono en la mano. A sus espaldas se veía el inconfundible monumento abstracto de color rojo llameante situado a la entrada de la central de la policía.

—Sí, Damon. Estoy aquí y debo confirmar que la detención de Julius Whong que se ha realizado esta noche por el asesinato de Gerald Marsalis se ha convertido hace poco en arresto. Según fuentes no oficiales, sobre su cabeza también pende la acusación por el asesinato de Chandelle Stuart y el secuestro del escritor Alistair Campbell, ocurrido ayer por la noche y que le causó la

muerte por un ataque cardíaco.

Lysa sintió que un proyectil helado golpeaba su estómago y de allí seguía a través de las venas como una infección, transformando en hielo toda su sangre. Se sentó en la cama antes de que le fallaran las piernas. Su rostro tenía la misma palidez que el mármol del cuarto de baño.

Desde la pantalla, el reportero continuó con su profesional exposición de los hechos.

—Como ya se ha dicho, estamos hablando de comentarios no oficiales, pero parece que los investigadores están a la espera de una prueba definitiva de ADN, que se realizará en tiempo récord. Al parecer, en el cuerpo de Chandelle Stuart quedaron rastros de líquido seminal, que probablemente es de su asesino. Por el momento no han trascendido otros pormenores, pero esperamos el resultado del análisis y la conferencia de prensa que se hará a continuación para aclarar algunos aspectos de este caso que aún están oscuros.

El encuadre volvió a cambiar. Apareció una foto en colores, mientras en el fondo seguía hablando la voz del presentador.

—Julius Whong, hijo de Cesar Whong, no es nuevo en las crónicas judiciales. Hace algunos años...

Lysa pulsó una tecla y quitó el sonido.

Permaneció inmóvil, mirando el televisor con los ojos muy abiertos.

La imagen de Julius Whong le devolvía una mirada fría y silenciosa desde la pantalla, que reflejaba su cara.

37

Jordan levantó los brazos de la mesa y se apoyó en el respaldo de la silla, para permitir que el camarero con chaqueta oscura dejara ante él el plato que sostenía en la mano. Mientras el hombre que le había servido se apartaba y se marchaba con discreción, Jordan se quedó mirando con perplejidad la composición que tenía delante.

—¿Qué es?

Maureen sonrió desde el otro lado de la mesa, puesta con copas de cristal y un elegante mantel de lino blanco. También ella tenía delante un plato que contenía la misma comida fantasiosa y colorida.

—Pechuga de paloma con cacao y salsa de uvas.

Jordan acercó la silla a la mesa y cogió los cubiertos.

—Suena importante. Y además tiene aspecto de ser rico.

—Mi padre siempre dice que la cocina es como la literatura: el único límite es tu fantasía. Está convencido de que la comida debe satisfacer todos los sentidos: al gusto con el sabor, al olfato con el aroma y a la vista con la presentación.

Jordan alzó, irónico, una ceja.

—Un hombre que tiene pensamientos tan profundos debería ocuparse de política, no de un restaurante.

Cortó un pequeño trozo de comida y se lo llevó a la boca. Empezó a masticarlo lentamente, sin el frenesí de un devorador de bistecs.

Después de haberlo saboreado, su rostro mostró una expresión extática.

—Fabuloso. Debo decir que la fama del Martini's es merecida. Este lugar

representa un auténtico conflicto de intereses.

—¿Por...?

—El cocinero es un diablo que prepara platos salidos del paraíso.

Maureen rió. Por primera vez después de mucho tiempo rió.

—Lo has hecho.

—¿Qué?

—Te has reído. Nunca te había visto hacerlo. Deberías practicarlo más a menudo.

—También tú.

Jordan cogió la copa que acababa de servirle el camarero, con un vino tinto de la reserva personal de Carlo Martini, y rozó la de Maureen.

—Es la primera vez que tomo alcohol desde hace mucho tiempo, pero creo que por ti vale la pena romper un firme propósito.

Le acudió a la mente otro brindis, reciente, hecho con una taza de café amargo en presencia de Annette, la camarera del bar que estaba cerca de su casa.

«Por los viajes frustrados», había dicho él.

«Por los viajes aplazados, solo aplazados», respondió ella.

Jordan bebió un sorbo de ese vino excelente, saboreándolo pero sabiendo que el momento del viaje aún no había llegado. Y que ya no estaba tan seguro de desearlo.

Maureen lo había invitado a cenar en el restaurante de su padre, un elegante palacete de época, de dos plantas, situado en la calle Cuarenta y seis entre la Octava y la Novena avenidas, no muy lejos de las luces de Times Square y los carteles con caras famosas de los teatros de Broadway. Jordan solo cayó en la cuenta cuando ella le dijo que era la hija del dueño de uno de los restaurantes más conocidos de Nueva York, y aceptó la invitación como un pequeño privilegio.

Maureen lo vio llegar en moto, con el casco y el pelo canoso algo despeinado, con esa forma de ser rebelde, no por el vehículo que conducía o la ropa que llevaba, sino por cómo era. Él se acercó a la mesa con su andar ágil y una sonrisa que pocas veces le había visto en el rostro y en los ojos al mismo tiempo.

Luego observó con placer cómo Jordan se entregaba al menú de degustación del restaurante, sin pedir que le trajeran ketchup.

Ahora, al parecer, celebraban la feliz conclusión de una investigación en la cual oficialmente ninguno de los dos había participado y en la cual ninguno de los dos había querido nunca participar. En realidad, el verdadero motivo de su presencia allí, juntos, era esa sensación indefinible pero sólida que los había vinculado desde el principio.

Quizá fuera solo el deseo de poner fin a un asunto desagradable, apoyándose el uno en el otro. Ambos tenían un camino difícil por delante y cada uno a su modo fingía no saberlo, quizá como un augurio de buena suerte.

Maureen continuó observando a Jordan disimuladamente, mientras fingía comer. Notó la delicadeza y la precisión con que usaba los cubiertos y por primera vez reparó en sus hermosas manos. Tenía algo que le recordaba a Connor, aunque eran muy distintos, tanto su personalidad como el aspecto físico.

Connor era la vibración de la creatividad, un duende que poseía la magia de la música. Jordan era la fuerza, la forma y el silencio constructivo, que forman parte integral de la música.

Connor tenía unas manos hermosas y largas que se estremecían con el deseo de empuñar el violín. Jordan tenía unas manos de hombre que, ahora se daba cuenta, deseaba que jamás tuvieran que empuñar una pistola.

Y no obstante, lo había hecho.

Se preguntó si en otro tiempo o en otro lugar entre ella y Jordan habría podido nacer algo. Prefirió no dar una respuesta inútil a una pregunta inútil. Siguió mirándolo de vez en cuando, disfrutando de aquel momento placentero y de la sensación de pausa que le daba la presencia de ese hombre.

Había ocurrido todo tan deprisa..., como en una sucesión de diapositivas entre la luz y la oscuridad. En la oscuridad había seguido viendo unas imágenes de muerte que no lograba borrar de su recuerdo. Al volver la luz, llegaron, sin posibilidad de elección, las imágenes que alguien no conseguía olvidar ni siquiera después de la muerte.

Jordan habló sin levantar la mirada del plato. Su voz tranquila la sorprendió en medio de estos pensamientos.

—¿He pasado el examen?

Maureen fingió que no lo entendía. Debía haber imaginado que su excesiva atención no le pasaría inadvertida.

Meneó la cabeza y sonrió, para excusarse con él y consigo misma.

—Discúlpame. No era ningún examen. Y si lo hubiera sido, lo has superado hace rato.

Como si el azar ayudara a resolver ese momento de incomodidad, Jordan notó que su móvil vibraba en el bolsillo del pantalón. Le había quitado el sonido para no molestar a los clientes del local, pero de acuerdo con Maureen no lo había apagado. Después del arresto de Julius Whong, cuando todo debía hacerse con las rígidas normas de los procedimientos oficiales, por motivos obvios ellos habían quedado fuera. Habría sido difícil explicar el papel de Jordan, y sobre todo el de Maureen, ahora que los medios de información habían entrado con violencia y exigían su tributo de verdad. Estaban obligados a seguir la historia de lejos, sin posibilidad de participar en los interrogatorios ni de tener noticias frescas, salvo las que pudieran llegar de parte de Burroni o de Christopher.

Ahora los dos miraban el móvil, esperando que fuera uno de ellos.

Jordan vio que en la pequeña pantalla del visor no aparecía ningún número. Activó la comunicación sin hacer caso de algunas cabezas que se habían vuelto hacia su mesa con expresión de reprobación por semejante falta de tacto.

—¿Diga?

—Jordan, soy James.

Jordan alzó los ojos hacia Maureen, y con un movimiento de cabeza confirmó la pregunta que leía en su cara.

—¿Hay novedades?

—Pues sí. Es él, Jo. Han hecho el análisis de ADN, a la velocidad del rayo. Coincide. Cumple sobradamente con los requisitos mínimos que exige la ley. Además, no ha podido presentar una coartada para uno de los días en que se cometieron los crímenes. Y tampoco para ayer. Dice que se quedó en casa toda la noche. Ya no hay duda, aunque sobre el resto no han logrado sacarle una sola palabra. Nuestro hombre es un tío duro. Pero después de unos años en el pasillo de la muerte de Sing Sing ya se ablandará.

Jordan guardó silencio mientras asimilaba las noticias, y ello permitió a Burroni continuar por otro rumbo.

—Jordan, no sé cómo lo has hecho para llegar donde hemos llegado. Y tampoco sé dónde entra la italiana en toda esta historia. Hay muchas cosas que no logro entender.

Jordan no podía culparlo. De acuerdo con Christopher, habían decidido no

informar a Burroni de las novedades aportadas por Maureen en el transcurso de la investigación. Y mucho menos de cómo las habían obtenido.

—Por si te interesa, tampoco yo.

—Lo que quiero decirte tiene que ver con otra cosa, Jordan. En un sentido estrictamente personal, me alegro de haber trabajado contigo. Y no lo digo solo porque gracias a esto mis problemas parece que han terminado. Ahora me doy cuenta de que ha sido una verdadera injusticia lo que te ha pasado.

—No hay problema, James. No te preocupes. Mantenme informado y saludos a tu hijo.

Jordan cortó la comunicación y contó a Maureen lo que acababa de decirle Burroni.

—Parece que es él. El análisis de ADN lo incrimina. Para Julius Whong, todo ha terminado.

Durante unos segundos se miraron en silencio. Luego Jordan dijo lo que estaban pensando los dos.

—Pero tú sabes que para nosotros no ha terminado, ¿verdad?

Maureen respondió en voz baja, unas sílabas que quedaron suspendidas entre ellos como una admisión de culpa.

—Sí, lo sé.

—Has visto algo que nos ha llevado hasta Julius Whong. No tengo la menor idea de cómo ha podido suceder, pero tú y yo sabemos que es cierto. Así que también debe ser cierto el asesinato que dices haber visto cuando los muchachos llevaban las máscaras de Snoopy. ¿Crees que podría ser Whong la persona que has visto con el cuchillo en la mano?

—No lo sé, Jordan. Lo vi solo un instante, y de espaldas. Ahora que lo he visto creo que el físico podría corresponder.

Maureen hizo una seña con la mano a un camarero que se acercaba para retirar los platos. El hombre comprendió, dio media vuelta y se alejó, dejándolos solos.

Jordan prosiguió con su discurso, que Maureen sabía muy bien dónde terminaría.

—Ahora que la historia de Snoopy ha llegado al conocimiento público, dejemos que se ocupen de ese aspecto los investigadores calificados para hacerlo. Nosotros, en cambio, debemos averiguar qué sucedió en esa habitación,

aunque no sepamos dónde, cuándo ni por qué. Ese podría ser el motivo de los asesinatos. Pero no podemos hablar del tema con nadie, porque cualquiera, incluido Burroni, se nos reiría en la cara o llamaría a la unidad psiquiátrica más próxima.

Maureen asintió, mientras una sensación de pánico llenaba su estómago. Al recordar la noche anterior tuvo la fuerza para no bajar la cabeza, pero Jordan pudo ver un brillo en sus ojos.

—No sé si puedo hacerlo, Jordan.

Él alargó una mano y la posó sobre la suya. A Maureen le pareció increíble que un gesto tan simple pudiera resultar tan tranquilizador.

—Sí que puedes, Maureen. Eres una mujer fuerte y no estás sola, ahora. Y sobre todo no estás loca. Yo lo sé y te creo. Ya verás como tarde o temprano todo esto terminará.

Maureen no tuvo tiempo de responder, porque en ese momento un hombre alto y delgado que llevaba un perfecto traje oscuro se acercó a la mesa y se dirigió a Jordan.

—Señor, si esta encantadora criatura que tiene delante le está diciendo que es usted guapísimo, no le crea. Se lo dice a todos los hombres que conoce.

Jordan no lo entendió, pero cuando vio una sonrisa en la boca de Maureen se alegró de que esa extraña intervención pusiera fin a un momento difícil.

—Jordan, te presento al doctor Roscoe, el cirujano que me operó. Gracias a él ahora veo. William, Jordan Marsalis, un queridísimo amigo.

Roscoe tendió la mano a Jordan y se la estrechó con una calidez que le hizo pensar que era un hombre sincero y seguro de sí mismo.

—Lamento haberlos molestado, pero debe usted saber que nosotros, los médicos, somos un poco divos. Nos gusta disfrutar de nuestros éxitos. A veces es inoportuno, pero humanamente comprensible.

Roscoe volvió su atención hacia Maureen.

—¿Todo bien con tus ojos, comisario?

—Todo perfecto. Todavía no sé cómo agradecértelo.

El cirujano no se percató de que el entusiasmo de Maureen era algo forzado, ni vio la sombra que pasó por el semblante de la mujer mientras decía esas palabras. Jordan, en cambio, sí lo vio y se preguntó cuál sería la reacción de Roscoe si se enterara de los efectos secundarios que había provocado la

operación.

—Maureen, creo que tu intervención ha sido uno de los casos más importantes de mi vida. Aparte de la satisfacción profesional, me ha abierto las puertas del sanctasanctórum de la cocina de Nueva York. Tu padre me ha dado un crédito prácticamente ilimitado, que me avergüenza aprovechar... —Se encogió de hombros y esbozó una sonrisa inocente—. Por lo que me limito a venir solo días alternos.

Jordan señaló la silla libre que había a su lado.

—Nosotros casi hemos terminado, pero si quiere usted sentarse...

El rostro de William Roscoe se puso serio. Señaló con una mirada una mesa donde estaban sentados dos hombres de edad madura, elegantes, correctos y un poco rígidos.

—Esos dos talentos de la medicina sentados a aquella mesa no me lo perdonarían nunca. Es increíble cómo la ciencia suele anular el sentido del humor en las personas.

Se apartó de la mesa con una expresión de complicidad. Quizá había malinterpretado que estuvieran los dos juntos en aquel lugar, pero ni Jordan ni Maureen consideraron oportuno aclararlo.

—Muy bien. Sed felices, vosotros que podéis.

Se volvió, y con andar elegante, acompañado por la ropa igualmente elegante, volvió a la mesa donde lo aguardaban sus colegas, que estaban enfrascados en la lectura de un gran menú forrado en piel.

Jordan y Maureen no tuvieron tiempo de hacer comentarios sobre el doctor Roscoe, porque el teléfono que Jordan había dejado sobre la mesa emitió de nuevo el zumbido de la vibración.

Esta vez aparecía el número en el visor, y Jordan lo reconoció de inmediato. Experimentó una sensación de vacío, porque sabía quién estaba al otro lado de la línea. Por un instante tuvo la tentación de no atender la llamada. Miró a su alrededor, incómodo.

Maureen se dio cuenta de su turbación y señaló el móvil con la mano.

—Responde; podría ser importante.

«No sabes cuánto. Y no sabes cuánto temo que pueda serlo.»

Activó la llamada y enseguida salió por el micrófono del aparato la voz que deseaba y que al mismo tiempo temía oír.

—Jordan, soy Lysa.

No había olvidado su mirada cuando la noche anterior lo vio abrazado a Maureen. No podía, porque no había olvidado lo que él había sentido al verla. Respondió de modo casi telegráfico, no porque no tuviera palabras sino porque temía pronunciarlas.

—Dime.

—Necesito hablarte. Es muy importante.

—Bien. Mañana por la mañana te llam...

—No, Jordan. No me he explicado bien. Es muy importante y muy urgente. Necesito hablarte ahora. Mañana no tendré el valor de hacerlo.

Jordan miró a Maureen. Ella entendió y le hizo una seña afirmativa con la cabeza.

Ahora Jordan ya no tenía donde esconderse. Miró el reloj. Calculó mentalmente el tiempo que tardaría en hacer en moto el trayecto hasta la calle Dieciséis.

—Bien. Puedo llegar en veinte minutos.

Cortó la comunicación y se quedó un instante mirando el teléfono, como si fuera un oráculo y de un momento a otro pudiera aparecer en la pequeña pantalla la solución a todos sus problemas.

La voz de Maureen lo devolvió al lugar en el que se hallaba y lo distrajo por un momento de pensar en el lugar al que debía ir.

—¿Problemas?

—No exactamente. Un asunto personal, que no tiene nada que ver con esta historia.

—Entonces vete. No te preocupes por mí, aquí me siento como en casa. Aprovecharé la ausencia de mi padre para jugar un poco a la patrona.

Jordan se levantó de la mesa. Era alto y fuerte pero en ese momento Maureen vio en su cara la turbación de un niño.

—Hablamos mañana. Creo que deberemos vernos para planear una estrategia, como suele decirse en estos casos.

—De acuerdo. Ahora vete, que de tus veinte minutos ya han pasado tres.

Mientras miraba cómo llegaba al guardarropa y retiraba el abrigo de piel y el casco, por intuición femenina Maureen se dijo que cuando un hombre tiene esa expresión en la cara siempre se debe a problemas del corazón. Por ello no le

costaba creer que se trataba de algo que no guardaba ninguna relación con aquella historia.

Ni ella ni Jordan podían saber qué equivocada era esta última afirmación.

38

Jordan detuvo la Ducati frente a la puerta de entrada de la casa, apagó el motor y apoyó la moto sobre el soporte. Se quitó el casco y se quedó en la sombra mirando el cristal iluminado de la puerta, como si se le hubiera concedido el don de leer su futuro sobre la superficie brillante. No llevaba encima la llave; además, aunque la hubiera llevado, no habría subido y abierto la puerta como si entre él y Lysa nada hubiera cambiado.

Se apeó de la moto y se acercó al portero automático, con el casco en la mano.

Allí, exactamente en ese lugar y más o menos a esa hora, no hacía mucho tiempo, había usado el casco como arma para defenderse de la agresión de Lord y sus amigos; después, volvió a su apartamento con un ojo morado y la nariz chorreando sangre sobre la camisa. Allí se encontró con Lysa, con su tranquilidad ante lo imprevisto y su ironía ante la sorpresa de aquel intruso que la veía desnuda en el cuarto de baño.

«¿Siempre pierde sangre por la nariz cuando se siente incómodo?»

Recordaba muy bien sus palabras, su rostro, sus ojos y lo que había bajo el albornoz cuando lo abrió, y habría preferido que todo aquello no sucediera.

Sin embargo, las cosas suceden.

Se dicen palabras que dejan consecuencias y significados. Se hacen gestos que pueden herir, adrede o sin querer.

O por el simple temor a ser heridos.

Así había sido él con Lysa y así había sido Lysa con él. Cuál de los dos había dado el primer paso, de huida o de acercamiento, no tenía importancia en aquel

momento.

Jordan era un hombre que había visto la muerte, tendida en el suelo o salpicada de sangre en las paredes; había disparado a otros hombres, y otros hombres le habían disparado a él.

Había matado.

Sin embargo, en ese momento, mientras iba a pulsar el botón situado junto a la etiqueta con el nombre de ella, se sentía indefenso ante lo que no había comprendido de Lysa, pero sobre todo ante las cosas que no había comprendido y aceptado de sí mismo.

Se decidió y pulsó el botón. Tal vez ella le había visto desde la ventana, porque la respuesta fue casi instantánea.

—Ya bajo.

A pesar suyo, Jordan se sintió aliviado. Desde un punto de vista emotivo, le resultaba agradable la idea de estar en casa a solas con ella, pero su instinto era como el de un animal cualquiera, que cuando puede elegir prefiere siempre la fuga.

Jordan oyó el chasquido de la cerradura y poco después Lysa apareció tal como él la había visto siempre.

Hermosa, sensual y detrás de un cristal.

Al cabo de un instante, Lysa salió por la puerta y acabó con su pobre metáfora; estaba hermosísima y cercana.

—Hola —dijo ella sencillamente.

—Hola —respondió él.

Jordan vio que, al contrario que de costumbre, Lysa evitaba mirarlo a la cara. Tenía el aspecto cansado de alguien que duerme poco y piensa demasiado. Y los ojos, esos ojos que tenían el color de la imaginación, parecían apagados mientras seguían puntos que solo ella parecía ver.

—¿Ya has comido?

—Sí, estaba cenando cuando me llamaste.

«¿Estabas cenando con ella?»

Eso habría querido preguntar Lysa, pero se tragó la pregunta, aunque notó en la boca el gusto amargo de esas palabras no dichas.

—Lamento haberte molestado.

—No importa. Ya había terminado.

Lysa señaló con la cabeza los ventanales iluminados del restaurante, al otro lado de la calle.

—¿Te apetece un café?

A Jordan le agradó la propuesta. En casa se habrían sentido solos; entre la gente podían hacerse la ilusión de estar juntos.

—Un café sería perfecto.

Cruzaron el uno junto al otro, en la penumbra, en silencio. Jordan con el peso del casco en una mano, y Lysa con el de lo que llevaba dentro, fuera lo que fuese. Al acercarse, la luz de la ventana del local les devolvió poco a poco los rasgos, una cara, una figura, después de ese pequeño trayecto en el anonimato de las sombras de la calle.

Luego todo ocurrió muy rápido.

Jordan oyó el ruido de una moto y enseguida, de detrás del edificio, junto al cruce que había a su izquierda, apareció la silueta de una Honda azul y blanca que llevaba a dos personas con cascos integrales.

El conductor frenó bruscamente y Jordan vio que la moto daba un coletazo a causa del frenazo. La persona que iba detrás levantó hacia ellos un brazo enfundado en una chaqueta de piel.

Aunque no había visto la pistola, Jordan supo enseguida lo que iba a suceder, y actuó con rapidez. Sintió en el oído y en el estómago el ruido inconfundible de un disparo mientras cogía a Lysa y la empujaba al suelo. Se echó sobre ella para cubrirla con su cuerpo.

Luego hubo otros disparos en rápida sucesión.

Jordan oyó que algo pasaba zumbando sobre su cabeza, y luego llovieron sobre ellos unos cascotes de la pared, que había sido alcanzada por las balas.

Después se oyó el estruendo de un motor que aceleraba violentamente y el chirrido de neumáticos sobre el asfalto, mientras la moto daba una vuelta que provocó la frenada seca y el bocinazo de un par de coches que venían por el otro lado de la calle.

Jordan alzó la cabeza, aturdido por el silencio que se hizo después del ruido de los disparos. Sentía la camisa húmeda y pegajosa en la parte derecha del pecho. Se levantó y se apartó, para que Lysa pudiera respirar.

—¿Estás bien?

Lysa alzó todo lo que pudo la cabeza del suelo, tratando de alcanzar con la

mirada alguna parte de su cuerpo. Jordan siguió la dirección de sus ojos y vio una mancha roja que se ensanchaba en la parte izquierda de su tórax y bajaba como una mano escarlata a acariciarle el pecho.

—Jordan, yo...

En un instante se puso de rodillas a su lado. Trató de encontrar el tono más tranquilizador que pudo.

—Calla, no hables. Todo saldrá bien.

Le abrió la blusa y vio que la bala había dado en la parte inferior del hombro, apenas un poco por encima del corazón. Acercó su cara a la de Lysa. Por la magia oscura del dolor, el color había vuelto a sus ojos, pero la luz se iba perdiendo.

—Lysa, ¿me oyes? No es grave, te pondrás bien. Aguanta. Ya llega una ambulancia.

Lysa no podía hablar, pero afirmó cerrando y abriendo los ojos.

En ese momento Annette salió corriendo del restaurante con una servilleta en la mano. Jordan pensó con gratitud que en aquella confusión era la única que tenía el valor de hacerlo. Cogió la servilleta, la dobló y la oprimió contra la herida de Lysa, que respondió con una mueca de dolor.

—Annette, ven, haz lo que estoy haciendo yo. Hay que detener la hemorragia.

Jordan se puso en pie, sacó del bolsillo el móvil y lo puso en la abertura delantera del delantal verde de la camarera.

—Llama al 911 y cuenta lo que ha pasado. Yo te llamaré en cuanto termine.

Cogió el casco y se lo puso sin abrochárselo mientras corría hacia la Ducati. La arrancó y salió zumbando. Pasó el cruce como un proyectil; tuvo que esquivar un pequeño vehículo verde con el logo de un servicio de catering cuyo conductor se vio obligado a hacer un brusco giro hacia el bordillo.

Jordan se metió en el tráfico, tratando de razonar mientras continuaba acelerando.

Era bastante improbable que la Honda hubiera cogido alguna de las calles laterales en dirección este, ya que eso significaba meterse en una maraña de cruces y semáforos. Y pasarse alguno en rojo o recorrer esas calles a toda velocidad equivalía a tener detrás en poco tiempo un coche de la policía.

Era más probable que los agresores hubieran seguido hacia el sur y cogido la

Undécima Avenida, donde había menos tráfico y la velocidad era mucho más permisiva. La ventaja que le llevaban era casi insuperable, pero Jordan confiaba en lo que parecía imposible y que a veces el destino se digna conceder, tanto para bien como para mal.

Se introdujo en la gran arteria que bordeaba el río Hudson y bajó hacia el centro a la altura de la calle Catorce, donde la noche anterior con el arresto de Julius Whong habían puesto fin a una serie de muertes.

La Ducati roja corría a 150 kilómetros por hora, esquivando coches con la agilidad de la muleta de un torero; Jordan la conducía con angustia y con rabia.

La visión de la mancha roja que se agrandaba sobre la blusa de Lysa, quitándole la vida para ofrecerla al asfalto, lo había trastornado. No sabía quiénes iban en la Honda, pero estaba bastante claro que iban a por él y que por culpa de eso habían atacado a una persona que no tenía nada que ver.

A la altura del Pier 40 vio que la calle se estrechaba debido a unas obras, que estaban indicadas con letreros progresivos de advertencia y una fila de conos de plástico amarillo. Se había formado un pequeño atasco y, mientras se acercaba a él, Jordan pudo ver el faro posterior de una moto que se abría paso ágilmente entre los coches.

Probablemente, al encontrarse con aquella interrupción, el conductor de la moto se había mantenido en el lado izquierdo y los coches que confluían en el paso obligado de la derecha lo habían bloqueado, con lo que lo forzaban a conducir a trompicones.

Jordan iba en la misma dirección, su golpe de suerte se desvanecería, porque su avance se vería entorpecido del mismo modo. Ciertas cosas suceden una sola vez en un día; sería demasiado pedir que ese pequeño milagro se repitiera.

En un instante tomó una decisión.

Frenó bruscamente hasta casi detener la Ducati, lo que provocó un aluvión de maldiciones de los automovilistas. Viró con decisión hacia la derecha y de golpe aceleró lo suficiente para que la moto se empinara un poco y se levantara sobre la rueda posterior.

Apoyó la anterior en el bordillo y superó el desnivel; dominó el ligero bandazo que hizo la moto con un desplazamiento del cuerpo.

Volvió a darle gas y la furia del motor se hizo eco de la de Jordan, mientras se lanzaba a toda velocidad por la zona peatonal del paseo fluvial; rogó que el

neumático posterior no se hubiera dañado con el golpe contra el desnivel del bordillo.

Gracias a la velocidad a la que circulaba, alcanzó la moto, que ahora volvía a encontrar espacio libre. Hasta ese momento no había estado seguro de que fuera la misma; solo lo deseaba. Pero cuando vio los colores blanco y azul de la Honda, aunque alterados por la luz amarillenta de las farolas, lanzó un grito de alegría, que se perdió en el interior del casco.

—Sí, condenados hijos de puta.

Aceleró todavía más.

Un corredor que venía en sentido contrario se asustó y se apartó de un salto. Sus juramentos se perdieron en el ruido y se descompusieron en sílabas sin sentido.

En ese momento, Jordan no tenía miedo. Quizá lo sentiría después, si llegaba a contarlo, pero ahora la adrenalina le pedía velocidad y que hiciera pagar a aquellos individuos la blusa de Lysa manchada de rojo.

Cuando entró en su campo visual, el piloto de la Honda vio con el rabillo del ojo el relámpago escarlata de la Ducati que corría sobre la acera, a su derecha, y volvió la cabeza hacia Jordan. Inmediatamente comprendió y aceleró al máximo, al tiempo que la moto marcaba con breves sobresaltos el cambio rápido de las marchas.

Ahora las dos motos iban juntas.

Jordan vio que el pasajero levantaba el brazo derecho en dirección a él, y esta vez pudo adivinar la maciza silueta de la pistola. Con perfecto sentido de la anticipación, se ladeó a la izquierda en el preciso instante en que el hombre apretaba el gatillo. Vio el destello pero el sonido del disparo se perdió en el ruido de los motores.

Aprovechando un vado, Jordan bajó de nuevo al asfalto y se puso detrás de la Honda, a la izquierda, de modo que al hombre sentado en el lugar del pasajero, que empuñaba la pistola con la derecha, le costara apuntar.

Aun así, se vio obligado a desplazarse de nuevo, bruscamente, hacia el lado opuesto, porque el hombre cambió la pistola de mano y disparó contra él dos balazos casi a ciegas.

Jordan no podía distinguir qué arma empuñaba su agresor, por lo que no sabía cuántos disparos le quedaban aún en el cargador. Había disparado tres

frente al restaurante y ahora otros tres contra él. Si era un arma automática común, debía de tener nueve o diez balas, por lo que todavía le quedaban por lo menos tres, según calculó.

Mientras, las dos motos casi juntas iban bordeando el Financial Center, con los edificios de Merryl Lynch y American Express a la derecha, y a la izquierda las luces de la Zona Cero apuntadas hacia el cielo, iluminando un vacío. Por primera vez los reflectores no servían para mostrar lo que había, sino para recordar lo que ya no existía.

Jordan vio un coche patrulla que venía en dirección opuesta con la sirena encendida, y que giró rápidamente a la altura de Albany para lanzarse a perseguirlos. No se sorprendió. Dos motos disparadas a toda velocidad por la Undécima, con un pasajero que disparaba como un loco contra el otro conductor, era para cualquier ciudadano motivo más que suficiente para llamar a la policía.

Jordan no se preocupó por el coche que los seguía haciendo sonar una sirena que no podía oír. Continuó conduciendo y esquivando los coches que se cruzaban con él, con los ojos fijos en la moto que lo precedía. Solo veía con nitidez la silueta del vehículo que perseguía; el resto era un caos de estelas de colores estriadas por la velocidad, ahora algo más moderada pero suficiente para convertir en imperdonable la menor distracción.

También el conductor de la Honda debía de haberse dado cuenta de que los seguían, porque al final de la larga arteria enfiló directamente hacia Battery Park y se metió en los estrechos caminos asfaltados del parque. Era un excelente piloto y con toda seguridad confiaba en su capacidad para poner en dificultades a sus seguidores. En los recovecos de la zona arbolada el coche de la policía no podría entrar, y quizá gracias a su habilidad planeaba dejar atrás también a Jordan sin excesivos problemas.

Pasaron a toda la velocidad que permitía la calle junto a la construcción circular de Castle Hilton; allí giraron y Jordan vio que el conductor de la Honda se exhibía dando un bandazo perfectamente controlado, algo muy difícil de hacer teniendo en cuenta que la moto llevaba a dos personas.

Debía encontrar la manera de bloquearlo. Él conducía bien, pero el otro era claramente mejor. Si se caía o si el otro le sacaba suficiente ventaja para salir del parque por el otro lado, lo más probable era que no volviera a alcanzarlo.

Mientras tenía estos pensamientos, la Honda dobló a la derecha rumbo a la

zona de los embarques para Ellis Island. Pasó velozmente, esquivándolos con agilidad, junto a los pequeños puestos de vendedores de souvenirs, que a esa hora estaban cerrados.

Jordan lo vio apuntar la moto en dirección al agua y acelerar con violencia. Supo de inmediato lo que se proponía hacer. El parque estaba separado del mar por un camino peatonal que llevaba a la terminal del transbordador para Staten Island, en un nivel más bajo, a la que se accedía bajando unos escalones.

El piloto de la Honda se proponía saltarlos.

Era una maniobra muy difícil, porque debía realizarse en diagonal, dado que el ancho del malecón no permitía detener la moto a tiempo para evitar el parapeto del otro lado. Si lo lograba, Jordan ya no lo alcanzaría, porque se sentía totalmente incapaz de hacer lo mismo.

Vio que la Honda se levantaba sobre la rueda posterior mientras el piloto la empinaba para evitar que el peso del motor la inclinara hacia delante durante el salto.

Un instante después, con un bramido, la moto estaba suspendida en el vacío.

Fue el pasajero, el que empuñaba la pistola, quien comprometió la maniobra. Quizá por miedo o quizá por inexperiencia, no se movió al mismo tiempo que el conductor y su peso desequilibró la moto en el momento de aterrizar. Un breve coletazo y la Honda rebotó y cayó sobre el lado opuesto. El pasajero salió despedido del asiento y tras un corto vuelo cayó de espalda sobre el borde superior del muelle, que era una gruesa barra de metal. Jordan vio que el cuerpo se doblaba en un ángulo antinatural; luego el peso del torso le levantó las piernas y lo hizo saltar hacia el mar con una perfecta vuelta de campana. El piloto, en cambio, quedó aprisionado bajo el carenado y fue arrastrado por el vehículo, que resbalaba sobre el pavimento, hasta que se detuvo, aplastado por el peso de la Honda, contra la base de cemento del parapeto.

Jordan había frenado a tiempo y, usando el freno posterior en lugar del de doble disco de delante, consiguió detener la moto a pocos centímetros de los escalones donde los individuos de la Honda habían intentado su desafortunada maniobra. Aparcó la moto y bajó los escalones corriendo hacia el lugar del impacto.

Cuando a la luz incierta de las farolas pudo ver al hombre tendido bajo la Honda abollada, supo, por la posición de la cabeza con respecto al cuerpo, que

no volvería a disparar a nadie. Ni siquiera le hizo falta comprobar las pulsaciones en el cuello para saber que estaba muerto.

Se quitó el casco, lo dejó en el suelo y sé inclinó sobre el hombre.

En ese momento oyó un ruido de pasos que corrían a sus espaldas, y desde atrás le enfocó la luz de una linterna, seguida de una voz que conocía.

—Eh, tú, levántate con las manos en la cabeza, ¡pronto! Luego vuélvete despacio y échate en el suelo.

Jordan imaginó la escena. Uno de los dos agentes lo enfocaba con el haz de luz y el otro se quedaba al lado apuntándolo, listo para disparar a la menor reacción.

Obedeció las órdenes y se enderezó con las manos en la nuca. Era la primera vez que sufría lo que él tantas veces había impuesto a otros.

—No estoy armado.

La voz desconocida repitió, imperiosa como le habían enseñado en la academia de policía:

—Haz lo que te he dicho, cabrón. Recuerda que te estamos apuntando. Un solo movimiento y disparo.

Jordan se volvió y dejó que el cono luminoso lo enfocara. Se dirigió a la voz oculta en la oscuridad, detrás del haz de luz.

—Si tenía que suceder, me alegra que seas tú el que me arresta, Rodríguez.

La luz permaneció aún un instante sobre la cara de Jordan; después el haz bajó y enfocó la moto destrozada contra el parapeto y lo que se entreveía del cuerpo que había debajo. Volvió a oírse la voz, pero esta vez la eficiencia había dado paso al asombro.

—Joder. Es el teniente Marsalis.

«Ya no soy teniente, Rodríguez.»

Esta vez Jordan no consideró oportuna la aclaración.

—¿Puedo bajar las manos?

Los dos policías guardaron las armas. Jordan vio cómo se acercaban soldados azules a la luz ámbar de las farolas.

—Pues claro. Pero ¿qué ha ocurrido? Nos avisaron que siguiéramos dos motos que estaban haciendo una especie de carrera en la...

Jordan lo interrumpió aun a costa de parecer grosero.

—Rodríguez, por favor, préstame tu móvil y dame solo un segundo. Hago

una llamada y después te cuento todo lo que ha sucedido.

Se acercaron, y el policía le tendió su teléfono. Jordan marcó el número como si las teclas quemaran. El móvil que había dejado en el bolsillo de Annette comenzó a sonar, y ella respondió enseguida.

—Diga.

—Soy Jordan. ¿Dónde estáis?

—En el hospital Saint Vincent, en la Séptima Avenida, a la altura de la Doce.

—Sí, sé dónde es. ¿Cómo está ella?

—La ambulancia llegó enseguida. Todavía está en el quirófano.

—¿Qué dicen los médicos?

—Por ahora nada.

Jordan se alegró por la penumbra, gracias a ella los dos policías no vieron sus ojos húmedos.

—Yo estoy en un apuro. Llegaré en cuanto pueda.

—Quédate tranquilo. Aunque estuvieras aquí no podrías hacer mucho más de lo que estoy haciendo yo.

—Si hay novedades, llama al número que te ha aparecido en el visor.

—De acuerdo.

—Gracias, Annette. Ya encontraré un modo de agradecértelo.

—Soy yo la que te está agradecida, Jordan. Aunque lamento demostrártelo en esta situación.

Jordan cortó la comunicación y devolvió el teléfono a Rodríguez. Durante la llamada, sin darse cuenta, perdido en su angustia, se había alejado unas decenas de metros del lugar del accidente.

El otro policía, que Rodríguez le presentó como el agente Bozman, estaba en cuclillas junto a la moto e iluminaba dos ojos sin vida en un rostro de piel oscura que asomaba por la abertura del casco.

—Este se ha ido —dijo mientras se incorporaba.

—Os conviene llamar a los de la policía fluvial y pedirles que vengan con buzos. Había otro; salió despedido del asiento y cayó al mar. Por el golpe que se ha dado contra la baranda, no creo que le haya ido mejor.

Rodríguez se fue a pedir ayuda y Bozman se asomó al parapeto para iluminar con la linterna las oscuras aguas que se agitaban entre los pilotes del muelle.

Jordan volvió a agacharse junto al cuerpo del hombre tendido bajo la moto.

Por costumbre, aprovechando que nadie se ocupaba de él, lo registró rápidamente, como suele hacer un policía en un caso así. En los bolsillos no había nada. Abrió la cremallera de la chaqueta de piel y en el bolsillo interior encontró un sobre blanco, sin dirección ni ninguna otra cosa escrita.

Sin pensar, lo cogió y se lo guardó en el bolsillo de la camisa.

Le desabrochó el casco y, cuando se lo quitó, no le sorprendió mucho descubrir los ojos muy abiertos de Lord, vueltos hacia arriba, fijos en un cielo oscuro como el lugar donde quizá estaba ya. En cuanto salió del casco, la cabeza se abrió, como si una parte de los huesos, bajo la piel, se hubiera soltado y resbalado hacia abajo. Jordan sabía que era el efecto del casco, que había contenido las fracturas del cráneo hasta el momento en que se lo quitó. Le dieron ganas de patear aquella cara, para completar lo que Lord se había buscado merecidamente.

«Maldito capullo hijoputa de mierda.»

Se lo había prometido y lo había hecho.

Y por culpa de la pésima puntería de su cómplice, Lysa había recibido el balazo dirigido a él.

Mientras esperaban los refuerzos que habían pedido por radio, Jordan contó lo sucedido a Rodríguez y a su compañero. Poco después de la llegada de los buzos, sacaron del mar el cadáver del acompañante. Lo encontraron enseguida, bajo el parapeto, inmovilizado por el peso del casco, que se había llenado de agua. Emergió empapado y desarticulado; la espalda rota le daba el aspecto de un muñeco de trapo que un niño hubiera dejado con descuido caer al mar.

En cuanto a Lord, la última imagen que tuvo de él fue su rostro que desaparecía bajo la cremallera de una bolsa de plástico negra mientras lo introducían en la ambulancia. Los ojos estaban muy abiertos; ningún agente se había tomado la molestia de cerrárselos. Jordan deseó que nadie lo hiciera, para que ese cabrón siguiera mirando la tapa de su ataúd durante toda la eternidad.

39

Sentado en una silla mullida en una sala de hospital, Jordan esperaba.

Hacía un rato, tras parar la Ducati frente a un cartel rojo que indicaba la entrada de ambulancias, se había encontrado bajo una insignia blanca, azul y oro que recordaba a los transeúntes que se encontraban frente al Saint Vincent Catholic Medical Center.

Hizo una mueca de desaliento.

En el mismo lugar coincidían la impotencia de los seres humanos y el poder de Dios.

Pensó en Cesar Whong y en Christopher Marsalis, dos hombres muy ricos y muy influyentes que, pese a todo, no habían conseguido evitar que sus hijos mataran o fueran asesinados.

Y en cuanto al poder de Dios...

A pocos metros del Saint Vincent, colgadas en la alambrada de un aparcamiento abandonado, había cientos de pequeñas placas de colores hechas por los niños de las escuelas primarias en recuerdo de las víctimas del 11 de septiembre.

Ante semejantes testimonios le resultaba difícil creer en la existencia de un Dios infinitamente bueno, que amaba a los seres humanos como a sus hijos. ¿Cuántas personas se habían encontrado en una sala de espera de aquel edificio de ladrillos oscuros, rezando con toda su fe por la suerte de un ser querido, y habían recibido como respuesta a sus plegarias a un médico que salía del quirófano meneando la cabeza?

Jordan aparcó la moto en la calle, pese a estar casi seguro de que cuando

fuera a buscarla no la encontraría. Una vez en la entrada, la puerta automática de cristal se abrió y Jordan la cruzó mientras se quitaba el casco; volvía a ofrecer su rostro a la mirada de la gente, sin preocuparse ya por los dioses, cualesquiera que fuesen.

Pasó por su lado una monja, dando pequeños pasos, blanca como las paredes, venida de quién sabía dónde, perdida en su humanidad en busca de la santidad.

La siguió con la mirada mientras trataba de orientarse; cuando la figura inmaculada salió de su campo visual, vio sentada en un sillón a su derecha a Annette, todavía vestida con el uniforme del restaurante.

La camarera se levantó, se acercó y respondió a la pregunta muda que Jordan llevaba escrita en los ojos.

—Todavía nada.

Jordan se obligó a creer en la filosofía fácil de «si no hay noticias, buenas noticias».

—Gracias, Annette. Ya puedes irte; ahora me quedo yo.

La mujer le indicó con un gesto tímido la recepción, donde había una empleada con un traje sastre azul sentada tras el mostrador y con el monitor de un ordenador a un lado.

—Creo que hay algunos trámites burocráticos que cumplir. Me han preguntado cosas que no sabía.

—Tranquila, yo me encargo.

Jordan bajó el tono de voz e hizo la pregunta sin mirarla a los ojos, no por temor sino para permitirle reaccionar como mejor le pareciera.

—¿Te han dicho que es un hombre?

Las palabras y el titubeo de Jordan no hicieron ningún efecto en el rostro de Annette, que era el de alguien que ya no se asombra de nada.

—No, no me han dicho nada. Pero si es así, puedo decirte que como hombre es la mujer más hermosa que he visto en mi vida.

Luego se metió una mano en el bolsillo del delantal y le devolvió el teléfono.

—¿Los has cogido, al menos? A los que os dispararon, me refiero.

—Sí. Y puedo asegurarte que ya no dispararán a nadie.

—Amén —fue el lacónico comentario de Annette.

Hubo un breve momento de silencio, que Annette resolvió levantando un brazo para mirar el reloj.

—Bien, creo que ya es hora de que me marche.

Jordan sacó dinero.

—Annette, permíteme por lo menos pagarte el taxi.

Ella le apartó el brazo con una mano.

—Jordan, ni que tuviera que ir a pie de aquí a Brooklyn. Creo que puedo coger el metro, como siempre.

Se dirigió hacia la puerta, pero lo pensó mejor. Se volvió con una sonrisa maliciosa; era la primera vez que Jordan le veía esa expresión. Se le acercó.

—De todas formas, si quieres darme las gracias podrías llevarme un día a dar una vuelta en tu preciosa moto.

Jordan le respondió con otra sonrisa, apenas esbozada pero teñida de sorpresa. Annette hizo un gesto muy elocuente con la mano.

—Ay, hombres...

Reforzó su comentario meneando la cabeza con ironía, desarmada ante la sorpresa de él.

—Querido, a mi edad yo ya estoy fuera de juego, pero justamente por eso permíteme decirte una cosa. Aunque sospecho que lo sabes de sobra...

—¿Qué?

—También tú, como hombre, eres uno de los más guapos que he visto en mi vida. Suerte para ti y para esa pobre chica.

Sin añadir nada más, dio media vuelta y se marchó. Jordan se quedó mirándola hasta que la puerta se cerró tras ella.

Poco después fue a la recepción. Dio a la empleada —una mujer de cierta edad, amable y elegante, que la identificación que llevaba en la chaqueta oscura definía como la señora Francisca Jarid— los datos generales de Lysa, de los cuales Annette no sabía nada. Aunque estaba al tanto de la confusión entre el aspecto físico y los datos personales de Alexander Guerrero, la mujer no dio muestras de que le importara demasiado.

Jordan ignoraba si Lysa tenía algún servicio médico privado. Por el momento dejó en la administración su tarjeta de crédito, con la promesa de ir a buscar el carnet al día siguiente a su apartamento.

La amable Francisca Jarid miró un momento la tarjeta; después le miró la cara y le indicó la fila de sillones situados a su izquierda, una zona que estaba desierta a aquella hora. Le indicó que tomara asiento allí y aguardara, y le

aseguró que le avisarían en cuanto hubiera alguna novedad.

Eso había hecho, y aún seguía esperando.

En ese momento, la tempestad que estaba atravesando en una cáscara de nuez se hallaba tan lejos de él como la estrella más alejada de la tierra. Jordan solo tenía en la mente los ojos extraviados de Lysa tendida en el asfalto y la sorpresa y el miedo que expresaron mientras buscaba los suyos.

Echó una mirada a su alrededor; no faltaba el leve olor a desinfectante que hay en todos los hospitales. Imaginó la llegada de la ambulancia, el suero que terminaba en una aguja introducida en una vena, la prisa eficiente de los enfermeros, la carrera de una camilla que transportaba a Lysa, que, si aún estaba consciente, vería con los ojos semicerrados cómo salían y se ponían uno tras otro los pequeños soles de las luces del techo.

Se dio cuenta de que no habían hablado nunca. La única vez que lo habían hecho solo se habían contado fragmentos suavizados de sí mismos: él estaba demasiado metido en su caso de asesinato, y ella, demasiado inexpugnable en su táctica de guerrilla, que la llevaba a mostrarse solo de vez en cuando y a esconderse la mayor parte del tiempo.

Nunca habían conversado sobre un libro ni comentado una comedia al salir del teatro, nunca habían escuchado música, salvo la que imponía el inquilino del piso de abajo, que últimamente estaba obsesionado con su homenaje personal a Connor Slave.

«Te deseo mucho más que a aquel coche.»

Esas palabras que le dijo aquel día en el restaurante sobre el río la hicieron huir. Solo ahora Jordan comprendía que Lysa no escapaba de él, sino del miedo a lo que ella misma representaba.

En el pasillo de su derecha, borrosas por el vidrio esmerilado de las puertas, aparecieron dos siluetas vestidas de blanco. Salieron dos jóvenes enfermeras que decepcionaron el vuelco del corazón que había tenido Jordan. Pasaron ante él hacia el lado opuesto a la entrada, hablando de cosas de chicas, y se alejaron sin dejar de charlar. Jordan siguió esperando, sin tener ninguna curiosidad por saber qué había hecho la más alta con Robert aquel fin de semana y qué le había escrito en la tarjeta de cumpleaños.

Ese fragmento de conversación, por asociación de ideas, le hizo recordar algo.

Se pasó una mano por el pecho y oyó en el bolsillo de la camisa el crujido del sobre, el que había cogido de la chaqueta de Lord, sin ni siquiera saber por qué. Lo sacó y lo examinó. Era un simple sobre blanco sin nada escrito y, mientras lo tenía en la mano, en un primer momento tuvo la impresión de que estaba vacío.

Lo abrió y descubrió dentro un pequeño talón de papel de color. Lo sacó y se quedó mirando sorprendido una orden de pago por veinticinco mil dólares, emitida por el Chase Manhattan Bank, cortada más o menos por la mitad de un tijeretazo, en diagonal. El nombre del beneficiario no estaba completo, ya que una parte del nombre había quedado en la mitad que faltaba, pero bastaba para que Jordan dedujera su identidad.

... ay Lonard

DeRay Lonard, alias Lord, al que alguien, en aquel momento, estaba metiendo en el frigorífico de un depósito de cadáveres. Ese mierda era para Jordan el único posible motivo para creer en Dios o en el paraíso: la esperanza de que el Padre Eterno le hubiera reservado un lugar en primera fila para recibir los sufrimientos de su peor infierno.

Se quedó sentado en una silla, con los codos apoyados en las rodillas, mirando ese pedazo de papel de color que tenía entre los dedos, sin poder entender cómo y por qué.

En el limitado horizonte del suelo aparecieron dos fundas verdes de plástico, de las que se ponen los cirujanos sobre los zapatos en el quirófano.

—Disculpe, ¿es usted Jordan Marsalis?

Jordan levantó de golpe la cabeza y se encontró ante un médico que llevaba todavía el uniforme del quirófano. Era bastante joven, tenía un cuerpo menudo pero sus ojos oscuros transmitían eficiencia y tranquilidad. Jordan se puso de pie; aunque le superaba en estatura por una cabeza, tuvo la impresión de ser mucho más pequeño.

—Sí.

—Me llamo Melwyn Leko y soy el cirujano que acaba de operar a su amiga.

—¿Cómo está?

—La bala ha entrado y salido sin dañar órganos vitales. Si cree usted en milagros, esta es la ocasión para reconocer uno. Ha perdido mucha sangre y habrá que mantenerla en observación antes de dar un pronóstico, pero la paciente

tiene excelente salud y creo poder decirle con razonable certeza que se recuperará.

Jordan aspiró aire y alivio al mismo tiempo. Trató de disimular su impaciencia.

—¿Puedo verla?

—Por el momento sería mejor que no. Está en postoperatorio y saliendo de la anestesia, pero creo que la tendremos en estado de narcosis farmacológica y en cuidados intensivos hasta mañana por la mañana.

Enseguida el médico dejó a un lado lo específicamente clínico y se convirtió en un hombre que intentaba tranquilizar a otro hombre, lo cual confirmó la impresión positiva que había causado en Jordan desde el primer momento.

—Créame, ahora no hay nada que pueda hacer aquí. Si quiere puede irse a casa. Quédese tranquillo; está en buenas manos.

Con una serie de movimientos de cabeza, Jordan dio a entender al doctor Leko que había comprendido y que confiaba en él.

Le tendió la mano y el médico se la estrechó.

—Gracias —dijo simplemente.

—Es mi trabajo —respondió el doctor Leko con igual sencillez.

El médico se alejó con las manos a la espalda. Jordan recogió el casco que había dejado sobre una silla junto a aquella otra, que quemaba, en la que había permanecido sentado hasta aquel momento. Llegó a la puerta automática y salió. En cuanto estuvo fuera, se encontró con el segundo pequeño milagro de la noche: su moto todavía seguía allí. Lo tomó como un buen augurio y, a la luz de las buenas noticias que acababa de darle Leko, se concedió una pequeña reflexión irónica.

Mientras se ponía el casco se preguntó con una sonrisa pícara quién habría resuelto el problema de dónde alojar a Lysa: en la sala de mujeres o en la de hombres.

40

Maureen se despertó con la sensación de estar más cansada que cuando se acostó. Pese a haber tomado un somnífero la noche anterior, había pasado una noche agitada, llena de sueños y angustia, sin tan siquiera el consuelo de saber con seguridad que las imágenes creadas en su subconsciente en esa fragmentada actividad onírica eran exclusivamente suyas.

«Ni siquiera soy dueña de mis propios sueños.»

Miró el reloj digital apoyado en la superficie de mármol gris de la mesita de noche. Los números rojos indicaban que era casi mediodía.

Apartó la sábana arrugada, se levantó de la cama, cogió las gafas oscuras y se las puso antes de abrir las pesadas cortinas que dejaban la habitación en penumbra. Corrió también las más ligeras y dejó entrar la luz del sol. Abajo se extendía Park Avenue, cubierta por el mosaico multicolor de los techos de los coches detenidos en un embotellamiento. Maureen sintió envidia por toda esa gente que conducía sus automóviles, andaba por las aceras, se desplazaba por la ciudad y que, al mover los ojos, se veía rodeada solo por las imágenes de un mundo que para ellos estaba allí y ahora; no había ningún mensaje de un lugar incomprensible y desconocido que solo para ella representaba otro momento y otro lugar.

Después del indiscutible descubrimiento de que los fragmentos que de vez en cuando veía pertenecieron a la vida de Gerald Marsalis, decidió, como si tuviera que pagar una deuda, ir a ver las obras de Jerry Kho en una muestra retrospectiva organizada en una galería del Soho. Paseó sola por las salas, con calma, extrañamente fría, sin experimentar la sensación de haberlas visto ya sino

esperando de un momento a otro un nuevo episodio de

«¿de qué en realidad?, ¿qué nombre tiene esto que me está pasando?»

Pero no ocurrió nada. Mientras se paraba ante las manchas de colores de los cuadros, una sensación de inquietud se apoderó poco a poco de ella. En esas telas vio la muerte y la destrucción, las heridas de grandes desgarrones y el grito de dolor de una mente consumida por las pesadillas, como el cuerpo de un hombre entre las pirañas.

Jerry Kho, como Connor Slave, era un artista que había desaparecido antes de tiempo, quizá en el apogeo de su etapa creativa, asesinado por la locura humana. Pero Connor era también un hombre, mientras que el otro se había negado a serlo. Quizá Gerald ya estaba muerto mucho antes de que la muerte física le llegara de la mano de otro hombre que se encontraba en la misma situación.

Se apartó de la ventana; las cortinas ligeras cayeron suavemente para restablecer un sutil velo desenfocado entre ella y el mundo exterior. Se acercó al sillón situado junto a la ventana y, mientras se ponía los pantalones de un chándal, oyó tintinear el teléfono en alguna parte de la casa.

Para no perturbar su descanso, Mary Ann Levallier había dado la orden de desconectar el sonido del aparato de la habitación donde ella dormía. Poco después la puerta se abrió sin ruido y asomó la cara morena de Estrella.

—Ah, señorita, ya está despierta. Póngase al teléfono; es una llamada para usted, de Italia.

Maureen fue hasta la mesita de noche, de estilo imperio, situada junto a la cama y se puso al teléfono mientras se preguntaba quién podría ser. Intrigada, cogió el auricular.

—¿Sí?

La sorprendió la voz tranquilizadora y positiva de Franco Roberto, su amigo y abogado.

—¿Cómo está la comisario más guapa de la policía italiana?

Maureen lo conocía muy bien y sabía lo sensible y cuidadoso que era con las palabras. Su tono ligero no significaba una falta de tacto, sino una demostración de afecto.

—Hola, Franco, no me digas que todavía estás trabajando a esta hora.

—Claro que todavía estoy trabajando. He pasado todo el día y creo que

pasaré buena parte de la noche revisando las notas para un juicio importante que tendré mañana. Como sabes, soy un hombre que debe ganarse el pan.

—Si no recuerdo mal tus honorarios, debe de ser un pan muy relleno.

Maureen siguió el tono alegre de la conversación, llevada, a pesar suyo, por ese optimismo que le llegaba desde seis mil kilómetros de distancia.

—A palabras necias, oídos sordos. Bueno, hablando de cosas serias, me he puesto en contacto con tu padre y me he enterado de las buenas noticias. Me ha dicho que la operación ha sido un éxito.

«Sí, aunque si te lo contara ni remotamente lograrías saber cuánto...»

No tuvo necesidad de hacer ningún comentario. Del otro lado, Franco continuó hablando, concentrado en el motivo de su llamada.

—También yo quería darte una buena noticia. El juicio por tu enfrentamiento con Avenir Gallani solo será una formalidad. Basándose en tu declaración después de lo ocurrido, la mitad de la policía de Roma se movilizó. Registraron al milímetro el bosque de Manzania y encontraron en un árbol un proyectil, que después del análisis balístico ha resultado ser igual al que extrajeron del cuerpo de Connor. Esto confirma tu versión de los hechos y significa que yo estoy a punto de dar en dos blancos de un solo tiro.

—¿Es decir?

—Demostrar tu inocencia y cobrar un cheque con el membrete de la Policía del Estado. Quizá ni siquiera lo ingrese. Lo colgaré en mi estudio, como un exvoto.

Maureen permaneció un momento en silencio.

—¿Qué pasa? No pareces contenta.

—Sí que lo estoy. Es una noticia magnífica.

Por lo menos, debería serlo. Poco tiempo atrás, en la misma situación, habría cogido el primer avión que la llevara junto a Connor, para abrazarlo y compartir la alegría con él. Ahora, ¿cómo podía sentirse contenta, si el precio de obtener aquello era la muerte de él?

Franco pareció intuir sus pensamientos, porque el tono de su voz se volvió comprensivo y reconfortante como solo él sabía hacerlo.

—Ya, ya. Piensa en todo lo que te espera. No soy tan tonto para pensar que todo podrá ser como antes, ni para tratar de hacértelo creer. Pero si me permites un comentario poco original, confía en el tiempo y en las personas que te

quieren. No cambia las cosas, pero ayuda a soportarlas. Si de algo te sirve, aquí estoy.

—Lo sé, Franco, y no sabes cuánto te lo agradezco. Que tengas mucha suerte en el juicio.

Maureen cortó. Sabía cuánta verdad había en las palabras de Franco.

Era joven.

Algunos decían que era guapa.

Alguno que otro decía incluso que era guapa e inteligente.

Pero solo en una ocasión la presencia de una persona había hecho que se sintiera la mujer más guapa, inteligente y deseada del mundo.

Y ahora su ausencia hacía de ella una mujer sola y obligada a esconderse.

El mundo no acepta de buen grado a las personas que sufren abiertamente. Todos quieren engañarse pensando que el mal no existe, y así nadie acepta compartir durante demasiado tiempo la prueba de lo contrario.

Maureen pensó que una taza de café no podría volver el día más amargo de lo que ya era. Solo un poco más cálido. Estrella se habría alegrado de llevárselo, pero prefirió salir de la habitación e ir a preparárselo ella.

La casa era bastante grande, distribuida en una superficie de casi cuatrocientos metros cuadrados, con una clara división entre la zona de día y la de noche; una amplia entrada se extendía hacia el interior de la zona de la cocina. Por su larga estancia en Italia, su madre había adoptado el gusto europeo, por lo que la decoración combinaba objetos de diseño actual y muebles antiguos españoles y franceses que se integraban a la perfección con las cortinas y los tonos tenues de las paredes.

En armonía con la personalidad de Mary Ann Levallier, no había nada dejado al azar.

Mientras avanzaba descalza por el pasillo, hacia la cocina, oyó voces que llegaban de la otra parte de la casa. Una parecía la de su madre. Le resultó extraño, porque en general a esa hora estaba en el trabajo, en un despacho de madera y con muchas ventanas que ocupaba la mitad de una planta en las Trump Towers.

Cuando llegó a la entrada, se encontró con su madre, que estaba en compañía de dos personas.

Una era un sujeto alto y musculoso, con el pelo cortado a cepillo y un cuello

que a duras penas cabía en la abertura de la camisa, que llevaba abierta y sin corbata. Llevaba un traje negro; Maureen no pudo verle el color de los ojos porque estaban ocultos tras un par de gafas oscuras.

El otro era un hombre de unos sesenta años, más bajo y mucho más delgado, muy atildado, con una chaqueta cruzada de color oscuro, con un corte impecable. Tenía el pelo salpicado de canas, peinado hacia atrás, y sus ojos eran algo oblicuos, característicos de los asiáticos aunque se notaba la mezcla con otras razas. Su tez brillante recordó a Maureen una estatua del museo de cera de Madame Tussaud.

La voz con que hablaba a su madre era baja y profunda, y hacía un extraño contraste con su físico delgado.

—Señora Levallier, no sé cómo agradecerle que haya aceptado recibirnos en su casa, en lugar de en su despacho. Por motivos personales, creía más conveniente hablarle en un lugar menos... digamos... oficial.

—No hay problema. Hoy mismo empezaré a ocuparme del caso.

Advirtió la presencia de Maureen y dio un paso hacia ella.

—Ah, Maureen, estás aquí. Señor Whong, esta es mi hija, Maureen.

El hombre sonrió. La forma rasgada de los ojos se acentuó aún más y la sonrisa se convirtió en una gélida contracción de los labios, pese a la calidez que trataba de dar a su voz. Lo que pretendía ser un saludo no pasó de ser una fría formalidad.

—Es usted una mujer afortunada, y también su hija.

El hombre que acababan de presentarle como el señor Whong se acercó y le tendió la mano. Mientras se la estrechaba, a Maureen le asombró no sentir bajo los dedos las escamas de una serpiente.

—Buenos días, señorita. Me alegra conocerla en persona. Me llamo Cesar Whong y este es el señor Hocto. Es un hombre de pocas palabras pero, como podrá usted imaginar, no lo tengo a mi servicio por su elocuencia. Su madre ha aceptado recibirme y ayudarme en un asunto que me atañe muy de cerca.

Maureen lanzó una rápida mirada a Mary Ann y vio que se ponía tensa. Volvió a mirar el rostro de Cesar Whong y respondió como se esperaba.

Le devolvió la mejor de sus sonrisas.

—Estoy segura de que posee usted los requisitos necesarios para considerar a mi madre la persona indicada para ayudarlo a resolver su problema.

Cesar Whong no advirtió, o hizo ver que no advertía, el inconsciente gesto de enfado con el que movió la mano Mary Ann. Hizo un pequeño gesto con la cabeza.

—Sin duda es así. Encantado, señora Levallier. Y mucha suerte para usted, Maureen. Imagino que, como a todos, le hará falta.

Durante todo ese tiempo, Hocto había sido una presencia muda a sus espaldas. Cuando vio que la conversación concluía, se movió para abrir la puerta a Cesar Whong. Maureen estaba convencida de que con la misma indiferencia con que había realizado ese gesto habría despedazado a las mujeres que en ese momento estaban frente á él, si su jefe se lo hubiera ordenado. Salieron uno detrás del otro. Cuando cerraron la puerta tras de sí, a Maureen le pareció que la temperatura de la habitación había subido de pronto unos grados.

Mary Ann Levallier la cogió por un brazo y la condujo a la cocina. Hablaba a media voz, como si temiera que los dos hombres todavía pudieran oírla. El tono bajo, en lugar de atenuarla, subrayó aún más la ira que relampagueaba en sus ojos.

—Pero ¿estás loca?

—¿Por qué? No creo haber dicho nada que no se ajuste a la realidad. Si he entendido bien, acaba de formarse un triángulo perfecto. Es un hombre muy rico, su hijo ha matado a tres personas y tú eres abogada.

Mary Ann había recobrado su autodominio, esa frialdad y esa lucidez que habían hecho de ella una de los mejores criminalistas del estado de Nueva York.

—Mira, Maureen, hay una diferencia sustancial entre nosotras dos.

—¿Una sola?

Mary Ann hizo ver que no la había oído.

—Como bien has dicho, soy abogada. Para mí, hasta que se demuestre lo contrario toda persona es inocente. En cambio, tú eres policía, y para ti es exactamente lo contrario.

De no haber sido su madre la que estaba al otro lado del abismo que las separaba, Maureen se habría reído. Ella, precisamente ella, era la encargada de la defensa del hombre al que su hija había contribuido a arrestar. Por un instante tuvo ganas de contárselo todo, para poder ver cómo reaccionaba el cerebro lógico y pragmático de Mary Ann Levallier ante su participación en aquel asunto y sobre todo el modo en que había llegado a ello.

Se limitó a sonreír y menear la cabeza.

—¿Te parece que es algo de lo que reírse?

—Reírse, no. Pero sonreír, sí. Y aunque vivieras cien años no podrías adivinar el motivo.

—¿Eso es todo lo que puedes decir?

—No. Puedo añadir que tengo ganas de tomar un café. Pero creo que iré a tomarlo fuera.

Maureen dio media vuelta y dejó a su madre de pie en medio de la habitación, elegante y lejana, mirándola mientras se marchaba por el pasillo.

Cuando abrió la puerta de su habitación, supo que iba a ocurrir de nuevo.

Ya había aprendido a reconocer ese largo estremecimiento que llegaba de lejos y que no era de frío aunque cada vez le congelaba la espalda. Antes de que la invadiera la sensación de aturdimiento que experimentaba cuando estaba a punto de prestar sus ojos a otra vista, consiguió, con unos pasos inseguros, llegar hasta la cama.

Acababa de sentarse en el borde del colchón, esforzándose por no ceder al impulso de gritar, cuando...

«... estoy sentado cerca de una gran ventana a la mesa de lo que parece un comedor de estudiantes y a mi alrededor hay chicos y chicas y una de ellas está sentada al otro lado de la sala y me mira y con una seña casi imperceptible de la cabeza me indica que la siga y luego se levanta de la mesa y va hacia la salida y yo...

»... estoy en otro lugar y siento alrededor de la cara la presión de los bordes rígidos de una máscara de plástico y a través de los agujeros a la altura de los ojos veo a muchas personas con las manos levantadas que me miran aterrorizadas. Sé que estoy gritando palabras pero no consigo oírlas y en la mano noto el peso de una pistola y la agito hacia esa gente que empieza a echarse al suelo y...

»... una figura vestida de oscuro que empuña una escopeta y sostiene un saco de tela y lleva una máscara con la cara de Pig Pen pasa cerca de mí y me sujeta por un hombro, y por la vena que se marca en su garganta adivino que me está gritando algo y...

»... hay una joven negra con el pelo corto y una cara muy bonita sentada en una silla en el centro de una habitación y tiene unos enormes ojos oscuros muy abiertos por el miedo y la boca cerrada por una cinta adhesiva y los brazos a la espalda y detrás de ella hay una figura vestida de oscuro y con una máscara de Lucy que está acabando de atarla y...»

De repente, Maureen volvió a la realidad, acostada en la cama, con el cuello y las axilas de la camiseta empapados de sudor y esa sensación de agotamiento que le quedaba cada vez en el cuerpo y en la mente. Quería tumbarse, coger la almohada y ponerse a llorar hasta que le devolvieran su vida.

En cambio, se estiró, cogió el teléfono y marcó el número que había aprendido de memoria porque pertenecía a la única persona que aceptaba tener a su lado en aquel momento. Cuando oyó que respondían, volcó en él todo su miedo y todo su alivio.

—Jordan, soy Maureen. Ha vuelto a suceder.

Le llegó una sensación de sincera preocupación que hizo que no se sintiera tan sola y desesperada.

—¿Ha vuelto a suceder? ¿Estás bien?

—Sí, ya estoy bien.

—¿Has visto algo nuevo?

—Sí.

Maureen sabía que ese monosílabo bastaría para abrir ante Jordan un horizonte de nuevas perspectivas. Sin embargo, él no expresaba entusiasmo, solo preocupación por el estado de ella.

—Si puedes, creo que deberíamos vernos —propuso Jordan.

—Sí, creo que sí. ¿Dónde nos vemos? —aceptó Maureen.

—Si quieres, puedo ir yo para allá. O, si prefieres, podemos encontrarnos en mi casa —dijo él.

Maureen pensó en la dificultad de justificar ante su madre la presencia de Jordan Marsalis en esa casa.

—Mejor en la tuya. Dame la dirección.

—Cincuenta y cuatro Oeste, calle Dieciséis, entre la Quinta y la Sexta.

—Perfecto. Voy para allá.

Maureen cortó la comunicación, se levantó de la cama y fue con pasos inseguros hasta el cuarto de baño para tomar una ducha. Sentía que el sudor resbalaba como un dedo frío y sucio por su espalda y, mientras regulaba la temperatura, deseó poder disolverse como una estatua de sal bajo la fuerza del chorro caliente, mezclarse con el agua y desaparecer para siempre, hasta las profundidades de la tierra.

41

Cuando llegó la llamada de Maureen, Jordan acababa de cerrar tras de sí la puerta de su apartamento. Atendió y escuchó sus palabras con una electrizante sensación de descubrimiento, pero logró contenerse y procuró, en lo posible, transmitir a la mujer una sensación de seguridad que ni siquiera él experimentaba. Era lo mínimo que podía hacer; sabía el precio que le costaba a Maureen cada vez que ocurría eso que, para sí, definía como «contactos».

Guardó el móvil en el bolsillo y miró a su alrededor.

Lysa debía de haber alquilado algunos muebles para reemplazar los que él había dejado en la empresa guardamuebles. La casa estaba más completa, habitada, mostraba toques de su gusto, dentro de los límites en que podía expresarse con muebles que no eran suyos.

Había láminas de colores en las paredes y en el aire su perfume a vainilla, suspendido en el tiempo como la taza dejada sobre la mesa y la camiseta colgada en el respaldo de una silla. Había una sensación de espera por una persona que había salido solo unos momentos; sin embargo, ahora yacía en una cama de hospital, conectada a un monitor y a tubos que gobernaban su vida.

Exactamente en el lugar donde estaba ahora, un día que parecía de un pasado remoto Jordan firmó el recibo que le tendía un hombre con un chándal amarillo y una envidia del mismo color.

Hablaron de viajes y de libertad.

Le habría gustado que ahora ese hombre estuviera allí para consolarlo de su decepción, para poder confirmarle que la libertad en la realidad no existía, que era solo una ilusión de hábiles prestidigitadores, una palabra que llenaba

demasiado las bocas de la elocuencia y muy poco la vida de los comunes mortales.

Jordan había subido al piso a buscar la póliza de seguro médico, si es que Lysa poseía una. Hasta hacía poco tiempo aquella había sido su casa, y sin embargo ahora se sentía un intruso.

Cuando era policía, había registrado decenas de viviendas, pero entonces lo justificaban la necesidad y la finalidad. Nunca se había planteado, ni siquiera por un instante, la cuestión de violar la intimidad de alguien, como le ocurría ahora. Y, para colmo, la intimidad de una persona como Lysa, que había hecho de ella una trinchera, un lugar cerrado e insonorizado, para no oír los ruidos que llegaban del exterior y para que no se oyeran sus gritos.

Jordan se preguntó dónde debía de guardar los documentos.

Decidió empezar por el dormitorio. También allí, aunque no había grandes cambios, se advertía el delicado toque de su mano. Había un nuevo cubrecama azul, en el suelo dos esteras de rafia de un color parecido y las pantallas de las lámparas estaban renovadas por una esmerada limpieza. Jordan trató de no dejarse envolver en la calma luminosa que la habitación le transmitía y volvió al motivo de su presencia en el apartamento.

En general solía realizar los registros teniendo presente que debía encontrar algo que otros habían intentado esconder por todos los medios. En este caso era bastante probable que el lugar más obvio fuera también el indicado.

Abrió el armario de pared situado frente a la cama y tuvo suerte al primer intento.

En el estante más alto, a la izquierda, junto a una pila de jerséis ligeros, había un grueso portadocumentos de piel que por el color parecía ser de Cartier. No podía distinguir si era auténtico o solo una perfecta reproducción como las que vendían en Canal Street, pero en ese momento aquello no le interesaba en absoluto.

Se sentó en la cama y lo abrió.

Estaba lleno de hojas y documentos perfectamente ordenados, tal como se podía esperar de una mujer como Lysa. Jordan se dio cuenta de que había pensado en ella como «mujer» y admitió que aquella era la definición justa.

«Suerte para ti y para esa pobre chica...»

Recordó las palabras de Annette cuando, a la salida del Saint Vincent, siguió

refiriéndose a ella de esa manera, aun después de conocer la verdad. Si eso era lo que Lysa quería ser, era justo que los demás la vieran de ese modo.

Empezó a examinar los papeles uno por uno, sin sacarlos del todo, obligándose a no ser curioso para no caer en la morbosidad.

Entre dos tarjetas de cumpleaños encontró una foto en color, algo desteñida.

Pese a sus buenos propósitos, la sacó y la sostuvo con delicadeza entre los dedos, como si un movimiento brusco pudiera hacer daño a las personas de la instantánea. Un niño muy hermoso, que sonreía tímidamente, estaba de pie entre un hombre y una mujer vestidos con austeridad y que miraban al objetivo con expresión irritada. En el fondo se entreveía una construcción de madera pintada de blanco, que daba toda la impresión de ser una iglesia.

Miró el interior del portadocumentos. No había ninguna otra foto. Todo el pasado de una persona estaba encerrado en ese rectángulo de papel fotográfico que el tiempo desteñiría cada vez más. Volvió a pensar en lo que Lysa le dijo en el restaurante sobre el río, cuando habló de su familia.

«Cuando me fui de casa, no tuve ni siquiera que tocar la puerta para ver cómo se cerraba a mis espaldas...»

Y, a la luz reveladora de lo que ocurrió después, en el rostro de ese niño de belleza antinatural estaba ya el inicio de esa historia que terminaría con el golpe de una puerta que se cerraba.

Volvió a dejar la foto donde la había encontrado y otra vez revisó los documentos. Al fin, en un sobrecito de plástico transparente encontró la tarjeta de la Seguridad Social y un contrato de un seguro médico con el nombre de nacimiento de Lysa.

Cogió la envoltura brillante entre los dedos; cuando la sacó del portadocumentos, cayó sobre el cubrecama un sobre, sin sello, simplemente cerrado con la solapa metida en el interior.

Le dio la vuelta para mirarlo por delante. Era un simple sobre blanco, sin nada escrito, igual que todos los sobres que en ese momento se apilaban en estantes o en cajones de miles de tiendas de todo el país.

Sin embargo, mientras lo abría, Jordan intuía qué iba a encontrar.

Levantó la lengüeta, abrió el sobre y lanzó una ojeada al interior. Luego, sujetándolo por los bordes, hizo caer el contenido sobre la cama.

Sobre el tejido azul, ante sus ojos, había cuatro talones de color, cortados por

la mitad con un decidido corte diagonal; alguien los había juntado como las piezas de un rompecabezas, uniéndolos con una tira de cinta adhesiva transparente. Con las manos un poco temblorosas, alineó los cuatro frente a él. Eran órdenes de pago por el importe de veinticinco mil dólares cada una, emitidas por el Chase Manhattan Bank y totalmente iguales a la que había encontrado en el bolsillo del difunto DeRay Lonard, alias Lord.

Solo que estas estaban extendidas a nombre de Alexander Guerrero.

Sin darse cuenta, Jordan se puso de pie y dio un paso atrás. Pasmado, se quedó mirando aquellos rectángulos de papel de color dispuestos ordenadamente ante su mirada. Si alguna vez en su vida había experimentado una sensación de sorpresa, lo que sentía en ese momento no podía compararse ni por asomo con ella.

Metió una mano en el bolsillo y sacó el móvil. Recorrió la lista de nombres hasta ver en el visor el de Burroni.

El detective atendió al segundo timbrazo.

—James, soy Jordan.

—Hola. Me he enterado de que anoche estuviste jugando a policías y ladrones.

—Ni más ni menos. A un hijoputa al que mandé a la cárcel se le ocurrió vengarse. Sin embargo, hirió a una persona que no tenía nada que ver.

—Sí, lo sé. Lo lamento. ¿Cómo está?

—Estacionaria. Hasta ahora los médicos no han dado ningún pronóstico.

Jordan no dijo nada más, y Burroni no preguntó.

—James, voy al motivo de mi llamada. Necesito que me hagas un favor.

—Lo que quieras.

—Te mandaré un fax con la copia de un trozo de una orden de pago emitida por el Chase Manhattan Bank. El nombre del beneficiario no está completo pero se trata de DeRay Lonard, el tío que me disparó anoche. Intenta descubrir quién la ha extendido.

Por el momento prefirió no hablar de los cheques que había encontrado allí y que estaban a nombre de Lysa. Ni siquiera se tomó el trabajo de inventar una excusa. Lo hizo y punto.

—Cuenta con ello. ¿Algo más?

—Por mi parte, no.

—Entonces te daré algunas novedades sobre Julius Whong. Están saliendo a la luz cosas que ni siquiera imaginas. Quizá tu sobrino tuviera la locura del genio, pero este es un monstruo psicópata que merece estar encerrado en un manicomio de por vida. Sigue sin hablar, pero hemos investigado y hemos descubierto algunas extrañas coincidencias.

—¿Por ejemplo?

—El 14 de septiembre de 1993, en Troy, una pequeña población cercana a Albany, en la filial de un banco local, el Troy Savings Bank, cuatro personas enmascaradas entraron a robar y se llevaron casi treinta mil dólares. ¿Y adivina qué máscaras llevaban?

—Máscaras de plástico que reproducían las caras de los personajes de Snoopy. Para ser más precisos, Linus, Lucy, Snoopy y Pig Pen.

Burroni se quedó unos instantes sin palabras.

—Jordan, si te haces la cirugía plástica y aceptas andar por ahí con mi cara, te cedo con gusto mi puesto en la policía. Es absurdo que un talento como el tuyo se desperdicie. Pero espera, hay más.

—A ver si me sorprendes.

—Lo intentaré. Entre otras cosas, hemos peinado a fondo los alrededores de Poughkeepsie, en un radio de diez kilómetros. El propietario de un bar ha reconocido a Julius Whong por las fotos que le hemos mostrado, y afirma que presenció en su local, más o menos diez días después del robo, una acalorada discusión entre él y otras tres personas, dos hombres y una mujer. No acabó en pelea porque los echó amenazándolos con un bate de béisbol. Además, está seguro de que una de esas tres personas era tu sobrino.

—Entonces, aparte de todo lo que inculpa aWhong, este podría ser el rastro para llegar a lo único que hasta ahora nos faltaba: el móvil. Eres un as, James.

—Si hay un as, no soy yo, Jordan. Quisiera tener para todas las investigaciones la cantidad de hombres que he tenido para esta. Te garantizo que en ese caso el peor delincuente que habría en esta ciudad dentro de un mes sería un crío que se mete el dedo en la nariz.

—Te creo. Lástima que las cosas no sean así.

—Las cosas no son nunca así. De todos modos, a pesar de mis problemas, no envidio a tu hermano o a Cesar Whong, no sé si me entiendes...

Jordan lo entendía muy bien. Por un momento volvió a ver a Burroni

poniéndole la gorra de béisbol a su hijo.

«Hasta pronto, campeón.»

Mientras hablaba con el detective, Jordan fue hacia la sala, donde había más cobertura. Por la ventana vio que se detenía un taxi junto al bordillo. Maureen pagó, bajó y levantó la cabeza para mirar el edificio a través de las gafas oscuras. Jordan se asomó y le hizo señas con los dedos para indicarle que tocara el timbre de la tercera planta. Luego se acercó al portero automático para abrirle la puerta de entrada.

—James, ahora estoy ocupado. Mantenme informado de todo lo que pase.

—De acuerdo. Hasta luego.

Jordan cortó la comunicación y cuando oyó el ruido del ascensor que subía abrió la puerta que daba al rellano. Poco después se abrió la puerta automática y apareció Maureen.

Jordan se apartó para dejarla pasar. Caminaba con los hombros un poco encorvados, e incluso a pesar de las gafas se notaba que debajo había unos ojos cansados de ver algo que no deseaban ver.

Jordan le sonrió, no por cordialidad sino por solidaridad.

—Hola, Maureen. Quisiera desearte un buen día pero temo que no lo es.

—En absoluto. Pero tratemos de que al menos sea útil.

Jordan le señaló el sofá.

—Siéntate y hablemos.

Se dio cuenta de que Maureen deseaba librarse de lo que cargaba sobre la espalda y que solo se lo podía confiar a él. En cuanto se sentó en el sofá, empezó a contar los nuevos fragmentos que le habían llegado desde la vida de otro.

Mientras hablaba mantenía los ojos bajos; no advertía que a medida que avanzaban sus palabras provocaban sobresaltos en Jordan, que estaba de pie y en silencio escuchando atentamente su relato.

Cuando vio que había terminado, se sentó en el sillón situado junto al de ella y le cogió una mano. Trató de transmitirle su entusiasmo, para que le aportara energía y fuera una barrera contra el miedo.

—Maureen, acabo de recibir una llamada de Burroni que concuerda a la perfección con lo que acabas de decir. Lo que has visto es un robo, en el que participaron mi sobrino, Julius Whong, Chandelle Stuart y Alistair Campbell. Lo único que debemos descubrir es la identidad de esa mujer. Si ellos iban vestidos

del mismo modo, debe de estar relacionada con el asesinato que viste la otra vez. Si Julius Whong es el responsable, quiero añadir también esto a la lista de sus crímenes.

Maureen se quitó las gafas y lo miró a los ojos, aunque Jordan sabía cuánto le molestaba la luz.

—Esto creará un nuevo trastorno en mi vida.

—¿Cómo?

Jordan habría preferido no ver esa mueca en el rostro de Maureen Martini.

—Mary Ann Levallier acaba de ser contratada por Cesar Whong como abogada defensora de su hijo. Y, por si no lo recuerdas, esa mujer es mi madre.

Jordan le sonrió de nuevo con solidaridad y complicidad.

—Cuando mi hermano se entere, también le trastornará la vida. Aunque estoy dispuesto a apostar a que ya lo sabe. En todo caso, pronto lo descubriremos.

—¿Qué piensas hacer?

Jordan se levantó del sillón y le tendió la mano para ayudarla a ponerse en pie.

—Mi hermano está en Gracie Mansion en estos momentos. Y es justo el lugar adonde iremos nosotros ahora.

42

Jordan y Maureen bajaron del taxi y avanzaron por el camino que llevaba a la verja de entrada de Gracie Mansion. Jordan prefirió que fueran al parque Carl Schurtz en transporte público, para no obligar a Maureen a un desplazamiento en el asiento posterior de una moto, que podía ser peligroso si durante el trayecto tenía otro de sus encuentros. Y, después de lo que acababa de suceder, no le pareció conveniente que se enfrentara sola a un recorrido en coche.

Hicieron gran parte del trayecto en silencio. Maureen miró por la ventanilla, como hipnotizada por las imágenes de la ciudad que le llegaban filtradas por las gafas oscuras. Jordan la observó varias veces, tratando de que ella no lo notara. Quizá, teniendo en cuenta lo que le ocurría, pensaba que en alguna parte existía un mundo auténtico, mientras que ahora todo lo que los rodeaba era solo apariencia, salvo lo que ella veía a veces con sus ojos.

Fue Maureen quien rompió primero el silencio.

—Hay algo, Jordan.

Le habló sin mirarlo, con los ojos vueltos hacia las imágenes que corrían por la ventanilla del coche como en una pantalla de televisión.

—¿A qué te refieres?

—Hay algo dentro de mí. Algo que siento que debería saber y no consigo ver. Es como si estuviera mirando a una persona detrás del cristal esmerilado de una ducha. Sé que está allí, pero no logro verla con claridad.

Maureen se quitó un momento las gafas y enseguida se las volvió a poner, acomodándoselas sobre la nariz con un exceso de cuidado. Jordan intentó tranquilizarla, antes de que se hundiera en las arenas movedizas.

—El mejor sistema es no pensar en ello. Ya saldrá solo.

—No quisiera decirlo, pero es exactamente eso lo que temo.

Maureen volvió a sumirse en el silencio y Jordan aprovechó para llamar al Saint Vincent. Pidió a la operadora de la centralita que le pusiera con el doctor Melwyn Leko. En cuanto oyó su voz, el cirujano lo reconoció.

—Buenos días, señor Marsalis.

—Buenos días. ¿Cómo está la señorita Guerrero?

—Su estado es bueno tendiendo a óptimo, teniendo en cuenta lo que le ha pasado. Todavía está un poco aturdida, pero creo que ya podemos arriesgar un pronóstico favorable.

Jordan dejó que un suspiro de satisfacción inundara libremente su voz.

—¿Hay algo que yo pueda hacer?

—Por ahora no.

—Se lo agradezco, y si no es mucha molestia le rogaría que me mantuviera informado de cualquier novedad.

—Por supuesto. Si surge algo se le comunicará.

Cortó la comunicación justo en el momento en que el coche se detenía junto al bordillo; habían llegado.

Ahora pasaban delante del banco donde Maureen se sentó el día que fue a Gracie Mansion, antes de reunir el valor suficiente para presentarse ante unos desconocidos y pedirles que aceptaran como verdadero algo que ni siquiera ella se atrevía a aceptar como tal.

Todo lo que la rodeaba parecía una repetición de aquel día.

Los árboles, las manchas luminosas que dibujaba en la hierba el sol que se filtraba entre las ramas; los gritos de los niños en la zona de juegos y en la plazoleta; más allá, la estatua de bronce de Peter Pan, que ningún polvo mágico lograría jamás hacer volar.

También el agente que estaba de servicio en la caseta era el mismo, ese que tenía el andar de sheriff. Los hizo pasar sin preguntar nada pero, por la ojeada que le echó, Maureen vio que su actitud no había cambiado.

Todo parecía igual; solo ellos ya no eran los mismos.

El mayordomo de Gracie Mansion los recibió en la puerta y los dejó entrar, después de haberles advertido que en aquel momento el alcalde estaba reunido en su despacho con dos miembros de su partido.

Al fondo del pasillo, Jordan y Maureen doblaron a la izquierda y llegaron a la habitación donde Ruben Dawson estaba sentado ante los ordenadores en compañía de otro hombre. El secretario del alcalde, como de costumbre, los acogió con una actitud impecable e impasible. Jordan estaba convencido de que ese hombre no necesitaba nunca aire acondicionado, pues llevaba el frío dentro de sí.

—Ruben, tenemos que buscar algo en internet...

Jordan dejó la frase en suspenso y echó una mirada significativa a la otra persona presente en la sala, un hombre robusto, de unos treinta años, que les daba la espalda, sentado ante la pantalla de cristal líquido de un Macintosh.

Ruben lo cogió al vuelo, pero su expresión no cambió.

—Martin, ¿puedes excusarnos un momento, por favor?

—Por supuesto, señor Dawson.

Mientras esperaban que Martin se levantara y saliera de la habitación, Jordan fue a la máquina fotocopiadora y, escondiendo con el cuerpo lo que hacía, extrajo del bolsillo de la chaqueta el cheque que había encontrado en el cadáver de Lord. Hizo una copia, la puso en el fax y se la envió a Burroni.

Luego se volvió hacia Dawson, que ya estaba sentado frente al ordenador.

—Ruben, ¿recuerdas si en la ciudad de Troy hay un periódico local?

—No lo sé, pero podemos averiguarlo en un segundo.

Ruben abrió el Explorer y tras una rápida búsqueda se apoyó contra el respaldo de la silla y señaló la pantalla.

—Aquí está. *The Troy Record*.

—Llama y pregunta si tienen un archivo en formato digital. Y si es así, si se puede consultar. No creo que nos pongan problemas si se lo piden de la oficina del alcalde. Diles que es muy importante.

Ruben se levantó y se dirigió hacia el teléfono. Antes de marcar el número se detuvo un momento, con el auricular en la mano.

—Te recuerdo que se trata de un periódico. Si es algo sobre lo que hay que ser discretos, acudir a ellos no es buena idea.

Jordan se vio obligado a admitir que Christopher, al elegir a Ruben como colaborador, había depositado su confianza en la persona adecuada.

—No importa. No es tan importante, a estas alturas.

Ruben Dawson marcó el número y pidió que le pusieran con el director del

periódico. Mientras hablaba, Maureen se sentó al escritorio y buscó el sitio web del *Troy Record*. Jordan se colocó detrás, con las manos apoyadas en el respaldo de la silla.

Ruben se despidió de la persona con la que hablaba y cortó.

—Listo. El archivo está digitalizado en parte, hasta doce años atrás. La contraseña es «Connor Slave».

Jordan sintió que Maureen se ponía tensa, pero no comentó nada acerca de la coincidencia. Una vez más podía comprobar que el azar es despiadado cuando decide recordar a los seres humanos sus sufrimientos.

Maureen abrió el enlace señalado como «Archivo» y cuando se le pidió tecleó la contraseña. Bajo el logo del periódico apareció en la pantalla un motor de búsqueda interna.

Oyó la voz de Jordan que le llegaba desde atrás.

—El hecho sucedió el 14 de septiembre de 1993, así que pienso que nos conviene buscar en la edición del día 15.

Maureen escribió la fecha y apareció en la pantalla la edición del *Troy Record* que Jordan había pedido. En un silencio lleno de ansiedad, el ordenador comenzó a pasar las páginas sin el familiar crujido del papel. En la pantalla se sucedían palabras que ya se han escrito y dicho muchas veces, pero que volverán a repetirse incansablemente; solo cambiarán los nombres y los lugares. Así de repetitiva es la monótona vida de los seres humanos.

Solo el mal tiene una fantasía sin límites.

Encontraron la noticia en la crónica de sucesos. El artículo, firmado por un periodista llamado Rory Cardenas, ocupaba toda la página.

DÓLARES CON CACAHUETES

Charlie Brown roba un banco

> En la jornada de ayer se perpetró un robo en la sede del Troy Savings Bank, en Columbia Turnpike, East Greenbush. Tres sujetos con el rostro oculto por máscaras que reproducían las caras de algunos personajes de Snoopy entraron en el banco y amenazando con pistolas y escopetas a los clientes y al personal se apropiaron de todo el dinero de la caja, que en ese momento sumaba treinta mil dólares. Linus, Lucy y Pig Pen huyeron

en un Ford blanco que esperaba fuera con el motor en marcha, conducido por un individuo que llevaba la máscara de Snoopy. Al parecer los asaltantes tuvieron mala suerte, porque se encontró el Ford abandonado a unos diez kilómetros al sur, con el motor averiado. A pesar de ello, lograron huir sin dejar rastro. No hubo heridos que lamentar entre las personas que se encontraban en el banco en el momento del atraco. Solo una mujer anciana, Mary Hallbrooks, de 72 años, probablemente a causa del susto, sufrió una indisposición y fue internada de inmediato en el hospital Samaritan, donde se encuentra todavía en observación, aunque su estado no es grave. Es la primera vez que una sede del Troy Savings Bank es el objetivo de...

El artículo incluía la foto del director y algunas imágenes del banco, mientras los agentes realizaban la inspección. Maureen sintió que se aflojaba la presión de las manos de Jordan y se aligeraba su peso en el respaldo de la silla. Vio que se alejaba de la pantalla, a la que se había acercado para leer mejor el artículo.

—Todo esto ya lo sabemos. Si lo que has visto es cierto, es probable que sucediera casi al mismo tiempo que el atraco. Si es así, la noticia debería figurar en la edición del mismo día.

Dos páginas más adelante, abajo, a la derecha, encontraron la nota que buscaban.

Jordan señaló el lugar con el dedo y Maureen lo rodeó con un recuadro y utilizó el zoom, para ampliar la parte marcada. En la pantalla del ordenador apareció parcialmente una página con dos fotografías. En una se veía a una mujer negra, con la piel bastante clara, el pelo corto y un bonito rostro, que sonreía. En la otra aparecía un niño con ojos oscuros y la piel un poco más clara que la de la madre. Tenía un aire despierto y los miraba con expresión divertida.

Aunque la había visto en una situación muy distinta, Maureen reconoció enseguida a la mujer. Sintió que ese momento era una repetición del día en que descubrieron la identidad de Snoopy, tras aparecer en la pantalla la cara de Alistair Campbell. Apoyó una mano en la muñeca de Jordan y le dio un leve apretón, sin hablar.

A PESAR DE SU EXPERIENCIA, UNA ENFERMERA NO LOGRA

SALVAR LA VIDA DE SU HIJO

> Thelma Ross, enfermera profesional del hospital Samaritan de Troy, ha sido víctima de una trágica serie de fatalidades que han costado la vida de su hijo, el pequeño Lewis, de cinco años. El niño, mientras jugaba en el jardín de su casa, fue picado por una considerable cantidad de avispas. El violento choque anafiláctico que sufrió, le provocó un edema faríngeo que en poco tiempo le obstruyó por completo las vías respiratorias. Ni siquiera la rapidez de la madre, que gracias a su larga práctica en el quirófano efectuó una traqueotomía al pequeño Lewis, logró salvarle la vida. Cuando llegó la ayuda, el médico de la ambulancia solo pudo certificar la muerte del niño. Expresamos a Thelma Ross el afecto solidario de una comunidad a la cual ha dado mucho y que en estos tristes momentos se siente profundamente conmovida.

Jordan apoyó una mano en el hombro de Maureen, con un entusiasmo que su voz no conseguía disfrazar.

—Aquí hay algo que no encaja. La noticia, como se cuenta aquí, no corresponde en absoluto a lo que...

Se interrumpió antes de terminar la frase. Aunque Ruben no entendió a qué se refería, Maureen lo comprendió perfectamente.

Sintió que los dedos de Jordan ejercían una pequeña presión en su hombro.

—Búscame el número del hospital Samaritan de Troy.

Maureen abrió el sitio de las Páginas Amarillas y a los pocos instantes aparecieron en la pantalla los números de teléfono y la dirección del hospital.

Poco después Jordan cogió el teléfono y marcó un número. La operadora respondió inmediatamente.

—Hospital Samaritan, ¿en qué puedo ayudarlo?

—Necesitaría hablar con el departamento de personal.

—Aguarde un momento, por favor.

Tras unos instantes con la habitual musiquilla de espera, se oyó una voz decidida.

—Michael Stills.

—Buenos días, señor Stills. Soy Jordan Marsalis; llamo en nombre del

alcalde de Nueva York.

—Ya. Disculpe si lo he hecho esperar, pero tenía en la línea al presidente de Estados Unidos.

Jordan admiró la rapidez de reflejos de la respuesta y no se lo tomó a mal. Se esperaba una reacción como aquella, aunque en tono menos irónico.

—Señor Stills, comprendo su escepticismo. Habría ido en persona, pero se trata de algo de máxima urgencia. Le ruego que pida en la centralita que le den el número de Gracie Mansion y pregunte por mí. Soy el hermano del alcalde.

—No, está bien. Su tono me ha convencido. Dígame.

—Necesito una información sobre una empleada. Una enfermera que se llama Thelma Ross. Quisiera saber si todavía trabaja ahí y, de ser así, si puedo hablar con ella, o pueden facilitarme su dirección.

Del otro lado hubo una pausa y un ligero suspiro.

—Ah, Thelma. Esa pobre chica...

Jordan intervino para impedir que le contara los hechos que acababa de leer.

—Estoy al corriente de lo que les ocurrió a ella y a su hijo. Quisiera saber dónde puedo encontrarla.

En su mente dio un rostro provisional a Michael Stills, a quien lo imaginó perdido en sus recuerdos personales.

—Aquí todos le teníamos mucho cariño. Era una persona muy dulce y una enfermera extraordinaria. Pero después de la desgracia no se recuperó. Cayó en una depresión que se agravó día tras día hasta dejarla en un estado catatónico. Actualmente está internada en un hospital para enfermos mentales.

—¿Recuerda cómo se llama?

—No estoy seguro, pero me parece que es The Cedars o The Oaks, algo así. Sé, por sus compañeros que de vez en cuando van a verla, que queda cerca de Saratoga Springs, hacia el norte. Creo que es la única clínica de ese tipo que hay en la zona.

—¿No podría hablar con el marido?

—Thelma no está casada. O por lo menos cuando llegó aquí ya no lo estaba.

—Se lo agradezco, señor Stills. Ha sido de gran ayuda.

Jordan colgó y se quedó en silencio con la mano apoyada en el auricular, como si no quisiera despegarse de aquella conversación hasta haberla asimilado.

—Thelma Ross está internada en un hospital para enfermos mentales cerca

de Saratoga Springs. No sé si servirá, pero creo que debemos ir a hacerle una visita.

Por el tono de Jordan, Maureen dedujo que la visita a Gracie Mansion había terminado. Christopher todavía estaba ocupado y la idea de marcharse sin verlo ni tener que explicarle el motivo de su presencia no molestaba a ninguno de los dos.

Se despidieron de Ruben, abrieron la puerta y avanzaron en silencio por el pasillo, hacia la entrada.

Dawson se quedó solo en la sala, de pie en el umbral, mirándolos mientras se alejaban hasta verlos desaparecer. Después volvió a entrar, cogió el móvil del bolsillo y marcó un número que correspondía al nombre de una asociación de beneficencia.

Cuando descolgaron, ni siquiera se molestó en decir su nombre. Pese a su proverbial frialdad, bajó un poco la voz.

—Dile al señor Whong que tengo un par de noticias que podrían interesarle mucho...

43

El helicóptero sobrevolaba el Hudson con rumbo norte a una altura de setecientos metros.

Desde su asiento, junto a la ventanilla, Jordan podía ver cómo los seguía la sombra del aparato; se deslizaba flexible sobre la superficie encrespada del río, lanzada en su persecución como si estuviera ansiosa por alcanzar el objeto que la había creado. Christopher, por expreso deseo de Jordan, sin hacer demasiadas preguntas, puso a su disposición su helicóptero, un Augusta Bell AB139, que despegó del Downtown Manhattan Heliport con destino a Saratoga Springs. Antes se puso en contacto con The Oaks, la clínica en la que estaba internada Thelma Ross. Después de hablar con Colin Norwich, el director, Jordan optó por esa solución, ya que el hospital tenía una pista de aterrizaje para helicópteros.

Ahora él y Maureen iban sentados el uno junto al otro detrás del piloto. Aunque la cabina estaba insonorizada, habían aceptado el consejo de ponerse unos auriculares Peltor con intercomunicador, para poder hablar durante el viaje sin que les molestara el ruido de las aspas del rotor.

Jordan pulsó el botón que excluía al piloto de su conversación y se volvió hacia Maureen, que estaba apoyada contra el respaldo con la cabeza un poco levantada y hacia atrás, como si dormitara, con los ojos cerrados tras las gafas oscuras.

—Hay algo que no puedo entender.

Por su rápida respuesta, Jordan vio que estaba despierta y reflexionando, al igual que él.

—Veamos si es lo mismo que me pregunto yo.

—Teniendo en cuenta los precedentes, nada nos hace pensar que lo que has visto no sea cierto. Si las cosas ocurrieron así y Julius Whong mató al hijo de Thelma Ross, ¿por qué ella nunca lo denunció?

—Exacto.

—Esperemos que ella pueda decirnos algo, aunque el médico con el que he hablado me ha parecido un poco impreciso al respecto.

Se miraron. Volaban a setecientos metros del suelo, pero se sentían mucho más en el aire de lo que estaban en esa caja de acero y cristal que desde lo alto rompía el silencio.

El helicóptero viró a la derecha y Maureen volvió a observar el paisaje por su ventanilla. Sin embargo, su voz llegó a los oídos de Jordan clara y amarga como un mal pensamiento.

—Alguien puso a los seres humanos ante la duda de ser o no ser, y otro ante la elección de ser o tener. Yo, en este momento, lo único que deseo es entender.

La capacidad de visualización de Jordan lo puso de repente ante La balsa de la Medusa, la enorme pintura que había visto en la casa de Chandelle Stuart. No le sorprendería, si volviera a verla ahora, encontrar en medio de aquellos náufragos el rostro de Maureen.

Quizá porque no estaba enamorado de ella, la sentía más cercana de lo que había sentido a nadie en su vida. Lo que les ocurrió dos días atrás, lo metió aún más a fondo en la historia de esa extraña mujer italiana, a la cual el destino había reservado vivencias tan difíciles de superar. Cuando vio a Lysa en el suelo, con aquella mancha roja de sangre que se ensanchaba sobre la blusa y le robaba el color de la cara, entendió lo que debió de sentir Maureen en su terrible experiencia con Connor Slave.

Lysa...

La noche anterior, después de la visita a Gracie Mansion, y a pesar de la llamada al doctor Leko, Jordan pasó por el Saint Vincent a verla. Cuando entró un momento en su habitación, de puntillas, la encontró dormida, con el pelo desparramado sobre la almohada, pálida y hermosa como si en lugar de yacer en una cama de hospital se encontrara en una sesión fotográfica. Los latidos de su corazón, que se veían en una línea verde en movimiento en el monitor, eran mucho más regulares que los de él.

Mientras estaba allí, de pie, junto a la cama, Lysa abrió un instante los ojos y

lo miró, con la mirada empañada del sopor de las medicinas. A Jordan le pareció que una ligera sonrisa aparecía unos segundos en sus labios, pero enseguida volvió a caer en ese lugar sin dolor en el que los fármacos le permitían refugiarse. Jordan salió tal como había entrado, en silencio, dejando a Lysa en un sueño profundo que él, durante toda la noche, no consiguió conciliar.

El piloto alzó la mano derecha y lo devolvió a otro tipo de vuelo. Hizo un gesto hacia abajo, indicando la superficie brillante del lago Saratoga.

Jordan volvió a conectar la comunicación.

—Allí está el lago. El lugar que buscamos está en el extremo norte.

De nuevo el veloz y líquido juego del reflejo sobre el agua mientras el helicóptero volvía a virar y perdía altura. El sistema de navegación por satélite guió al piloto hacia las coordenadas del lugar de aterrizaje; finalmente la sombra logró pegarse de nuevo a ese extraño objeto suspendido en el cielo al que había perseguido durante todo el viaje sin saber que no era más que su copia.

Durante el aterrizaje, Jordan observó desde lo alto dos construcciones, que se encontraban en una zona del parque que parecía pertenecer al complejo hospitalario y en la que había espacios con un césped de un verde increíble que se alternaban con áreas de vegetación baja y árboles de troncos altos. Uno de los edificios era más pequeño y estaba situado un poco más allá de la pista de aterrizaje. El segundo, hacia la izquierda, era más grande y tenía enfrente un amplio patio que se prolongaba en un jardín florido.

El piloto apagó los motores. Jordan y Maureen bajaron del aparato, inclinándose por instinto hacia delante por el aire que originaba el rotor y por la amenaza que constituía encima de sus cabezas. Avanzaron por un camino flanqueado por un seto de acebo y fueron al encuentro de un hombre que se acercaba a ellos para recibirlos. Ahora que podía verla desde tierra, a Jordan le asombró la espléndida construcción de color claro con adornos de piedra y grandes puertas correderas por las que había salido la persona que ya se acercaba.

Jordan le tendió la mano y levantó la voz para hacerse oír sobre el fut-tza fut-tza fut-tza cada vez más lento de las aspas que iban deteniéndose.

—Buenos días. Soy Jordan Marsalis, y ella es Maureen Martini, funcionaria de la policía italiana.

Mientras les estrechaba la mano, el hombre, que tenía un aspecto algo

informal y era casi tan alto como Jordan, con un pelo castaño bastante largo y un aire eficiente, se presentó a su vez.

—Bienvenido. Soy Colin Norwich, director de The Oaks. Hemos hablado por teléfono.

—Exacto. Le agradezco que haya aceptado recibirnos y permitirnos ver a su paciente.

Mientras echaban a andar hacia el lugar de donde acababa de llegar Norwich, el director se encogió de hombros.

—Me ha dicho usted que se trata de algo de suma importancia. No sé qué espera de la señora Ross, pero me temo que no será de gran ayuda.

—¿En qué sentido?

—Los motivos, esencialmente, son dos. El primero es que Thelma, a causa del trauma que sufrió, por decirlo en términos comprensibles, se ha creado una barrera que no atraviesa casi nunca. Hemos tenido que esforzarnos mucho para ayudarla a alcanzar cierto equilibrio. Ahora, de vez en cuando, pasa días enteros en silencio. Cuando llegó aquí solo sabía gritar.

—¿Y el segundo motivo?

El doctor Norwich se detuvo y miró primero a Jordan y luego a Maureen, con expresión seria.

—Aunque no lo parezca a primera vista, esto es un hospital, yo soy médico y Thelma es mi paciente. Yo soy responsable de ella. Si viera que su presencia puede comprometer de algún modo su equilibrio, me veré obligado a pedirles que concluyan ipso facto su visita.

Hablando, habían llegado al patio semicircular de delante del edificio. Norwich señaló un jardín extremadamente bien cuidado que podía verse del otro lado de un muro bajo de ladrillos rojos. Había algunas mujeres paseando por los caminos, solas o en grupo. Otras, sentadas en sillas de ruedas, eran llevadas por enfermeras de uniforme blanco.

—Esas son algunas de nuestras pacientes. Como pueden ustedes ver, el instituto es solo para mujeres.

Jordan señaló todo lo que lo rodeaba con un solo gesto de los brazos.

—Doctor Norwich, me parece que este lugar está reservado a personas que pueden pagar una mensualidad bastante alta.

—Dicho de ese modo suena un poco crudo, pero en efecto, así es.

—Bien, la señora Ross era enfermera. ¿Cómo es posible que pueda permitirse una clínica como esta?

—Por lo que sé, disponía de un patrimonio personal de casi un millón y medio de dólares. Sé que el pago se gestiona a través de un banco y que hay más que suficiente para abonar los gastos.

—¿No le parece extraño que una simple enfermera poseyera una suma de dinero tan elevada?

—Señor Marsalis, yo soy psiquiatra, no inspector de Hacienda. Para mí las cosas extrañas son las que están en la cabeza de mis pacientes, no las que hay en sus cuentas corrientes.

La llegada de una enfermera rubia, un poco gruesa pero con una bonita cara, salvó a Jordan de la incomodidad de encontrar una respuesta adecuada. La mujer se detuvo junto a ellos, impecable con su uniforme blanco pero miró a Jordan con unos ojos llenos de glotonería. Maureen lo notó y sonrió para sí al imaginarla echando la misma mirada a su doble ración de fresas con nata.

Norwich le explicó el motivo de la presencia de aquellos dos desconocidos en The Oaks.

—Carolyn, acompaña al señor Marsalis y a la señorita Martini a ver a Thelma. Asegúrate de que todo marche bien.

A Jordan no se le escapó la manera en que Norwich subrayó ligeramente las últimas palabras. La enfermera por fin despegó los ojos de Jordan.

—Muy bien, señor director.

—Vayan con Carolyn. Si me disculpan, una persona me espera en mi despacho. Después saldré a despedirlos.

El psiquiatra dio media vuelta y se dirigió con paso decidido hacia la entrada del edificio. Maureen y Jordan siguieron el andar ligero de la enfermera, ágil pese a su figura. Carolyn los guió por ese jardín tan lleno de colores que a Maureen le dio la impresión de estar en un cuadro de Manet. Todas las pacientes con que se cruzaban mostraban la expresión dócil y sorprendida de quienes viven en un mundo propio. Jordan habría deseado responder en ese momento a lo que Maureen le había dicho en el helicóptero. En aquellas personas, la parte más frágil de la mente había elegido por su propia cuenta. Entre ser y no ser, entre ser y tener, les había concedido el don de la indiferencia.

Thelma Ross estaba sentada, en actitud comedida, en un banco de piedra,

bajo un cenador cubierto de ramas de rosales trepadores que un jardinero había hecho subir hasta formar un todo con el terreno. Llevaba una falda gris y un conjunto de un suéter y una chaqueta de punto de color rosa; el corte era algo anticuado pero contrastaba agradablemente con su tez oscura. Era mayor a como se la veía en la foto del periódico, pero la piel se conservaba tersa y brillante. Todavía era muy guapa, como si el destino, satisfecho de haberle estropeado la mente, hubiera decidido mostrarse misericordioso con su aspecto exterior.

Cuando oyó el ruido de pasos sobre la grava, la mujer alzó los ojos hacia ellos. Maureen sintió un pequeño estremecimiento en ese cálido día de sol. Sus ojos eran negros y tranquilos, pero se notaba que la razón había huido de ellos a causa de algo terrible.

Era la primera vez que Maureen se encontraba tan cerca de una de las personas que había visto en sus alucinaciones. Si alguna duda le quedaba, ahora le bastaba con alargar la mano y tocar el hombro de Thelma Ross para darse cuenta definitivamente de que esas imágenes quizá eran una ilusión en el presente pero habían sido una realidad en el pasado.

La enfermera se acercó a la mujer que había sido su colega y le habló con voz dulce.

—Thelma, tengo una pequeña sorpresa para ti. Mira a estos señores; han venido a verte.

La mujer la miró primero a ella y después a Jordan, como si no existieran. Finalmente, su mirada se posó en Maureen.

—¿Eres amiga de Lewis?

Tenía una voz increíblemente suave, que transmitía una sensación de ingenuidad. Maureen se agachó frente a ella con la ternura que se siente por una persona indefensa.

—Sí, soy amiga de Lewis.

Thelma levantó una mano para acariciarle el pelo. Maureen volvió a verla amordazada, con los ojos desmesuradamente abiertos mientras una estúpida muchacha con una máscara de Lucy la ataba a la silla.

Sonrió, y su sonrisa iluminó la sombra.

—Eres guapa. También mi Lewis es guapo. Ahora estudia en la universidad. Algún día será veterinario. Yo habría preferido que estudiara medicina, pero él quiere tanto a los animales...

Maureen alzó la cabeza y buscó la mirada de Jordan. Los dos sentían la misma piedad que se convertía en la certeza de haber hecho un viaje en vano. Sin embargo, cogió con suavidad la mano que la mujer le había puesto en el regazo.

—Señora Ross, ¿recuerda qué le pasó a Lewis cuando le picaron las avispas?

La pregunta no llegó hasta el lugar donde se había refugiado la mente de la mujer.

—Lewis juega muy bien al baloncesto. Es el mejor, y corre muy deprisa. Su entrenador dice que será un gran jugador.

Jordan sacó del bolsillo las fotos de Julius Whong y de las víctimas. Se las pasó a Maureen, que en ese momento era la intermediaria con el mundo de Thelma Ross.

—Thelma, ¿conoce a alguna de estas personas?

Maureen hizo que pasara una por una las fotografías ante el semblante sereno de la mujer. Su expresión no cambió mientras veía desfilar ante sus ojos los rostros de las personas que la habían obligado a sentarse en ese banco de piedra, a construir en su cabeza un futuro para un niño que no crecería nunca.

Jordan se metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y extrajo dos hojas dobladas en dos. Cuando las abrió y se las pasó, Maureen vio que en la primera aparecía la figura de Snoopy. Le hizo una seña imperceptible con la cabeza.

Maureen tendió la primera hoja a la mujer sentada frente a ella y se la apoyó en el regazo.

—Señora, ¿ha visto usted alguna vez a este personaje?

Thelma Ross cogió la hoja en su mano y la miró primero con los mismos ojos vacíos con los que había oído sus preguntas y mirado las fotos.

Luego, de pronto, su respiración se aceleró.

Maureen pasó ante sus ojos las imágenes de Linus, Lucy y Pig Pen, y por primera vez en su vida supo qué era verdaderamente el terror. Los ojos de Thelma Ross fueron abriéndose poco a poco, mientras ella se contraía, moviendo la cabeza con breves movimientos histéricos e inspirando por la boca abierta todo el aire que podía. Por un instante todo pareció inmóvil, y después, de la garganta de la mujer salió un alarido, que era al mismo tiempo de terror, de dolor y de un recuerdo inesperado, tan desgarrador para los oídos que Maureen se puso

de pie casi sin darse cuenta.

La enfermera actuó con rapidez. Sacó de un bolsillo un busca y pulsó un botón. Luego, con un único gesto rudo, apartó a Maureen y a Jordan y se acercó a la mujer, que seguía gritando.

—Thelma, cálmate, todo está bien.

Le rodeó los hombros con los brazos para intentar inmovilizarla mientras ella, con movimientos convulsivos, cogía y tiraba del tejido fino del jersey, tratando de arrancárselo como si de golpe le quemara.

—Aléjense, ustedes dos.

Jordan y Maureen salieron del cenador justo a tiempo para ver cómo llegaba corriendo el doctor Norwich seguido por dos enfermeras, también bastante robustas. Una de las dos llevaba una jeringa. Se precipitó hacia el banco y, ayudada por su compañera, levantó la manga del jersey e introdujo la aguja en el brazo de Thelma Ross.

Norwich cogió a Jordan por un codo y lo volvió con fuerza hacia él, furioso.

—Y eso que les había advertido... Estarán orgullosos de lo que han hecho. Señores, en mi opinión, su presencia aquí ya no es grata. Ya han hecho bastante daño por hoy.

Les dio la espalda y se reunió con las enfermeras junto a su paciente, que, por efecto de lo que le habían inyectado, ya comenzaba a calmarse, aunque aún seguía gritando.

Jordan y Maureen se quedaron solos.

En ese lugar, eran de las pocas personas que estaban en sus cabales; sin embargo, en aquel momento se preguntaban si valía la pena estarlo.

Volvieron a la pequeña pista de aterrizaje sin valor para mirarse a la cara. Poco después, ya sentados el uno al lado del otro, inmóviles y silenciosos en el helicóptero que los llevaba de vuelta a Nueva York, Jordan no podía dejar de pensar en lo que acababa de ocurrir, en el rostro trastornado de Thelma Ross y en ese alarido que seguiría oyendo durante mucho tiempo.

La reacción de la mujer al ver las figuras de Snoopy significaba que la noticia aparecida en el periódico no informaba de la realidad de los hechos y que existía una conexión entre lo sucedido muchos años atrás y lo que había visto Maureen.

Volvió un momento la cabeza para mirar su perfil dibujado por el contraluz

de la ventanilla y acudió a su mente lo que había pensado el día anterior, durante la corta carrera en taxi hacia Gracie Mansion.

Quizá la respuesta era justamente esa.

También para Thelma, así como para Maureen, a su alrededor no había nada verdadero, salvo lo que habían visto sus ojos.

44

Cuando abrió la puerta de la habitación, Lysa tenía los ojos cerrados pero estaba despierta.

El pelo oscuro, peinado hacia atrás y recogido en una cola de caballo, realzaba la perfección de sus facciones. Sus ojos se abrieron sobre la almohada con la misma timidez con que Jordan había abierto la puerta. Todavía tenía un tubo en la vena pero el monitor situado junto a la cama estaba apagado y en la pantalla opaca ya no se veían los latidos verdes de su corazón.

—Hola, Jordan.

—Hola, Lysa.

Ese sobrio saludo contenía la alegría suspendida de un momento que ambos habían aguardado y que al mismo tiempo temían. Lysa era hermosa y pálida, y Jordan se sentía desgarbado y cohibido; finalmente dijo lo que dice todo el mundo.

—¿Estás bien aquí? ¿Tienes todo lo que necesitas?

Señaló con un gesto la habitación, tan confortable que no parecía de hospital. Las paredes estaban pintadas de colores pastel; la cama, frente a la puerta y en el lado izquierdo había una gran ventana con las cortinas abiertas, por la que entraba el sol, que dibujaba un recuadro en el suelo, como un pequeño tapete de luz.

—Sí. El personal es maravilloso y además ha venido esa mujer, Annette, a traerme mis cosas. Es una buena persona.

Jordan asintió. Le había pedido a su amiga un favor más: que fuera a su casa y cogiera todas las cosas que pudieran servir a una mujer en una situación como

aquella. Le causaba menos incomodidad si lo hacía ella.

Aun así, se sentía un poco culpable, y no lograba esconderlo detrás de aquello mucho más grande, que era la causa de la presencia de Lysa en el Saint Vincent.

—Discúlpame. Sé que no es agradable que gente extraña revuelva las cosas de uno, pero yo no sabía...

—Has tenido una buena idea. Una hermosa idea, diría yo.

Lysa señaló la mesa situada junto a la ventana. Encima había un gran ramo de flores envuelto de una manera muy original, con papel de envolver común y cordel rústico.

Antes de enviárselo, desde una tienda de la calle Hudson, dio muchas vueltas a la tarjeta en la mano sin saber qué escribir. Todo lo que se le ocurría le parecía inadecuado y pueril. Al final decidió poner una simple «J» en el centro de la tarjeta, esperando que de algo tan sencillo Lysa lograra sacar todo lo que él no era capaz de decir.

—Son muy hermosas y me han gustado mucho. Gracias.

—No es nada. Y tú, ¿cómo te sientes?

Lysa, pálida, sonrió.

—No lo sé. Aquí dicen que estoy bien. No me han dado muchos balazos en mi vida, así que no tengo demasiada experiencia.

—No sabes cuánto lo lamento, Lysa.

—¿Por qué? Creo que me salvaste la vida.

—No. Al contrario, fui yo quien la puso en peligro. Recibiste un balazo que iba dirigido a mí.

Le contó lo ocurrido y su historia con Lord, el hombre al que había arrestado y que había tratado de vengarse. No le dijo que los dos habían muerto, ni mucho menos aludió al medio cheque que había encontrado en un bolsillo de Lord y los que había encontrado en casa de ella.

Lysa lo interrumpió y le sorprendió que cambiara por completo de tema, como si lo que le estaba contando ya fuera una historia olvidada. Su mente había seguido otro pensamiento, no las palabras de Jordan.

—Es muy guapa.

—¿Quién?

—La mujer con la que te vi la otra noche. Es muy guapa y seguro que es lo

que parece: una mujer.

—Lysa, Maureen es solo...

—No tiene importancia, Jordan, créeme.

Una sonrisa tirante, una pequeña herida en aquel rostro pálido, iluminado por unos ojos que parecían haber recibido gotas de dolor como colirio. Jordan no sabía dónde había más amargura, si en esa cara o en él, que la miraba.

—La suerte tiene siempre lista una carcajada de burla para cada uno de nosotros, Jordan.

Se volvió hacia la luz de la ventana y los ojos se encendieron en un reflejo que no venía de dentro sino de fuera.

—El problema no es con quién te vi, sino dónde te vi...

Lysa señaló una silla de aluminio que estaba apoyada contra la pared, a la izquierda de la cama, frente a la ventana.

—Siéntate, Jordan. Debo explicarte el motivo por el que te llamé lá otra noche. Siéntate y escúchame y por favor no me mires mientras te hablo, o no tendré valor para hacerlo.

Jordan se sentó y dirigió la mirada hacia el ramo de flores que adornaba la mesa, al otro lado de la habitación, sobre el fondo de la pared azul. Recordó los colores del jardín de The Oaks, cuidados para gente que quizá ni siquiera los veía, y las palabras de una poesía infantil que le recitaba su madre mientras juntos arreglaban los pequeños macizos de flores de delante de su casa.

... una rosa escarlata estrecha como un puño de seda en torno de la pasión...

—Te advierto que lo que voy a decirte no es una justificación, solo una explicación. No llegué a Nueva York por casualidad, sino con un objetivo preciso. Durante toda la vida había tratado de ser una persona normal, con una vida normal, que no se viera, cada vez que se miraba al espejo, como una broma de la naturaleza. Solo deseaba las cosas que tienen todos: la cotidianidad, formar parte de algo, despertarme por la mañana y dormirme por la noche después de un día lleno de pequeñas cosas como el anterior. Envidiaba a las mujeres a las que conocía; incluso les envidiaba el aburrimiento de una vida así. En cambio, a mi alrededor solo había hombres que me evitaban de día y a los que yo debía evitar de noche. Quizá tenía razón mi padre, el reverendo Guerrero, cuando decía que mi belleza era un don de Satanás. Después, un día, llegó esa maldita carta al

lugar donde vivía.

... un tulipán amarillo para unos celos tan agudos que hieren los ojos...

—Contenía un mensaje en el que preguntaba si quería ganar cien mil dólares. La tiré a la basura pensando que no era más que una broma. Al día siguiente llegó otra, y al siguiente otra más. En todas repetían que no era una broma y que, si decidía saber de qué se trataba, que pusiera un anuncio en The New York Times con el texto «LG Okay». Lo hice. Dos días después de publicar el anuncio, recibí una carta que contenía cuatro órdenes de pago de veinticinco mil dólares cada una, emitidas por el Chase Manhattan Bank; estaban a mi nombre, pero cortadas por la mitad de un tijeretazo. Junto con los cheques venían las instrucciones de lo que debía hacer para recibir las otras mitades. Esto hizo que se desvanecieran todos los prejuicios.

Lysa hizo una pausa. Jordan se dio cuenta de que estaba llorando, pero continuó con la vista fija en las flores.

... una hilera de margaritas para el amor y el desamor...

—Cuando vi de qué se trataba, me dije: ¿por qué no? En el fondo solo era eso lo que el mundo quería de mí: un cuerpo y un poco de tiempo. Cien mil dólares me parecían una buena recompensa para dejar a un lado todos los escrúpulos.

... una anémona blanca para las mil espinas del corazón...

—Llegué a Nueva York con la determinación de que a partir de ese momento sería lo que se me pedía ser. Un juguete por horas que cobraría un alto precio. Cumplí con mi misión y luego puse lo que debía entregar en una taquilla de la estación Pennsylvania. Dos días después encontré en el buzón de cartas de tu casa un sobre con la otra mitad de los cheques. Mi misterioso benefactor había cumplido su palabra. Pero no tuve en cuenta dos cosas. La primera es que, adondequiera que vayas, tu conciencia va contigo.

... y violeta, la flor de la perfidia y el dolor.

—La segunda, que te encontraría a ti. Traté de olvidarte, seguir mi camino y pensar que solo eras otra ilusión y otra desilusión. Pero no fue así. Cada día, mientras descubría a la persona que eres y a la que no sabes que eres, me di cuenta de que ya no podía dejar de lado a ninguna de las dos. Pero cuando supe que te amaba, yo ya no era la misma a la que sorprendiste desnuda en el cuarto de baño. Por mi culpa era otra, y por muchas duchas que me diera jamás lograría sacarme de encima la sensación de estar sucia. Por este motivo cuando vi que te estabas acercando a mí te eché de casa.

Jordan sabía cuánto le estaba costando decir aquellas palabras. Lo adivinaba por el tono de su voz, por las lágrimas que caían de sus ojos y que parecían humedecer y disolver el sonido de las palabras. Y al mismo tiempo le aterraba la conclusión, porque no sabía cuánto le costaría a él.

—Cuando vi en la televisión la noticia sobre el asesino de tu sobrino y sobre la prueba de ADN que lo incriminaba, me di cuenta de lo que había hecho, de en qué delirio me había metido.

Hizo una pausa que chirriaba como una uña sobre una pizarra y dejaba marcas mucho más profundas.

—Cobré cien mil dólares tras tener una relación con un hombre y enviar a la persona que me los pagaría un preservativo con su semen. El hombre era ese ser abyecto de Julius Whong.

Jordan se quedó tan petrificado, con la mirada perdida en aquel estúpido ramo de flores,

... y violeta, la flor de la perfidia y el dolor...

que casi no oyó las últimas palabras de Lysa.

—Y ahora te ruego que te levantes de esa silla y te vayas. Vete y haz lo que debas hacer, pero vete sin mirarme, por favor.

Jordan se puso de pie y empezó a recorrer lo que le parecía la gran distancia que había hasta la puerta. La abrió y volvió a cerrarla con delicadeza tras de sí. En cuanto se encontró fuera del influjo que Lysa, para bien y para mal, ejercía sobre él, tuvo un súbito pensamiento.

Enseguida sacó el móvil del bolsillo pero se dio cuenta de que allí no había cobertura.

Se acercó al ascensor y, mientras pulsaba el botón de llamada, continuó

dando vueltas a ese pensamiento que se clavaba cada vez más hondo en su cerebro.

El trayecto hasta el vestíbulo fue eterno.

Aún no había terminado de salir de la cabina, cuando ya estaba enviando la llamada a Burroni.

—James, de nuevo Jordan.

El detective le contestó con el tono paternalista de un viejo cura.

—Está bien, te perdono, hijo mío. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Quiero saber si tienes alguna novedad acerca de lo que te pedí el otro día.

—Ah, claro que sí. Espera un momento.

Jordan oyó, a través del teléfono, un ruido de papeles, como si Burroni estuviera buscando algo en el caos que era su escritorio.

—Aquí está. La orden de pago fue emitida por la sucursal del Chase Manhattan Bank de Broadway y Spring. El pago no se efectuó a una cuenta corriente; la suma se pagó por adelantado, en efectivo.

—¿Has conseguido averiguar la persona?

—La solicitud la hizo un tal John Rydley Evenge, pero el empleado que se encargó de la operación no le recuerda. Esa sucursal del Chase es enorme y emiten cientos de cheques de ese tipo cada día.

—Pero ¿no están obligados a exigir una identificación en caso de efectivo, para impedir que se blanquee dinero?

—Sí, pero la suma es relativamente baja y entra en la cantidad mínima permitida. Además, en el cheque figura el nombre del beneficiario. Habrían sido más exigentes si hubiera sido al portador.

La ansiedad dictaba a Jordan las palabras que debía decir a Burroni.

—Eres un as, James. Pero ahora te pediré que seas el as de los ases.

—Dime.

—Necesito que me hagas un par de trabajos, legales pero no oficiales, no sé si me explico.

—Perfectamente. Te escucho.

—¿Entre los tuyos habrá dos o tres chavales despiertos que fuera de su horario de servicio puedan poner bajo protección a una persona?

—Si digo que es para ti encontraré a docenas. Por lo que parece, has dejado una marca indeleble por aquí. ¿Quién es la persona?

—Habitación 307. Hospital Saint Vincent, en la Séptima Avenida.

—Lo conozco. ¿Para cuándo?

—Dentro de media hora.

—Será Roger. Has dicho un par de trabajos. ¿Cuál es el otro?

—¿Tenemos periodistas amigos?

—Sí. Hay algunos que me deben favores.

—Entonces pídeles que publiquen la noticia del tiroteo de la otra noche, del que fui protagonista. Diles que informen de que dispararon por error a la señorita LG, que murió a causa de las heridas sufridas. ¿Crees que será posible?

—No tendría que haber problema. Te avisaré.

El detective colgó y Jordan se quedó solo en medio del vaivén de gente del vestíbulo, reflexionando en lo que Burroni acababa de decirle pero sobre todo en lo que él no le había dicho a Burroni.

No le había hablado de los cheques que había encontrado en casa de Lysa, iguales al que James había sometido a esa pequeña investigación. Por el momento prefería no envolverla en aquel asunto. Hacerlo significaba arrojarla a los leones y que la prensa la linchara. Como solía sucederle con las cosas que la atañían, tampoco esta vez se preguntó el motivo.

Lo hizo y punto.

Había un aspecto mucho más importante relativo a lo que Lysa acababa de confesarle. Un aspecto que tenía un doble significado.

No tenía mucho sentido, pero con toda seguridad Julius Whong era inocente del homicidio de Gerald, del de Stuart y del secuestro de Campbell.

En segundo lugar, cuando el compañero de Lord disparó, no falló.

La bala no estaba destinada a él, sino a Lysa.

45

El taxi dejó a Maureen frente a la marquesina roja que resguardaba la entrada del número 80 de Park Avenue. Pagó la carrera que la había llevado a su casa desde el helipuerto de East River y bajó del coche. Estaba a punto de entrar en el vestíbulo cuando se encontró ante la figura maciza del señor Hocto. Maureen todavía veía la reacción de terror y el rastro trastornado de Thelma Ross, esa pobre mujer rehén de la cárcel dorada de The Oaks y prisionera tras los barrotes oxidados de su mente. Estaba tan concentrada analizando los inquietantes datos de su visita a Saratoga Springs, que no lo vio llegar.

Hocto, con su habitual traje oscuro que intentaba contener su físico de culturista, se puso a su lado y habló con voz suave y amable, con un acento extranjero que Maureen no logró identificar. Parecía que por un capricho de la naturaleza él y su patrón, Cesar Whong, hubieran intercambiado sus voces.

—Señorita Martini, le ruego me disculpe. Creo que al señor Whong le gustaría hablar con usted.

Hizo un gesto y le indicó el imponente coche oscuro que había a sus espaldas y que aguardaba junto al bordillo con la puerta abierta.

—Por favor.

Sin decir nada, Maureen siguió a Hocto, que la precedió hacia el vehículo. Por instinto pensó en rechazar la invitación, pero ganó la curiosidad de saber qué quería de ella el discutido y discutible hombre de negocios.

Después de cerrar la puerta, Hocto se puso al volante y ella se acomodó en el asiento de piel clara junto a Cesar Whong, que la recibió con su sobriedad habitual y su sonrisa cortada a cuchillo en su rostro de cera.

—Buenas tardes, señorita Martini. Le agradezco infinitamente que me haya concedido usted esta charla, aunque sé que no le caigo muy simpático.

El hombre cortó con un gesto cualquier reacción de Maureen.

—No hace falta que se justifique; sé muy bien quién soy y qué puedo esperar de la gente. Desde que era joven siempre he tratado de ser más temido que querido. Quizá ese fue mi error. Sobre todo con Julius...

La afirmación no permitía comentarios, y Maureen no los hizo. Se limitó a escuchar en silencio el resto del discurso.

—Usted no tiene hijos, señorita. Me veo obligado a caer en el lugar común de asegurarle que, cuando los tenga, la perspectiva sobre el mundo que la rodea cambiará, aunque usted se esfuerce por evitarlo...

La frase quedó de nuevo en suspenso. No había rastro de emoción en la voz de Cesar Whong, pero ahora miraba fijamente hacia delante. Mientras tanto el coche se apartó del bordillo y se introdujo en las luces y las sombras del tráfico vespertino. Probablemente Whong había pedido a Hocto que diera una vuelta por los alrededores mientras duraba la conversación.

El hombre se volvió hacia la mujer sentada a su derecha y habló con una inesperada precipitación. Maureen se dijo que, en el fondo, también él era un ser humano.

—Mi hijo es inocente.

Maureen se permitió una expresión ingenua y una pregunta fácil.

—¿Acaso no lo son todos los hijos?

Whong esbozó una sonrisa.

—No se deje usted engañar por lo que acabo de decirle. He cometido muchos actos discutibles en mi vida, pero tiendo a creer que siempre he actuado con astucia, si no con inteligencia. El hecho de que Julius sea mi hijo no me ciega.

Extrajo del bolsillo un pañuelo inmaculado y se enjugó las comisuras de la boca.

—Sé que está enfermo. Sufre fuertes perturbaciones de personalidad, por las cuales hemos tenido muchos problemas en el pasado. He logrado por milagro evitar que fuera a la cárcel en un par de ocasiones, pero no me parecía que pudiera llegar al asesinato. En todo caso, me apresuré a ponerlo bajo control, tarea que encargué al señor Hocto.

Whong señaló con un movimiento de cabeza al hombre que conducía.

—Él estaba encargado de vigilar a Julius de lejos, de modo que no se metiera en problemas. Las noches en que se cometieron los asesinatos, Julius estaba en casa. Aparte de que no sabía que lo vigilaban, podría haber despistado a Hocto una vez, pero las tres me parece muy improbable.

—¿Por qué no declara en el juicio, entonces?

Maureen vio que asomaba en el rostro de su interlocutor la expresión paciente del que tiene que explicar algo a un niño.

—Señorita, yo soy lo que soy, y el señor Hocto tiene un pasado del que no puede enorgullecerse. Y entre sus pecados de juventud hay una condena por falso testimonio. Además, está a mi servicio. Para invalidar su declaración en un tribunal no hace falta un fiscal; bastaría con el que hace la limpieza en el despacho de su madre, señorita.

Maureen no comprendía adónde quería llegar.

—Usted ya ha elegido para su hijo una de las mejores abogadas que hay en la ciudad. ¿Qué tengo que ver yo en todo esto?

De inmediato se dio cuenta de que Cesar Whong no había conseguido el éxito por casualidad. Su expresión se endureció y el tajo de cuchillo de la boca dejó salir una hoja afilada.

—Es exactamente la pregunta que iba a hacerle yo.

Ese instante de gélida determinación pasó casi enseguida. El hombre recobró su sonrisa, su voz se relajó y se apoyó cómodamente en el respaldo.

—Lo sé casi todo de usted, comisario Martini. Sé qué le pasó en Italia y por qué vino a Estados Unidos. También estoy enterado de que está metida en la investigación que ha llevado al arresto de mi hijo, aunque hasta el momento ignoro de qué manera...

Las palabras de aquel hombre hicieron que se sintiera expuesta, desnuda en una plaza llena de gente desconocida. Sincronizado perfectamente con el fin del encuentro, el coche volvió a detenerse ante la marquesina roja que tenía escrita en oro a ambos lados «80 Park Avenue».

Cesar Whong clavó en Maureen la mirada helada de sus ojos. Maureen no podía descongelarla, pero sí sentir su frío.

—¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó sin bajar la mirada.

—Del mismo modo que ha colaborado en su arresto, quisiera que

contribuyera a probar su inocencia.

—Tal vez me sobrestima, señor Whong.

—No, tal vez usted se subestima, Maureen. Conozco las debilidades de las personas; sobre ese conocimiento he construido mi fortuna. Y en usted veo pocas.

La voz de Cesar Whong se suavizó, y si Maureen no hubiera captado en ella cierta sinceridad, la habría comparado con el reptar sinuoso de un reptil sobre la arena.

... huellas de serpientes frías e indolentes con su lento andar antinatural…

—Ayúdeme, señorita. No la ofenderé ofreciéndole dinero, porque sé que no tiene ninguna importancia para usted. Sin embargo, le aseguro que de algún modo sabré pagar mi deuda. Todavía no sé cómo, pero le garantizo que lo haré.

La pared del lado de Maureen desapareció y se encontró junto al gris nocturno del bordillo. Hocto estaba allí de pie, sosteniendo la puerta abierta.

Maureen apoyó un pie en la acera.

—Le creo, señor Whong, aunque no me encuentro en condiciones de ganarme su gratitud. Ni siquiera estoy segura de querer hacerlo. No tengo nada contra su hijo, pero por naturaleza y por trabajo soy una persona que trata de llegar a la verdad, aunque a veces no sea lo más simple ni lo más cómodo. Tendré en cuenta lo que me ha dicho y también lo que no me ha dicho, cosa que le agradezco.

—¿Y qué es?

Maureen bajó del coche y se agachó un poco, para que el hombre pudiera verle la cara.

—En toda nuestra conversación no ha citado ni un solo proverbio chino. Buenas tardes, señor Whong.

Se apartó del coche y en pocos pasos llegó a la entrada de su casa, que en ese momento no estaba vigilada. El servicio de portería terminaba a las seis y media, así que tuvo que buscar entre sus llaves. Le costó un rato porque no las conocía bien y estaba distraída por la conversación que acababa de tener. Sin lógica y probablemente sin motivo, interpretaba positivamente lo que le había dicho Cesar Whong.

Durante todo el trayecto en ascensor siguió reflexionando acerca de ese

encuentro tan difícil de definir. No se preguntó dónde había obtenido Whong la información que poseía. Era un hombre prudente, y sabía que el conocimiento de los hechos, pero sobre todo saber manipularlos, era esencial para quien se proponía conseguir algún objetivo. Y el mundo estaba lleno de gente dispuesta a aceptar dinero.

Entró en casa y la encontró desierta. Su madre no estaba. Como no le gustaba tener personal doméstico fijo, Estrella, como todos los días, había cumplido su horario hasta las siete y se había marchado.

Permaneció un momento en la entrada, donde había visto a Cesar Whong por primera vez. Luego, tras un instante de reflexión, se dirigió hacia el estudio de su madre.

Sin dejarse impresionar por aquella austera decoración que en realidad reflejaba el éxito de Mary Ann Levallier en su actividad profesional, se acercó al elegante escritorio de madera situado en el centro de la estancia.

Sobre la superficie de malaquita encontró enseguida lo que buscaba; estaba segura de que su madre lo guardaba en casa: una gruesa carpeta con el nombre de Julius Whong en la tapa. Abrió la pesada cubierta de plástico verde y comprobó que contenía toda la documentación necesaria para que su madre pudiera estudiar la mejor manera de plantear la defensa.

Se sentó al escritorio y hoja tras hoja revisó el material relativo al caso. Copias de declaraciones, informes médicos y pruebas de laboratorio. Al cabo de más o menos una hora había examinado todos los documentos que contenía la carpeta. Aunque su madre, como todos los abogados, era una buena equilibrista, esta vez tendría que hacer saltos mortales para evitar la pena de muerte a su cliente.

Todas las pruebas que poseía la policía lo incriminaban sin ninguna duda. Por un lado estaba la presencia en el lugar de los diversos crímenes de un hombre que cojeaba de la pierna derecha, que se debía a una operación del menisco y de los ligamentos que le habían practicado hacía poco. Además, tanto el atraco cometido junto con las víctimas como los asesinatos, estaban unidos por el hilo común de los personajes de Snoopy y combinaban a la perfección con el perfil psicológico de Julius Whong, acusado en diversas ocasiones de violencia sexual, lesiones, pedofilia, y que además abusaba del alcohol y de los estupefacientes.

Por último, el análisis de ADN coincidía con el líquido seminal encontrado en la vagina de Chandelle Stuart. Hasta el almacén donde había intentado transformar a Alistair Campbell en una grotesca parodia de Snoopy pertenecía a su padre, que había adquirido esos aviones para donarlos a la ciudad una vez restaurados.

Lo único que no estaba claro era el móvil. Las autoridades que se encargaban de la investigación creían que quizá se trataba de un viejo resentimiento provocado por el robo del banco, puede que por el reparto del dinero. Julius Whong había incubado ese sentimiento durante mucho tiempo hasta que al fin había estallado y había querido vengarse.

Y sin embargo...

«Mi hijo es inocente.»

Seguía oyendo la voz de Cesar Whong, firme como un monolito en su certeza. Experimentaba una instintiva sensación de repulsión por las personas como el hijo del empresario, pero una de las primeras exigencias del trabajo que había elegido era la de no permitir que le influyeran sus opiniones personales y atenerse lo más posible a los hechos objetivos.

«Mi hijo es inocente.»

Había una posibilidad contra cien de que fuera verdad, y mil posibilidades contra cien de que Cesar Whong hubiera mentido. Volvió a pensar en las últimas palabras que había intercambiado con su madre: «para mí, hasta que se demuestre lo contrario toda persona es inocente», y con un suspiro se levantó del escritorio y salió del estudio de la abogada Mary Ann Levallier.

Se dirigió hacia su habitación, pero antes de coger el pasillo que llevaba a la zona de los dormitorios se detuvo un momento en la cocina. Se dio cuenta de que no tenía ganas de comer sola. Por un instante pensó en llamar a Jordan, para contarle el encuentro con Cesar Whong y quizá reflexionar juntos durante la cena. No obstante, apenas aterrizó el helicóptero, Jordan parecía ansioso por saltar a su moto, cosa que hizo de inmediato. Maureen recordaba muy bien su actitud esquiva la noche de la cena en Martini's, cuando recibió aquella llamada telefónica. En los tiempos en que estaba de servicio debía de haber sido un excelente policía, pero en las cuestiones personales le parecía transparente como el agua. Como mujer, Maureen supo enseguida que detrás de su turbación debía de haber una historia que le importaba mucho en lo afectivo. En el fondo,

Maureen no sabía nada de él, no sabía si había alguna mujer o si tenía esposa. Le gustaba ese hombre, sentía que era un amigo y no quería importunarlo en su vida privada con llamadas telefónicas inoportunas.

Llegó a su habitación, se quitó los zapatos y descalza fue directamente a echarse sobre la cama, disfrutando de ese momento de pereza. Aplazó el placer de una ducha; por el momento, se limitó a imaginarlo.

Permaneció acostada sobre el cubrecama de piqué, mirando el techo. Sentía una extraña calma; no tenía esa sensación de ansiedad que la había acompañado desde el momento en que se dio cuenta del don oscuro que llevaba como un cuervo sobre el hombro.

Estaba despierta, alerta, serena.

Una por una, repasó en su mente todas las imágenes que había visto de la desdichada vida de Gerald Marsalis. El cuerpo teñido de rojo, el rostro de demonio en el espejo, la cara de la mujer azul bajo él, deformada por el placer, la extraña sensación de tener un pene y experimentar qué intenso es el orgasmo para un hombre. Recorrió algunas escenas fijadas de manera indeleble en su memoria: el dibujo inocente de un niño, la ira de Christopher Marsalis, el rostro trastornado de Thelma Ross, el hombre de espaldas con el cuchillo ensangrentado, el atraco y las máscaras de Snoopy y esa figura amenazadora en la sombra del rellano, que se desvanecía un segundo antes de salir al descubierto y mostrar la cara...

Eran imágenes que la habían aterrorizado, que la habían hecho vacilar y pensar que estaba loca, hasta que supo que no eran alucinaciones de una mente enferma sino instantes de una vida que se habían quedado en sus ojos para perpetuar el recuerdo del que los había vivido.

Ahora que parecían pertenecerle para siempre, podía ordenarlos y observarlos sin miedo. Aunque no estaba en condiciones de llegar a una explicación, al menos podía llegar a aceptarlos.

Tendida bajo ese techo azul que formaba parte del mundo real al igual que todo lo que la rodeaba, finalmente y sin aviso llegó el relámpago. Se encontró de pronto sentada en la cama con la sensación de que el colchón había desprendido una enorme llamarada de calor.

De golpe vio lo que hasta entonces había llevado dentro de sí como una imagen descompuesta en un calidoscopio y que aún no había conseguido

reconstruir. Ahora todo estaba claro, e incluso parecía demasiado simple. Maureen se dijo que había sido una estúpida por no haberlo sabido antes.

Aunque no llegaba a entender por qué, sabía quién había matado a Gerald Marsalis y a Chandelle Stuart y causado la muerte de Alistair Campbell.

En el mismo instante en que tuvo esta intuición, no pudo evitar ver lo paradójico que era.

En realidad, lo había sabido siempre.

46

La oscuridad y la espera tienen el mismo color.

Maureen, sentada en las sombras como en un sillón, ya había tenido bastante de ambas como para tenerles miedo. Había aprendido demasiado bien y muy a su pesar que a veces la vista no es algo exclusivamente físico, sino mental. De pronto, los faros de un coche que pasaba dibujaron un recuadro luminoso que recorrió las paredes con rápida y furtiva curiosidad, como buscando un punto imaginario. Después, tras el cautiverio de la habitación, ese retazo de luz encontró la libertad a través de la ventana y volvió fuera para perseguir al coche que la había generado. Más allá de las cortinas, de los cristales y de las paredes, en la amarillenta oscuridad de miles de luces y tubos de neón, se encontraba todavía aquella locura incomprensible que llaman Nueva York, la ciudad que todos dicen detestar pero que todos continúan recorriendo obstinadamente, solo para darse cuenta de cuánto la aman. Aunque con el terror de descubrir qué poco correspondidos son. Así, descubren que son solo seres humanos, iguales a los que pueblan el resto del mundo; simples seres humanos que se niegan a tener ojos para ver, oídos para oír y una voz que oponer a otras voces que gritan con más fuerza.

Sobre la mesita que se encontraba junto a la silla en la que estaba sentada Maureen había una Beretta 92 SBM, una pistola con una empuñadura de dimensiones algo reducidas con respecto al tamaño habitual, fabricada especialmente para adaptarse a una mano femenina.

Era de su madre.

Sabía que poseía una y, poco antes de salir de casa, la había cogido del cajón

donde la guardaba.

Antes de apoyarla sobre la superficie de cristal introdujo con gesto decidido la bala en el cargador; el ruido del obturador rebotó en el silencio de la habitación con el sonido seco de un hueso que se rompe. Poco a poco, sus ojos se adaptaron a la oscuridad y tuvo una clara percepción del lugar en el que se encontraba, incluso con las luces apagadas. La mirada de Maureen estaba fija en la pared de delante, donde adivinaba, más que veía, la mancha oscura de una puerta. En una ocasión, en el colegio, aprendió que, si se mira con intensidad una superficie de color, cuando se aparta la vista queda en las pupilas una mancha luminosa del color complementario al que se acaba de mirar.

Maureen imaginó en las sombras su amarga sonrisa.

Los colores complementarios son aquellos que mezclados entre sí dan como resultado un gris sucio. Esto no puede suceder con la negrura. La oscuridad solo genera más oscuridad. En ese momento, sin embargo, la oscuridad no era el problema. Cuando llegara la persona que ella estaba esperando, llenaría de luz la habitación. Tampoco este era el problema, y tampoco su solución.

Después de recorrer un camino aparentemente interminable para matar o para no ser matados, después de un largo viaje en ese túnel donde apenas unas ridículas luces señalaban el camino, dos personas estaban al fin a punto de salir al sol. Y eran las únicas que poseían esa condición mental que representa por sí sola la palabra, el oído, la vista: la verdad.

Una era ella, una mujer demasiado asustada para saber que la poseía.

La otra, por supuesto, era la persona que ella estaba esperando.

Él, el asesino.

Un instante después de saber quién era, Maureen se apresuró a llamar a Jordan, pero el móvil estaba apagado. Jordan era la única persona a la cual podía explicarle el mecanismo por el cual había llegado a intuir la verdad. Además de él, el único que sabía lo que le sucedía a Maureen era el hermano, pero en aquel momento el alcalde Christopher Marsalis estaba demasiado cegado por su ansia de vengarse del asesino de su hijo para aceptar una hipótesis que refutara las aplastantes pruebas que incriminaban a Julius Whong.

Cualquier otra persona implicada en la investigación —Burroni, en primer lugar— después de oírla le diría que no se preocupara y que esperara donde se encontraba; poco después aparecerían unos enfermeros con una camisa de

fuerza.

Tras buscar un nombre en el listín telefónico, encontró un número de teléfono y una dirección, en Brooklyn Heights. Llamó y dejó que sonara, en vano, antes de colgar.

Salió de su casa como si el mundo se acabara en pocos segundos. En la puerta se cruzó con su madre, tan guapa e impecable como si fuera a salir. La abrazó, intentando que no notara el bulto sólido de la pistola que llevaba en la cintura de los vaqueros.

La besó en una mejilla y luego la miró a los ojos.

—Tú tenías razón, mamá.

Un instante y ya había cerrado la puerta tras de sí; Mary Ann Levallier se quedó de pie en la entrada, mirando a su hija como si estuviera poseída.

Durante todo el trayecto en taxi, Maureen siguió llamando a Jordan, aunque sin éxito. Finalmente, decidió dejarle un mensaje en el contestador automático, para explicarle lo sucedido y decirle adónde se dirigía y qué se proponía hacer.

El taxista la dejó en la dirección que le había dado, en la esquina de Henry y Pierrepoint. En cuanto bajó del taxi, Maureen intentó de inmediato evaluar la situación. La calle Henry estaba iluminada por farolas redondas que desprendían una luz suave, pero en el último tramo, inexplicablemente, estaban apagadas. La primera farola de la transversal se hallaba una decena de metros más allá del límite de la casa y a aquella hora el tráfico era casi inexistente.

Bien.

De haber tenido elección, no habría podido pedir una situación mejor.

De pie, protegida por la oscuridad, observó detalladamente la fachada principal de la gran casa de dos plantas, de ladrillos rojos, que las sombras, la intemperie y la pesada arquitectura neogótica volvían lóbrega. En otro momento, Maureen la habría juzgado excesiva. Ahora, el aspecto exterior de ese edificio le parecía lo más adecuado a esa serie de acontecimientos absurdos, esa especie de Halloween al revés que en lugar de golosinas solo había traído muerte.

La entrada estaba cubierta por una marquesina rectangular, lo bastante ancha para resguardarse incluso del temporal más violento. Tras subir unos escalones se accedía a la puerta, de madera, que tenía en la parte superior un recuadro de cristal biselado con decoraciones que recordaban las de las catedrales.

Maureen la palpó y descubrió que cumplía una función puramente estética y

que no estaba hecha a prueba de golpes. Eso simplificaba mucho las cosas. Tal vez la puerta se abría a un vestíbulo desde el cual se accedía al resto de la casa. Era bastante improbable que hubiera una alarma, porque cualquier imbécil con ganas de bromear podía dispararla con solo arrojar una piedra contra el cristal.

Maureen sacó del bolsillo posterior de los vaqueros un estuche de piel, que en su momento bautizó «Casa Kit», parafraseando el nombre de una vieja cadena italiana de tiendas de decoración. Se lo había regalado Alfredo Martini, un anciano señor con un aspecto muy distinguido pero con las manos muy largas. No tenía nada que ver con ella, salvo que compartían el mismo apellido y que periódicamente se encontraban en la comisaría, cada vez que le sorprendían en apartamentos a los que no le habían invitado. En una ocasión, cuando ya se sabía que el cáncer se lo llevaría en poco tiempo, Maureen le evitó la enésima temporada en la cárcel. En señal de gratitud, él le regaló su equipo y le enseñó a usarlo. Ahora Maureen se alegraba de que lo hubiera hecho.

Normalmente lo guardaba en un compartimiento del neceser. Antes de irse de Italia, la persona que le preparó las maletas, probablemente sin saber qué era, lo dejó allí. Maureen pensó que era un auténtico golpe de suerte.

Sacó las herramientas necesarias y sin excesivo esfuerzo abrió la cerradura de la puerta, que prometía mucho más de lo que cumplía. La abrió conteniendo el aliento pero, tal como había supuesto, ninguna sirena de alarma se disparó.

Se encontró en un vestíbulo bastante amplio, con el techo alto, decorado con sobriedad. Había varias plantas ornamentales y cuadros que no alcanzaba a distinguir. En la pared que había frente a la entrada se entreveía una mesita entre dos sillas y, al lado, un cortinaje, de color indistinguible. En las paredes de la izquierda y la derecha había dos puertas de aspecto sólido por las cuales se accedía al resto de la casa.

Mientras abría la cerradura no había dejado de repetirse que lo que estaba haciendo no era prudente, no era lógico y no era legal. Cuando cerró la puerta a sus espaldas, se dijo que era humano y que con eso bastaba. No le preocupaban las consecuencias: lo que necesitaba, después de haber descubierto quién, era saber por qué.

La sala permanecía completamente a oscuras. Sin problemas, Maureen alcanzó la silla y se sentó a esperar. Tenía consigo todas las armas que necesitaba: la pistola, el factor sorpresa y la verdad.

Ahora solo faltaba él.

El tiempo pasaba con una lentitud desesperante. Sin embargo, esa espera paciente tuvo su premio.

Anunciado por una repentina claridad en el cristal, un coche se detuvo en la calle justo frente a la entrada. Oyó el ruido de una puerta que se cerraba de un golpe y poco después vio la luz de los faros que se alejaban. Luego pudo oír el eco de unos pasos que subían los escalones de la entrada y el roce de una llave introducida en la cerradura, que se abrió con un chasquido. Con la perfección de la casualidad, pasó otro coche para aportar su contribución luminosa, y en la transparencia del cristal esmerilado Maureen vio una figura de hombre que se dibujaba, incierta, a contraluz. Era así como lo había visto siempre en su imaginación: una forma vaga, descompuesta por la refracción, a la cual no había logrado dar un rostro y un nombre hasta que se abrió la puerta de su mente.

Exactamente como estaba a punto de suceder ahora. Con calma, estiró la mano y cogió la pistola que había dejado sobre la mesita; tensó los músculos del brazo para soportar el peso. El arma la tranquilizó; era solo un pedazo de metal inerte, pero también algo tangible que en ese momento necesitaba, después de todos sus obligados viajes a lo irreal.

Pasó otro coche por la calle; la puerta de cristal se abrió silenciosamente y dibujó la sombra de un hombre en el cuadrado de luz proyectado por los faros sobre el suelo. Maureen vio que el haz luminoso llegaba hasta sus pies, y rápidamente se retiró, mientras el hombre cerraba la puerta.

Luz y sombra, como en toda aquella historia sin razón ni explicación.

Después de entrar, el hombre no encendió enseguida los interruptores. Cuando lo hizo, estaba de espaldas y no vio inmediatamente a la mujer sentada junto a la pared, frente a la puerta. Maureen agradeció ese instante de pausa, que permitió que sus ojos se acostumbraran al cambio de luminosidad.

Cuando el hombre se volvió, la vio sentada ante él con una pistola en la mano, y por un instante la sorpresa lo inmovilizó. Un segundo después Maureen vio que su cuerpo se relajaba y su cara se distendía, como si estuviera viviendo un momento que de algún modo esperaba y para el cual se había preparado.

Era un asesino; sin embargo, Maureen no pudo sino sentir admiración por su sangre fría. Esa simple reacción bastó para confirmarle que sus suposiciones eran ciertas.

El hombre señaló la pistola con un gesto de la cabeza y dijo dos únicas palabras, con incredulidad.

—¿Por qué?

Maureen, con la misma sencillez y la misma voz tranquila, respondió:

—Es lo mismo que he venido a preguntarte yo.

—No entiendo.

—Gerald Marsalis, Chandelle Stuart, Alistair Campbell.

El hombre hizo unos breves movimientos de cabeza para confirmar que había entendido. Luego se encogió de hombros e hizo un gesto como si se rindiera ante lo evidente.

—A estas alturas, ¿tiene importancia?

—Para mí, sí.

El hombre se permitió querer satisfacer una pequeña curiosidad personal.

—¿Cómo has entrado en esta historia?

—Jamás lo creerías.

El hombre sonrió. Tenía los ojos fijos en ella, pero Maureen se dio cuenta de que no la veía.

—No tienes ni idea de las cosas que estoy dispuesto a creer...

Maureen intuyó que estas últimas palabras las había dicho más para sí mismo que para ella. La imagen que había surgido en la mente del hombre, cualquiera que fuera, desapareció tal como había llegado y él volvió a la habitación, frente a ella.

—¿Por dónde quieres que empiece?

—Por el principio; siempre es el mejor comienzo.

—De acuerdo. Ven, vayamos allí. Estaremos más cómodos.

Manteniéndolo en la mira de su pistola, Maureen se levantó; entonces sintió que estaba a punto de suceder de nuevo. Llegó el largo y frío estremecimiento que tan bien conocía, y su piel se erizó como si de pronto se hubiera vuelto demasiado pequeña para contener su cuerpo. A su cabeza acudió el mismo pensamiento inútil de aquella otra noche: «Dios ahora no te lo ruego Dios ahora no ahora no» y después esa sensación familiar de algo que iba llegando rodando y rodando desde lejos y el ruido metálico de la pistola que caía al suelo y...

«... estoy de pie en medio de una gran habitación llena de luz que viene de las ventanas de lo alto de las paredes y camino hacia la pared del fondo y al bajar

la mirada veo mis pies de color rojo contra los mosaicos claros del suelo y me aproximo a la puerta que da a la escalera y...

»... estoy en un dormitorio donde Julius está tendido sobre el cuerpo de Chandelle y la abofetea mientras se la folla, y está Alistair con los pantalones bajados mientras espera su turno y se hace una paja y también yo me estoy masturbando y...

»... estoy ante otra puerta que se abre y está el rostro bonito e incrédulo de Thelma Ross que aparece en la mirilla y poco después la empujan dentro y cae en el suelo gritando y en mi campo visual entra una mano que sostiene una pistola y...

»... estoy de nuevo delante de la puerta entreabierta de esta habitación tan luminosa y la abro y en la sombra del rellano hay una figura que avanza hacia mí y lleva un chándal y al fin consigo verla y entiendo que me habla aunque no consigo apartar la mirada de la pistola que empuña y su cara sonríe y...»

Tal como había llegado, el momento pasó.

Maureen volvió a encontrarse tendida en el suelo, sin fuerzas, como le había sucedido siempre que los espectros de Gerald Marsalis volvían a través de ella para pedir unos instantes más de vida. Con la respiración agitada, apoyándose en los brazos, se incorporó hasta ponerse a gatas. Permaneció un momento en esa posición, con la cabeza baja, el pelo cayendo como sauces llorones junto a la cara, tratando de recobrar un ritmo normal para su corazón, que sentía latir en los oídos con el sonido sordo de un tambor.

En esa visión definitiva, Maureen logró verle la cara a la persona que mató a Jerry Kho, el pintor maldito, en el preciso instante en que entró en su casa apuntándole con una pistola.

Levantó despacio la cabeza.

Vio ante sus ojos la misma imagen de hacía un instante, esa imagen llegada en el momento inoportuno en que había perdido la noción del tiempo y del espacio. Era el mismo hombre que ahora estaba de pie frente a ella y la miraba con la cabeza ligeramente ladeada y una expresión de perplejidad. Vestía de otra forma pero, como la imagen que había visto, la apuntaba con una pistola.

47

Harmon Fowley, el responsable de Codex Security, esperaba a Jordan de pie delante de la entrada principal del Stuart Building. Parecía cosa del destino que tuvieran que verse siempre en ese lugar y a últimas horas de la tarde. Cuando Harmon vio que el hombre sentado en la moto roja que se había parado junto al bordillo era Jordan, se acercó y aguardó a que la apoyara en el soporte y apagara el motor.

Retrocedió un par de metros para admirar la 999 mientras Jordan se apeaba.

—Italiana, ¿eh? Una buena máquina.

Jordan se quitó el casco y se arregló el pelo. Estrechó la mano que le tendía el otro.

—Pues sí, una buena máquina.

—¿Cuánto coge?

Jordan hizo un gesto de duda.

—Lo bastante para que los de tráfico no puedan apuntar el número de la matrícula.

Harmon Fowley lo miró con incredulidad, como si de pronto le hubieran salido en la cabeza un par de antenas verdes.

—¡Joder! El intachable teniente Marsalis violando la ley.

Jordan se acordó del agente Rodríguez y de su incondicional admiración.

—Pareces uno de mis chicos. ¿Tengo que repetir que ya no soy teniente?

Fowley levantó una mano para subrayar mejor lo que iba a decir.

—Tal vez no oficialmente, pero el viejo fuego todavía arde bajo las cenizas. Creo que mereces una felicitación. Nadie ha mencionado tu nombre, pero no

creo equivocarme si digo que tú has tenido mucho que ver en ello. Me enteré de que lo han cogido.

—Eso parece. Ya sabes cómo son estas cosas. En general la explicación más simple es la más acertada.

—Pero si estás aquí, sospecho que esta vez las cosas no son así.

—Exacto. Necesito comprobar un detalle esencial, y solo puedo hacerlo con tu ayuda. Te agradezco que me hayas esperado. Me estás haciendo un gran favor.

Fowley restó importancia a las palabras de Jordan encogiéndose de hombros.

—No hay de qué. Desde que me divorcié tengo mucho tiempo libre.

—¿Cómo dice el refrán? Cuando el gato no está, los ratones bailan...

Fowley le devolvió una sonrisa sin alegría.

—Me parece que en estos momentos el gato está bailando demasiado.

—¿La echas de menos?

Fowley respondió a una pregunta que quizá ya se había planteado en diversas ocasiones.

—Pues... qué sé yo... He pasado los últimos tres años soñando con la libertad, y ahora que la tengo no le veo ninguna gracia a llegar tarde a casa con unas cervezas de más. No tener que quitar las marcas de pintalabios de la camisa resta mucho interés a las aventuras.

Mientras hablaban, pasaron por la puerta giratoria y entraron en el vestíbulo del Stuart Building, protegido por grandes cristales. Vistos desde fuera, no eran más que dos figuras demasiado pequeñas para el enorme televisor en el que salían.

Terminados los cumplidos, llegó el momento de hablar de cosas serias.

—Por tu llamada me ha parecido que tenías mucha prisa. ¿En qué puedo ayudarte?

—Harmon, necesito echarle otra ojeada a la filmación de aquella noche. ¿Crees que es posible?

—No hay problema. Además, tienes suerte. Está de servicio Barton, el de la otra vez. Es de confianza; con él podemos estar tranquilos.

Mientras subían la escalera que llevaba al puesto de control, Jordan revivió la noche del registro de la casa de Chandelle Stuart. Volvió a ver su cuerpo delgado pegado al piano y la amargura de Randall Haze, un hombre que se creía fuerte y que, como él, había encontrado su debilidad donde menos la esperaba.

El relato de Lysa, durante su último encuentro, le había herido tanto como la bala a ella. Por otro lado, había puesto en movimiento su cerebro a la velocidad máxima que puede alcanzar el pensamiento de un ser humano.

Y unos minutos después se había dicho que era un idiota.

La primera vez, cuando vieron en la filmación la figura coja de Julius Whong que cruzaba el vestíbulo del Stuart Building, llevados por el celo de los buenos investigadores y la satisfacción por las pistas que poseían, se obcecaron con aquellas certezas y descuidaron otras posibilidades. Como ocurre a menudo, optaron por las conjeturas más complicadas y olvidaron las más simples.

Sobre todo una, y era la que Jordan no se perdonaba haber pasado por alto.

Lo habían visto entrar, pero no lo habían visto salir.

Cuando todavía era un policía en funciones, se ejercitaba para no caer en esas trampas. Ahora que ya no lo era, tal vez se había descuidado. O tal vez estaba olvidando de nuevo la hipótesis más simple y sencillamente le importaba un bledo ser policía.

Sin embargo, debía cerrar aquella historia antes de...

«¿antes de qué?»

Llegaron frente a la mesa a la que estaba sentado Barton, y con ello evitó tener que despejar una incógnita que lo perseguía.

Fowley se volvió hacia el hombre sentado al escritorio, cuyo rostro estaba iluminado por el reflejo de las pantallas.

—Barton, mi amigo quisiera mirar las filmaciones de la noche en que mataron a Chandelle Stuart. De todas las entradas. ¿Es posible hacerlo ahora?

—Sí. Venid conmigo.

Barton se levantó del sillón de piel y los precedió hacia un despacho situado a la izquierda del puesto de control. Dentro, sobre la pared opuesta a la puerta, había unos estantes sobre los cuales estaban ordenadas las cubiertas de las filmaciones. En el centro de la sala había un escritorio con un monitor encendido y un ordenador conectado a un aparato que parecía un lector digital.

—Esta es la oficina donde conservamos los discos y donde los formateamos para volver a utilizarlos.

Barton se acercó a los estantes y poco después dejó sobre el escritorio dos estuches de plástico negro.

—Aquí están. Estas son las imágenes de las cámaras de las dos entradas esa

noche.

Jordan se acercó a un sillón de oficina puesto contra la pared y lo giró hacia el escritorio.

—Muy bien. Creo que ahora me las arreglaré solo. No hace falta que os quedéis conmigo; estaré un buen rato y no quiero robaros tiempo.

Tanto Fowley como el otro empleado captaron que Jordan prefería mirar las filmaciones a solas. Barton señaló el ordenador.

—¿Sabes cómo funcionan estos programas?

—Creo que sí.

—Para reproducir las filmaciones funciona más o menos como un lector doméstico común.

Jordan se sentó en el sillón y encendió el ordenador y el monitor.

—Creo que sabré arreglármelas.

Con un gesto de asentimiento con la cabeza, Barton salió de la oficina. Fowley vio que Jordan estaba absorto y ya no estaba con ellos. Apoyó una mano en su hombro.

—Bien, Jordan. Sea lo que fuere lo que buscas, espero que lo encuentres... o no lo encuentres, según más te convenga.

Antes de continuar, mientras esperaba que el ordenador acabara de iniciarse, Jordan hizo girar el asiento de modo que pudiera verle la cara.

—Te lo agradezco, Harmon. Eres un amigo.

—No hay de qué. Le diré a Barton que te dé cualquier cosa que necesites.

Jordan se quedó mirándolo hasta que cerró la puerta a sus espaldas. Poco después se volvió y cogió el estuche de la primera filmación; sacó el disco y lo introdujo en el lector. Inició el programa señalado en la pantalla con el icono «DVD Player» y dio comienzo a la reproducción.

Para ahorrar tiempo, examinó los dos discos con el avance rápido. Por suerte era un programa excelente, combinado con un aparato excelente, y las imágenes se veían sin los saltos habituales de los aparatos domésticos.

Poco más de una hora después había terminado.

Fue grotesco y trágico a la vez volver a ver de ese modo la figura coja del asesino, que la reproducción acelerada hacía ridícula, mientras se dirigía a cumplir su misión de muerte.

Observó cada detalle de las filmaciones de doce horas que repetían hasta

entrada la noche la imagen de las puertas desiertas, excepto alguno que otro noctámbulo que regresaba a casa tras una noche de juerga. Según la hora que indicaba el reloj de la filmación, solo hacia la mañana la escena comenzaba a animarse.

Había corredores que salían al alba hacia Central Park, hombres vestidos de gris con un maletín en la mano, una pareja con maletas y aspecto de salir de vacaciones, y otras muchas diversas y coloridas escenas.

A medida que se acercaba la hora de apertura de las tiendas y las oficinas, las entradas y salidas se intensificaban, hasta convertirse en las habituales en un lugar como el Stuart Building.

Jordan no encontró rastros de lo que buscaba. Ninguna figura coja, quizá semiescondida tras alguna otra, que intentara pasar inadvertida por alguna de las entradas.

Según lo que había visto, ese hombre había entrado en el edificio pero no había salido.

A menos que...

Jordan volvió a pasarlo todo desde el principio. Otra vez proyectó el primer disco y redobló la atención, hasta que en cierto momento le atrajo algo que le hizo pulsar de golpe la tecla de pausa.

Volvió atrás y comenzó a reproducir la filmación a velocidad normal. Miró la hora que indicaba la pantalla. Las imágenes que veía correspondían a las siete y media de la mañana.

Una figura de hombre, con un traje oscuro, cruzaba la entrada principal hacia la salida, intentando dar siempre la espalda a la cámara. Jordan había reparado en él —aunque se confundía entre la gente que comenzaba a llenar el vestíbulo— por el modo ilógico en que se veía obligado a avanzar para mantener esa posición.

Y en determinado momento ocurrió algo.

Un tío robusto y calvo que venía en dirección contraria, hablando con una persona que lo acompañaba, distraído o quizá engañado por ese modo de andar imprevisible, dio con la espalda contra el hombre del traje oscuro que se dirigía hacia la puerta giratoria. El golpe hizo que se volviera y mostrara por un instante la cara a la cámara.

Jordan se apresuró a poner el lector en pausa y llevó la imagen hacia atrás,

fotograma a fotograma, hasta tener ese rostro en el centro de la pantalla.

Tardó un instante en encontrar en la barra de herramientas la función del zoom y, tras un par de tentativas, logró llevar hasta el primer plano la figura que había detectado. A pesar del grano de la ampliación, se encontró ante una cara que conocía.

El corazón le dio un vuelco.

Si todo había ocurrido como sospechaba, esa persona había esperado toda la noche en la escalera para poder salir sin que la vieran, mezclándose con la gente de la mañana. Un montón de pequeñas confirmaciones y detalles pasados por alto cayeron como un lubricante sobre el mecanismo que tenía en la cabeza, que en ese momento manejaba hipótesis y pensamientos.

Para llegar a una conclusión con un razonable porcentaje de acierto, todavía había algo que necesitaba confirmar, y para hacerlo debía subir al piso de Chandelle Stuart.

Salió de la oficina y se acercó al puesto de control, que estaba lleno de pantallas que repetían imágenes similares a las que él acababa de ver.

—Barton, ¿el piso de la señora Stuart todavía está sellado?

—No, lo quitaron hace unos días.

—¿Tienes el código?

—Sí.

—Necesitaría echar una ojeada. Si lo prefieres, manda a alguien que me acompañe; no quiero causarte problemas.

Barton cogió un pequeño papel amarillo que tenía delante, apuntó deprisa un número y se lo dio.

—El señor Fowley dijo «cualquier cosa». Salvo mi culo, esto también entra en la lista.

—Gracias, Barton. Eres un buen tipo.

Poco después, tras una pequeña sacudida, el ascensor lo dejaba en el piso de Chandelle Stuart. Entró en la sala y se encontró con las marcas blancas dejadas por la brigada científica que delineaban la posición del cadáver.

Tenía razón el médico forense. Realmente parecía un gag de Mister Bean.

Era la primera vez que en la escena de un crimen veía que, junto con la silueta del cuerpo, habían dibujado también la de un piano. Echó una mirada a su alrededor. La casa seguía siendo la misma, pero ya no flotaba una sensación de

espera en el aire. Solo una ligera capa de polvo sobre los muebles, que crecería cada vez más hasta que el apartamento se subastara y su valor aumentara el patrimonio de la Fundación Stuart.

Sin dignarse echarle una ojeada pasó ante el cuadro de Gericault y se dirigió hacia el estudio y la parte de los dormitorios.

También esta vez, lo que buscaba era tan normal que nadie se habría molestado en esconderlo, e incluso intentaría tenerlo lo más a mano posible. Comenzó por los cuartos de baño, luego pasó a los dormitorios y a continuación examinó todos los muebles de la casa que tuvieran cajones.

Nada.

Pero, mientras buscaba lo que no encontraba, encontró lo que no buscaba.

En un cajón del estudio había algunos historiales médicos. Jordan los observó un momento; luego los cogió y los puso sobre la mesa. Los examinó uno por uno. La mayoría eran informes de análisis y controles periódicos, pero, para su sorpresa, encontró uno que podía explicar muchas cosas.

Hacía un rato había recordado que Chandelle Stuart, en la foto del anuario del college, llevaba un par de gafas, y por su posición podía verse que el cristal era grueso. En su casa, sin embargo, no había rastro de gafas ni de estuches de lentes de contacto ni de frascos de la solución salina que suele usarse para lavarlos.

La carpeta que ahora miraba Jordan informaba del éxito de una operación quirúrgica para reducir la miopía, efectuada con láser en el hospital Holy Faith.

Estaba confundido, y para aclarar sus ideas necesitaba hablar con la persona a la que había visto en la filmación y que salía del Stuart Building la mañana después de la muerte de Chandelle Stuart. Quizá fuera solo una casualidad y hubiera una explicación razonable; no obstante, tenía curiosidad por saber qué hacía en ese lugar a esa hora y justo ese día.

Era una pregunta que solo podía responder él, el elegante e irónico profesor William Roscoe, que con toda probabilidad era también la persona que había pedido unos cheques al Chase Manhattan Bank con el nombre de John Ridley Evenge. Podía ser una casualidad, pero si se escribía el segundo apellido con la inicial, como se suele hacer en Estados Unidos, se convertía en John R. Evenge.

Revenge.

Venganza.

48

—Venganza. Ese es el único motivo. Y creo que nadie mejor que tú puede comprenderlo.

Maureen guardó silencio, tratando de no dejarse atraer e hipnotizar por el ojo negro de la pistola que la apuntaba.

La voz de William Roscoe se hizo insinuante, descriptiva, pérfida.

—Dime una cosa, Maureen. Cuando ese asesino mató a Connor Slave ante tus ojos, junto con el dolor ¿no nacieron al mismo tiempo en tu interior un odio atroz y el deseo obsesivo de vengarte? ¿No sientes en este mismo momento el deseo de tenerlo frente a ti y hacerle pagar todos los sufrimientos que has pasado y que deberás soportar durante el resto de tu vida?

«Sí, con todas mis fuerzas», pensó.

—Sí, pero no es algo que realmente me corresponda hacer a mí —mintió.

Roscoe sonrió.

—No sabes mentir, Maureen. Se ha encendido la luz del odio en tus ojos. Sé reconocerla, porque conozco el odio y porque esos ojos te los he dado yo.

Aunque la tenía en su poder, por un motivo que no conseguía comprender, William Roscoe se quedó perplejo durante unos instantes, como si decidiera qué camino seguir, y esperara que Maureen se recobrara por completo y se levantara del suelo.

—¿Estás bien?

Incluso en esa situación su voz expresaba la preocupación del médico. Maureen respondió con un movimiento de cabeza; la voz todavía se escondía en su garganta.

Cuando se puso de pie, Roscoe le señaló con el cañón de la pistola la cortina que había detrás.

—Allí.

Maureen la apartó y descubrió que, del otro lado de la cortina, la habitación se prolongaba por un pasillo estrecho hacia el resto de la casa. Notó el cañón de la pistola apoyado en su espalda. A la escasa luz que pasaba entre las cortinas abiertas, le pareció adivinar, en el otro extremo, la silueta de una puerta de cristal que daba a una galería. No logró confirmarlo, porque Roscoe le ordenó que se detuviera ante otra puerta, sobre la pared izquierda, en la que incluso a pesar de la penumbra se veía un pesado blindaje.

Roscoe se acercó a un aparato adosado a la pared, junto al umbral; apoyó la palma abierta de la mano en un visor, y la puerta de seguridad se abrió. La luz se encendió automáticamente e iluminó una escalera bastante empinada que bajaba.

Como antes, William Roscoe le indicó la dirección.

—Baja.

Maureen le precedió por dos tramos de escalones que llevaban al subsuelo y desembocaban en un enorme espacio embaldosado de blanco, que ocupaba todo el semisótano de la casa. Cuando se asomó a la pequeña galería con barandilla que había inmediatamente después de la puerta, se quedó impresionada. Iluminado por la luz de los plafones que estaban arriba, había ante ella un auténtico laboratorio de investigación, lleno de máquinas e instrumentos que no sabía para qué servían pero que daban la impresión de ser muy costosos y avanzados. La pared de la derecha estaba ocupada por un largo mostrador sobre el que había varios ordenadores y un enorme microscopio electrónico conectado a monitores de fibra óptica. En el centro, como una isla, otro espacio de trabajo ocupado por equipos especiales para usar en zonas esterilizadas. La pared de la izquierda era, hasta la mitad de su longitud, un cristal opaco; al otro lado se adivinaba un espacio refrigerado, iluminado por luces azuladas de neón.

—Mi laboratorio privado, la cueva de Fausto. Bonito, ¿verdad?

Después de bajar los últimos escalones, Roscoe indicó con un gesto de la mano izquierda todo lo que los rodeaba. Pese a ello, Maureen observó que la dirección de la pistola no se había apartado ni un milímetro de su estómago.

—Es en lugares como este donde se revoluciona la ciencia. Aunque a veces solo sea una ilusión.

Señaló el gran vidrio, del otro lado del cual hasta la luz de neón parecía congelada.

—Eso que ves es en realidad solo un gran frigorífico, alimentado con nitrógeno líquido, donde se conservan los embriones ultra congelados a unos doscientos grados bajo cero. A esa temperatura, una rosa se rompe como si fuera de cristal y un ser humano que aspirara una bocanada de aire no viviría lo suficiente para exhalarla.

Maureen observó, al lado del frigorífico, unas bombonas presurizadas sobre las que había unos manómetros, de los cuales salían gruesos tubos que se introducían por un costado de la maquinaria y seguían en el interior de la sala frigorífica, de modo que la temperatura se mantuviera constante. Mientras hablaban atravesaron el laboratorio hasta la pared opuesta a la entrada. Roscoe la obligó a sentarse en un sillón con ruedas colocado ante un ordenador. Desapareció de su campo visual, le pidió que pasara los brazos por detrás del respaldo y le sujetó las manos con cinta adhesiva alrededor de las muñecas.

Luego volvió a situarse frente a Maureen, con una expresión de conmiseración por la mezquindad del mundo.

—Todos los científicos cometen un error. Persiguen el conocimiento esperando que un día la ciencia los haga semejantes a Dios. Qué estúpidos.

Roscoe la miró a los ojos y Maureen, por primera vez, tuvo la certeza de ver en ellos la llama de la locura.

—Cada nuevo conocimiento no hace más que ponernos ante una nueva ignorancia. Una espiral sin fin. Lo único que puede hacernos superiores a Dios es la justicia.

Maureen lo contradijo antes de reparar en la pertinencia de sus palabras.

—Sin embargo, la justicia humana es la única con la que contamos.

—Lo único con que pueden contar los seres humanos es con la ley. Y aplicando la ley no siempre se obtiene justicia.

Se apoyó con descuido en el mostrador que estaba a sus espaldas; sostenía la pistola con la mano derecha y la observaba como si fuera un extraño adorno en vez de un arma. Cuando al fin Maureen le preguntó el motivo de todas aquellas muertes absurdas, la respuesta fue seca, concisa, punzante como su significado.

—Venganza.

Y ahora había llegado el momento de rendir cuentas, cuando ambos

mostraran sus cartas y cada uno tuviera la respuesta que buscaba.

Maureen solo quería saber por qué, y Roscoe solo quería saber cómo.

Fue él el primero en hablar, con voz distraída, casi indiferente.

—¿Quién sabe que estás aquí?

—Nadie.

—¿Por qué motivo debería creerte?

—El motivo está estrechamente ligado a la forma en que descubrí que fuiste tú quien mató a Gerald Marsalis.

—¿Es decir?

Maureen contaba con que, tarde o temprano, Jordan escucharía su mensaje y actuaría en consecuencia. Roscoe era un asesino pero sobre todo era un médico y un científico. Había un solo modo de ganar tiempo: estimular su curiosidad contándole la singular experiencia que había vivido como consecuencia directa de la intervención que él le había practicado.

—Te parecerá increíble, pero te he visto mientras lo matabas.

Roscoe la miró un instante, como si de pronto se hubiera prendido fuego ante sus ojos; luego soltó una carcajada.

—¿Que tú me has...? Por favor, no me hagas reír.

—Acabo de hacerlo. Te lo dije, pero no me creíste. ¿Recuerdas cuando te telefoneé para preguntarte si conocías la identidad del donante?

—Sí, lo recuerdo muy bien.

—Creo que la persona a la que le extrajeron las córneas que has utilizado en mí era Gerald Marsalis.

—¿Y por qué crees eso?

—Porque cuando abrí los ojos empezaron a atormentarme... y el término es exacto... ciertas imágenes de su vida.

—¿Me tomas el pelo? ¿Piensas que estás en un episodio de Expediente X?

—Desde luego que no. En ese caso me habría bastado apagar el televisor para que terminara todo. Pero no ha sido tan simple.

—Maureen, como científico me veo obligado a creer solo en lo que toco y en lo que veo con mis propios ojos.

—Esta vez deberás creer lo que he visto yo con los ojos de otro. Estoy aquí y me parece prueba suficiente. Hace poco, cuando caí al suelo frente a ti, tuve uno de esos momentos. Y te vi de nuevo. La puerta de la casa estaba cerrada.

Llevabas un chándal de felpa con capucha y, cuando Gerald abrió, saliste de la sombra del rellano con una pistola en la mano. Él estaba completamente pintado de rojo.

Roscoe se quedó sin palabras. Todas sus certezas de investigador se desmoronaron de golpe, junto con sus certezas de hombre.

—Es increíble...

—Increíble es la palabra justa, William. Por eso no le he dicho a nadie que venía aquí. ¿Cómo crees que reaccionaría cualquiera a quien le contara que había visto con los ojos de un muerto a su asesino?

Maureen esperaba que su argumentación fuera lo bastante convincente. No obstante, debía ofrecer una versión reducida de los hechos y no hacer alusión a ninguna de las otras imágenes que había visto, sobre todo las referentes a Thelma Ross y los descubrimientos relacionados con ella. De lo contrario, revelaría que otras personas estaban al corriente de sus percepciones y de su presencia en aquel lugar. En el mejor de los casos, Roscoe podría dejarla atada a la silla y huir.

En el peor...

El investigador se quedó completamente anonadado por lo que acababa de oír, que abría un nuevo y fascinante campo que explorar.

—Debe de haber un mensaje escrito en las células, una especie de impronta, un vínculo neuronal que de algún modo se conserva, al margen del individuo. Todo esto es fantástico. Juntos podríamos descubrirlo y llegar a...

Maureen lo interrumpió de nuevo.

—¿Juntos?

—Pues claro. Para una investigación como esta debo tenerte a mi disposición para los análisis y las pruebas que tendré que realizar.

—¿Cómo sabes que colaboraré contigo?

De pronto Roscoe pareció recordar quiénes eran y por qué se encontraban en esa situación. Ella era una policía atada a una silla y él un asesino que tenía en la mano una pistola apuntando a su cabeza.

No obstante, como en sus encuentros anteriores, consiguió dar una nota de ironía a sus palabras.

—¿Que cómo lo sé? Por un detalle, simple pero muy significativo. Soy el único que sabe dónde está el cultivo de células estaminales que se necesitan para

seguir tu terapia. Si me denuncias, nunca te diré dónde están. Si me privas de la justicia que he buscado, volverás a encontrarte en el estado en que te conocí.

Sus últimas palabras salieron más frías que el gas que introducía en sus frigoríficos.

—En el preciso instante en que Julius Whong recupere la libertad, tú perderás la vista.

49

Jordan condujo la 999 bajo los árboles y las farolas amarillas de la calle Henry hasta llegar al edificio que buscaba. Poco después de haber salido del Stuart Building encendió el teléfono y a los pocos instantes le llegó el aviso sonoro de un mensaje pendiente. Llamó y escuchó las palabras de Maureen. Sin saber nada de sus progresos, ella había llegado a la misma conclusión que él. Le decía que iba a hacer una visita a Roscoe.

Si bien por un lado esa noticia acabó con cualquier duda que pudiera tener Jordan, se quedó helado cuando oyó que Maureen se proponía ir sola a verlo. Se maldijo por haber apagado el teléfono. Él era para Maureen la única referencia, la única persona a la cual podía confiar las imágenes que llegaban por aquella vía indescifrable.

Al no encontrarlo, había decidido ir por su cuenta.

De algún modo Jordan la entendía, pero no por ello dejaba de estar preocupado. Subió a la moto y recorrió el trayecto hasta la dirección que Maureen le había dejado en el mensaje a la máxima velocidad que la Ducati y las leyes de tráfico le permitían, rogando, en los momentos en que las violaba, no cruzarse con ningún coche patrulla de servicio.

Detuvo la moto, se apeó y fue al lado opuesto de la calle para observar la maciza construcción de dos plantas que hacía esquina con Pierrepoint. Ese tramo de la calle Henry se hallaba completamente a oscuras y, en las sombras proyectadas por las luces lejanas de la calle que la cruzaba, Jordan pensó que aquella casa era inquietante, malvada y venenosa.

Por afuera, parecía desierta.

Las ventanas eran recuadros oscuros suspendidos en los muros y, salvo la claridad anaranjada de un cristal que se recortaba en la puerta de entrada, del interior no se filtraba ninguna otra luz que indicara alguna presencia.

Eso podía ser buena señal o significar la peor de las hipótesis posibles.

Se apartó de la fachada y fue a echar un vistazo a la parte posterior de la casa. Estaba totalmente rodeada por un alto muro, hecho con los mismos ladrillos rojos que la construcción principal. Por las copas de los árboles de diferentes especies que sobrepasaban el borde superior, Jordan supuso que un jardín ocupaba toda aquella zona. Tras un rápido cálculo de la altura, se dio cuenta de que no podría llegar a lo alto del muro ni siquiera utilizando la moto como punto de apoyo.

Al final de la pared de ladrillos, lindando con la casa de Roscoe, había un edificio de tres plantas que estaban remodelando, rodeado por una empalizada que delimitaba la zona de la obra. Jordan alzó la mirada para examinar la disposición de los andamios y las protecciones que suelen usarse en esos casos. Luego tomó una decisión, que le pareció la única posible. Sin demasiadas dificultades consiguió penetrar por una abertura de la valla. Las obras estaban en un momento en el que no temían posibles intrusiones. Se introdujo en la planta baja de la construcción, casi sin paredes e iluminada por la luz amarillenta de las farolas.

Había en el aire un olor a ladrillos y a cal, y esa sensación de provisionalidad que tienen todas las obras de construcción. Jordan vio la escalera y subió a la primera planta por unos escalones de cemento y sin barandilla. Cuando llegó al rellano, tropezó con un recipiente de plástico oscuro, casi invisible en la penumbra, que alguien había abandonado en el suelo. Estaba lleno de herramientas de trabajo, y se volcó con un ruido metálico que, en el silencio, a Jordan le pareció más fuerte que un choque frontal entre dos camiones.

Permaneció un instante conteniendo el aliento, con las mandíbulas apretadas, asimilando la sorpresa, el temor de haber llamado la atención de alguien y un dolor en la tibia, donde le había pegado el recipiente.

Ninguna señal de vida.

Se relajó. Desde la galería donde se encontraba echó una mirada hacia el jardín de la casa de enfrente, hasta donde se lo permitían el muro y las ramas de los árboles. En la oscuridad protegida por el follaje, le pareció ver el reflejo de

una puerta de cristal, pero desde donde estaba no podía distinguir nada más.

Se volvió, para observar lo que lo rodeaba. A su izquierda había una pila de largos tablones de madera, que probablemente servirían para prolongar el andamio de la planta superior.

Fue a coger uno y, valiéndose de la barandilla tubular de la plataforma para balancear el peso, lo apoyó y lo deslizó hasta alcanzar el borde del muro. Se aseguró de que quedara firme. Cogió otro e hizo lo mismo; lo superpuso al primero, rogando haber calculado bien y que fuera del largo necesario para lo que se proponía hacer.

Fue a buscar entre las herramientas que había volcado y encontró lo que buscaba. Cogió una piqueta, de las que se usan para desclavar los tablones del cemento armado, y se la puso en la cintura de los pantalones.

Avanzó por el precario puente suspendido en la penumbra, que iba desde el suelo de madera del andamio hasta el muro de la casa del doctor Roscoe. Adelantó un pie y lo apoyó en el tablón, al tiempo que se agarraba a un pilar de los andamios. Luego abandonó el punto de apoyo del tubo de metal y dio el primer paso sobre el inestable tablón.

Jordan nunca había tenido vértigo, y rogó no empezar en ese momento.

Con la mirada fija al frente y colocando un pie detrás del otro, como un equilibrista que tuviera arena y sacos de cemento como red de seguridad, llegó a la otra parte de su improvisado puente. Se dio cuenta de que había hecho todo el recorrido conteniendo el aliento y dejó salir de los pulmones un largo suspiro de alivio. Se sentó a horcajadas sobre el muro como en el asiento de la moto, y, sujetándose con las piernas, deslizó hacia delante el segundo tablón, hasta que tocó tierra. El esfuerzo para apoyarlo en el suelo sin hacer ruido y al mismo tiempo impedir que se le resbalara de las manos hizo que la sangre latiera violentamente en sus sienes; tuvo que detenerse un segundo para recobrar el aliento y reponerse de un ligero mareo.

Verificó, hasta donde podía, la solidez del apoyo del tablón contra el muro sobre el que estaba sentado. Se proponía usarlo como un plano inclinado, tenderse encima y deslizarse, valiéndose de la fuerza de los brazos, hasta tocar tierra.

Sin embargo, cuando trató de poner en práctica su plan, el apoyo resultó menos fiable de lo previsto. En cuanto apoyó en el tablón todo el peso del

cuerpo, la parte apoyada en el suelo resbaló de golpe hacia delante. Instintivamente, Jordan trató de aferrarse al borde del muro, pero la mano izquierda se escurrió sobre los ladrillos cubiertos de musgo, y quedó colgado solo de una mano. Su cuerpo se torció de golpe hacia el otro lado y Jordan oyó con claridad el crac de la articulación que cedía y vio cómo el hombro se dislocaba. La violenta punzada hizo que se soltara. Su caída la amortiguó una mata de pittosporum pero lo empujó rodando hacia delante, mientras sentía lo que parecían puñaladas en el hombro dislocado.

Se quedó tendido en el suelo, jadeando, sobre un costado del cuerpo. Esperó hasta que el dolor se hizo más soportable, y luego trató de sentarse.

Notó un cambio perceptible en la luz. Las copas de los árboles y el muro atenuaban bastante la claridad de las farolas, de modo que tuvo que esperar a que sus ojos se adaptaran a la luz. Cuando pudo ver lo que lo rodeaba, se levantó y se acercó al tronco de un árbol, en busca de un punto de apoyo que le permitiera poner en su sitio el hombro. Se apoyó en la corteza áspera de un arce y dio un golpe seco. El dolor casi hizo que se desvaneciera. Se examinó el hombro con la mano sana. Probablemente el precedente de la noche de la agresión de Lord había debilitado los ligamentos, por lo que la maniobra no dio los resultados esperados. Seguía sintiendo un fuerte dolor y el hombro no había vuelto a su lugar, lo que le inmovilizaba casi por completo el brazo.

Soltó un profundo suspiro y trató de no pensar en ello. Se dijo que tal vez Maureen se hallaba en peligro, de modo que él no tenía tiempo para sentir dolor. Volvió a prestar atención al lugar donde se encontraba.

Al otro lado del jardín, como ya había entrevisto, se veía el reflejo de un ventanal. Avanzó hacia allí con cautela sobre el terreno blando y, cuando se aproximó lo suficiente, vio que la superficie posterior de la casa, a todo lo largo del jardín y en un tercio de su ancho, estaba ocupada por una galería con grandes ventanales, que continuaba las paredes formando una especie de jardín de invierno. A la luz tenue, los cristales dejaban entrever en el interior siluetas de plantas y una decoración compuesta por muebles y sillones. La galería comunicaba con el interior por medio de tres puertas correderas, una de las cuales estaba parcialmente iluminada. Jordan se puso de frente y trató de ver más allá del umbral. Había un pasillo alumbrado por un recuadro de luz que llegaba de la pared de la derecha, y al fondo otra zona luminosa, enmarcada por algo que

parecían unas cortinas abiertas.

Sacó la piqueta y, con cierta dificultad a causa del brazo inservible, la introdujo entre los dos batientes de madera de la puerta corredera. Se oyó un chasquido seco, aunque no demasiado fuerte. Las dos hojas se deslizaron fácilmente sobre unas guías bien engrasadas, y Jordan entró en la casa.

Cruzó la galería, evitando la trampa de una mesita baja, y llegó ante la puerta corredera iluminada. Antes de utilizar de nuevo la piqueta probó a girar el picaporte, y para su gran sorpresa el batiente se abrió.

Atravesó el umbral y se adentró en el pasillo. A los pocos pasos se encontró junto a la fuente de luz que había visto desde fuera, una puerta abierta que daba a una escalera iluminada que bajaba. Jordan se dijo que en ese sótano debía de haber algo realmente importante, dado el blindaje de la puerta y su sistema de abertura, un lector de huellas digitales. Bajó el primer escalón y oyó que algo se rompía bajo la suela, con un ruido seco.

Levantó el pie y cuando bajó la mirada vio un par de gafas oscuras sobre la superficie áspera del escalón. Se agachó a recogerlas y sintió una nueva punzada en el hombro. Cuando las tuvo en la mano, las reconoció de inmediato, pese a que las lentes polarizadas estaban destrozadas.

Eran las gafas de Maureen.

La casa desierta podía o no ser una señal, pero esas gafas en el suelo desde luego lo eran.

En el silencio, le pareció oír voces que provenían de abajo.

Empezó a bajar con cautela, de lado y sujetándose el brazo derecho con el sano para evitar golpes dolorosos. Llegó a un primer rellano. Allí la escalera doblaba a la derecha y seguía otro tramo.

Ahora las voces eran más fuertes, aunque todavía tan confusas que resultaba imposible distinguir las palabras.

Jamás Jordan había echado tanto de menos tener una pistola. Nunca había sido aficionado a las armas, ni en los tiempos de la academia, ni cuando estaba de servicio. Tenía buena puntería por instinto, no por ejercicio, ya que practicaba en el polígono solo lo estrictamente indispensable para cubrir el expediente.

Sin embargo, en aquel momento habría pagado a peso de oro la 38 que había devuelto junto con la placa. Empezó a bajar también el segundo tramo y a cada escalón que dejaba atrás el volumen de las voces aumentaba. Poco después

dejaron de ser un confuso fondo sonoro y Jordan consiguió separar la voz de un hombre de la de una mujer. Llegó por fin al rellano siguiente, agradecido por la suela silenciosa de sus Reebok.

Ahora las voces se habían convertido, en sus oídos y en su mente, en el rostro conocido de dos personas.

Una era la de Maureen; la otra, la había oído una sola vez pero aun así la reconocía.

Las voces llegaban de una puerta abierta que daba a una estrecha galería interior, algo elevada con respecto al semisótano, a la cual se accedía doblando a la izquierda y bajando dos o tres escalones.

Desde su puesto de observación, la parte que alcanzaba a ver parecía un laboratorio. La pared que se alzaba frente a él, que continuaba hasta debajo de la barandilla de la galería, estaba llena de aparatos e instrumentos que a Jordan le recordaron la sede de la brigada científica, en la que había gascromatógrafos y otros aparatos para análisis muy complejos.

Se apoyó en la pared y se asomó por el umbral. Lo que vio no le gustó en absoluto.

En la parte opuesta de la enorme estancia, al otro lado de una mesa de trabajo que ocupaba buena parte del espacio central, estaba Maureen, con la cara vuelta hacia la puerta donde se hallaba él, sentada en un sillón de oficina, con los brazos inmovilizados detrás.

De espaldas, la figura de un hombre al que Jordan había visto hacía un rato, en una filmación, atravesando con sigilo el vestíbulo del Stuart Building en dirección a la salida después de haber matado a Chandelle Stuart.

Había una sola diferencia. Ahora estaba presente en carne y hueso y apuntaba con una gran pistola al estómago de Maureen.

50

Maureen acababa de oír la sentencia sibilante de William Roscoe, cuando por encima del hombro vio que Jordan se asomaba por el umbral de la puerta de la galería. Maureen bajó de golpe la cabeza, como por el efecto de la amenaza de su carcelero. Cuando volvió a alzarla, se obligó a no desviar ni siquiera un instante la vista y continuar mirándolo a los ojos, para no traicionar la presencia de Jordan.

Sin embargo, debía indicarle de algún modo que sabía que él había llegado para ayudarla. Dijo algo que para Roscoe podía ser la continuación de lo que habían dicho antes, y elevó un poco la voz, para que lo oyera Jordan.

—Ahora que sabes que te vi, creo que también yo merezco una explicación, ¿no crees?

Jordan comprendió. Se asomó un poco, le hizo una seña con el pulgar levantado y poco después movió la mano con un gesto de rotación, para indicarle que hiciera hablar a Roscoe para distraer su atención.

El médico no se había dado cuenta de nada, pero se puso de lado, para poder controlar visualmente tanto a Maureen como la entrada del laboratorio. Era totalmente imposible, en aquella situación, que Jordan pudiera entrar, sorprenderlo por detrás y neutralizarlo.

Roscoe dirigió a Maureen una expresión condescendiente.

—Me parece justo. Hace un momento me has pedido que comenzara desde el principio. Para que puedas entenderlo, es preciso que comience justamente desde ahí.

Hizo una pequeña pausa, como si debiera prepararse antes de emprender por

enésima vez un camino entre las ruinas de su vida.

—Hace muchos años, en un seminario que hacía en un hospital de Boston, conocí a una enfermera. Era una joven negra, que se llamaba Thelma Ross. Nos enamoramos enseguida, a primera vista, como si nos hubieran puesto sobre la tierra con ese único fin. Era lo más hermoso y puro que jamás había sentido en mi vida. ¿Sabes qué significa encontrarte ante una persona y darte cuenta de que a partir de entonces nadie más podrá importarte de la misma forma?

Maureen sintió que los ojos se le humedecían y las imágenes de Connor se superpusieron por un instante a las del asesino que la amenazaba con un arma que no le daba ningún miedo.

«Sí, maldito cabrón, claro que lo sé.»

Pareció que Roscoe le leía el pensamiento. Hizo una ligera seña afirmativa con la cabeza, un movimiento habitual en él.

—Sí, veo que lo sabes. Comprendes lo que quiero decir.

El médico prosiguió su relato con otro tono de voz, como si ese conocimiento hubiera creado entre ellos cierta complicidad.

—Entonces yo me encontraba en un momento delicado de mi carrera. Era el preferido y el primer ayudante del profesor Joel Thornton, que en esa época era el mayor experto mundial de mi especialidad. Todos, incluso él, me señalaban como su legítimo heredero, el astro naciente de la microcirugía ocular y de la investigación científica en el campo de la oftalmología. Además, era también mi suegro, porque hacía poco que me había casado con Greta, su hija mayor. Thelma estaba enterada de mi situación y no quería hacer nada que pudiera poner en peligro mi carrera. Me dijo que si me pedía que eligiera, ella pagaría las consecuencias, porque a la larga yo no se lo perdonaría. Thornton, en efecto, tenía el poder de arruinarme. Acarrearme su enemistad en aquel momento habría significado cerrarme todos los caminos.

Roscoe salió del recuerdo y se permitió un pequeño sarcasmo.

—Estados Unidos no es ese país tan democrático que tratamos de exportar como modelo. Un blanco que deja a la hija de un famoso barón WASP de la medicina para liarse con una mujer negra...

No terminó la frase; dejó que Maureen sacara sus conclusiones.

—Thelma y yo seguimos viéndonos a escondidas, hasta que ella se quedó embarazada. De común acuerdo decidimos tener el niño, y así llegó Lewis. Yo le

había encontrado un empleo como primera ayudante de quirófano en el hospital Samaritan, en Troy, una pequeña población cerca de Albany. Era el lugar perfecto. Lo bastante cercano para permitirme verlos, a ella y al niño, siempre que me era posible, y lo bastante apartado para pasar inadvertidos. En todo caso, todo se hizo con mucha discreción, tanta que ninguno de sus amigos me ha visto nunca ni ha sabido de mi existencia. Para todos, Thelma era una joven divorciada, que había vivido una mala experiencia de la que no quería hablar. Para Lewis, yo era una especie de tío que los quería y que llegaba de vez en cuando cargado de juguetes. Les había alquilado una casa aislada, y cuando iba a verlos no nos arriesgábamos nunca a que nos vieran juntos. Pasaron cinco años. Thornton murió y las cosas entre Greta y yo habían empeorado tanto que ella me pidió el divorcio. Se lo concedí de buena gana y ese día, ese día maldito fui a Troy a anunciar a Thelma que pronto sería libre y que podríamos vivir juntos.

Maureen vio que Roscoe, absorto en la historia, ya no estaba allí, con ella, sino reviviendo en su mente la secuencia de imágenes evocadas por su relato.

—Lewis jugaba en el jardín, y Thelma y yo estábamos en la casa. Mientras le explicaba lo que había pasado, oímos que Lewis gritaba y poco después entró en la casa llorando y tendiendo hacia mí un brazo, en el que había muchas picaduras. Por el tamaño de los habones, parecían ser de avispas. Yo sabía que la picadura simultánea de muchos de estos insectos puede provocar un choque anafiláctico muy grave. Mientras observaba a Lewis, pedí a Thelma que sacara el coche para llevarlo enseguida a urgencias. Mientras se dirigía hacia el pasillo oímos el timbre. Thelma abrió la puerta y allí estaban ellos.

Maureen vio que las mandíbulas de Roscoe se contraían y el odio, un odio puro, destilado con el cuidado meticuloso del tiempo, desfiguró sus facciones.

—Eran cuatro personas vestidas con camisetas y pantalones oscuros, tres hombres y una mujer, que llevaban en la cara las máscaras de otros tantos personajes de Snoopy. Linus, Lucy, Snoopy y Pig Pen, para ser exactos. Uno de ellos, no sé cuál, la empujó violentamente hacia dentro. Thelma cayó al suelo y ellos entraron apuntándonos con las pistolas. Nos juntaron a los tres en la habitación y nos ordenaron que no nos moviéramos. Intuimos lo que iba a pasar, porque poco después un coche de la policía se detuvo frente a la casa y dos agentes llamaron a la puerta. El de la máscara de Pig Pen, que parecía el jefe, apuntó la pistola a la cabeza de Lewis y ordenó a Thelma que abriera y los

echara como fuera.

Roscoe levantó la cabeza hacia el techo blanco y aspiró hondo, como si buscara en sus pulmones más aire para poder proseguir su relato.

—No sé cómo lo hizo Thelma para resultar creíble en semejante situación, pero lo cierto es que los policías se convencieron de que allí no sucedía nada raro. Volvieron a su coche y se marcharon. Mientras, Lewis había empeorado y le costaba respirar. Yo sabía lo que ocurría: las picaduras de las avispas le habían provocado un espasmo laríngeo que poco a poco obstruía las vías respiratorias. Les imploré que dejaran que nos fuéramos, les dije que yo era médico. Les expliqué lo que le estaba pasando a Lewis, y que necesitaba ayuda. Les juré con lágrimas en los ojos que no los denunciaríamos, me arrodillé ante el de la máscara de Pig Pen. No sirvió de nada. Todavía recuerdo su voz indiferente, sus palabras a través de la máscara. Me dijo: «Si eres médico, ya sabes qué hacer». Me permitió moverme libremente, pero para evitar sorpresas ordenó a Lucy y a Snoopy que cogieran a Thelma y la llevaran a otra habitación mientras yo me encargaba de mi hijo. Lewis, a esas alturas, se había desmayado y ya no podía respirar. Para evitar que se asfixiara, cogí un bisturí de mi maletín y allí, sin anestesia, sin instrumentos, como un carnicero, apuntado por dos pistolas, me vi forzado a practicar una traqueotomía a mi hijo y tratar de darle aire metiéndole en la abertura de la garganta el canuto de un bolígrafo.

De los ojos de Roscoe caían lágrimas de rabia y de dolor. Maureen sabía, por experiencia propia, qué difícil era saber cuáles quemaban más.

—Fue inútil. No logré salvarlo. Cuando sentí que el corazón ya no latía, levanté los brazos y me puse a gritar, mientras la sangre de mi hijo resbalaba por mis manos.

De pronto Maureen descubrió otro detalle de las imágenes desgranadas de sus visiones.

«Era él al que vi de espaldas, no a Julius. Lo que confundí con un cuchillo era en realidad un bisturí.»

—Poco después uno de ellos, no sé cuál, me pegó en la cabeza y me desvanecí. Cuando volví en mí, se habían ido. Habían cogido nuestro coche y habían huido, dejando tras de sí el cadáver de mi hijo tendido sobre la mesa, y a Thelma atada a una silla en la otra habitación. Cuando la desaté y vio lo que había ocurrido, se precipitó sobre la mesa y se abrazó al cuerpo de Lewis con

tanta fuerza como si quisiera metérselo en su propio cuerpo para devolverle la vida. Fue una visión que no he olvidado nunca, que me ha mantenido en pie, como una droga, todos los años siguientes: las lágrimas de mi mujer mezcladas con la sangre de mi hijo.

—¿Por qué no los denunciaste?

—Fue Thelma quien lo decidió. Fue ella quien me convenció de que me marchara, de que no dejara que me encontraran allí. De pronto, después del dolor, se volvió fría como el hielo, mientras me explicaba por qué quería que actuara así. Me dijo que si los cogían pasarían un tiempo en la cárcel y después quedarían de nuevo libres para hacer más daño. Me hizo jurar que los encontraría y los mataría con mis propias manos. Si eso significaba que no nos viéramos más, sería un precio que pagaría de buena gana. Por eso decidimos declarar que la traqueotomía la había hecho ella.

A causa del nerviosismo, Roscoe abría y cerraba rítmicamente la mano libre, como para calmar un calambre.

—He vivido con el único fin de vengarme, mientras veía cómo Thelma perdía poco a poco la razón y se hundía en un limbo donde su mente se había refugiado para no sufrir. Ahora está internada en una clínica para enfermos mentales. Hace años que no la veo...

La voz cambió de tono y se perdió en los meandros de la amargura. Por un instante Maureen sintió compasión por ese hombre que había sacrificado su presente y su futuro por un pasado que ninguna venganza podría borrar.

—Dediqué casi diez años de esfuerzos, tiempo y dinero, sin obtener nada. Nada de nada. Aquellos malditos parecían haberse disuelto en el aire, no haber existido nunca. Después, un día, el azar se puso de mi lado. Chandelle Stuart, por consejo de un colega mío que era su médico de cabecera, vino a mi consulta para que la operara. Le eliminé una miopía con una operación láser, una intervención casi de rutina pero que, en su megalomanía, quería que realizara el mejor profesional de la especialidad. Durante una visita de control cometió un error...

Hizo una pausa, con los ojos perdidos en el vacío.

—¿Qué error?

Roscoe volvió bruscamente la cabeza hacia ella, como si la voz de Maureen lo hubiera despertado de un momento de trance extático.

—Me preguntó el nombre de un cirujano plástico que pudiera quitarle un tatuaje de la ingle. Me dijo que era un recuerdo de una persona que había sido muy importante para ella, pero que ahora quería borrar de su vida. Se bajó los pantalones y cuando me lo mostró me quedé de piedra. El día que murió Lewis, en un momento de nerviosismo, Pig Pen se levantó la manga de la camiseta negra que llevaba. Fue un instante, pero pude ver que en el antebrazo llevaba un gran tatuaje, un demonio con alas de mariposa. El que me mostraba Chandelle Stuart era exactamente igual. Ella no podía saber que yo había visto el de Pig Pen, porque en ese momento Lucy estaba en la otra habitación con Snoopy y Thelma. Entonces, sin intuir en absoluto lo que pasaba por mi cabeza, y confundiendo mi expresión con una manifestación de libidinosidad, esa puta de Chandelle Stuart, de pie frente a mí con los pantalones bajados, tuvo el valor de cogerme la mano y pasársela entre las piernas.

Roscoe tenía las mandíbulas apretadas y una expresión de desprecio en la cara. Su mano era un puño apretado con fuerza, con los nudillos blancos por la tensión.

—A partir de entonces mi vida cambió. Vivía frenético, como si cientos de voces me hablaran al oído al mismo tiempo. Tenía una pista, tan débil que era casi inexistente, pero era mi única esperanza. Dedicaba todo mi tiempo libre a investigar, destinaba a esa busca todo el dinero que ganaba. Contraté a detectives extranjeros, pagué cifras exorbitantes para no verme obligado a salir al descubierto. Me remonté al momento de los hechos y descubrí que en esa época Chandelle estudiaba en el Vassar College de Poughkeepsie. Uno por uno, identifiqué a Gerald Marsalis y a Alistair Campbell. Julius Whong fue más difícil, porque no asistía al *college*, pero conseguí darle una cara y un nombre también a él, el más decidido y feroz. A medida que los veía en persona, los conectaba con la máscara que llevaba cada uno aquel día.

Ahora Roscoe sonreía. Tal vez estaba reviviendo el emocionante momento que forma parte de la vida de todo investigador, el del descubrimiento después de años de vanos intentos. Solo que esta vez el fin no era derrotar a la muerte, sino infligirla.

—Cuando me enteré de que Julius Whong era Pig Pen, sentí el deseo de ir directamente a por él, golpear a su puerta y meterle un balazo en su cara de depravado. Pero después conseguí calmarme; reflexioné y tomé una decisión.

Decidí matarlos a todos, uno por uno, y hacerlo de manera que la culpa recayera en Julius Whong. A Chandelle Stuart, Gerald Marsalis y Alistair Campbell les concedí morir; a él no. Él debía pagar más que todos los otros, debía pasar el resto de su vida en el corredor de la muerte, sabiendo que cada día que transcurría le acercaba al momento en que alguien le metería una aguja en la vena y empujaría el émbolo de una jeringa llena de veneno.

Maureen decidió actuar, al menos en lo que podía. Aprovechando la distracción de Roscoe, que estaba concentrado en su relato, apoyó los pies en el suelo y cautelosamente empezó a desplazar el sillón con ruedas al que estaba atada, de modo que si quería mirarla a la cara debería volverse y dar la espalda a la puerta detrás de la cual estaba oculto Jordan.

—Empecé a organizarme. La suerte que durante tanto tiempo me había vuelto la espalda ahora me favorecía. A Julius Whong lo habían operado hacía poco del menisco y de los ligamentos, y durante un tiempo anduvo con muletas. Cuando las dejó, le quedó una ligera cojera. Duraría poco, pero a mí me bastaba.

Un centímetro.

Otro.

Otro más.

—Me di cuenta de que Julius y yo teníamos la misma complexión y, salvo los rasgos asiáticos, un físico parecido. Maté primero a Linus, es decir, a Gerald Marsalis. Cuando llegué me reconoció enseguida. Lo obligué a sentarse en una silla, le até las muñecas y los tobillos con cinta adhesiva y lo estrangulé, de manera que sufriera lo más posible. Mientras moría le preguntaba si ahora entendía qué había sentido mi hijo cuando el aire ya no llegaba a sus pulmones. Después lo puse contra la pared con una manta pegada a la oreja, como Schulz dibujaba a Linus en las tiras, y escribí ese estúpido mensaje. Sabía que lo descifrarían enseguida, pero necesitaba que creyeran que el asesinato era obra de un psicópata. Tenía intención de hacerme notar de algún modo cuando me marchara renqueando, pero mientras estaba escondido en la escalera, del piso de Gerald salió una mujer que dejó la puerta entreabierta. Desde el rellano oí que telefoneaba a alguien y lo citaba en su casa. Eso significaba que tenía menos tiempo del previsto, pero también era una buena ocasión para dejar un indicio. Cuando la persona llegó y llamó al timbre, cogí el ascensor y me lo crucé en la entrada. Me coloqué detrás, para hacerme notar pero con cuidado de que no se

me viera la cara.

—Pero ¿no pensaste que los otros, sabiendo cómo habían matado a Gerald, podían sospechar?

Roscoe respondió a la pregunta de Maureen con un encogimiento de hombros.

—Gerald era el hijo del alcalde. Pensé que al tratarse de una investigación tan particular los detalles se mantendrían en la más rigurosa reserva, como en efecto sucedió. Decidí usar los personajes de Snoopy porque sabía que tarde o temprano se remontarían a muchos años atrás. Eso podía ofrecer un móvil. Julius quería vengarse de un abandono o algo así.

Un centímetro más.

Aprovechando la mirada ausente de Roscoe, que por un instante se dirigió hacia abajo, hizo otro pequeño desplazamiento.

Cuando volvió a mirarla a los ojos, Maureen vio una expresión dura y complacida.

—Después le tocó a Chandelle. Y no me avergüenza decir que matar a ese ser inútil fue un verdadero placer e incluso un pequeño lujo. Llegué a su casa después de haber atravesado el vestíbulo del Stuart Building con el mismo chándal y con la cojera con que me había hecho notar en casa de Gerald. Intenté andar, en lo posible, de forma furtiva, escondiéndome detrás de alguna persona, pero en realidad traté de que me captaran las cámaras, porque sabía que sería lo primero que iban a comprobar. Le dije a Chandelle que quería hablarle de una novedad referente a su operación, y me hizo subir a su casa. ¡Cómo se sorprendió esa furcia cuando me vio frente a ella con la pistola en la mano! Con Linus tuve que darme prisa, pero con Chandelle tenía mucho más tiempo a mi disposición. La hice hablar; le dejé creer que le perdonaría la vida. Descubrí muchas cosas. Me confesó que había tenido una relación con ese maníaco sexual de Julius y que habían involucrado a los otros dos en el proyecto del robo. A Gerald por su locura, a Alistair Campbell por su debilidad y su dependencia psicológica de Julius. Al final me reveló el absurdo motivo por el que ocurrió todo. Esos condenados cometieron el robo solo como un juego, para sentir emociones fuertes. ¿Te das cuenta de lo que estoy diciendo? Mi hijo murió porque ellos, por aburrimiento, habían decidido sentir algo diferente. Además, esa puta me reconoció en cuanto entró en mi consulta, y estuvo a mi lado

disfrutando con la enferma sensación de saber lo que yo ignoraba, quizá hasta se excitó al pensar en lo que me había hecho. Cuando me acerqué a ella y le apreté el cuello con las manos, mientras me rogaba que no la matara, le susurré al oído las mismas palabras que me dijo Julius: «Soy médico; sé lo que hago». Después la pegué al piano como un dibujo de Lucy, dejé la nota que daba la pista de la víctima siguiente y me fui.

Al fin Roscoe se desplazó. Con un movimiento casi distraído, giró y apoyó la pelvis en el largo mostrador de trabajo, como si estuviera cansado de permanecer de pie y necesitara reclinarse en algo. La pistola, sin embargo, parecía un bloque inmóvil y el cañón seguía apuntando a la cabeza de Maureen.

—Pero antes dejé un nuevo indicio, el decisivo. Hice creer que el asesino había violado a Chandelle después de haberla matado. Y para eso utilicé un pene de caucho que encontré en un cajón de ella. Le puse un preservativo lleno de líquido seminal de Julius Whong. Elegí uno de esos que retrasan el placer del hombre y estimulan el de la mujer, en primer lugar porque deja un residuo químico muy evidente y en segundo lugar porque el uso de un profiláctico así en un cadáver se adecuaba a la perfección con el perfil psicológico de un psicópata. Lo agujereé para que dejara un pequeño residuo de esperma y pareciera que había utilizado un preservativo defectuoso.

—¿Y cómo lo conseguiste?

—Esa fue la parte más difícil. Julius Whong, después de un inicio juvenil de sexo y violencia, se volvió muy particular. Las mujeres ya no le interesaban; necesitaba situaciones extrañas, emociones fuertes. El alcohol, las drogas y su cerebro enfermo lo llevaron a convertirse... cómo expresarlo... en un refinado. Y recordé a una persona a la que había conocido tiempo atrás.

Jordan salió de su escondite y comenzó con cuidado a bajar la corta escalera. Maureen vio que no movía el brazo derecho y que le colgaba flojo al costado, de una manera extraña, como si estuviera roto.

Un escalón.

Dos escalones.

Tres escalones.

Conteniendo el aliento, Maureen seguía el descenso de Jordan y la narración de Roscoe.

—De vez en cuando solía salir de gira por el país a dar seminarios. En un

hospital de Siracusa conocí a una enfermera. Era una mujer de una belleza increíble, tal vez una de las más hermosas que he visto nunca, que ejercía una fascinación sutil, distinta. Tenía una carga de sensualidad que casi se podía tocar. Se llamaba Lysa y poseía una característica bastante singular: en realidad era un hombre. Nos hicimos amigos, y ella empezó a confiar en mí. Era una persona dulce, melancólica, reservada. Y sobre todo honesta, nada que ver con esos transexuales mercenarios que se encuentran en internet. Nos mantuvimos en contacto, incluso cuando ella dejó de trabajar en el hospital. Luego, cuando se me presentó aquella necesidad, pensé que un pervertido como Julius Whong no resistiría la tentación de acostarse con una rareza sexual así. Aproveché la debilidad de Lysa; estaba cansada de luchar en una batalla que ya tenía perdida de antemano. La contraté anónimamente y le ofrecí cien mil dólares para que tuviera una relación con Julius Whong y me consiguiera un preservativo lleno de su líquido seminal.

—¿Y no pensaste que esa tal Lysa podía denunciarte, cuando descubriera que habían acusado a Julius Whong? Sobre todo sabiendo que lo que lo incriminaba definitivamente era la prueba de ADN.

Maureen vio que Roscoe iba dejando atrás todo resto de humanidad. El doctor Jekyll había perdido el control y se transformaba ante sus ojos en el señor Hyde.

—Pues sí. Existía esa posibilidad. Pero también ese es un problema que he resuelto. Sin imaginar nada, fue ella misma la que me escribió para decirme que se mudaba a Nueva York, comunicarme el día de su llegada y la dirección del piso que había alquilado. ¿Y quieres saber lo más divertido? Era el apartamento de Jordan Marsalis, el hermano del alcalde, el tío de Gerald...

Roscoe se quedó un momento pensando en cómo el destino se reía con sarcasmo de los humanos. Después apartó ese pensamiento con un gesto de la mano, como se hace con una mosca molesta.

—En todo caso, como te he dicho, ya no es un problema. Leí en el periódico que ha tenido un accidente...

Maureen se horrorizó por el espantoso significado de aquellas palabras.

—Eres un maldito loco asesino.

—Es probable. Pero ¿acaso no hace falta estar loco y ser un asesino para poder eliminar a otro?

—Pero con Alistair Campbell te salió mal. Él consiguió escapar.

La sonrisa que le dirigió William Roscoe era de nuevo la del demonio.

—¿Tú crees?

Trastornada, Maureen escuchó lo que Roscoe acababa de meterle en el cerebro.

—Muy bien, Maureen, veo que lo has entendido. Estaba todo previsto. Lo hice de modo que pudiera escapar. Me era más útil vivo; tenía que ser el que aportara la prueba definitiva contra Julius Whong. Elegí a ese desdichado porque en el fondo era el menos culpable. Aquel fatídico día, lo único que hizo fue rogar que se marcharan y nos dejaran en paz.

Mientras tanto, Jordan había alcanzado el lado opuesto del mostrador central, se había agachado y desaparecido detrás de la protección del borde. Maureen supuso que quería rodearlo manteniéndose a cubierto, para llegar junto a Roscoe y cogerlo por sorpresa.

Sin saber lo que sucedía, Roscoe continuó el macabro relato de sus actos.

—Sabía que se había refugiado a escribir en su casa de Saint Croix. Por suerte, gracias a mi trabajo sé cómo utilizar un ordenador. Entré en la base de datos de la compañía aérea y por las reservas descubrí el día que volvería. Lo esperé en un coche robado y lo secuestré delante de su casa, de manera que el sastre del negocio de enfrente me viera y pudiera describir a la policía al individuo que llevaba un chándal y cojeaba un poco de la pierna derecha. Le llevé a ese almacén de Williamsburg para hacer creer que quería colocar su cuerpo como uno de los personajes de Snoopy, en este caso, el propio Snoopy pegado al avión. Me había hecho dibujar con colores solubles un tatuaje en el antebrazo. Tal vez no era idéntico, pero sí muy parecido al demonio con alas de mariposa de Julius Whong. En ese lugar había poca luz, y podía contar con que Alistair estaría aterrado y no se fijaría en los detalles. Lo que no sabía es que estaba enfermo del corazón. Murió, pero de todos modos llevó a cabo la tarea que le había asignado: poner a la policía sobre la pista de Julius Whong.

—Hay algo que no entiendo. ¿Cómo podías estar seguro de que Julius Whong no tenía una coartada para las noches en que se cometieron los asesinatos?

Roscoe señaló con la mano unas bombonas de tamaño mediano apiladas en un compartimiento, a su derecha.

—Protóxido de nitrógeno. Incoloro, insípido, inodoro.

—No comprendo.

—Julius Whong vive en un ático, en la calle Catorce. Es un edificio bajo, de dos plantas, con un techo plano de fácil acceso desde la escalera contra incendios de la parte de atrás. Bastó conectar una de esas bombonas al sistema de ventilación para hacerle dormir hasta el día siguiente.

Roscoe se encogió de hombros con despreocupación, como si acabara de contar un viaje de placer con una amiga.

—¿Qué más queda por decir? Nada, me parece.

Maureen advirtió que en su actitud no había narcisismo ni orgullo por el maquiavélico plan que había orquestado. Solo la actitud natural de una persona que cree que ha hecho lo justo.

Y aunque en su interior Maureen se maldijo por pensar así, no conseguía culparlo del todo.

—Ahora lo sabes todo. He esperado años para llegar a esto, y no puedo permitir que tú me lo arruines.

—Has pasado algo por alto. ¿No has pensado que, si alguien te descubriera, habrías hecho todo esto por nada? Julius Whong quedaría libre y tú irías a la cárcel en su lugar.

El doctor William Roscoe sonrió con mucha dulzura y bajó la voz para volverla un suspiro casi incomprensible.

—No, querida mía. También he pensado en ello. Si eso sucediera, habrá un hombre muy profesional que se encargará de Julius Wh...

Roscoe no pudo terminar la frase, porque en ese preciso momento Jordan salió de pronto de detrás del mostrador y se abalanzó sobre él.

51

Sucedió todo en pocos instantes, aunque a Jordan y Maureen les pareció una eternidad.

Todos sus movimientos parecían en cámara lenta, como si no se hallaran en la tierra sino en el vacío absoluto o en el interior de una enorme burbuja de agua.

Jordan, que solo disponía del brazo sano, agarró la mano derecha de Roscoe y al mismo tiempo levantó una pierna, para golpear la muñeca del profesor contra su rodilla y hacerle soltar la pistola.

Pero, al parecer la sorpresa no formaba parte de las emociones de William Roscoe. Si la llegada inesperada de Jordan lo alteró de algún modo, no se reflejó en su capacidad de reacción.

Lo único que logró Jordan fue que el dedo de su adversario se contrajera sobre el gatillo y disparara una bala que se incrustó en las baldosas del suelo.

Jordan se dio cuenta de que no sería fácil dominar al profesor, sobre todo porque él debía luchar con un solo brazo.

Aunque él era más alto y más joven, por la fuerza que Roscoe había opuesto a su ataque se notaba que era una persona robusta y se hallaba en excelente forma; además, podía usar los dos brazos.

Ayudándose en lo posible con el peso del cuerpo, pese a las punzadas de dolor que le cortaban la respiración, Jordan consiguió doblar el brazo del profesor en un arco hacia dentro y golpearle la muñeca varias veces contra el borde azulejado del mostrador.

Un nuevo disparo partió del arma, y la pantalla de un ordenador estalló en una lluvia de chispas.

Al fin la mano de Roscoe cedió y sus dedos se aflojaron. Jordan oyó el maravilloso sonido de la pistola que caía al suelo.

Maureen presenciaba la escena preguntándose en qué momento podría ayudar a Jordan. Sus posibilidades de intervenir eran muy limitadas, pues todavía tenía los brazos atados en la parte posterior del respaldo del sillón. Antes que nada, debía impedir que Roscoe volviera a coger la pistola si se liberaba de Jordan. Haciendo fuerza con los pies y ayudándose con ligeros impulsos del torso, se desplazó sobre las ruedas a la mayor velocidad que podía. Llegó ante la pistola y le dio un puntapié. Los dos hombres enzarzados en la lucha oyeron el ruido metálico de la Beretta que se deslizaba por el suelo hasta que dio contra la base de la pared opuesta, rebotó hacia el centro de la habitación y se detuvo bajo la galería.

Maureen no sabía por qué Jordan casi no usaba el brazo derecho, pero se daba cuenta de que, en la lucha que tenía lugar ante sus ojos, las fuerzas eran claramente desiguales.

Roscoe, que se había liberado fácilmente del apretón de Jordan, ahora se enfrentaba a él en posición de defensa, en una perfecta guardia de púgil. Tal vez había practicado ese deporte en su juventud, en la universidad, y probablemente luego había seguido entrenándose.

Al contrario de Maureen, el médico, por la postura anormal del hombro, enseguida se dio cuenta de que su agresor tenía un punto débil. Cada vez que Jordan se acercaba para pegarle con la mano izquierda o intentaba darle una patada, conseguía esquivarlo y golpear a Jordan en el punto dolorido; luego retrocedía de inmediato, a la espera de un nuevo movimiento de su adversario.

Maureen vio que Jordan no resistiría mucho más ese tratamiento.

Hizo desplazar de nuevo el sillón, tratando de aproximarse a Roscoe lo más posible, para trabarlo con las piernas y dar un momento de respiro a Jordan. Cuando la vio cerca y comprendió qué se proponía hacer, el profesor levantó una pierna, apoyó el pie en el asiento de la silla y dio un violento empujón.

Hizo un trayecto corto y veloz, y después las ruedas se clavaron contra el suelo, haciendo que el sillón se inclinara hacia un lado. Maureen quedó un instante en vilo, como si el asiento tuviera voluntad propia y tratara desesperadamente de recuperar el equilibrio.

Poco después vio que los mosaicos blancos del suelo se acercaban a una

velocidad vertiginosa.

Arrastrada por el peso, cayó sobre el lado izquierdo. Trató de amortiguar la caída con el hombro, pero pese a sus esfuerzos se golpeó violentamente el codo contra los mosaicos. Sintió una sacudida eléctrica que se extendía por el brazo y se transformaba de pronto en un fuerte ardor que por un momento le quitó la sensibilidad.

Mientras tanto, gracias a la distracción provocada por la intervención de Maureen, Jordan consiguió rodear con el brazo sano el cuello de Roscoe y apretaba con todas sus fuerzas. El doctor empezó a pegarle con el codo derecho en el estómago, ya que vio que Jordan, en el ardor de la lucha, había dejado expuesta esa parte del cuerpo.

Desde su posición, en el suelo, Maureen no veía qué pasaba. Oía a sus espaldas el jadeo de los dos hombres que peleaban, pero no podía volver la cabeza para ver cómo iban las cosas.

Comenzó a forcejear y se dio cuenta de que podía deslizar los brazos a lo largo del respaldo. Centímetro tras centímetro, ayudándose con las piernas, logró sacar totalmente los brazos. Se puso boca arriba y alejó el sillón, empujándolo con las piernas.

Ahora que podía ver qué pasaba en el laboratorio, se dio cuenta de que los dos hombres habían desaparecido. Seguía oyendo sus jadeos y el ruido de la lucha, pero no podía verlos. Probablemente uno de los dos había arrastrado al otro al suelo y ahora luchaban en el suelo, junto al imponente frigorífico, del lado opuesto al que estaba ella, ocultos por el borde del mostrador.

Levantó la cabeza y vio al otro lado de la sala la pistola en el suelo.

Se apoyó de nuevo en un costado y, ayudándose con el hombro, logró sentarse. Poco después se irguió y fue a buscar la Beretta. Una vez ante el arma, puso los pies junto a la pistola y dobló las rodillas hasta cogerla y empuñarla con la mano derecha. No sabía cuan precisa podría ser su puntería dadas las circunstancias, obligada a disparar con la mano detrás de la espalda, pero rogó no tener que llegar a eso. Bastaría con poder pasársela a Jordan para poner fin a la resistencia de Roscoe.

Pero las cosas no salieron como las había previsto. De pronto vio que el cuerpo de Roscoe se levantaba del otro lado del mostrador de trabajo y se precipitaba hacia atrás como si Jordan hubiera logrado apoyar los pies en su

pecho y le hubiera dado un fuerte empujón con las piernas. El profesor chocó violentamente contra las grandes bombonas de nitrógeno líquido que alimentaban el frigorífico donde conservaba los embriones. La parte posterior de su camiseta, hecha jirones, se le había salido del pantalón. De la nariz le caía un hilo de sangre. Se lo limpió con la manga, siempre con los ojos fijos en su adversario, que todavía estaba en el suelo, en un lugar donde Maureen no alcanzaba a verlo.

Poco después, más o menos hacia la mitad del mostrador, vio que una mano buscaba apoyo en la superficie; luego Jordan se asomó por el borde, jadeante y con una clara expresión de sufrimiento.

Maureen admiró su resistencia al dolor y su valiente oposición al adversario, pero vio que ya no aguantaría mucho. Si el hombro le dolía tanto como ella creía, no entendía cómo todavía no se había desmayado.

Al ver que Jordan se incorporaba, también Roscoe pareció sorprendido. A continuación su cara volvió a desfigurarse con una expresión tan cruel que Maureen solo podía comparar con la de un hombre totalmente loco, poseído por el odio que había incubado durante tantos años.

Vio que se agachaba y agarraba uno de los tubos que llevaban el nitrógeno líquido de las bombonas al interior del frigorífico. Maureen supo qué se proponía, y sintió que la sangre de sus venas alcanzaba de golpe la misma temperatura del líquido que ahora el médico sacudía violentamente.

Mientras, Jordan se había puesto en pie y avanzaba hacia él.

Si Roscoe conseguía sacar la bombona de su lugar y dirigirla contra él, Jordan recibiría un chorro de casi doscientos grados bajo cero que le provocaría la misma quemadura que una lanza térmica.

Maureen tenía solo una fracción de segundo para tomar una decisión.

Y la tomó.

Se echó sobre el suelo, de costado, con las piernas en dirección a Roscoe. En esa posición, empuñó la pistola y trató de apuntar. Se dijo que, si alcanzaba su blanco, habría agotado toda la suerte de que disponía en los próximos años.

Pero si fallaba y daba a una de las bombonas situadas detrás del doctor, no habría próximos años. El contenedor de acero explotaría y esa parte de la casa se convertiría en un pequeño cráter tapizado con los pedazos de sus cuerpos.

—Al suelo, Jordan.

Maureen gritó su advertencia y apretó el gatillo una fracción de segundo después de que el doctor lograra extraer el tubo.

El disparo resonó en la habitación como el tañido de una enorme campana fúnebre.

Roscoe giró de golpe la cabeza hacia ella, como si en lugar del disparo hubiera oído gritar su nombre. Se quedó mirándola un momento como si Maureen fuera una persona a la que estaba seguro de conocer pero cuyo nombre no lograba recordar.

Luego vaciló un poco, al tiempo que inclinaba la cabeza y fijaba la vista en el agujero que tenía en el pecho y la mancha de sangre que se agrandaba hasta cubrirle el logo de la camisa Ralph Lauren.

La mano que sostenía el tubo del que salía el chorro de nitrógeno líquido perdió la fuerza, y el conducto se dobló hacia abajo. El flujo helado fue a parar a los tobillos y a los pies de Roscoe, pero al parecer él no notaba la terrible quemadura que el líquido debía de hacer en su carne. Cayó primero sobre una rodilla y, al cabo de un interminable momento, cerró los ojos y resbaló al suelo con la cara hacia delante, cubriendo el tubo con su cuerpo y bloqueando con el peso gran parte del flujo helado.

Mientras se incorporaba, Maureen no podía apartar los ojos del cadáver del doctor William Roscoe. A pesar del estruendo del disparo, continuaba oyendo en los oídos sus palabras de amenaza.

«En el preciso momento en que Julius Whong recupere su libertad, tú perderás la vista.»

Luego paseó la mirada por el laboratorio en busca de Jordan; temía que le hubiera alcanzado de algún modo el nitrógeno que se esparcía por el suelo.

Al oír la advertencia de Maureen, Jordan había vuelto la cabeza hacia ella y le había bastado un rápido vistazo para entender lo que iba a suceder. Se arrojó al suelo sobre el lado izquierdo, mientras rogaba que el golpe en el hombro no hiciera que se desmayara.

No perdió la conciencia pero volvió a ver las mismas estrellas y las mismas constelaciones que había visto poco antes en el jardín, al caer del muro.

Le pareció que la temperatura de la habitación bajaba con rapidez; desde un lugar lejano percibió que la voz de Maureen le gritaba algo.

—¡La bombona! Jordan, debes cerrar la bombona.

Con las pocas energías que le quedaban, trató de levantarse. El alivio que sintió Maureen cuando vio que se estaba incorporando fue tan grande como el frío que invadía la estancia.

En lugar de ir a cerrar la válvula de la bombona, Jordan, con toda la velocidad que podía, dio la vuelta al mostrador y la agarró de un brazo.

—Ven, vámonos de aquí, deprisa.

Subieron volando los tres escalones de la galería, con el aliento que ya dibujaban la angustia y el frío delante de sus bocas. Avanzando a duras penas, Jordan y Maureen subieron la escalera y salieron al aire libre, para recuperar un poco de calor y librarse del hielo que sentían dentro, cuya principal causa no era el nitrógeno líquido.

52

—¿Todavía te duele la espalda?

Jordan bebió un sorbo de café y meneó la cabeza.

—No. Ya casi ha pasado.

Maureen y Jordan estaban sentados el uno frente al otro a una mesa del Starbucks Café que había en la Madison Avenue; eran dos figuras polvorientas y cansadas tras un cristal en el que se reflejaba el tráfico de la mañana. La noche sin dormir los había dejado ojerosos. Las cosas de las que se habían enterado eran una cicatriz más en la memoria, otra muestra de la locura en que podía caer la mente de un hombre.

No había en ellos ninguna exaltación ni sensación de triunfo; solo el agotamiento de los combatientes, inmersos en la languidez de la batalla recién concluida y aturdidos por estar todavía vivos.

Cuando todo se hubo resuelto, Jordan llamó a Burroni para explicarle dónde estaban y qué había sucedido.

Al poco rato comenzó el habitual ir y venir de luces, cintas amarillas y vallas, camionetas y médicos forenses. Se marcharon antes del inevitable asalto de los medios de información. Se volverían locos con aquella historia que tenía como protagonistas a dos personas que no pertenecían a la policía, dos voces ajenas al coro pero que acababan de demostrar su pleno derecho a formar parte de él.

Al abandonar la casa grande y lóbrega de la calle Henry, vieron el cuerpo del que había sido el desdichado y refinado doctor Roscoe que desaparecía en el vientre de una ambulancia, cubierto por esa tela que era la única elegancia que

consentía la muerte.

Burroni se acercó mientras subían a un coche patrulla.

—Me gustaría saber cómo lo habéis hecho, aunque sospecho que nunca conoceré la verdad. De todos modos, felicitaciones.

Los saludó con un gesto y volvió a sus ocupaciones; su gorra negra parecía flotar en medio de la pequeña muchedumbre de adictos al trabajo. A ellos dos los acompañaron a la sala de guardia del hospital St. Charles, en Brooklyn, donde un traumatólogo colocó en su sitio el hombro de Jordan y se lo sujetó con un vendaje. Por la placa de rayos X que le hicieron, el médico se mostró bastante pesimista con respecto a la lesión. Probablemente tendría que someterse a una intervención menor para curar los ligamentos dañados y recuperar la completa movilidad del hombro.

A Maureen le curaron una pequeña quemadura en una pierna, provocada por el contacto con los vapores de nitrógeno líquido. Ahora estaban sentados frente a una taza de café, que ambos necesitaban. Era un momento que se debían, una pausa necesaria para aclarar todo lo ocurrido.

—¿Cómo dedujiste que era él?

—Te dije que había algo que no conseguía recordar, la sensación de que había un detalle que se me escapaba. Anoche, sin la ayuda de ninguna visión, supe qué detalle era.

—¿Cuál?

—Cuando Roscoe me quitó las vendas después de la operación y abrí los ojos, por un instante lo vi inclinado sobre mí con las manos a la altura de mi cara. Después la imagen desapareció en la oscuridad y, como puedes imaginar, me sentí morir. Pensaba que la operación no había servido para nada, que me quedaría ciega para siempre. Pero a continuación la luz volvió y volví a ver su cara, en primer plano. El alivio fue tal que olvidé un detalle determinante. Entre las dos figuras había una diferencia que apenas pude identificar.

—¿Cuál?

—En la primera imagen que vi de él, Roscoe no llevaba la bata, pero cuando volví a verlo, sí. Esto significaba una cosa...

Jordan esperó en silencio la conclusión inevitable. Aunque podía adivinarla, de todos modos se le erizó la piel.

—Cuando me quitó las vendas, la cara que encontré frente a mí no fue lo

primero que vi yo, sino lo último que vio Gerald Marsalis. La cara de su asesino.

Jordan se apoyó contra el respaldo de la silla. No podía ser de otro modo. Un final absurdo para una historia absurda. El problema era que, a pesar de los hechos, ambos tendrían que seguir viviendo en un mundo de gente normal.

Jordan terminó su café y arrojó el vasito de cartón en la papelera.

—¿Qué harás ahora?

Maureen hizo un gesto de impotencia, aunque no de desolación. Había fuerza en ella, y Jordan la percibía como un aura.

—¿Qué puedo hacer? Volveré a Italia y seguiré adelante. ¿Cómo se dice...? Mientras dure, aguanta.

Los dos tenían muy presente la amenaza de Roscoe. Cuando tuvo que elegir, Maureen tomó su decisión. Jordan estaba a salvo y Roscoe había muerto, llevándose consigo la seguridad de que ella siguiera viendo.

Quizá fuera solo una amenaza, quizá no. Solo el tiempo podría dar una respuesta. Pero, de un modo o de otro, durante el resto de su vida Jordan no olvidaría el valor de esa elección.

—¿No quieres hablar de ello con otras personas?

—¿Para qué? ¿Para correr el riesgo de convertirme en una atracción de feria y vivir entre las sonrisitas maliciosas y los comentarios burlones de la gente que se cruce en mi camino?

Maureen le sonrió y apoyó una mano en su brazo. Mientras lo hacía, Jordan pensó que eso era un verdadero gesto de complicidad.

—Prefiero que siga siendo nuestro pequeño secreto, Jordan. Solo tú y yo. Me basta con saber que hay otra persona en el mundo que sabe que no estoy loca.

Jordan miró por la ventana. En la calle, en medio de decenas de otros coches, pasaba un vehículo curioso: era una especie de camioneta pintada con colores vivos. En el centro estaba dibujada la silueta de un gorila que sonreía a la gente y agitaba un sombrero de vodevil. Era un pequeño teatro ambulante, de esos que los artistas callejeros montaban en lugares como Washington Park para atraer a los niños y ganar unos dólares.

La amargura de Jordan se reflejó en el cristal.

El espectáculo continuaba, debía continuar. No por falta de respeto, sino para dar a toda aquella gente de allá fuera la esperanza de que el futuro sería, pese a todo, un lugar habitable. Como había dicho Maureen, a falta de certezas la

esperanza podía ser una solución aceptable.

La voz de esa extraordinaria mujer lo reclamó a su sitio, a aquella mesa del Starbucks Café, en Madison Avenue.

—¿Y tú?

—Y yo, ¿qué?

Maureen no hizo caso de su intento de quitarse importancia.

—Jordan, ahora te conozco. Perdona la jactancia, pero quizá te conozco mejor de lo que te conoces tú mismo. ¿Hay algo de lo que quieras hablarme?

—No —respondió instintivamente.

Pero enseguida se dio cuenta de que el instinto era lo que lo había metido en problemas, y ahora tenía una necesidad desesperada de comprender. Y para hacerlo necesitaba la ayuda de Maureen.

Aquel sería un nuevo elemento de unión entre ellos, otro pequeño secreto que compartir.

—Sí, lo hay. Hay algo de lo que deseo hablarte. Hay una persona...

—¿Se llama Lysa, por casualidad?

A Jordan no le sorprendió oír ese nombre en los labios de Maureen. Se limitó a bajar la cabeza y hacer un movimiento seco.

—Ella, sí. Ya oíste lo que dijo Roscoe, el papel que ha tenido en este asunto.

Jordan no dejaba de palparse con la mano sana el hombro derecho vendado, como si quisiera comprobar la eficacia del trabajo del médico.

Finalmente, reunió el valor necesario y se lo contó todo a Maureen.

Cuando empezó a hablar, ella vio con ternura cómo él perdía poco a poco el hilo y se enredaba en los pliegues de un discurso que en realidad era transparente como el aire que había entre ellos. Mientras él se lo contaba, Maureen lo miraba a los ojos, cuando él se lo permitía. El azul de su mirada, a medida que avanzaba en la historia, se limpiaba de todas las inmundicias que habían visto en aquellos días. Cuando terminó, el color de sus ojos era límpido como un cielo de mayo y Maureen lo sabía todo.

Conocía toda la historia de Lysa y lo que había sucedido entre ella y Jordan, y sabía también aquello de lo que Jordan todavía no se había dado cuenta.

Se lo dijo con toda naturalidad.

—Es todo muy simple, Jordan. Lysa está enamorada de ti y ha tenido la valentía de decírtelo. Y tú rompes todos los espejos que encuentras en tu camino

para no tener que confesar que también estás enamorado de esa mujer.

Jordan se quedó asombrado con sus palabras. Sin conocerla, la había definido como «mujer». Algo que él había tardado mucho tiempo en hacer.

Maureen siguió hablándole.

—Es una persona que ha cometido un error y lo está pagando. Incluso ahora, en este instante, mientras nosotros estamos aquí conversando frente a una taza de café.

Hizo una pausa para obligarlo a levantar la cara y mirarla. Le habló tratando de dar a su voz toda la pasión que sentía.

—Ahora depende de ti que no lo pague durante toda la vida.

Jordan intentó una última y débil protesta.

—Pero ella es...

Maureen lo interrumpió con un gesto apenas esbozado pero tan decidido como sus palabras.

—Ella es el amor, Jordan. Cuando lo encuentras, llegue de donde llegue, acéptalo como un regalo y agárrate a él.

Jordan jamás olvidaría la luz temblorosa de las lágrimas de Maureen mientras lo miraba a los ojos, aunque veía a otra persona.

—El amor es tan difícil de encontrar y tan fácil de perder...

Jordan volvió discretamente la mirada hacia la calle, para no violar la intimidad de ese momento de dolor.

El café se había terminado, y también lo que tenían que decirse.

Salieron del bar lleno de gente que no sabía nada y se encontraron en la acera entre otra gente presurosa, para la cual todo lo que ellos acababan de vivir sería apenas un titular en un periódico.

Maureen hizo un gesto hacia la calle y tuvo suerte. Un taxi libre que pasaba frenó y se detuvo un poco más allá de donde se hallaban.

Jordan la acompañó hasta el coche. Maureen abrió la puerta y antes de subir le dejó como prenda de amistad un beso en la mejilla.

—Buena suerte, mi fascinante caballero.

Ya sentada, le dijo por la ventanilla abierta:

—Lysa todavía no lo sabe, pero es una persona afortunada. Yo en tu lugar, trataría de hacérselo saber lo antes posible.

Dio la dirección al taxista y el coche se apartó del bordillo para internarse

con cautela en el tráfico. Mientras Jordan miraba cómo se alejaba en ese taxi amarillo que había visto tiempos mejores, pensó con el corazón encogido que, en realidad, después de toda aquella historia, para ella no había cambiado nada.

Maureen Martini saldría de su vida del mismo modo como había entrado.

Sola.

53

Era avanzada la tarde y, como en una imagen congelada, Jordan estaba con el casco en la mano y la bolsa de viaje al hombro frente a la puerta de la habitación de Lysa. Una enfermera pasó y lo miró como si fuera una estatua que alguien hubiera puesto allí durante la mañana sin que ella la hubiera visto.

Jordan enarcó una ceja y le sonrió.

La mujer volvió de golpe la cabeza y continuó por el pasillo; el uniforme blanco se confundió con el blanco de las paredes.

Jordan estaba de pie delante de esa puerta desde hacía una eternidad, pero no se decidía a llamar. Volvieron a su mente las palabras que le había dicho Maureen aquella mañana, un breve discurso apasionado que contenía una lección de vida que ella había debido aprender muy a su pesar.

«Es el amor, Jordan. Es tan difícil de encontrar y tan fácil de perder...»

Al fin se decidió y llamó suavemente a la puerta.

Esperó a que desde dentro la voz lo autorizara a entrar, antes de empuñar el picaporte y abrir.

Lysa estaba frente a él, sentada en la cama con el cuerpo apoyado en almohadas. Le habían quitado el tubo de suero del brazo, en el que solo quedaba un punto azulado en el lugar donde habían introducido la aguja. Tenía el pelo suelto y su rostro había perdido la palidez de la última vez. Bajo el reflejo del crepúsculo que entraba por la ventana de la izquierda, sus ojos parecían devorar la cara de Jordan.

Lysa se quedó sorprendida por su presencia, e hizo un gesto inconsciente, típicamente femenino, de arreglarse el cabello.

—Hola, Jordan.

—Hola, Lysa.

Después del breve saludo hubo un instante de silencio; era como un cristal a través del cual podían verse sin que ninguno de los dos lograra encontrar las palabras con que hacer llegar al otro su voz. A Lysa le alegró que en ese momento no hubiera ningún monitor al lado de la cama que mostrara los latidos de su corazón.

—¿Cómo estás? —dijo Jordan, sintiéndose estúpido por esa pregunta.

—Bien —respondió Lysa, también sintiéndose estúpida por esa respuesta.

Ella fue la primera en recobrarse. Señaló con un gesto el televisor encendido, sintonizado en el canal NY1, en el que pasaban imágenes sin sonido.

—Acabo de ver el noticiario. Tú y esa mujer, Maureen Martini, sois los héroes del día.

Había hablado con un tono que intentaba ser neutro, pero sin darse cuenta había bajado un poco la voz al pronunciar ese nombre. Ahora sabía quién era, pero en su mente seguía siendo la mujer a la que había visto abrazada a Jordan, aquella noche en el Meat Market.

—Algún día me sentiré orgulloso de todo esto. Pero en este momento creo que era algo que había que hacer y punto. En lo que respecta a Maureen...

Lysa sintió una punzada de celos al oír con qué familiaridad él pronunciaba su nombre.

Jordan fue a dejar sobre la mesa la bolsa de viaje y el casco.

—¿Recuerdas a Connor Slave, el cantante al que secuestraron en Italia junto con su prometida, y al que después mataron? El tío que vive en el piso que está debajo del nuestro no hace más que poner sus canciones.

El modo en que Jordan había pronunciado la palabra «nuestro» hizo que su corazón saltara. Eran solo dos sílabas, pero contenían el mundo entero. Y ella lo había perdido.

—Esa mujer era Maureen.

Jordan se sentó en la silla de aluminio y se acomodó contra el respaldo para apoyar el hombro vendado.

—Ahora ya puedo volver a mi vida. Pero no sé qué tipo de vida puede esperar ella. Solo deseo que consiga olvidar y ser feliz.

«Y no solo ella.»

Lysa señaló el televisor.

—Mira, tu hermano.

Jordan volvió la cabeza. En la pantalla había aparecido Christopher, de pie ante un atril lleno de micrófonos en la sala de conferencias de prensa del New York City Hall. Lo enfocaron en primer plano y Jordan sintió pena por su hermano. En el poco tiempo transcurrido desde la muerte de su hijo había envejecido diez años. Por lo que Jordan podía ver, parecía haber rechazado al maquillador que su asesora de imagen le imponía antes de cualquier aparición en la televisión que incluyera tomas de cerca.

Lysa cogió el mando a distancia y subió el volumen en el mismo momento en que el alcalde Christopher Marsalis iniciaba su discurso.

—Señores, antes que nada siento que es mi deber agradecerles que hayan asistido en tan gran número. Esto me hace más fácil y a la vez más difícil lo que tengo que decirles.

Christopher hizo una pausa que acalló cualquier comentario; era palpable la tensión y la atención. Jordan sabía que esa capacidad para comunicarse no estaba estudiada sino que formaba parte de su naturaleza. La voz, sin embargo, reflejaba cansancio, al igual que su aspecto físico.

—Todos ustedes están al corriente de los trágicos sucesos que han conmocionado a mi familia en estos últimos tiempos. La pérdida de un hijo es un hecho que lleva siempre a una persona a reflexionar. Cuando esto sucede de una forma tan dramática como en mi caso, esas reflexiones deben ser todavía más profundas y críticas. Me he dado cuenta de que en estos años he intentado ser un buen político primero y un buen alcalde después, y he olvidado —y esto no podré perdonármelo nunca— ser un buen padre. Ahora me resulta imposible responder a la lógica pregunta que cada uno de ustedes podría hacerme: «¿Cómo podrás hacer algo por nuestros hijos, si no has sido capaz de hacer algo por el tuyo?». Por este motivo, y por otros de carácter personal, he decidido presentar la dimisión en cuanto se me permita hacerlo. Pero antes de dejar el cargo en el que me ha puesto la confianza de la gente de esta ciudad, debo hacer justicia a mi hermano, el teniente Jordan Marsalis, de la policía de Nueva York. Hace unos años, para protegerme, cargó con una culpa que no era suya y de la cual soy el único responsable. Yo permití que eso sucediera, y es otra cosa que no me perdonaré nunca. Recuerdo las palabras que dijo esa noche: «Es mucho más

importante un buen alcalde que un buen policía». El mérito del feliz desenlace de todo este triste asunto es sobre todo suyo, y mi respuesta a sus palabras de entonces solo puede ser una: «Es mejor un policía excepcional que un alcalde que quizá no merezca serlo». Espero que esta ciudad lo tenga en cuenta, si no para restituirle el cargo que merece, al menos para devolverle la estima a que tiene derecho.

»Con esto he terminado. Mi renuncia es y seguirá siendo irrevocable. Señores, muchas gracias.

Sin más comentarios, Christopher dio la espalda al sorprendido público y desapareció por la puerta del fondo de la sala.

Con el mando a distancia, Lysa volvió a imponer silencio al televisor.

A continuación volvió hacia Jordan un rostro en el cual se esbozaba apenas una sonrisa.

—Me alegro por ti.

Jordan hizo un gesto vago.

—Créeme, de esta historia ya no me importa nada. Soy yo el que se alegra por él. No era fácil tomar una decisión como esa, pronunciar un discurso así delante de decenas de miles de personas. Me hace feliz que haya encontrado la fuerza y el valor para hacerlo.

Desde la cama, Lysa señaló al fin la bolsa de viaje y el casco, que no dejaba de mirar a pesar de sus esfuerzos.

—¿Te vas?

—Tarde o temprano debía suceder.

Lysa habría deseado que no la mirara de esa forma. Habría deseado que se marchara deprisa, para poder imaginarlo en su moto, que a cada minuto se lo llevaba más lejos; cualquier distancia sería menor a la que sentía que había entre ellos en ese momento.

—Me alegra que para ti no haya cambiado nada.

Jordan meneó la cabeza para dar mayor peso a sus palabras.

—No, algo ha cambiado, y no puedo hacer ver que no ha pasado.

Se puso de pie, cogió la bolsa y la abrió. Buscó dentro, sacó un casco y lo dejó en la mesa junto al suyo. Lysa lo reconoció enseguida. Era el mismo que habían comprado la mañana del viaje a Poughkeepsie.

—Cuando me vaya, me gustaría que te pusieras esto y vinieras conmigo, si

quieres.

Lysa tuvo que aspirar una bocanada de aire antes de responder.

—¿Lo dices en serio?

—Sí. No estoy seguro de nada en cuanto a todo lo demás, pero en esto no tengo ninguna duda.

Entonces Jordan hizo el recorrido más corto y más importante de su vida. Con dos pasos se acercó a la cama, se inclinó y posó un instante los labios en los de Lysa. Ella sintió su perfume de hombre y el olor de su piel y al fin se sintió libre de imaginar. Luego se echó hacia delante, ocultó el rostro entre las manos y ya no pudo ver ni oír nada, porque tenía los ojos llenos de lágrimas.

Le habría gustado que Jordan siguiera besándola, pero pensó que para eso disponían de mucho tiempo.

CUARTA PARTE

Roma

54

El avión tocó tierra con una leve sacudida acompañada de un chirrido de caucho sobre el asfalto.

Maureen imaginó las ruedas de doble neumático rodeadas del humo causado por la fricción, mientras el piloto invertía las turbinas para disminuir la velocidad de la nave. Por la ventanilla se veía el paisaje familiar del aeropuerto de Fiumicino, doméstico, a la medida y al servicio de la gente, completamente distinto del frío y caótico aeropuerto de Nueva York, el JFK.

Ni mejor ni peor; solo diferente.

El aparato se acercó dócilmente hasta la pasarela de desembarco acompañado por la voz de una azafata que daba a los pasajeros la bienvenida a Roma en italiano y en inglés. Maureen hablaba a la perfección los dos idiomas, pero en ese momento ambos le parecían desconocidos.

El avión se detuvo completamente y hubo esa tácita señal a la cual parecen obedecer todos los pasajeros al final de un vuelo, cuando se levantan prácticamente al unísono.

Maureen cogió su bolsa de viaje y se puso en la fila que se dirigía hacia la salida delantera. Apenas fuera del avión, los pasajeros volvieron a ser personas con los pies sobre la tierra, que solo una casualidad había suspendido juntos entre las nubes.

Siguió a la gente hacia la zona de retirada de equipajes. Sabía que afuera no habría nadie esperándola, y era justo lo que deseaba.

Su padre la había llamado por teléfono desde Japón, donde se encontraba para la inauguración de un nuevo Martini's, en Tokio. Se había enterado del éxito

de la investigación en que se había visto envuelta y la había tratado de «estrella internacional».

Por Franco Roberto se enteró de que los colegas de la comisaría habían decidido acudir en masa a recibirla al aeropuerto. Por ese motivo adelantó su partida; en el último momento buscó una plaza en el vuelo inmediatamente anterior al que había reservado. No se sentía triunfadora ni tenía ganas de estar rodeada de personas que la festejaran como tal.

Retiró sus maletas de la cinta transportadora, las puso en el carrito y se dirigió hacia la salida.

Ya se acercaba a la zona de taxis del aeropuerto, cuando la abordó una persona.

—Discúlpeme, ¿es usted la señorita Maureen Martini?

Maureen detuvo el carrito y lo miró. Era un chino de cierta edad, un poco más alto de lo común, con esas facciones asiáticas que para la mayoría de los occidentales parecen todas iguales.

—Sí. ¿En qué puedo servirlo?

—En nada, señorita. Solo debo cumplir un encargo. Me ha encargado una persona de Estados Unidos que le entregue este paquete.

El chino le dio una cajita envuelta en un austero papel de regalo de pergamino y atado con una elegante cinta dorada.

—Pero ¿qué...?

—La persona que me ha dado el encargo ha dicho que usted lo entendería. Además me ha rogado que le dé las gracias y le diga que no hace falta respuesta. Bienvenida a casa, señorita. Que lo pase usted bien.

Sin decir más, hizo una pequeña reverencia, dio media vuelta y se alejó entre la gente que se dirigía hacia la salida; su cabeza avanzó entre decenas de otras cabezas, hasta que desapareció.

Maureen observó la caja durante un instante y luego la metió en la bolsa que había dejado en el carrito.

Durante el trayecto en taxi desde Fiumicino hasta su casa, apenas vio el paisaje familiar de la campiña romana.

Cuando se despidió de su madre, Maureen supo que algo había cambiado entre ellas. Tal vez en el pasado habían estado tan metidas en sus papeles, tan rígidas en sus posiciones, que olvidaron que eran dos mujeres. Su madre la

abrazó y Maureen le agradeció que lo hubiera hecho, sin importarle que se arrugara lo que llevaba puesto. Era un principio, quizá pequeño, pero un principio de todos modos. El resto llegaría con el tiempo.

Vio por última vez a Jordan Marsalis en el One Police Plaza, cuando fueron a firmar las declaraciones definitivas acerca de la historia de William Roscoe. No hablaron de nada, pero le pareció sereno y se separaron con la promesa de volver a verse en Italia. Podría cumplirse o no, pero una cosa era cierta: ninguno de los dos olvidaría nunca al otro ni la experiencia que habían vivido juntos.

Después de un trayecto por las concurridas calles de la ciudad, el taxi la dejó frente a su casa, al lado de la antigua y conocida silueta del Coliseo. El taxista bajó del coche y la ayudó a llevar las maletas hasta la puerta del ascensor.

El buzón estaba lleno de correspondencia. Maureen la cogió y la hojeó brevemente mientras subía en ascensor hasta la última planta. En su mayor parte era publicidad; también había alguna que otra carta que solicitaba fondos para alguna asociación benéfica y las facturas del teléfono, el gas y la electricidad. Una carta del Ministerio del Interior y algunas de amigos. Maureen no tenía ganas de abrirlas.

Solo una le llamó la atención.

Era un sobre bastante grande, de papel marrón, de esos forrados por dentro con plástico con burbujas.

Maureen lo observó por delante y por detrás y vio que procedía de Estados Unidos. El timbre postal sobre los sellos de correos indicaba que lo habían despachado en Baltimore.

Lo abrió y vio que contenía un CD grabable y una hoja doblada en dos. La extrajo del sobre; era una carta.

> Querida Maureen:
>
> Nunca nos hemos conocido personalmente pero he oído hablar de usted tanto y tan largamente que puedo decir que la conozco muy bien. Me llamo Brendan Slave y soy el hermano de Connor. Nos une la añoranza por lo que él se ha llevado consigo para siempre, pero también la dicha de poder disfrutar de las palabras y la música que nos ha dejado como testimonio de su genio. Después de ese trágico acontecimiento, tomé posesión de todas sus cosas y, al revisarlas, encontré el CD que le

adjunto. Contiene una canción inédita y apuntes de Connor que, según he descubierto, indican que la había escrito para usted, como podrá comprobar por su nombre escrito en la etiqueta del disco. Me ha parecido justo que la tenga usted. Es suya, le pertenece, y puede hacer con ella lo que desee. Puede darla a conocer al mundo o conservarla como un pequeño patrimonio personal secreto.

Por las palabras de mi hermano, sé que se amaban mucho y por eso me permito darle un consejo. Recuérdelo siempre, pero no viva de su recuerdo. Estoy seguro de que él le diría lo mismo si pudiera. Es usted guapa, joven y sensible. No se niegue la posibilidad de vivir y amar de nuevo. Si le resultara difícil, estará siempre esta última canción de Connor para recordarle cómo se hace.

Un abrazo afectuoso,

BRENDAN SLAVE.

Maureen se encontró con los ojos llenos de lágrimas, en un ascensor lleno de maletas parado en un rellano de un viejo edificio romano. Como una niña, se las enjugó con la manga de la blusa, sin preocuparse por las manchas negras que el ligero maquillaje le dejaba en la tela. Cogió las maletas y las arrastró fuera del ascensor. Mientras hurgaba en el bolso en busca de las llaves, su mano tropezó con la caja que le había dado el chino en el aeropuerto.

Entró y enseguida abrió las persianas, para dejar entrar el aire y el sol en esa casa que había pensado que no volvería a ver nunca más, y disfrutar del descubrimiento del cielo de Roma que le regalaba cada ventana abierta.

Poco después, encuadrada en ese marco frente al crepúsculo, deshizo el nudo de la cinta y abrió la caja envuelta para regalo.

En el interior, sobre una capa de algodón amarillo claro, había una oreja cortada. En el lóbulo había un extraño pendiente en forma de cruz que tenía en el centro un pequeño brillante, que recibía la luz del sol y la devolvía multiplicada en colores.

Maureen lo reconoció de inmediato.

«De una persona de Estados Unidos», había dicho el chino.

Maureen recordó las palabras que pronunció Cesar Whong la tarde que

hicieron aquel breve paseo en coche, cuando le aseguró la inocencia de su hijo y le rogó que lo ayudara a demostrarla.

«Le garantizo que de algún modo sabré pagar mi deuda. Todavía no sé cómo, pero le garantizo que lo haré.»

Se quedó mirando sin emoción esa prueba macabra. William Roscoe, la noche de su muerte, afirmó que lo único que puede volvernos superiores a Dios es la justicia. Maureen ignoraba si Jordan, poco antes de agredirle, había oído sus últimas palabras en cuanto al futuro de Julius Whong.

«Habrá un hombre muy profesional que se encargará de él...»

Si había comprendido el sentido, no lo había dado a entender, y lo mismo había hecho Maureen. Existía también una justicia humana, de la que ella y Jordan habían sido el jurado. Sería el tercer secreto que los uniría. Si un día tuvieran cuentas que saldar con sus conciencias, ya lo harían a su debido tiempo.

Sin dejar la caja, que aún sostenía en la mano, Maureen fue a arrojar el contenido en el váter y vació la cisterna. Se cercioró de que el recuerdo de ese ser infame que había sido Arben Gallani estuviera viajando, en aquel momento, por donde le correspondía: las cloacas de Roma.

Luego cogió el sobre marrón que había dejado sobre un mueble, y subió la escalera que iba a la planta superior. Abrió la puerta corredera que dejaba ver los tejados hasta donde alcanzaba la vista y luego se dirigió hacia el equipo de música. Cogió el último CD de Connor y se quedó un momento observando aquel rostro de ojos intensos que la miraba desde el pequeño recuadro colorido de la cubierta.

Las mentiras de la oscuridad.

Pero ahora la oscuridad había terminado. Ignoraba hasta cuándo, pero la vida era también eso. No saber cómo, dónde y cuándo. Sacó del sobre el estuche del disco que acababa de recibir y lo abrió. En la superficie brillante había escritas solo dos palabras con un rotulador indeleble negro.

«Bajo el agua»
Maureen

Encendió el lector e introdujo el disco en la bandeja. Volvió a cerrar y pulsó la tecla PLAY.

Era una demo, concisa y esencial y por ello todavía más emocionante. Una

canción que se bastaba a sí misma, que no merecía ser sepultada bajo un arreglo cualquiera.

Se oyeron algunos compases de cuerdas, un suave arpegio de guitarra y luego, sobre esa base melódica, el violín de Connor comenzó a moverse con la elegancia y la energía de un patinador sobre el hielo, dibujando volutas en el aire con la melodía y dejando marcas con la hoja de los patines sobre la superficie brillante.

Y al fin su voz, un cuchillo afilado de dolor y de alegría del cual no se podía saber cuál era el filo y cuál la punta. Maureen fue absorbida por la mágica sensación del secreto, dado que esa canción, desconocida para el resto del mundo, era de su exclusiva propiedad, no porque ella poseyera el único ejemplar, sino porque había sido escrita solo para ella.

Tú que bajo el agua has nacido
y que has estado largos meses
bailando lenta voluble y sola
en tu líquida y clara moviola
y ahora caminas escondida
en ese tu seco dolor
pensando que oculto bajo el agua
has dejado tu corazón
y quizá ni siquiera sabes
que bastaría un minuto
para convertir esa nada
en un hecho consumado
pensando que bajo el agua
donde no hay color
una brillante burbuja de aire te espera
para dar aliento a tu amor
que ha estado allí escondido
que nunca se ha rendido
en su minúsculo resplandor
también bajo el agua va
como una lámpara encendida

para ti que estás bajo el agua
cuando ya no creas más.

Al comprender el sentido de esas palabras, en lugar de lágrimas apareció en sus labios una tierna sonrisa.

Se sentó en el sillón de mimbre frente a la puerta corredera y ahuecó los almohadones para estar más cómoda. Se dejó envolver por la música y se abandonó a la voz y al recuerdo, segura de que, le sucediera lo que sucediese a partir de ese momento, nadie podría robarle la enorme riqueza que había tenido. Se quedó frente a ese crepúsculo triunfal que incendiaba el cielo de Roma; esperaría lo que debía venir, como todos insegura, con la única ayuda de lo que había aprendido y que ahora podía afrontar.

Maureen Martini cerró los ojos y pensó que la oscuridad y la espera tienen el mismo color.

Agradecimientos

Debo iniciar los agradecimientos citando a dos personas extraordinarias, Pietro Bartocci y su esposa, la doctora Mary Elacqua, del hospital Samaritan de Troy. Sin ellos la gestación de esta novela habría sido mucho más difícil, yo habría tenido una estancia mucho más ingrata en Estados Unidos, no habría aprendido cuánto puede picotear un papagayo de Nueva Inglaterra y sobre todo no habría podido dar un nuevo sentido a la palabra «amistad».

A ellos quisiera sumar:

Andrea Borio, cocinero exquisito, amistosamente apodado «Cow Borio» por haber logrado llevar un cocido mixto a la piamontesa al centro de Manhattan;

la doctora Victoria Smith, excepcional quiropráctica y deliciosa persona, que durante mi permanencia en Nueva York enderezó mi destrozada espalda;

todos los miembros del *staff* de Via della Pace y las demás adorables personas a las que he conocido en Estados Unidos, con una promesa: quizá en este momento no recuerdo el nombre de todos, pero sus rostros están grabados de manera indeleble en mi memoria.

Además, en cuanto a la parte científica quisiera mencionar al doctor Gianni Miroglio, médico y amigo de siempre, y al doctor Bartolomeo Marino, jefe de Cirugía del Hospital Civil de Asti, a los que se suma la polifacética doctora Rossella Franco, anestesista y reanimadora del Hospital Civil S. Andrea de La Spezia.

Un particular agradecimiento al doctor Carlo Vanetti, microcirujano ocular de Milán, miembro de la ASCRS (American Society of Cataract and Refractive Surgery), y al profesor Giulio Cossu, director del Instituto de Investigación para

las Células Estaminales del Instituto Científico S. Raffaele de Milán, que se han mostrado, como dice el poeta, pujantes y pacientes.[1]

Gracias también a la doctora Laura Arghittu, responsable de las relaciones con los medios de la Dirección y Comunicación de Desarrollo para la Fundación S. Raffaele del Monte Tabor, que ha mediado con gran *savoir faire* el asalto de un escritor ansioso.

Una afectuosa y grandiosa mención merece además la doctora Annamaria di Paolo, jefa de la Policía del Estado, cuya ayuda ha sido indispensable para el argumento y las pruebas e impagable por su amistad y su apoyo.

En lo que respecta al consolidado grupo de trabajo que sustenta mi actividad de autor, debo recordar *in primis* a Alessandro Dalai, hombre de gran ingenio y apoyo, al que debo añadir:

la invulnerable Cristiana Dalai,

el irrefutable Piero Gelli,

la irrevocable Rosaria Guacci,

la indomable Antonella Fassi,

la fiable Paola Finzi,

la flexible Mara Scanavino,

con el sorprendente Pierluigi para cubrir las espaldas de todos.

Una mención de honor, por último, al agudo Piergiorgio Nicolazzini, mi osado agente y valiente asesor.

Además:

Angelo Branduardi y Luisa Zappa, por el ritual y exorcizante adelanto de la trama en la taberna habitual;

la doctora Angela Pincelli, a la que por motivos geográficos veo poco pero en la que por motivos afectivos pienso mucho;

el doctor Armando Attanasi, a quien tengo más presente que él a mí;

Francesco Rapisarda, responsable de Comunicación del Reparto Corse della Ducati, que tarde o temprano conseguirá llevarme a un Gran Premio;

Annarita Nulchis, *unforgettable* como su e-mail y preciosa como su sonrisa;

Marco Luci, por la cortesía y el contacto;

Malabar Viaggi, por la asistencia y la caballerosidad.

Para concluir, un abrazo a todos los amigos que me acompañaron durante años en mi vida y en mi inmutable afecto con su apoyo, su estima y la

incorruptible dulzura de las cosas verdaderas.

Y luego, en el plano estrictamente personal, un GRACIAS mayúsculo y de todo corazón a Renata Quadro y Jole Gamba, por su afecto, su presencia tranquilizadora y la ayuda prestada a una persona querida en una situación muy difícil para ella y para mí.

Los personajes de esta historia son fruto de la fantasía.

Las personas a las que he dado las gracias, por suerte para mí, no.

Notas

[1]Se refiere a la «Oda al Piamonte», de Giosuè Carducci, poeta italiano galardonado en 1906 con el premio Nobel de literatura. (N. de la T.)